
Los misterios de Merlín 5
Embrujada y prófuga
Autora bestseller del USA TODAY
Kim Richardson

EMBRUJADA Y PRÓFUGA

LOS MISTERIOS DE MERLÍN, LIBRO CINCO

KIM RICHARDSON

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a acontecimientos históricos, personas o lugares reales se utiliza con fines ficticios. Los demás nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Embrujada y prófuga, Los misterios de Merlín, libro cinco
Copyright © 2026 por Kim Richardson
Diseño de portada de Kim Richardson
Editado por Ana Desiree Baehr
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción en su totalidad o en cualquier forma.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Hechizada e indomable
Libros De Kim Richardson
Sobre La Autora

1

Me senté a la mesa de la cocina de la Estación Merlín con un café en una mano y, con la otra, revisé la base de datos de Merlín en mi portátil, como si estuviera a punto de descubrir una conspiración en vez de informes de incidentes atrasados y una queja sobre un «familiar mapache agresivo».

Que conste que yo estaba del lado de los mapaches.

Las cosas habían estado tranquilas en Gallows Gate durante las últimas tres semanas. Sin asesinatos, niños desaparecidos o directores malvados de Merlín intentando absorber mi energía divina. ¿O era una chispa? Mojo divino. Eso sonaba lo suficientemente dramático.

No me molestaba en absoluto que Lysandra hubiera explotado como una maldita piñata. Se lo merecía. De hecho, ahora apenas pensaba en ella, lo cual ya era bastante impresionante, teniendo en cuenta que había intentado orquestar mi ruina profesional con el entusiasmo de una mujer que organiza un día de spa.

Su plan había fracasado. A lo grande.

Me había enviado aquí hacía semanas pensando que Gallows Gate sería mi fin. Estaba clasificado oficialmente como un «distrito de contención mágicamente sensible». ¿Extraoficialmente? Era un vertedero sobrenatural con una tasa de homicidios superior a la

media y una encantadora tendencia a que los edificios se incendiaran sin motivo alguno.

La mayoría de los Merlín destinados aquí fracasaban o morían.

Yo no hice ninguna de las dos cosas.

De hecho, me habían readmitido como Merlín de pleno derecho. Puesto permanente, placa, autoridad y código de acceso mejorado para la vinoteca.

Había vencido a las adversidades y sobrevivido a todo lo que Lysandra me había lanzado.

Incluso había sobrevivido a la maldición de Morven.

O debería decir, la maldición de Kael. O su esencia. O su divina rabieta incrustada en mi linaje. Todavía estaba pensando en la terminología correcta.

La verdad era que, por primera vez en mi vida, mi magia no se sentía como un extraño inestable que ocupaba espacio en mis venas. Se sentía como parte de mí: una extensión de mis huesos, mi aliento, los latidos de mi corazón.

Pero más fuerte. Mucho, mucho más fuerte.

Y sí. Me encantaba.

Me encantaba que respondiera cuando la llamaba, que no intentara matarme en represalia por existir y que vibrara bajo mi piel como si siempre hubiera estado ahí.

Pero no iba a decírselo a Kael. Esa deidad engreída se estaba atribuyendo demasiado mérito por lo que me estaba pasando. No lo había visto desde la noche en que Lysandra explotó en diminutos pedacitos de Merlín y eso me parecía perfectamente bien.

Estiré los dedos. Los hilos arcanos brillaron, seda roja fundida deslizándose por mis nudillos y enroscándose alrededor de mi muñeca como serpientes cariñosas hechas de luz.

Ahora respondían por puro instinto.

Sonreí. La maldición de Morven nunca había sido una maldición. Era energía divina y yo no había muerto a causa de ella como el resto de mi familia. La estabilicé. Evolucioné con ella.

Entonces, ¿en qué me convertía eso? ¿Qué tipo de hechicera arcana sobrevivía a la combustión divina y salía de ella mejorada? ¿Era arcana? ¿O era algo completamente distinto?

No voy a mentir y fingir que esas preguntas no me rondaban la cabeza las veinticuatro horas del día.

Bueno, eso es, en parte, mentira.

Porque mis pensamientos también estaban muy ocupados por cierto hombre alto, moreno e injustamente guapo, con ojos dorados, pelo negro y un cuerpo que parecía haber sido diseñado durante una fase de escultura divina particularmente ambiciosa.

Y tal vez así era.

Era un dragón. Un dracónido. Una criatura mítica de la que me habían asegurado que no existía, pero existía. Y con mucho entusiasmo.

Y, además, se había vinculado a mí.

Yo, una bruja con un linaje complicado. Él, un comandante de la antigua jerarquía de los dragones.

El Legado tenía opiniones sobre ese vínculo: opiniones violentas, desaprobadoras y muy escamosas, pero él me había elegido a mí en lugar de a ellos.

Y yo estaba intentando asimilar todo eso sin fundirme como un aparato mágico en una tormenta eléctrica.

Además, el sexo con un dracónido era…

Increíble.

Era el tipo de increíble que te hacía cuestionar la física y la gravedad, y si tu columna vertebral siempre había sido tan flexible.

Increíble hasta el punto de que se te ponían los ojos en blanco. Varias veces. Del tipo que te deja las piernas débiles, los pensamientos revueltos y la brújula moral girando sin control.

Debería haber una etiqueta de advertencia.

Supongo que tener más de tres siglos de edad te daba mucha práctica.

Oh, sí. Me gustaba el abuelo dragón, lo cual suena mal. *Está* mal. Pero no profundicemos en eso.

Crees que sabes lo que significa «química» hasta que te enrollas con un ser cuya temperatura interna probablemente podría abastecer de energía a un país pequeño.

En un momento dado, me preocupó de verdad que pudiera estallar en llamas. No en un sentido trágico, sino en un sentido de

«vaya, esto merece la pena».

Ahora estaba enredada con un dragón que desafió a antiguos consejos por mí.

Era difícil mantener la cordura cuando alguien así te miraba como si fueras lo único en la habitación por lo que valía la pena quemar el mundo.

No voy a mentir. Me gustó que me eligiera a mí en lugar del Legado, en lugar de la ley. En lugar de siglos de tradición.

Eso le hacía cosas al ego de una chica. Cosas peligrosas…

Aparté ese pensamiento. Tenía que parar esto. Era una bruja adulta con trabajo de verdad que hacer. Misterios, anomalías mágicas, posibles conspiraciones del consejo. En cambio, estaba aquí sentada reviviendo cómo se sentían sus manos en mi cintura y pensando en lo injusto que era que los dragones, al parecer, vinieran equipados de serie con una resistencia sobrenatural.

Lo cual, sinceramente, explicaba muchas cosas de los mitos. No era de extrañar que los caballeros no dejaran de aparecer. Probablemente por envidia.

—¿Por qué sonríes, Roja?

Levanté la vista.

Morty entró tranquilamente en la cocina. Ya no se deslizaba, no tenía destellos ni contornos translúcidos. Ahora era todo pasos firmes y el leve aroma del humo del cigarrillo. Llevaba un traje azul marino de tres piezas al estilo de los años veinte, y sus zapatos lustrados resonaban contra el suelo de madera. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, con su habitual estética a medio camino entre mafioso y detective, y un cigarrillo colgaba de sus labios como si estuviera a punto de interrogar a alguien por contrabando de ginebra.

—Ah, sí —continuó, señalándome con el cigarrillo—. Estás pensando en el chico dragón. Se te nota en la cara.

Me aclaré la garganta y cerré los hilos arcanos, que obedientemente se fundieron de nuevo bajo mi piel.

—Estaba echando un vistazo a la base de datos de Merlín. A ver qué hay de nuevo.

—Mentirosa.

Tomó una taza y se sirvió café como un hombre que acababa de redescubrir el sentido del gusto y no pensaba desperdiciar la oportunidad. Luego apoyó la cadera contra la encimera.

—Tienes esa mirada —dijo.

—¿Qué mirada?

—La mirada de «podría levantar un edificio en press de banca y también, quizá, besar a alguien de forma dramática bajo la lluvia».

—Esa no es una mirada.

—Claro que lo es. La he visto en las películas. Normalmente justo antes de que algo explote.

—Eso podría describir cualquier momento de mi vida.

—¿Y qué pasa hoy? ¿Lo extrañas? ¿O estás planeando derrocar la antigua ley de los dragones otra vez?

Dio un sorbo y me miró entrecerrando los ojos por encima del borde de la taza.

—Ambas cosas —me reí.

Morty sonrió.

—Así se hace, chica.

Le giré el portátil hacia él.

—Mira. Nada. Tres semanas de silencio. Ya sabes lo que eso significa.

—¿Paz?

—Más bien aburrimiento.

Morty gruñó.

—¿No puedes dejarnos disfrutar de la paz ni cinco minutos?

Me encogí de hombros y tomé otro sorbo de café.

—Esto es Gallows Gate. La paz y la tranquilidad no son normales. Son sospechosas. Como un demonio sosteniendo una cazuela.

Dio una larga calada a su cigarrillo, mirándome a través del humo.

—Necesitas ayuda.

—Probablemente —dije con ligereza—. Pero no estamos hablando de eso. Incliné la cabeza.

—Hablando de necesitar ayuda… ¿vas a salir con Selene otra vez esta noche?

Morty se atragantó con el humo. Se atragantó de verdad.

—Sabes, cada vez que menciono a la vampiresa sexy y encantadora —continué con dulzura, porque soy una buena amiga—, te pones del color de una langosta demasiado cocida.

Se le puso la cara roja. De un rojo intenso, innegable, a medio camino entre un mafioso y un adolescente avergonzado. Me mordí el interior de la mejilla para no reírme.

Habían tenido varias citas en las últimas semanas y, por la forma en que apretó la mandíbula y se le desenfocó la mirada… sí: mi amigo se estaba enamorando. Y a lo grande.

Morty se recompuso y me dedicó una sonrisa que gritaba «desvío».

—Un caballero nunca habla de su dama.

Resoplé.

—Tu dama. Interesante elección de palabras.

Se hizo para atrás un poco.

—¿Qué tiene de malo eso?

—Oh, nada. —Me incliné hacia delante y me quedé mirando su cuello con una concentración exagerada.

Morty dio inmediatamente un paso atrás.

—¿Qué estás haciendo?

—Quédate quieto —dije, entrecerrando los ojos—. Estoy buscando marcas de mordiscos.

Sus orejas igualaron el tono de sus mejillas.

—No hay marcas de mordiscos.

—Mm-hmm. —Me incliné más hacia él —. Gira la cabeza.

—Ni hablar.

Jadeé dramáticamente.

—Dios mío. Te ha marcado.

—No me ha marcado —siseó.

Me endereché y di un golpe con la mano sobre la mesa.

—¡Ja! Entonces, esto va en serio.

Morty se pasó una mano por la cara.

—Eres imposible.

—Estás saliendo con una vampiresa —le espeté—. No finjas que esto no es divertido.

Intentó no sonreír. No lo consiguió.

—Te gusta —canté.

Me apuntó con el cigarrillo.

—Cuidado, Roja. Un comentario más y volveré a sacar el tema del hombre-dragón.

Me recosté en la silla como si me hubieran dado un tiro.

—Por favor, hazlo.

—Oh, lo haré. —Cruzó los brazos. —Brillas cuando hablas de él.

—No brillo.

—Claro que brillas. Es como ver cómo una hoguera se enamora.

—Eso no existe.

—Ahora sí.

Nos miramos fijamente durante un segundo. Entonces no pude evitarlo. Empecé a reírme.

Morty se unió a mí, sacudiendo la cabeza.

—Míranos. Una bruja con esencia divina y un exfantasma saliendo con una vampiresa. Si esto fuera un bar, nos echarían.

—Por favor —dije—. Nosotros seríamos los dueños.

Morty se enderezó el chaleco, intentando parecer digno y fracasando de forma adorable.

—Que conste que Selene es refinada. Elegante. Aprecia mi encanto a la antigua.

—Aprecia que le traigas whisky vintage y le dejes soltar monólogos sobre la oscuridad existencial.

—A eso se le llama romanticismo.

—A eso se le llama consentirla.

Sacudió la ceniza en el fregadero.

—¿Y qué hacen tú y el hombre dragón? ¿Mirarse fijamente el uno al otro mientras discuten sobre el destino?

Fingí pensarlo.

—A veces.

—Increíble.

—Al menos no ha intentado morderme.

Morty se quedó callado un momento.

—Por ahora.

Le tiré una servilleta.

—Eres repugnante.

La atrapó en el aire, sonriendo.

—Me quieres.

—Por desgracia.

Se puso serio por un instante, y sus bromas se suavizaron un poco.

—Te mereces al dragón, ¿sabes?

Lo miré fijamente.

—No te pongas sentimental—, le advertí.

—Demasiado tarde. —Se encogió de hombros—. El chico te eligió a ti antes que al viejo patriarcado escamoso. Y eso no es poca cosa.

Mis hilos arcanos se calentaron bajo la piel al pensarlo, pero me encogí de hombros como si no me afectara.

—Sí, bueno. Tu vampiresa también parece bastante interesada en ti.

Morty intentó parecer indiferente y volvió a fracasar.

—Lo está —admitió.

Sonreí.

—¿Ves? Te lo dije.

Exhaló lentamente mientras sacudía la cabeza.

—Estamos perdidos.

—Probablemente.

—Pero al menos estamos condenados junto a parejas sobrenaturales absurdamente atractivas.

Levanté el café en un brindis burlón.

—Por nuestras parejas guapas.

Morty alzó el cigarrillo en respuesta.

—Por las marcas de mordiscos y el fuego de dragón.

Chocamos las tazas en el aire.

Entonces la puerta principal se abrió de golpe con tanta fuerza que el suelo tembló como si estuviéramos bajo ataque.

—¡Rhea! ¡Tienes que venir rápido!

Marla irrumpió en el vestíbulo con el aspecto de alguien que acababa de escapar de un edificio en llamas. Sus rizos grises se erizaban en todas direcciones, las gafas le resbalaban por la nariz y el bolso casi parecía estar estrangulándola mientras corría.

Tenía la cara roja como un tomate. No era un rubor elegante, sino el rojo furioso de alguien que había corrido a toda velocidad hasta quedarse sin aire. El sudor le perlaba las sienes y la frente.

—Yo… —intentó decir otra vez, doblándose sobre la cintura—. Tienes que…

Hizo un gesto desesperado hacia el exterior.

Me puse de pie de un salto.

—¿Qué está pasando? ¿Alguien invocó un demonio? Por favor, dime que no son otra vez los mapaches familiares.

—¡Solo… date prisa! —gritó antes de darse media vuelta y salir corriendo.

Morty dio una larga calada al cigarrillo.

—Bueno —dijo con calma mientras la veía alejarse—, eso no puede significar nada bueno.

Tomé el bolso y el teléfono en un solo movimiento y me volví hacia él.

—¿Vienes? Técnicamente vuelves a ser Merlín, y tengo la sensación de que podría necesitar refuerzos.

La verdad era que probablemente no.

No con aquel nuevo poder divino bullendo bajo mi piel como un sol abrasador.

Aun así, Morty había sido Merlín y también un brujo blanco. Durante la Ley Seca había trabajado como una especie de "solucionador" mágico para el submundo paranormal, suministrando licor encantado ilegal tanto a humanos como a criaturas sobrenaturales.

Pero desde que había recuperado un cuerpo sólido —y vuelto a convertirse en un brujo mortal—, todavía no había usado su magia. Y yo no sabía por qué.

Había querido preguntárselo varias veces, pero siempre me detenía. Morty me lo contaría cuando estuviera preparado. No pensaba presionarlo.

Morty sacudió la ceniza en el fregadero y se acomodó la chaqueta.

—De acuerdo, Roja.

Salimos disparados de la comisaría y seguimos a Marla por Main Street. Caminaba a paso rápido, como una mujer decidida a ignorar que ya no estaba para correr.

—¿Adónde vamos? —pregunté después de tres minutos alternando entre trotar y lo que, siendo generosos, podía describirse como una caminata frenética.

Marla siguió avanzando con los hombros rígidos y los rizos rebotando salvajemente.

—Yo. Solo. Ven —jadeó.

Giramos por Thicket Drive y entonces vi la multitud.

Los vecinos se agolpaban frente al juzgado, murmurando en pequeños grupos tensos y nerviosos.

Marla por fin se detuvo. Se dobló sobre sí misma, apoyó las manos en las rodillas y aspiró aire como si el oxígeno se hubiera convertido en un recurso limitado.

—Sigue tú —jadeó entre respiraciones—. Necesito… recuperar… el aliento.

Me hizo un gesto con la mano mientras las gafas se le empañaban ligeramente.

La observé un instante más para asegurarme de que no fuera a sufrir un infarto y luego avancé hacia el juzgado con Morty pisándome los talones.

El viejo edificio se alzaba ante nosotros con la pintura descascarillada y el tejado hundido, como si hubiera perdido toda esperanza décadas atrás. Las enredaderas trepaban por uno de los laterales reclamándolo poco a poco. La piedra gris brillaba bajo el sol de la mañana y las altas ventanas arqueadas parecían observarnos como jueces cansados.

Las columnas enmarcaban la entrada.

Y atado entre dos de ellas, colgado como una decoración grotesca, había un hombre.

Por el tono grisáceo de la piel y sus ojos vacíos, diría que llevaba muerto bastante tiempo.

2

La multitud de seres paranormales se apartó de mi camino en cuanto me vieron llegar, como si estuviera allí para arreglarlo todo o para volarlo por los aires. Sinceramente, ambas eran posibilidades muy reales.

El blanco de sus ojos brillaba a la luz de la mañana como el de animales de presa esperando a que algo más grande se abalanzara sobre ellos.

—La Merlín está aquí, la Merlín está aquí —susurraron varias voces mientras se apartaban, como si yo fuera una especie de salvadora mágica.

No les hice caso. No asentí ni saludé con la mano. Regla número uno de ser el Merlín: camina como si ya supieras lo que ha pasado, aunque no lo sepas en absoluto.

Seguí adelante, con mis botas crujiendo contra la grava suelta y los viejos escalones del juzgado. El aire olía mal: a metal, a ozono y a miedo.

Divisé a Torren, el enorme magister principal hombre lobo, de pie a una buena distancia del cadáver, como si la mera proximidad pudiera contagiarle algo mágico e inconveniente.

Tenía el físico de un tanque, más de metro ochenta de pelaje, músculos y actitud de alfa.

Y mantenía la distancia.

Los hombres lobo le tenían pánico a la magia, todos y cada uno de ellos. Te arrancaban la garganta sin pestañear, pero enséñales un hechizo o una poción y, de repente, necesitaban apoyo emocional.

El resto del Consejo de Gallows Gate se había situado al margen de la reunión, apartados pero muy presentes. Todos observaban en silencio, como si el veredicto ya se estuviera gestando, pero a mí aún no me hubieran informado.

Brunika, la representante de los trolls, se mantenía firme como un pilar de piedra, con las botas bien plantadas y los gruesos brazos cruzados sobre su amplio pecho. Sus trenzas estaban recogidas con fuerza y le caían pesadamente por la espalda. Ella y Torren eran los únicos miembros del consejo que no me despreciaban. Ella me había apoyado antes, y contaba con que eso no hubiera cambiado.

Thalen se encontraba cerca, con toda la refinada compostura de un hada en un traje de corte perfecto. Tenía las manos ligeramente entrelazadas a la espalda, la postura impecable y la expresión distante, como si toda esta situación le resultara ligeramente incómoda y no mereciera ni remotamente que se arrugaran los puños de su camisa.

Maeva, la gata loba, era pura elegancia sujeta con una correa. Sus hombros estaban relajados, pero cada línea de su cuerpo permanecía alerta. Sus ojos se clavaron en mí con abierto desdén. Nunca habíamos sido aliadas, y eso no iba a cambiar.

Y luego estaba Cassian. Vampiro, controlado, inmaculado. El tipo de atractivo que parecía haber sido perfeccionado a lo largo de siglos. Se mantenía a medio paso de distancia, con el bastón apoyado ligeramente bajo sus manos. Su mirada no era de reprobación. Era analítica. Me estudiaba como si fuera un punto de inflexión en un capítulo del que pretendía salir con vida.

Volví a centrar mi atención en la escena del crimen y me acerqué hasta quedar a unos metro y medio del cadáver. La multitud se movía inquieta a mis espaldas. Podía sentirlo: el revuelo y el peso nervioso de las miradas sobre mi espalda.

No lo reconocí. Todavía era relativamente nueva en Gallows Gate, aún no conocía todas las caras. Esa era la desventaja de estar

destinada de forma permanente en una ciudad que atraía el caos como si fuera deducible de impuestos.

Examiné al hombre. Cuarentón, tal vez, pelo oscuro, piel curtida. Vestía vaqueros y una camisa lisa. Sin sangre ni traumatismos visibles. Sin cortes, moratones o signos de lucha, o al menos eso me parecía.

Se veía… intacto. Era como si simplemente hubiera dejado de vivir. Asesinado por magia, tal vez.

O algo peor.

Pero no fue el hecho de que estuviera muerto y colgado entre las columnas del juzgado como una grotesca decoración navideña lo que me dejó con la boca abierta.

Era su piel.

Cada centímetro de ella: su cara, sus brazos, sus manos, todo estaba cubierto de símbolos brillantes.

Letras doradas se extendían por su cuerpo formando intrincados patrones, entrelazándose en sus brazos, enroscándose alrededor de su cuello y desapareciendo bajo la tela como si continuaran por su torso.

Maldita sea.

Y no parecían aleatorias. Eran demasiado precisas y deliberadas, diseñadas con formas extrañas, a la vez angulares y antiguas. ¿Símbolos? No. Runas. Definitivamente runas.

Pero no como ninguna de las que hubiera estudiado jamás, lo cual era impresionante, teniendo en cuenta que los archivos de Merlín tenían suficientes sistemas de runas como para provocar migraña a un lingüista.

No eran hechiceras arcanas, ni oscuras, ni blancas. Y tampoco de hadas. ¿Quizá un antiguo dialecto de brujas? Tendría que consultarlo con Yula, mi media tía bruja oscura favorita. Era una gran conocedora de todo lo relacionado con la brujería.

Aun así, estas parecían más antiguas, más nítidas. La luz no parpadeaba como en los hechizos normales. Latía rítmicamente, como un latido del corazón.

Daba mucho miedo.

Saqué mi teléfono y empecé a hacer fotos antes de que las pruebas desaparecieran. Ya me había pasado antes.

Morty me dio un ligero codazo en el hombro.

—Esa— dijo—, es una forma horrible de morir.

Entrecerró los ojos para mirar el cadáver.

—¿Y luego colgarlo como si fuera una instalación de arte público?

—Es una declaración— dije—. Un mensaje. Un mensaje muy desquiciado.

Una sensación de pavor se apoderó de mi estómago y subió por mi cuello, donde empezó a latir como un dolor de cabeza. Esto era malo. Muy malo.

—¡Demonios! ¡Los demonios han hecho esto!— chilló una mujer desde algún lugar detrás de mí.

La palabra caló en la multitud como una cerilla en hojas secas.

—¡Han vuelto!— gritó otra voz. Esta vez era un hombre—. ¡Vamos a morir todos!

Los murmullos estallaron en un murmullo de pánico.

Alguien empezó a rezar a la diosa, otro maldijo en voz alta. Una joven con habilidades paranormales agarró del brazo a quien parecía ser su hermano y lo arrastró tres pasos hacia atrás, como si la mera proximidad pudiera contagiarle una fatalidad resplandeciente.

Otra mujer tapó los ojos de su hijo con las manos.

La manada de Torren se movió inquieta, con gruñidos bajos retumbando entre sus respiraciones. Los depredadores hacían ese tipo de sonido cuando se daban cuenta de que algo más arriba en la cadena alimenticia había entrado en la sala.

Me volví hacia la multitud. No estaban asustados, se estaban desmoronando. Tenían los ojos demasiado abiertos, respiraban demasiado rápido, y ese tono quebradizo en sus voces indicaba que estaban a segundos de salir corriendo o de echarse la culpa unos a otros.

Es cierto, podrían ser demonios. A los demonios les encantaba el teatro, pero los demonios eran desordenados. Esto no era desordenado. Esto era deliberado.

—Eh— mi voz atravesó el ruido con más nitidez de la que pretendía.

Funcionó. El pánico se atenuó lo suficiente como para que pudieran concentrarse.

—¿Quién lo encontró? —pregunté, escudriñando los rostros.

Se hizo el silencio. Las caras se crisparon, bajaron la mirada. Algunas personas incluso dieron un paso atrás, como si la pregunta en sí misma fuera a señalarlas a ellas a continuación. Nadie me miraba.

Exhalé en voz baja y me acerqué al cuerpo, tomando otra foto de sus dedos, que también estaban cubiertos de esas runas doradas. Y estaba seguro de que, bajo su ropa, todo su cuerpo también lo estaba.

Morty se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—¿Lo conoces?

Negué con la cabeza lentamente.

—No.

Mantuve el rostro impasible porque lo último que necesitaba esta multitud era que Merlín pareciera asustado por los grafitis brillantes del cadáver.

—¿Has visto algo así antes?— le pregunté a Morty, sin apartar la vista del cadáver.

Morty sacó un cigarrillo de su pitillera plateada, se lo colocó en el labio, lo encendió y le dio una calada. Entrecerró los ojos para observar las inscripciones doradas que se extendían por la piel del hombre.

—He visto runas —dijo—. Muchas. Sellos de contención del viejo mundo, glifos protectores, círculos de conjuro que te harían picar los dientes con solo mirarlos.

Se acercó un poco más, con la cabeza ladeada.

—Pero nada como esto.

Señaló con dos dedos, con cuidado de no tocarlo.

—¿Ves cómo se superponen? Esa no es una estructura estándar. La mayoría de los sistemas rúnicos siguen una geometría básica. Círculo, triángulo, cuadrícula de ejes cruzados. ¿Esto?— sacudió la cabeza— esto está… apilado. Como si se construyera sobre sí mismo.

Fruncí el ceño. Tenía razón.

Las runas no estaban grabadas al azar sobre la piel. Estaban dispuestas en patrones concéntricos, superponiéndose, pero sin interferir. Cada línea se unía a la siguiente, como un circuito o una arquitectura.

—Parece más antiguo —continuó Morty—. Más antiguo que la brujería. Más antiguo que los archivos de Merlín. Caray, más antiguo que las cosas que solían tallar en las piedras de los monasterios.

Lo miré.

—¿Estabas por ahí cuando tallaban las piedras de los monasterios?

Me lanzó una mirada.

—He vivido suficientes modas cuestionables y magia todavía peor —apretó la mandíbula mientras estudiaba el resplandor—. Sean lo que sean, mataron al pobre desgraciado.

Me acerqué poco a poco.

Mis hilos arcanos se agitaron, tensándose bajo mi piel. Finas líneas de calor se deslizaron a lo largo de mis costillas, enroscándose alrededor de mis muñecas y atravesando mi columna vertebral, despiertas y vigilantes.

El calor se volvió ardiente.

Me quedé paralizada. Vaya, eso era nuevo.

Volvieron a pulsar, ahora con más intensidad, como un latido que no me pertenecía. Un zumbido sordo se estaba acumulando detrás de mi esternón.

No me gustó eso.

El aire se movió cuando acorté la distancia con el cuerpo. El calor me presionaba en lentas oleadas, trepando por mis brazos y por la nuca.

Las runas doradas talladas en la carne quemada parpadearon.

Qué raro.

Cuando me desplacé hacia la izquierda, brillaron hacia la izquierda.

¿Qué demonios...?

Cuando me incliné, la luz se agudizó. Se intensificó, como si algo ajustara el enfoque.

Mis hilos se tensaron, tirando hacia delante, alcanzando…

Contuve el aliento y los apreté con fuerza. Ni loca iba a dejar que se acercaran a esa misteriosa escritura brillante sobre el cadáver. Así era como la gente acababa poseída o maldita, y yo no quería eso en mi futuro cercano… ni lejano.

Pero se tensaron de todos modos.

El calor se agitó bajo mi piel, trazando las formas exactas de los símbolos en un eco fantasmal. Sentí como si las runas me presionaran desde fuera y mi magia les respondiera desde dentro.

Reconocimiento.

Esa fue la palabra que más me impactó. No se trataba de magia aleatoria, no era desordenada. Ni siquiera era hostil.

Parecía intencionada. Para mí.

Mi pulso se aceleró. Me volví muy consciente de la multitud detrás de mí, del consejo que observaba.

Las letras volvieron a brillar y esta vez, estaba segura de ello.

No estaban reaccionando ante un movimiento. Estaban reaccionando ante *mí*.

¿Qué demonios es esto?

Porque mis hilos ya no estaban calientes. Estaban respondiendo.

—Dime que no vas a tocarlo —dijo Morty, haciéndome sobresaltar.

—No voy a tocarlo— respondí—. Probablemente no.

—Roja...

—Estoy bromeando.

Más o menos. Incliné la cabeza, estudiando el patrón. No tenía ni la más remota idea de qué eran.

Detrás de mí, Torren carraspeó, con un sonido grave e inquietante.

Lo miré por encima del hombro.

—¿Lo encontraste así?

El gran hombre lobo asintió una vez.

—Hace unos minutos. Antes de que viniéramos a empezar nuestra reunión matutina.

Morty dejó escapar un silbido bajo a mis espaldas.

—Bueno, esa es una forma de cancelar las reuniones informativas del personal.

Los ojos de Torren se posaron en él.

—No hay rastro de lucha. No hay sangre. Pero… el olor de su muerte es… extraño.

Lo miré fijamente.

—¿Extraño en qué sentido?

Torren miró el cadáver y luego volvió a mirarme.

—No es natural. Es mágico.

Ante eso, unos murmullos nerviosos se extendieron entre la multitud. Eran débiles y frágiles, pero mejor que los gritos.

Morty se inclinó hacia mí y me susurró:

—No sé tú, Roja, pero cuando aparece un cadáver ya decorado y resplandeciente, eso suele ser mi señal para coger agua bendita, sal y quizá un lanzallamas.

Mantuve la mirada fija en el cadáver.

—No tenemos un lanzallamas.

—¿Notas algo? —preguntó Torren con cautela. Podía ver cómo funcionaba ese cerebro alfa, esos instintos para proteger su pueblo.

Sí. Lo notaba. Las runas vibraban en mis huesos y algo bajo mi piel me respondía con un zumbido.

Me endereché lentamente.

—Nada— mentí—. Podría ser magia, podría ser otra cosa. Pero te puedo decir que esto no se hizo para ocultarlo. Se hizo para que lo viéramos.

Morty siguió mi mirada.

—¿Estás pensando en un ritual?

—Estoy pensando —dije, con la mirada recorriendo la escritura brillante—, que alguien quería hacer alarde de magia.

La multitud se movió de nuevo, y los susurros se alzaron como un ruido estático de nerviosismo.

Me acerqué poco a poco, lo más cerca que pude del cuerpo, pero sin tocarlo. Las runas doradas brillaron con más intensidad.

—Eh —dijo Morty—. Por favor, dime que tu «divino lo que sea» no está coqueteando con el cadáver.

Le lancé una mirada.

—Eso no tiene gracia.

—Es un poco gracioso.

—No lo es.

Porque si eso era cierto, si mis hilos arcanos estaban reaccionando a esto, no se trataba de un ritual cualquiera que hubiera salido mal.

—¡Apártense! ¡Es la forense! ¡Quítense de en medio!

Marla se abrió paso a empujones entre la multitud como un cisne muy irritado y aún muy sin aliento. Los paranormales se dispersaron mientras se abría paso a codazos, con la bolsa de mano rebotando contra su costado como si también estuviera agotada.

Se detuvo a mi lado, con las manos en las caderas y el pecho subiendo y bajando como si acabara de correr una maratón por un pantano.

—Sí —jadeó, mirando hacia el cadáver—. Muerto como un clavo. Se inclinó ligeramente, apoyando las manos en los muslos por un segundo—. Por si alguien aún albergaba alguna esperanza—añadió entre jadeos.

La multitud se movió, inquieta.

Alguien gimió.

Torren se aclaró la garganta de nuevo, como si controlar el volumen pudiera hacer que aquello resultara menos espantoso.

Marla se enderezó, subiéndose las gafas por la nariz con un dedo. Entrecerró los ojos para mirar las runas brillantes.

—Preferiría que mis cadáveres estuvieran menos… iluminados.

Se acercó, con cuidado y frialdad a pesar del sudor que le resbalaba por el cuello. Las letras doradas se reflejaban en sus lentes.

—¿Sabes qué son esas marcas?— le pregunté.

Marla inhaló por la nariz y luego exhaló como si se estuviera preparando para dar una clase a una sala llena de idiotas.

—Posiblemente magia oscura— dijo—. Posiblemente magia negra. Podría ser de origen nigromántico. Podría ser una inscripción demoníaca. Estas no son runas comunes.

Su voz era más firme ahora que había entrado en modo profesora.

—No coinciden con las bibliotecas estándar. No es brujería ni sistemas registrados por Merlín—. Se inclinó más cerca sin tocar

nada—. No lo sabré hasta que lo lleve a mi laboratorio. Necesito un análisis de espectro completo, pruebas de energía residual y muestras de tejido.

Morty hizo una mueca.

—Vaya, sí que sabes cómo ganarte al público matutino.

Marla le lanzó una mirada fulminante. Luego giró la cabeza y me miró por encima de las gafas.

—¿Sabes qué es esto?

Todos los ojos de la multitud se fijaron en mí.

Las runas doradas latían. Bajo mi piel, mis hilos arcanos respondieron. Solo un destello, un susurro, como si quisieran acercarse más.

Forcé mi expresión para que pareciera firme, profesional y controlada.

—No— dije con voz tranquila. No era mentira. No sabía qué era.

Sabía que mi magia reaccionaba ante ello, lo cual era peor.

Y mientras permanecía allí, con mis hilos tensándose bajo la piel, tuve la inquietante sensación de que, fuera lo que fuera, también se había fijado en mí.

3

Me incliné sobre el cadáver del hombre paranormal que había sido ahorcado de las columnas del juzgado. Incluso estando tan cerca, no conseguía percibir su aura. Podría ser un brujo o un metamorfo. Las runas estaban trastocando todos mis instintos mágicos habituales.

Los ayudantes de Marla —Ed, un viejo y gruñón hombre tejón que gruñía más de lo que hablaba, y Darren, un adolescente desgarbado con una desafortunada constelación de granos en las mejillas— habían bajado el cadáver y lo habían trasladado al laboratorio de Marla en la morgue de Gallows Gate.

El aire dentro de la morgue era frío, como el de un congelador, y se me puso la piel de gallina. La sala olía a desinfectante, guantes de goma y ese trasfondo metálico de la muerte.

Había mesas y armarios de acero inoxidable, claro. Pero también había instrumentos mágicos colocados en estantes y encimeras, como si se tratara de una extraña mezcla entre una serie de médicos y el taller de un mago. Vi un escáner de runas del tamaño de una tostadora, un conjunto de lentes de cristal suspendido de alambres de cobre, un cuenco de latón grabado con diminutos símbolos protectores y un juego de agujas de hueso que me incomodaban solo con mirarlas.

Cerca de la pared del fondo había una vitrina alta llena de frascos: algunos con hierbas, otros con polvos y otros con cosas que no quería identificar estando sobrio. También había un gran círculo de hierro incrustado en el suelo con diminutas runas talladas en el borde, como si estuviera diseñado para mantener algo dentro.

O fuera.

Ahora, mientras me inclinaba sobre el hombre muerto, no podía sacarme de la cabeza la profunda sensación de pavor que me producía la reacción de mis hilos arcanos ante las runas doradas.

Y seguían reaccionando.

Se enroscaban alrededor de mis manos bajo la superficie de mi piel, extendiéndose hacia afuera como serpientes curiosas, y las obligué a replegarse.

Pero ¿cómo podía ser eso? No conocía a ese hombre. Nunca lo había visto en mi vida. Sin embargo, mis hilos arcanos actuaban como si lo conocieran.

—Se llamaba Sean Grey —dijo Marla, mostrando la cartera que había encontrado al registrar sus pantalones—. Un hombre-oso de Gallows Gate. No lo conocía, pero debe de tener familia aquí. Tendremos que avisarles.

Asentí. No me fiaba de mí misma para hablar en ese momento.

—¿Tiene todo el cuerpo cubierto de esas runas? —preguntó Morty, acercándose a nosotras.

Marla le levantó la camiseta a Sean, donde unas runas doradas brillaban en su abdomen, su pecho, por todas partes.

Morty maldijo entre dientes.

—Parece una maldita infección.

—¿Qué parece una infección?— preguntó una voz sensual desde la puerta.

Me giré cuando Selene entró, alta, con curvas y glamurosa sin esfuerzo con un traje rojo a medida. No tenía ni idea de cuántos años tenía realmente. Trescientos, quizá cuatrocientos. Los vampiros tenían esa molesta costumbre de parecer atemporales, pero si tuviera que adivinar, diría que rondaba los treinta y tantos.

Su cabello castaño oscuro caía sobre sus hombros en ondas brillantes, perfectamente en su sitio. Sus ojos eran profundos y

oscuros, como el vino añejo, y sus labios rojo sangre se curvaban en una leve sonrisa cómplice.

Su mirada se fijó en mi compañero de piso.

—Hola, Morty.

El rostro de Morty se ensombreció dos tonos, algo a lo que ya me estaba acostumbrando. Sonrió.

—Selene.

La miró como un hombre que había visto a la mujer más hermosa del mundo y no podía apartar la vista por miedo a que desapareciera.

Selene, por su parte, miraba a Morty como si fuera a ser su almuerzo.

—Búsquense una habitación —espetó Marla—. Tengo trabajo que hacer y todas estas feromonas me están distrayendo.

Una sonrisa se dibujó en mis labios. Me alegraba por Morty y Selene.

—¿Es este el hombre muerto que, según he oído, colgaron frente al juzgado? —preguntó la vampiresa mientras se dejaba caer en una de las sillas de la morgue. Luego sacó una petaca del interior de la chaqueta y dio un sorbo lento.

—Sí— respondí, obligando a mi voz a mantenerse firme mientras mis hilos arcanos intentaban abrirse paso de nuevo.

—Bueno —sonrió Selene, con los labios y los dientes manchados de rojo. Y yo sabía que lo que había en ese frasco definitivamente no era vino—. Sin duda, eso es un inconveniente para él.

Morty se enderezó un poco. Luego, un poco más. Sus hombros se ensancharon como si intentara crecer cinco centímetros a base de pura fuerza de voluntad masculina. Se ajustó el chaleco y se arremangó, como si los antebrazos fueran la clave para atraer a las vampiras.

La mirada de Selene se posó en él, lenta y deliberada, como si estuviera evaluando el mejor corte de carne en una carnicería.

—Morty —ronroneó—. Hoy tienes un aspecto… notablemente vivo.

Morty carraspeó.

—Sí. Bueno. Estoy… haciendo todo lo que puedo.

Marla soltó un suspiro seco y molesto desde el otro lado de la mesa.

—Te lo advertí. Si alguien va a coquetear en mi morgue, que lo haga en silencio. Tengo que autopsiar un cadáver y no necesito que la tensión sexual contamine mis muestras.

La expresión de Selene no cambió.

—Cariño, si la tensión sexual contaminara las muestras, todo tu pueblo sería un riesgo biológico.

Marla la miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada.

Volví a centrar mi atención en el cuerpo. Sean Grey yacía sobre la mesa bajo las intensas luces del techo. Las runas doradas y resplandecientes que marcaban su piel latían como si estuvieran esperando algo, o a alguien.

Mis hilos arcanos se retorcían inquietos bajo mi piel. Cuanto más tiempo permanecía cerca de él, más difícil me resultaba controlarlos. Querían salir, tocar, alcanzar…

Haciendo un esfuerzo, las contuve. No las dejaría. No delante de testigos y no hasta que supiera qué demonios me estaba pasando.

Selene habló sin apartar la mirada de Morty.

—Así que, marcado y colgado frente a un juzgado. Es casi poético.

—Es asqueroso —dije.

Selene por fin volvió a mirarme.

—La poesía puede ser asquerosa.

—Eso debería estar en una tarjeta de Hallmark— añadió Morty.

Marla se puso un segundo par de guantes.

—Selene, ya que insistes en estar aquí, o ayudas o te vas.

Selene levantó su petaca.

—Estoy ayudando. Estoy dando apoyo moral.

Marla la miró fijamente.

—¿A quién?

La sonrisa de Selene no se tambaleó

—A Morty.

Morty carraspeó como si de repente se hubiera convertido en un trabajo a tiempo completo.

Selene se recostó en la silla como si fuera suya, cruzó las piernas y observó el cadáver como si estuviera esperando a que actuara.

—Bueno— dijo con ligereza— ¿por qué está cubierto de símbolos brillantes? ¿Es algo típico de los osos hombre? ¿Un ritual de apareamiento? ¿Una etiqueta de advertencia?

Morty metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó un cigarrillo de la pitillera y lo encendió.

—Si eso es un ritual de apareamiento—dijo, mirando el cadáver— me alegro de haber muerto antes de que se pusiera de moda.

Me incliné hacia Sean, obligándome a volver a centrar mi atención en el caso.

—Estamos intentando averiguar qué son esas marcas. Marla cree que podría ser magia oscura o magia negra. Nigromancia. Demonios.

Selene murmuró.

—Los demonios siempre tienen estilo. Esto es… refinado.

—¿Refinado? —repitió Marla, claramente ofendida por la idea de que un asesinato pudiera tener buen gusto.

—Sí —dijo Selene—. Parecen controladas, como si las hubiera hecho alguien con poder y paciencia. O alguien con una obsesión muy específica.

Morty exhaló humo.

—Genial. Así que nos enfrentamos a un psicópata con clase.

—Los psicópatas con clase son los peores— respondí—. Planifican. Ponen sus iniciales en su maldad.

Marla nos ignoró y empezó a escanear a Sean con uno de sus instrumentos mágicos, una varilla delgada similar a una varita que zumbaba suavemente, con la punta brillando de un azul pálido mientras la pasaba por encima de las runas. La luz azul parpadeó al tocar la escritura dorada, como si no le gustara lo que estaba viendo.

—¿Qué se lee?— pregunté, manteniéndome cerca, pero sin acercarme demasiado.

Marla frunció los labios, pensativa.

—Es… inestable. La firma mágica residual no deja de cambiar.

Asentí con la cabeza, observando a Marla mientras seguía moviendo ese dispositivo con forma de varita sobre Sean.

—¿Podrías probar con eso del eco sanguíneo? —preguntó Morty, con la mirada fija en mí.

Negué con la cabeza.

—No hay sangre. No puedo hacer una resonancia sanguínea sin ella. Si hubiera sangrado, entonces sí. Habría sido muy útil para ver qué le había pasado justo antes de morir. Podría haber visto a su agresor.

Me quedé cerca del brazo de Sean, estudiando los patrones de runas. Estaban dispuestos en capas como anillos, cada uno alimentando al siguiente. Y mis hilos arcanos… querían conectarse.

Apreté el puño hasta que se me pusieron blancos los nudillos, tratando de mantener a raya mi poder divino. Se suponía que este nuevo poder era mío, no un perro tirando de la correa.

Marla se desplazó al otro lado de la mesa y levantó la cabeza de Sean con suavidad, comprobándole las pupilas, examinándole las orejas y la boca, lo básico. Era cuidadosa, clínica, firme ahora que había recuperado el aliento. Le volvió a bajar la cabeza y miró las runas de nuevo, frunciendo el ceño.

—Estas no están talladas ni pintadas —murmuró—. Están… incrustadas.

Morty gruñó.

—Como una marca.

—Como una marca— asintió Marla.

Selene se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Fueron hechas antes de que muriera?— preguntó Morty.

Selene lo miró con indiferencia.

—Si, yo diría que las hicieron antes de que muriera, cariño.

Morty se sonrojó de nuevo y dio una calada a su cigarrillo, con cara de desear que el suelo se lo tragara.

Marla entrecerró los ojos.

—No podemos saberlo.

La voz de Selene se volvió coloquial, pero sus ojos permanecieron fríos.

—Alguien lo marcó y lo colgó en público. Eso no es asesinato. Es intimidación. ¿Quién hace eso aquí?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo— dije.

—Rhea —dijo Marla mientras me miraba—. Necesito que me digas algo.

Levanté la vista.

—¿Qué?

Su mirada se desplazó de mi rostro a las runas de Sean y volvió a mis manos.

—Dijiste que nunca habías visto nada parecido.

La miré a los ojos.

—No lo he visto.

¿Tenía magia para leer la mente? Esperaba que no.

Frunció el ceño, pensativa.

—Hmm.

La atención de Selene había vuelto a centrarse en Morty, como si hubiera decidido que él era más entretenido que el cadáver. Ladeó la cabeza, estudiándolo.

—¿Alguna vez te quitas ese traje?

Morty escupió bocanadas de humo.

—Yo… eh…— comenzó a decir.

Marla espetó:

—Deja de coquetear en mi morgue.

Selene suspiró dramáticamente.

—De acuerdo, coquetearé en silencio.

Morty encendió otro cigarrillo porque, al parecer, un tic nervioso no era suficiente.

Exhalé y me incliné de nuevo hacia Sean, diciéndome a mí misma que necesitaba verlo más de cerca. Eso era todo, solo una inspección más detallada.

Extendí dos dedos hacia las runas de su antebrazo, deteniéndome a unos centímetros y manteniéndolos en el aire.

Mis hilos se agitaron bajo mi piel.

Me estremecí y me aparté… Y mis dedos rozaron su brazo.

Las runas doradas brillaron con más intensidad: un resplandor agudo y vivo, como si alguien les hubiera echado combustible.

Exactamente al mismo tiempo, mis hilos arcanos brotaron de debajo de mi piel en una delgada ondulación de luz roja fundida, lanzándose hacia las runas como imanes que encuentran su pareja.

Me quedé rígida y sentí cómo se me iba la sangre de la cara.

Marla se quedó completamente inmóvil. Sus ojos se abrieron como platos tras sus gafas empañadas.

—¿Qué ha pasado?

Retiré la mano tan rápido que casi me doy una bofetada. Las runas se atenuaron de nuevo, volviendo a su brillo original como si nada hubiera pasado, mientras mis hilos arcanos se replegaban bajo mi piel. Su calor renuente dejó un hormigueo en mis dedos. Mi corazón latía con tanta fuerza que me sacudía las costillas.

Oh, sí. Esto era malo.

Forcé una expresión de calma en mi rostro.

—¿A qué te refieres?— estaba en el infierno.

Marla me miró fijamente.

—No hagas eso.

—¿Hacer qué?— dije, redoblando mi inocencia y esperando que funcionara.

La Bruja Blanca se acercó y bajó la voz para que Morty y Selene no la oyeran.

—Tu magia ha reaccionado. Las runas han reaccionado. Lo he visto.

Tragué saliva, sintiendo cómo el pánico me subía por la garganta como si tuviera garras.

—No sé qué has visto— dije—pero yo no he visto nada.

Marla entrecerró los ojos.

—Rhea.

La miré a los ojos y mentí con la naturalidad de una mujer que acababa de descubrir que era aterradoramente fácil.

—No vi nada— repetí.

Por dentro, no estaba bien. Por dentro, mi cerebro gritaba porque mi magia había reconocido aquellas runas. O las runas habían reconocido mi poder. En cualquier caso, significaba conexión, y conexión significaba implicación.

Marla mantuvo mi mirada un instante más antes de volver a mirar a Sean como si intentara resolver un rompecabezas que de repente se había vuelto complicado. Al menos había dejado de presionarme.

Morty finalmente se volvió hacia nosotros.

—¿Qué está pasando? ¿El cadáver te ha guiñado el ojo o algo así?

Selene arqueó las cejas.

—Si ha guiñado el ojo, quiero saberlo. Sería encantador.

—No —dije rápidamente—. Nada. Marla solo… necesita más pruebas.

Marla no me corrigió, lo cual agradecí, pero también me dio miedo.

—Haré un análisis completo— dijo—. Muestras de sangre. Selene, deja de respirar de forma tan dramática.

Selene parpadeó.

—Yo no respiro.

—Exacto— dijo Marla—. Así que puedes dejar de hacerlo.

Morty soltó una risa ahogada y luego intentó disimularla con una expresión seria. No funcionó.

Selene observó su fracaso con evidente regocijo.

Di un paso atrás, alejándome de la mesa, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, como si pudiera contener físicamente mis hilos arcanos con la mera presión.

Sentí un nudo en el estómago mientras intentaba entender lo que estaba pasando. Necesitaba respuestas. Y las necesitaba ya.

—Marla —dije, obligando a mi voz a sonar normal—, ¿cuándo sabrás la causa de la muerte?

Ella suspiró y se frotó la frente con una mano, dejando una leve mancha de sudor en su guante.

—¿Si quieres mi mejor estimación? Un día. Quizás dos.

—De acuerdo —asentí, tratando de no mirar el brazo de Sean ni pensar en cómo había reaccionado a mi tacto.

Marla señaló las runas.

—Estas están interfiriendo con mis instrumentos. No puedo leer su aura. No consigo residuos mágicos estables. Necesito aislar la

firma energética, hacer comparaciones con los archivos y ver si las marcas son una causa o un resultado.

—Voy a volver al juzgado —dije de repente.

Marla giró la cabeza bruscamente hacia mí.

—¿Por qué?

—Para reunir pruebas —dije—. Para buscar magia residual en la escena. Huellas, barreras, pistas. Cualquier cosa que se haya podido dejar atrás.

Morty se enderezó de inmediato.

—Iré contigo.

—En realidad— dije, interrumpiéndolo antes de que pudiera seguir alardeando ante Selene— necesito que hagas otra cosa.

Quería estar sola por si encontraba una pista y mis hilos arcanos volvían a encenderse. No quería que nadie lo viera.

Morty parpadeó.

—¿Qué necesitas?

Miré la cartera de Sean.

—Encuentra a su familia, si es que tiene alguna. Avísales.

La expresión de Morty cambió. A pesar de todas sus bromas y su sarcasmo, la muerte le afectaba en lo más profundo. Quizá porque había estado muerto. Quizá porque entendía lo que significaba quedarse atrás. Asintió lentamente.

—Sí— dijo en voz baja—. Así lo haré, jefa.

—Marla —dije, manteniendo un tono informal—, llámame si hay algún cambio. Cualquier cosa.

La Bruja Blanca me estudió durante un largo segundo.

—Lo haré.

—Gracias. Hasta luego.

Me dirigí hacia la puerta. El aire frío se sentía ahora más denso sobre mi piel, como si la propia morgue quisiera retenerme allí, mantenerme bajo aquellas luces brillantes donde los secretos no podían esconderse.

Al salir al pasillo, mis hilos arcanos volvieron a moverse inquietos, como si intentaran alcanzar las runas. Apreté los puños dentro de los bolsillos hasta que las uñas se me clavaron en las palmas.

Podía sentirlo, la conexión. Fuera lo que fuera, era real.

Y me aterrorizaba.

Porque no lo entendía. No sabía qué significaba. Y porque, en lo más profundo de mi mente, en esa parte que nunca dejaba de calcular los peores escenarios posibles, un único pensamiento no dejaba de destellar como una señal de advertencia.

¿Y si era un mensaje para mí?

Salí de la morgue y me adentré en la luz del día. Mi magia vibraba bajo mi piel, reaccionando a mis emociones.

Y, por primera vez desde que la maldición de Morven había evolucionado y yo había empezado a sentirme poderosa en lugar de condenada, no estaba emocionada.

Tenía miedo.

Y no tenía ni idea de qué me asustaba más: que mis hilos arcanos hubieran reconocido esas runas… o que una parte de mí quisiera tocarlas de nuevo.

4

Me quedé de pie al otro lado de la calle y contemplé las columnas del juzgado donde Sean había sido asesinado y colgado. O… ¿había muerto mientras estaba colgado allí?

La idea me recorrió la espalda como algo con demasiadas patas.

Porque si había estado vivo cuando le grabaron esas runas…

Aparté ese pensamiento morboso de mi mente y crucé los brazos sobre el pecho. Los escalones del juzgado estaban vacíos ahora. La multitud de antes se había dispersado en cuanto los ayudantes de Marla se llevaron el cadáver. Los residentes de Gallows Gate tenían instinto de supervivencia cuando se trataba de problemas. Sabían cuándo desaparecer.

Aun así, algunas caras curiosas se asomaban por las ventanas y las puertas de las tiendas vecinas. Todos querían saber qué había pasado. No les culpaba. Pero nadie quería acercarse lo suficiente para averiguarlo.

Inteligente.

Volví la mirada hacia las columnas. Las gruesas cuerdas ya habían sido retiradas, pero las marcas en la piedra donde habían estado atadas seguían ahí, junto con las marcas de rozaduras en los escalones donde la gente se había reunido antes.

Las escenas del crimen siempre parecían decepcionantemente normales una vez que el cadáver había desaparecido. Uno esperaba

truenos, relámpagos y algún tipo de residuo mágico que deletreara «EL MAL ESTUVO AQUÍ».

En cambio, solo había piedra, polvo y silencio.

Aun así, me alegré de haber salido de la morgue. Si me hubiera quedado un minuto más cerca de Sean y de esas runas, habría pasado algo.

¿Qué exactamente? No tenía ni idea. Pero mis instintos de bruja gritaban que no habría sido nada bueno. Porque, ¿cómo podría serlo? Un tipo muerto estaba cubierto de extrañas runas doradas con las que mi nuevo poder divino quería salir a jugar.

Probablemente, solo por esa frase ya debería ir a que me evaluara un terapeuta mágico.

¿Qué demonios significaba todo aquello?

Hace solo unas semanas, por fin todo se había sentido… bien. Por primera vez en mi vida, mis poderes no intentaban matarme. La maldición de Morven, la que había aniquilado a generaciones de mi familia, había evolucionado. Había cambiado. Se había convertido en algo más fuerte. Algo divino. Algo poderoso. Una magia alucinante que realmente podía controlar.

¿Y saber que no estaba destinada a caer muerta antes de llegar a la mediana edad? Sí. Eso era una ventaja bastante genial.

Me había pasado la mayor parte de mi vida asumiendo que mi futuro implicaba una muerte prematura y una reunión familiar muy incómoda en el más allá.

Entonces había ganado tiempo, poder, una vida y un novio dragón.

¿Pero ahora?

Ahora ya no estaba tan segura. Porque mi magia divina parecía demasiado interesada en esas runas asesinas brillantes.

No lo había visto mucho en los últimos días. Al parecer, los dragones tenían algo llamado «asuntos de la finca», que sonaba sospechosamente a negocios de dragones multimillonarios.

Reuniones. Libros de cuentas antiguos. Probablemente intimidando a dragones de menor rango mientras bebían vino caro. Ya sabes, cosas de dragones.

Aun así, como leal protectora de Gallows Gate, si aún no se había enterado del cadáver que yacía fuera del juzgado, tenía que saberlo.

Saqué mi teléfono y escribí rápidamente.

Yo: *Hola. Ha habido un asesinato fuera del juzgado. El cadáver está cubierto de runas. Pensé que deberías saberlo.*

Mis dedos se quedaron suspendidos sobre la pantalla. Porque había añadido algo más.

Te quiero.

Dos estúpidas palabritas.

¿Quería a Eryk? ¿O es que me gustaba… mucho? Solo pensar en él me hacía sentir como si alguien hubiera soltado un frasco de mariposas dentro de mi caja torácica. Lo cual era ridículo. Yo era una Merlín. Investigaba crímenes sobrenaturales. Luchaba contra desastres mágicos. No me ponía nerviosa por los hombres dragón.

Excepto que sí lo hacía.

Y si aún no estaba enamorada, sin duda me estaba enamorando. A lo grande. Como si hubiera tropezado con mis propias botas y hubiera rodado colina abajo.

Me quedé mirando el cursor parpadeante un segundo más. Luego hice lo responsable: borré las palabras de más. Nada de confesiones emocionales por mensajes de texto. Y menos aún durante investigaciones de asesinatos. Así era como la gente acababa protagonizando baladas trágicas.

Pulsé «enviar» y volví a guardar el teléfono. Primero la concentración; los sentimientos, después. Porque por mucho que disfrutara distraerme con hombres dragón altos y taciturnos, tenía trabajo que hacer.

¿Y este lío? ¿Este circo de asesinatos con runas brillantes?

Era cosa mía.

Como Merlín, resolver misterios sobrenaturales y arrestar a idiotas mágicos formaba parte del trabajo. Litros de papeleo. Experiencias ocasionales de casi muerte. Y, si tenía suerte, quizá la satisfacción de meter al malo en una celda.

Volví a subir los escalones del juzgado y me agaché donde había estado Sean. Mis ojos escudriñaron la piedra con cuidado.

Marcas de rozaduras. Huellas de botas. Una marca de quemadura donde las runas podrían haber descargado energía. Aparte de eso, no veía ninguna pista. Nada fuera de lo normal. Ningún objeto extraño. Nada.

Toqué la piedra. Fría. Sin residuos mágicos evidentes, lo cual era raro. Un ritual tan elaborado debería haber dejado algún tipo de huella mágica.

En cambio, parecía… fregada. Limpia. Lo que significaba que quienquiera que hubiera hecho esto o bien sabía exactamente lo que hacía… o era lo suficientemente poderoso como para borrar todo rastro de restos mágicos. Ambas opciones eran profundamente molestas porque no tenía ni idea de qué demonios era esto.

Me levanté de nuevo y miré a mi alrededor en la plaza.

—Bien, pensemos.

Ya habíamos identificado a la víctima. Ahora tenía que averiguar qué significaban las runas y por qué habían matado a Sean.

¿Se trataba de un asesinato al azar? Lo dudo. La gente no solía grabar alfabetos mágicos luminosos en los cadáveres por simple diversión. ¿Tenía Sean enemigos? Quizás. Ser un hombre-oso probablemente conllevara su cuota de peleas de bar y disputas territoriales. Pero eso no explicaba por qué mi magia había reaccionado de esa manera.

Y lo que es más importante, ¿quién tenía la habilidad mágica y el ego necesarios para montar un asesinato como este en pleno centro de la ciudad?

Mi mirada volvió a posarse en las columnas del juzgado.

Un demonio mayor lo haría.

A los demonios les encantaba el drama. Les encantaban los espectáculos. Les encantaba toda esa estética de «aterrorizar a los mortales» y eso podría explicar las runas. La extraña magia. La teatral exhibición del cadáver.

Si este ataque era demoníaco, en algún lugar de Gallows Gate, el Velo —esa delgada barrera mágica que impedía que las cosas más repugnantes cruzaran a nuestro mundo— estaba fracturado…

O alguien había invocado a un demonio.

Lo que haría que esto no fuera un asesinato, sino un problema, uno muy grande.

También podría explicar por qué mis hilos arcanos estaban respondiendo a las runas. Los dioses y los demonios tenían historia. Mucha historia. El tipo de historia que solía implicar guerras, traiciones, profecías apocalípticas y, como mínimo, una montaña explotando.

Así que era plausible que mi esencia divina estuviera reaccionando debido a esa conexión: lo divino contra lo infernal, los opuestos que se atraen… o que intentan matarse entre sí. ¿Anularse mutuamente? Ese tipo de cosas. Y, de forma inquietante, tenía sentido.

—Oye —dijo una voz masculina a mis espaldas.

—¡Ah! —Me giré tan rápido que mis botas chirriaron contra los escalones del juzgado. Lancé una patada con la pierna derecha y levanté los puños automáticamente en lo que, siendo generosos, podría describirse como una postura de artes marciales. Más concretamente, era una mezcla de kung fu, lucha callejera y pánico.

—Eryk —espeté, con el corazón latiéndome con fuerza en la garganta—. Maldita sea. No te acerques así.

El dracónido sonrió, lo que convirtió su rostro, ya de por sí ridículamente sexy, en algo casi ilegal.

Su cabello oscuro reflejaba la luz del sol, y sus ojos dorados brillaban con diversión. Llevaba ropa oscura que, de alguna manera, hacía que su figura alta y de hombros anchos pareciera sacada de una novela de fantasía y trasladada a mi vida extremadamente complicada.

—No me he acercado a escondidas —dijo con calma—. He dicho «hola».

—Ja, ja.

Eryk miró mis manos.

—Quizá deberías bajar un poco el ritmo.

—¿Qué? —Seguí su mirada.

Claro. Mis hilos arcanos se habían escapado otra vez. Se enroscaban alrededor de mis muñecas y dedos como cintas rojas fundidas, parpadeando suavemente a la luz del día como pulseras

vivientes de la fatalidad, como si estuvieran emocionadas por la adrenalina repentina.

Fantástico.

Exhalé y los volví a meter bajo mi piel.

—Lo siento. Son los reflejos.

Inclinó ligeramente la cabeza, con expresión divertida.

—Ya lo veo.

—Espera —dije, entrecerrando los ojos—. ¿Cómo has llegado aquí tan rápido? ¿Has volado? Si un dragón de quince metros había volado hasta aquí y había aterrizado cerca de mí sin que yo me diera cuenta, estaba perdiendo mi intuición de Merlín.

La sonrisa de Eryk se amplió.

—Sí.

Por supuesto que sí. ¿Por qué no me sorprendía?

Antes de que pudiera decir nada, Eryk acortó la distancia entre nosotros con dos largas zancadas.

Sus manos se deslizaron alrededor de mi cintura como si fuera lo más natural del mundo, atrayéndome suave pero firmemente hacia él. Su calor me envolvió. Los dragones eran más calientes que los humanos, no en sentido figurado, sino físico. Estar cerca de él era como estar junto a un horno viviente que olía a cuero y a algo cálido y ahumado.

—Te he echado de menos— dijo.

Mi cerebro dejó de funcionar inmediatamente. Lo cual era molesto, porque hacía dos segundos había estado haciendo un trabajo estupendo fingiendo ser una Merlín profesional, tranquila y serena.

—Oh —dije con gran ingenio.

Sus ojos dorados estudiaron mi rostro.

—Pareces cansada.

—Las investigaciones de asesinatos tienen ese efecto.

Su pulgar rozó ligeramente mi cadera.

—Y preocupada.

Abrí la boca para negarlo. En cambio, lo que salió fue:

—Me distraes.

Su sonrisa se suavizó.

—Esa es la idea.

Puse los ojos en blanco. Justo cuando estaba a punto de soltar un comentario sarcástico sobre el ego de los dragones, se inclinó y me besó.

Breve e intenso, fue precisamente el tipo de beso que hizo que el resto del mundo desapareciera por un segundo. Fue cálido, seguro y peligroso, de una forma que hizo que mis rodillas olvidaran por un instante cómo funcionaban.

Su mano se apretó contra mi cintura como si hubiera estado esperando para hacerlo toda la mañana. Luego se apartó lo suficiente para mirarme de nuevo.

Mi corazón daba saltos dentro de mi pecho.

—¿Has volado por toda la ciudad para hacer eso?— le pregunté.

—Sí.

Dudé.

—Bueno, pues… sigue.

Eryk se rio. Luego, sus ojos se desviaron brevemente hacia las columnas del juzgado que había detrás de mí. Su expresión se tornó en modo dragón serio.

—¿Qué pasó aquí?— preguntó.

Asesinato. Runas brillantes. Posiblemente tonterías demoníacas.

Me aparté de sus brazos antes de que se me olvidara por completo mi trabajo.

—Sean Grey, hombre oso. Lo encontraron ahorcado entre esas columnas esta mañana. Tenía todo el cuerpo cubierto de runas brillantes.

La mirada de Eryk se agudizó.

—¿Runas?

—No son las normales —añadí—. Marla ya está haciendo pruebas. Nunca había visto nada parecido. Podría ser demoníaco. Mira.

Saqué mi teléfono y toqué la pantalla hasta que aparecieron las fotos del cuerpo de Sean que había tomado antes.

Eryk cogió mi teléfono y se desplazó por las fotos, con el ceño cada vez más fruncido a medida que avanzaba. Sus ojos se posaron en las runas brillantes grabadas en la piel de Sean.

—Y crees que esto es demoníaco —dijo.

—Es una teoría.

Amplió una de las runas y acercó el móvil a la luz. Durante un momento no respondió, solo se quedó mirando. Lo cual, viniendo de alguien que había vivido durante siglos y había visto más magia que la mayoría de los archivos de Merlín, no era nada tranquilizador.

Finalmente bajó el teléfono y miró pensativo hacia las escaleras del juzgado.

—¿Alguna otra teoría?

Me encogí de hombros.

—Quizá un mago oscuro muy poderoso. Un nigromante. Algún tipo de secta mágica con demasiado tiempo libre.

Entonces le estudié el rostro. Porque parecía… inquieto.

—¿Y tú?— le pregunté—. ¿Alguna vez has visto marcas como esas?

Dudé.

—Quiero decir, eres mayor. No en el mal sentido— añadí rápidamente—. Más bien… tienes experiencia histórica.

Eryk arqueó las cejas.

—¿Experiencia histórica?

Mi boca siguió hablando.

—Sí, quiero decir… eres mayor. No viejo-viejo, solo… un poco mayor…

¿Qué demonios estaba diciendo?

Eryk sonrió.

—Un poco mayor. Me gusta.

Volvió a fijar la mirada en las columnas del juzgado.

—He visto muchos sistemas de runas a lo largo de mi vida— dijo lentamente—. Brujería, inscripciones de hadas, glifos de conjuros infernales, escrituras nigrománticas, incluso los antiguos sellos sacerdotales que usaban los Merlín hace siglos.

Crucé los brazos.

—¿Y runas de dragón?

Sus labios se curvaron ligeramente.

—La escritura dracónica tiene varios.

—La mayoría de los humanos piensan que los dragones solo se dedican al fuego y las garras— continuó—, pero antes incluso de que existiera vuestra orden de Merlín, los dragones éramos eruditos. Desarrollamos lenguajes rúnicos para dar forma a la magia mucho antes de que las brujas empezaran a trazar círculos en la tierra.

Eso sonaba muy propio de un dragón: arrogante, aunque probablemente cierto.

—Algunas runas atan la magia— dijo—. Otras la canalizan, otras la extraen.

Eryk volvió a ampliar una de las imágenes, trazando la forma de la runa en la pantalla con el pulgar.

—Estas…— dijo, frunciendo el ceño—, estas son diferentes.

—¿Cómo de diferentes?— pregunté.

Sacudió la cabeza lentamente.

—No reconozco la estructura.

—¿Ninguna?

—No.

Maldita sea. Porque si Eryk, un hombre-dragón centenario con un cerebro repleto de historia mágica, no las reconocía…

Eso significaba que o bien eran extremadamente raras o bien extremadamente nuevas.

—Estas runas no están escritas en ningún idioma que yo conozca — continuó, estudiando la imagen de nuevo—, pero tampoco son aleatorias. Mira aquí.

Señaló la pantalla.

—Estos patrones se repiten. La geometría es deliberada. Quienquiera que creara este sistema entendía el flujo mágico. Están dirigiendo la energía a través del cuerpo.

Entrecerré los ojos.

—¿Y hacia dónde la dirigen?

Eryk levantó la vista hacia mí.

—No estoy seguro. Pero probablemente lo mató.

—Entonces —dije, cruzando los brazos—, en otras palabras, mi teoría de que esto es demoníaco sigue en pie.

El dracónido asintió una vez antes de devolverme el teléfono.

—Creo que es muy posible— dijo. Su voz se había vuelto más grave, más áspera y protectora.

Sí. Modo dragón alfa total.

Si los demonios habían vuelto a Gallows Gate, Eryk no presentaría una queja ante el Consejo de Gallows Gate. Los haría pedazos y probablemente colocaría sus cráneos en algún lugar decorativo de su fortaleza. Odiaba a los demonios. Lo entendía. Y tampoco lo culpaba.

Me aclaré la garganta.

—Solo hay una persona en esta ciudad que sabe más sobre demonios y runas que nosotros dos.

Eryk arqueó una ceja.

—¿Quién?

—Yula.

Su boca se crispó ligeramente.

—Es una bruja oscura gruñona.

—Y mi tía segunda —le recordé—. Y es irritantemente brillante. Nos ayudará.

Probablemente después de insultarme seis o siete veces y hacerme preguntas indiscretas sobre mi vida amorosa con un dracónido. Merecerá la pena.

—Vamos —dije, dirigiéndome hacia la calle—. Conduzco yo. ¿Qué pasa? —Me detuve porque Eryk no se había movido. Estaba allí de pie, mirándome.

Y cuando sus fosas nasales se dilataron ligeramente, supe que estaba en problemas.

—¿Qué?— repetí, intentando parecer inocente y normal, lo que probablemente me hizo parecer culpable y estreñida en cambio.

Eryk cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Hay algo más que quieras decirme?

Mi cerebro empezó inmediatamente a dar vueltas frenéticas.

Sí. No. Sí. Por supuesto que no.

—No —dije—. ¿Por qué dices eso? —Intentaba aparentar inocencia despreocupada otra vez. Al parecer, mi cerebro había decidido que aún no estaba preparada para hablar con Eryk de por qué mis hilos arcanos reaccionaban a las runas.

La mirada de Eryk se mantuvo fija en mí.

—Tu olor —dijo con calma—. Es muy… potente.

—¡Qué asco!

Mis brazos se cruzaron automáticamente con más fuerza sobre mi pecho.

—No uses tus poderes de dragón para olerme.

—No estoy usando mis poderes de dragón —dijo con suavidad—. Estás a metro y medio de distancia.

—Qué raro.

Sus labios se curvaron ligeramente.

—Me encanta tu olor —dijo, con una voz que se volvió cálida y peligrosa, lo que me revolvió el estómago—. Me vuelve un poco loco.

Genial. Ahora me estaba sonrojando en medio de una investigación de asesinato.

—Pero ahora— continuó, estudiándome con más atención— es diferente.

Sentí un nudo en el estómago.

—Estás estresada.

—Por supuesto que estoy estresada— le dije—. Tengo un cadáver.

Señalé vagamente hacia el juzgado que tenía detrás, como si el oso muerto estuviera colgado allí.

—Eso suele arruinarle la mañana a cualquiera.

Eryk no respondió mientras me observaba, sin parecer convencido. Ese era el problema de salir con un dragón antiguo. Se daban cuenta de las cosas, de demasiadas cosas.

No quería mentirle, en realidad no, pero tampoco estaba preparada para decirlo en voz alta. No lo de cómo mi poder mágico había reaccionado ante esas runas como si fueran viejas amigas. Como si las reconociera. Como si fuera parte de ellas.

No. Esa conversación podía esperar hasta que tuviera respuestas reales y no una creciente sensación de pavor.

Esbocé una sonrisa forzada.

—Bien —dije con brío, dando una palmada con las manos—. Vamos a ver a la bruja Oscura.

Cambiar de tema, la estrategia clásica.

Me di la vuelta y empecé a caminar hacia mi camioneta. Podía oír las botas de Eryk sobre el pavimento detrás de mí, firmes y sin prisa.

Abrí la camioneta y me subí al asiento del conductor, intentando no pensar en la forma en que me había mirado hacía un segundo. Como si supiera que algo iba mal. Como si estuviera esperando a que se lo contara.

Odiaba no haberlo hecho. De verdad que sí, porque Eryk había hecho mucho por mí, por nosotros. Se había mantenido a mi lado cuando mi maldición estuvo a punto de matarme. Se había enfrentado a los ancianos dragones por mí. Me había elegido a mí.

Y ahí estaba yo, mintiendo descaradamente sobre garabatos luminosos de muerte.

Apreté el volante un poco más fuerte de lo necesario. Primero, tenía que entender qué demonios me estaba pasando.

Porque tenía la incómoda sensación de que este caso —este cuerpo con sus runas— no era algo fortuito.

Estaba relacionado con algo mucho más grande.

Y estaba relacionado conmigo.

5

La luz de media mañana bañaba Gallows Gate mientras conducíamos hacia el extremo sur de la ciudad. Me sorprendía que Eryk hubiera accedido a dejarme conducir y que, de hecho, viniera conmigo a ver a Yula. Se conocían de vista, pero yo no sabía si se habían visto alguna vez.

El barrio de Ashrow tenía un aspecto diferente a la luz del día: menos pesadilla y más el equivalente mágico de una mala mañana después de una noche de juerga. Y aunque ya llevaba bastante tiempo viniendo aquí, era algo a lo que costaba acostumbrarse.

Las calles serpenteaban por el barrio, estrechas y disparejas, flanqueadas por edificios que claramente habían sobrevivido a décadas de accidentes mágicos con muy poco mantenimiento.

La mayoría de la gente de Gallows Gate prefería fingir que este barrio no existía, hasta que necesitaban algo discreto: que se levantara una maldición, que se les hiciera un favor o que alguien molesto fuera silenciosamente hechizado para que abandonara la ciudad. No les juzgo. Yo, literalmente, estaba conduciendo hacia allí.

Cuanto más nos adentrábamos, más tenue se volvía la luz y más extraños se volvían los olores. Café, incienso, aceite de motor… y algo que quizá hubiera sido comida en su día, pero que claramente había perdido la batalla.

—Pareces tensa —dijo la voz de Eryk a mi lado, en el asiento del copiloto—. ¿Es por el asesinato fuera del juzgado o por otra cosa?

Maldita sea esa percepción dracónida. Le eché un vistazo; sus ojos dorados estaban fijos en mí.

—¿Me estás oliendo otra vez? Porque, ya sabes, eso no es muy educado.

Eryk se rio.

—Me encanta tu olor.

Sentí cómo se me subían los colores a la cara mientras volvía a centrar mi atención en la carretera.

—Esa no es la cuestión.

—Sí, lo es. Tu olor es una de las cosas que me atrajo de ti al principio.

Resoplé.

—Es demasiado temprano para tener este tipo de conversación.

La verdad era que tenía razón. Estaba sudando, de ese sudor apestoso que da el nerviosismo. No pude evitar sentir cómo el pánico se apoderaba de mí después de ver cómo mis hilos arcanos se iluminaban ante esas runas. Era como si me hubieran maldecido de nuevo, pero con algo diferente, algo nuevo.

Sí, me estaba acostumbrando a mi nuevo poder divino, pero ¿y si Kael se equivocaba? ¿Y si yo me equivocaba? ¿Y si esto no era tan increíble como convertirme en una bruja poderosa?

La magia atraída por runas o símbolos demoníacos no era nada bueno. Y hasta que obtuviera respuestas de verdad, iba a mantener la boca cerrada.

Además, Eryk odiaba a los demonios más que a nada. Y lo último que necesitaba era decirle que su novia tenía algún tipo de conexión con ellos.

Giré hacia una callejuela estrecha, aparqué y apagué el motor. El edificio que tenía delante tenía exactamente el mismo aspecto que recordaba: tres plantas de ladrillo macizo con rejas de hierro en las ventanas.

El letrero sobre la puerta colgaba torcido, y el metal crujía suavemente con la brisa. La pintura se había desvanecido con los años, pero las palabras se leían con claridad:

TIENDA DE MAGIA NEGRA DE YULA

Especialistas en magia negra y oscura

Eryk salió primero. Cogí mi bolso y lo seguí.

—Esperemos que Yula sepa qué son las runas —dije mientras subía los escalones hacia la tienda.

El dracónido asintió con la cabeza, echando un vistazo hacia atrás, a las calles, como si estuviera vigilando los alrededores.

Empujé la puerta y entré. En cuanto puse un pie dentro, sentí un escalofrío mágico recorriendo mi piel: frío y resbaladizo, magia oscura.

Entonces me llegó el olor, una mezcla de humo, hierbas y ese cosquilleo a azufre que siempre flotaba en los lugares donde se habían lanzado demasiados hechizos a la vez. Las estanterías estaban repletas: frascos con huesos, manojos de plantas secas, libros antiguos con títulos siniestros y un cuervo disecado con un sombrero de copa.

Eryk cogió uno de los frascos de una estantería cercana y lo giró entre sus manos. Apretó la mandíbula. «Hueso de dragón», leyó.

Oh… mierda.

Lo dejó en su sitio y enseguida cogió otro frasco que había al lado. «Escamas de dragón». Sus fosas nasales se dilataron, con esa mirada grave y peligrosa de un dracónido a punto de tomarse algo como algo personal. O de incendiar la tienda.

Me encogí ligeramente de hombros.

—Bruja oscura. Ya sabes cómo son.

Me reí. Él no.

Claro. Me apresuré a avanzar antes de que Eryk encontrara algo más, como una cola de dragón seca o, peor aún, un cráneo de dragón, que estaba bastante segura de haber visto antes en algún lugar de allí.

Enseguida vi a Yula al fondo, de pie detrás del mostrador. Levantó la vista cuando llegamos.

—Hola, Yula— dije, acercándome—. Siento irrumpir así, pero ha pasado algo y necesito tu ayuda.

Yula salió de detrás del mostrador.

No medía ni metro y medio, pero irradiaba una autoridad imperturbable como una nube de tormenta envuelta en telas caras. Capas de seda negra y encaje deshilachado se ceñían a su esbelta figura, y cada pieza parecía dramática y maldita. Su cabello con mechas grises estaba recogido en un desordenado moño en la coronilla, atravesado por un pasador de hueso torcido que parecía más una advertencia que un adorno.

Una enorme lente de aumento le cubría el ojo izquierdo, haciéndolo parecer unas tres tallas más grande, como si se lo hubiera robado a un joyero en algún momento de los setenta y nunca lo hubiera devuelto. Su otro ojo se entrecerró en una delgada línea de puro juicio, lo cual, sinceramente, era su expresión habitual.

Saqué mi teléfono y se lo mostré.

—Hemos encontrado un cadáver cubierto de estas extrañas runas. ¿Podrías echarles un vistazo…?

Yula me ignoró por completo. Ni siquiera me echó un vistazo. Lo cual, de nuevo, también era su actitud habitual. En cambio, su mirada se deslizó más allá de mi mano y se fijó en Eryk. Entonces su nariz se crispó.

Y antes de que cualquiera de los dos pudiera reaccionar, la pequeña bruja oscura se dirigió directamente hacia él, se inclinó y lo olfateó: una inhalación profunda e inquisitiva. Era el tipo de cosa que esperarías de un sabueso. Inhaló otra vez. Y otra.

Cerré los ojos un instante.

Allá vamos.

Yula rodeó al dracónido, con sus túnicas ondeando dramáticamente alrededor de sus tobillos mientras su nariz se crispaba como si intentara descifrar toda su historia genética solo a través del olfato.

Se inclinó hacia su hombro.

Olfateó.

Luego, su pecho.

Olfateó.

Luego —que Dios nos ayude— su cuello.

Olfateó.

Eryk miró a la diminuta bruja Oscura con una expresión del tipo «¿qué me está haciendo esta criatura?». Frunció el ceño mientras la diminuta bruja le daba vueltas como un satélite extremadamente crítico.

Yula emitió un suave murmullo en la garganta.

—Dracónido —murmuró—. Muy antiguo. Muy dominante.

Me tapé la boca con la mano para contener la risa que intentaba escapar.

La expresión de Eryk pasó de la confusión a algo peligrosamente cercano a la ofensa.

Yula se inclinó aún más cerca, entrecerrando los ojos a través de la lente de aumento como si estuviera examinando ganado exótico.

—Territorial— continuó en voz baja—. Protector. Linajes ancestrales. Ha.

Volvió a olfatear. Luego se detuvo justo delante de él e inclinó la cabeza.

—También es arrogante.

Eryk puso cara de asco.

—Te estoy escuchando.

—Lo sé —dijo Yula con tono seco. Dio la vuelta para situarse detrás de él—. Secretos, poder. Ridículo orgullo masculino.

Perdí la batalla y me reí.

Eryk me lanzó una mirada.

—¿Te estás divirtiendo?

—Muchísimo.

Volvió a mirar a la bruja, que ahora inspeccionaba la parte trasera de su chaqueta como si contuviera notas al pie.

—Para que conste —dijo de nuevo, esta vez con más firmeza—, ¿qué estás haciendo exactamente?

Yula se detuvo. Luego se inclinó una vez más y tomó una larga y pensativa inhalación cerca de su cintura.

—Hmmm.

Eryk parecía genuinamente sorprendido ahora. Como si nadie en sus varios siglos de existencia se hubiera acercado jamás a olerlo como si fuera una barra de pan sospechosa.

—Te he preguntado qué estás haciendo —repitió lentamente.

—Cállate —espetó Yula, haciéndole un gesto con la mano.

De hecho, se calló, lo cual era impresionante.

Ella dio dos pequeños pasos atrás, entrecerrando los ojos para mirarlo a través de la lente de aumento y asintiendo para sí misma como si eso confirmara algo.

Luego lo señaló.

—Te has vinculado. Varias veces.

Se me cayó la mandíbula mientras sentía un calor que me golpeaba la cara.

—Dios, esta conversación empeora con cada palabra.

¿Pero Eryk? Parecía orgulloso de lo de «vincularse» y enderezó los hombros. Típico de los hombres.

Yula hizo un gesto vago con la mano entre nosotros.

—Tonterías de dragones, rituales de dominancia, instintos territoriales, comportamientos de vinculación...

Estaba en el infierno.

—Magia muy intensa— aclaró—difícil de pasar por alto. Oh, sí.

Continuó alegremente, disfrutando del momento.

—El aroma está completamente alterado. Instintos protectores, atracción territorial, tonterías de cortejo de dragones ancestrales. Muy dramático —me miró—. Tu dragón está alterando el aire mágico.

Señalé a Eryk.

—No es mi dragón.

Yula rodó los ojos.

—Oh, por favor.

Eryk cruzó los brazos.

—Yo sí soy su dragón— proclamó con orgullo.

Esto se estaba volviendo cada vez más extraño.

—Sí— dijo Yula. Olfateó una vez más, esta vez en mi dirección, y luego asintió—. Sí.

—¿Sí qué?— pregunté con cautela.

Yula se acercó a mí. Y durante un segundo aterrador, pensé que estaba a punto de olfatearme también, lo cual, según mi experiencia previa, significaba que había un sesenta por ciento de posibilidades de que se inclinara, inhalara como un sabueso y luego anunciara en

voz alta cualquier vergonzosa afección mágica que estuviera padeciendo en ese momento.

Me preparé para lo peor, pero no olió.

En su lugar, se detuvo a unos treinta centímetros y me miró fijamente. Su ojo ampliado parpadeó una vez tras esa enorme lente. Luego frunció el ceño.

—Algo ha cambiado— dijo.

Mierda.

—¿Qué?

¿Lo había notado? Porque si Yula era capaz de oler las tonterías del cortejo de los dragones desde el otro lado de la sala, existía una posibilidad muy real de que también pudiera detectar que mi magia había intentado chocar los cinco con un cadáver cubierto de runas a primera hora de hoy.

Su mirada se volvió aún más severa.

—Tu magia— dijo lentamente—. Ha cambiado.

Solté una risa que sonó tan natural como una cortacésped agonizante.

—Supongo que está evolucionando.

A mis espaldas, sentí que Eryk se quedaba completamente inmóvil, lo que significaba que su atención se había fijado en mí como un sistema de misiles.

Genial. Simplemente genial.

Yula ladeó ligeramente la cabeza, estudiándome.

—Evolucionando— repitió, sin parecer convencida.

Intenté parecer despreocupada. Relajada. En absoluto una Merlín preocupada en ese momento por que su magia divina pudiera estar fraternizando con runas asesinas.

Por dentro, mi cerebro gritaba. Porque si Yula podía percibir algo diferente en mis poderes, ¿qué era exactamente lo que estaba percibiendo? ¿Energía divina? ¿La maldición de Morven evolucionando? ¿O algo peor? Algo más oscuro. Algo demoníaco.

Se me hizo un nudo en la garganta y metí las manos en los bolsillos de la chaqueta para que nadie notara el leve calor que se extendía por mis palmas.

Mis hilos arcanos se agitaban de nuevo, curiosos, como si estuvieran esperando.

El ojo ampliado de Yula se posó en mis manos durante un breve segundo. Luego volvió a mi rostro.

—Hmm— dijo.

Lo cual, viniendo de ella, no era tranquilizador.

La voz de Eryk llegó desde detrás de mí, tranquila, pero con un matiz protector.

—¿Qué tipo de cambio?

Yula lo ignoró mientras se inclinaba hacia mí, entrecerrando los ojos a través de la lente como si intentara ver a través de mi cráneo.

—No es más débil— murmuró—. No está corrompido.

Vale, esa palabra me hizo dar un vuelco al corazón.

—Solo… diferente.

Tragué saliva.

—Eso pasa— dije con ligereza—. La magia evoluciona. Pasa todo el tiempo. ¿No?

Yula resopló.

—No, no es así.

—Tú también hueles raro —añadió.

Me puse tensa.

—¿Huelo raro?

Genial, primero Eryk y ahora Yula. Me miré.

—Me bañé en la mañana.

—No es olor corporal— espetó Yula con impaciencia—. Es olor a magia.

Oh, bien. Eso era mucho mejor.

Eryk se acercó por detrás, lo bastante como para que pudiera sentir el calor que desprendía. De repente, su presencia era muy… dragontina. Protectora.

—Yula —dijo con voz tranquila—, si tienes algo que decir...

—Tranquilo, dragón —espetó ella mientras se inclinaba de nuevo hacia mí, mirando a través de la lente—. Tu magia parece… estirada.

Me mordí los labios.

—¿Estirada?».

—Sí —se llevó los dedos a la barbilla, pensativa—. Como si estuviera tocando cosas que antes no tocaba.

Mi corazón dio un pequeño vuelco muy desagradable porque eso era exactamente lo que sentía.

Tocando, alcanzando, reaccionando a esas runas.

Forcé otra risa.

—Sigue evolucionando—repetí.

Eryk me estaba mirando fijamente. Lo notaba. Esa mirada de dragón significaba que estaba archivando esto para interrogarme más tarde.

Fantástico.

Yula se giró bruscamente y se dirigió contoneándose hacia el mostrador como si toda la inspección hubiera sido un comportamiento perfectamente normal. Luego miró por encima del hombro.

—Ahora— dijo con brusquedad—muéstrame las runas.

Le mostré mi teléfono, pero ella levantó los brazos y negó con la cabeza.

—No me fío de esos artilugios modernos. Demasiados vapores.

—Claro.

Dejé el teléfono sobre el mostrador y me acerqué a ella para poder desplazarme por las imágenes.

Yula se inclinó hacia delante tanto que su nariz casi manchaba la pantalla.

—Mmmmm —murmuró—. ¿Dónde dijiste que encontraste el cadáver?

—Colgado frente al juzgado—, respondí—. Justo ahí, a la vista de todos, como un anuncio municipal muy inquietante.

—Mmm.

—Se llamaba Sean— continué—. Un hombre-oso. Aún no sé mucho sobre él. Investigaré sus antecedentes más tarde, pero quería venir aquí primero.

Yula no respondió. Estaba demasiado ocupada entrecerrando los ojos para mirar las runas. La lupa que llevaba sobre el ojo izquierdo hacía que la runa de la pantalla pareciera haber crecido siete centímetros. Golpeó el cristal con una uña torcida.

—¿Las has visto antes?— le pregunté—. ¿Son demoníacas?

—No son aleatorias —respondió, lo cual no era lo que yo había preguntado.

Negué con la cabeza.

—¿Qué?

—No son aleatorias— repitió, esta vez en voz más alta, sin apartar la vista de la pantalla. Su dedo se movió en el aire, trazando líneas invisibles—. Están estructuradas.

Intercambié una rápida mirada con Eryk. Eso era más o menos lo que él había dicho.

—Aquí hay un sistema— continuó Yula, ahora hablando totalmente para sí misma—. Un patrón en capas. Runas exteriores que alimentan la secuencia interior.

Se inclinó aún más, entrecerrando los ojos con tanta fuerza que las lentes se empañaron ligeramente.

—Mira aquí— dijo, señalando la pantalla—. Esta forma se repite.

Arrastró la imagen con el dedo.

—Y aquí. Y aquí otra vez. Alguien construyó esto como un entramado— dijo, con un tono cada vez más irritado—. Canales de flujo. Vías direccionales.

—De acuerdo, y ¿entonces?

Ella se quedó mirando la imagen e inclinó la cabeza hacia un lado.

—No es descuidado, más bien es demasiado limpio. Hmm.

El silencio se prolongó durante varios segundos. Los únicos sonidos en la tienda eran el susurro de las hierbas que colgaban del techo y los ocasionales gruñidos de insatisfacción de Yula.

Finalmente se enderezó, entrecerrando los ojos ante el teléfono como si este la hubiera ofendido personalmente.

—¿Y bien?— pregunté.

Se frotó la barbilla.

—No es demoníaco.

—¿Estás segura?

Yula señaló la pantalla con el dedo.

—Las runas demoníacas son feas.

—Me parece una opinión sesgada.

—Pero es una opinión acertada.

Eryk se inclinó hacia ella.

—¿Estás segura?

Yula asintió una vez.

—El lenguaje demoníaco tiene una estructura muy particular. Caótica, en capas, de diseño parasitario—volvió a señalar—. Esto está estructurado. Organizado. Es intencionado, construido como un sistema.

Su ceño se frunció aún más.

—Hm—. Se inclinó de nuevo hacia mí. Luego murmuró algo entre dientes que sonó sospechosamente como—Vaya, eso sí que es nuevo.

Mis hombros se tensaron.

—¿Qué?

Yula se enderezó lentamente y, por primera vez desde que entramos, parecía realmente desconcertada.

—Nunca había visto algo así.

—¿Nunca?— pregunté, ya en negación porque realmente esperaba que sí lo hubiera visto.

Yula negó con la cabeza.

—No es brujería. No son hadas y tampoco son demonios. Estas runas no forman parte de ningún lenguaje mágico que yo conozca.

Cogí mi teléfono y me quedé mirando la pantalla.

Maldita sea.

Porque si Yula, mi tía segunda, una pequeña y gruñona bruja oscura que es una enciclopedia de todo lo mágico y demoníaco, no las reconocía…

Eso significaba una de dos cosas: o bien alguien había inventado un sistema de runas completamente nuevo, o bien lo que fuera que había escrito esas runas no pertenecía a ninguna magia que conociéramos.

¿Y lo peor de todo?

Mis hilos arcanos las reconocieron.

Genial.

6

Durante todo el trayecto de vuelta a la guarida del dragón de Eryk —mansión del dragón, castillo del dragón, fortaleza del dragón multimillonario, llámalo como quieras—, no dejé de darle vueltas a las palabras de Yula en mi cabeza.

Estas runas no forman parte de ningún lenguaje mágico que yo conozca.

Una parte de mí se sintió aliviada de que no hubiera dicho que eran demoníacas. De hecho, borra eso. Me sentí *extremadamente* aliviada.

Los demonios significaban brechas en el Velo. Las brechas en el Velo significaban pánico. El pánico significaba que la Junta de Merlín me pisaba los talones mientras fingían no estar aterrorizados.

Así que, sí, gran victoria en ese sentido.

¿Pero la otra parte de mi cerebro? ¿La parte que se encargaba de los instintos de supervivencia y las verdades incómodas? Esa parte estaba enloqueciendo.

Porque si las runas no eran demoníacas… Y no eran brujería… Y no eran de las hadas, de los dragones, de la nigromancia ni de ningún sistema mágico con el que Yula se hubiera topado jamás, entonces, ¿qué eran exactamente?

Significaba que alguien había creado oficialmente un lenguaje mágico completamente nuevo. Lo cual, para que conste, no era algo

que la gente hiciera de pasada los fines de semana.

Los lenguajes mágicos tardaban siglos en desarrollarse. Evolucionaban a través de rituales, estudio, experimentación y, por lo general, una cantidad inquietante de ensayo y error que implicaba explosiones.

No te despertabas una mañana e inventabas un sistema de runas totalmente funcional, lo que significaba que quienquiera que hubiera creado esas runas era o bien un genio mágico…

O algo mucho peor.

Apreté con fuerza el volante mientras la carretera serpenteaba por el bosque que rodeaba la propiedad de Eryk.

Los árboles eran altos y viejos por allí, con sus ramas arqueándose sobre la carretera como si se susurraran secretos entre ellos. El sol de la tarde se filtraba a través de las hojas en haces dorados y dispersos.

Normalmente me gustaba este trayecto. Normalmente me parecía tranquilo. Pero en ese momento, mi mente estaba demasiado ocupada imaginando los peores escenarios posibles como para apreciar el paisaje.

Porque la verdad se me había quedado en el estómago como una piedra.

Quienquiera que hubiera matado a Sean no lo había hecho en silencio. Lo habían colgado frente al juzgado —a plena luz del día, como un mensaje—, lo que significaba que querían llamar la atención. Querían infundir miedo. Y si mis instintos no me fallaban, y normalmente no lo hacían cuando había cadáveres de por medio, Sean no sería la última víctima.

Habría más.

Lo cual me planteó una pregunta muy incómoda. ¿Cómo demonios se suponía que iba a detener algo si ni siquiera entendía la magia que había detrás?

Exhalé y conduje la camioneta a través de las puertas de hierro que marcaban la entrada a la finca de Eryk.

El lugar me sorprendía cada vez que lo veía. «Finca» era, sinceramente, quedarse corto. «Territorio de dragones» habría sido más acertado.

La mansión se alzaba sobre una colina con vistas al valle, toda de piedra oscura y ventanas altísimas, como si alguien hubiera cogido una fortaleza medieval y hubiera contratado a un arquitecto moderno para que la hiciera intimidante en alta definición.

Al parecer, los dragones tenían un don para las propiedades inmobiliarias espectaculares.

Aparqué la camioneta cerca de la escalinata de la entrada y apagué el motor. Me quedé allí sentada en silencio un segundo, pensando.

Eryk salió por el lado del copiloto y rodeó la camioneta mientras yo bajaba. La grava crujía bajo sus botas. Se detuvo frente a mí.

—Rhea.

Levanté la vista. Sus ojos estudiaban mi rostro con esa intensa concentración de dragón que me hacía sentir como si pudiera ver a través de mi cráneo. Quizás pudiera.

—¿Qué? —dije.

—Estás callada.

—Siempre estoy callada.

Levantó una ceja.

Los dos sabíamos que eso era mentira.

Me recosté contra la camioneta y crucé los brazos.

—Solo estoy pensando.

—Pensando»— repitió él.

—Sí. A veces lo hago.

—Sobre las runas.

Asentí.

—Son grafitis mágicos de asesinato grabados en un oso hombre muerto y no tengo ni la más remota idea de quién los puso ahí ni por qué. ¿Por qué matar a Sean?

Eryk no sonrió, lo que significaba que me estaba observando con demasiada atención.

—Dímelo— dijo. Su voz era tranquila, pero había acero en ella. Era su tono de mando de dragón, del tipo que probablemente funcionaba muy bien con ejércitos antiguos y dragones rivales.

Me encogí de hombros.

—No hay nada que decir. Sé tanto como tú.

Sí, aquí voy otra vez con las mentiras.

Su mirada no se movió.

—Rhea.

Puse los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. No hay nada.

—Entonces, ¿por qué parece que estás ocultando algo?

Porque lo estoy. Porque me da miedo lo que esto significa.

El pensamiento me pasó por la mente antes de que pudiera detenerlo.

Mis hilos arcanos se arremolinaban bajo mi piel, cálidos e inquietos. Metí las manos en los bolsillos de la chaqueta para mantenerlas quietas.

—Me preocupan las runas— dije, lo cual era técnicamente cierto.

—Cualquiera estaría preocupado.

Eryk se acercó tanto que pude sentir el calor que desprendía. Estar cerca de él siempre me hacía sentir como si me inclinara hacia un fuego.

—¿Y eso es todo?

Le sostuve la mirada.

—Sí.

Otra mentira. Pero no del todo. Porque las runas me preocupaban. De hecho, me aterrorizaban. Solo que no por las razones que él pensaba.

No tenía ni idea de lo que me estaba pasando. Mis poderes habían reaccionado ante esas runas como si fueran viejos amigos. ¿Y esa idea? ¿Esa posibilidad?

Me aterrorizaba.

Porque si mis hilos arcanos reconocían esa magia… ¿Qué decía eso de mí?

Eryk me estudió el rostro durante un momento más. Apretó la mandíbula. Sabía que no le estaba contando todo. Los dragones eran así de molestos de perspicaces.

Pero al cabo de un segundo suspiró y se pasó una mano por el pelo oscuro.

—Está bien —dijo.

Lo miré fijamente.

—¿Está bien?

—Por ahora.

Ah. Ahí estaba. La versión dragontina de *«sin duda volveremos a hablar de esto más adelante».*

Dio un paso atrás, dejándome espacio de nuevo.

—Pero si esto es algo más que un simple asesinato— continuó—, necesito saberlo.

—Lo sé.

—Y si te está pasando algo…

—No me está pasando nada— le interrumpí, con un tono un poco más cortante de lo que pretendía. Por un segundo pensé que quizá insistiría más.

Pero, en cambio, me miró. Me miró de verdad. Esa intensa mirada de dragón me hizo sentir como si pudiera ver a través de mi muro de sarcasmo y terquedad, cuidadosamente construido.

Entonces apretó la mandíbula y antes de que pudiera decir algo ingenioso, o evasivo, se movió.

En un segundo estaba de pie frente a mí. Al siguiente, su mano se cerró alrededor de mi muñeca y me atrajo hacia él.

Apenas tuve tiempo de parpadear antes de que me apretara contra su pecho.

—Eryk…

Me besó, no con suavidad ni vacilación, sino con todo el ímpeto de un dragón.

Su mano se deslizó hasta la nuca y, de repente, mi cerebro sufrió un cortocircuito, como si alguien hubiera desconectado la parte racional de mi mente. Estaba caliente, pero estar tan cerca de él era como apoyarme contra un horno encendido. El calor me envolvió mientras la calidez de su cuerpo se filtraba a través de mi ropa. Su otro brazo se cerró alrededor de mi cintura como si no tuviera intención de dejarme ir a ningún sitio.

A continuación, me invadió su aroma: humo, ceniza y ese profundo olor almizclado de dragón que me hacía dar vueltas la cabeza cada vez que me acercaba demasiado.

Era completamente injusto. Nadie debería oler tan bien. Y menos aún durante una investigación de asesinato en curso.

Agarré la parte delantera de su chaqueta para mantener el equilibrio, porque mis rodillas habían decidido de repente que la gravedad era opcional.

Sus labios se movían contra los míos, con lentitud y seguridad, como si lo hubiera hecho mil veces antes y tuviera pensado hacerlo mil veces más.

Lo cual, dada su edad, probablemente era cierto.

Cuando por fin se apartó, me quedé sin aliento y muy consciente de que mi corazón latía con fuerza, como si hubiera subido corriendo una montaña.

Le miré, parpadeando.

—¿Estás intentando seducirme con tu magia de besos de dragón?— le pregunté, intentando parecer tranquila, pero sin conseguirlo.

La sonrisa de Eryk se volvió depredadora.

—¿Está funcionando?

—No.

Mentira absoluta.

El dracónido rio, con una risa grave y cálida.

—Eres una mentirosa terrible.

—No lo soy.

—Lo eres— dijo, sin soltarme por la cintura, como si no tuviera intención de dejarme ir nunca.

—Soy una Merlín»— dije a la defensiva—. Somos profesionales entrenados.

—Profesionalmente nerviosa.

Me burlé.

—No estoy nerviosa.

Eryk se inclinó hacia mí, con la cara tan cerca que podía sentir su cálido aliento rozándome los labios.

—Tienes las mejillas sonrojadas. Estás respirando más rápido.

—Eso es porque me agarraste y empezaste a soltar fuego de dragón por todo mi espacio personal.

—No estaba echando fuego.

—Metafóricamente, sí.

Su pulgar trazó un lento círculo a lo largo de mi costado, y mi cerebro olvidó inmediatamente cómo funcionaban las metáforas.

—Tu pulso se ha acelerado —murmuró.

—Es la adrenalina.

Sonrió.

—Del beso.

—Del asesinato.

Levantó una ceja.

—Bueno, *más que nada* por el asesinato— le corregí rápidamente.

La boca de Eryk se curvó, y esa risa grave retumbó en su pecho mientras se inclinaba un poco más hacia mí. Su nariz rozó la mía con un movimiento lento y deliberado que hizo que mi cerebro olvidara por un instante de qué estábamos hablando.

—¿Sabes cómo llaman los dragones a esto? —preguntó. Su voz había bajado un tono, cálida y segura.

Le hice un gesto de disgusto.

—¿Fastidiar?

—Cortejo.

—Dios mío, ¿es en serio?

No parecía en absoluto avergonzado. Más bien al contrario, sus hombros se relajaron como si se estuviera divirtiendo demasiado.

—Es muy tradicional— dijo.

—Por favor, dime que los dragones no suelen cortejar a la gente tendiéndoles emboscadas con besos sorpresa.

La sonrisa de Eryk se hizo más profunda, lenta y peligrosa. La luz del atardecer se reflejó en sus ojos dorados, haciéndolos parecer casi fundidos.

—Es muy eficaz.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Eres insufriblemente seguro de ti mismo.

—Y, sin embargo —dijo mientras su mirada recorría mi rostro—, estás aquí de pie frente a mí.

Crucé los brazos a pesar de que estaba tan cerca que podía sentir el calor que irradiaba.

—Eso es porque estás bloqueando físicamente mi vía de escape.

Eryk miró detrás de mí, hacia la camioneta, y luego volvió a mirarme, con una mueca de diversión en el rostro.

—Podrías intentar correr.

—Lo haría.

Levantó una ceja.

—¿Pero?— preguntó.

Incliné la cabeza, fingiendo considerarlo en serio.

—Pero probablemente me atraparías.

Eryk ni siquiera dudó.

—Sin duda te alcanzaría.

La forma en que lo dijo —con calma, seguridad y sin que la idea le inquietara en absoluto— me provocó un pequeño escalofrío que no tenía absolutamente nada que ver con el miedo.

Claro que sí. Era un dragón: rápido, fuerte y con una forma física que daba de las de sí. Y, a juzgar por esa mirada de satisfacción que tenía en la cara, él lo sabía.

Suspiré dramáticamente.

—¿Ves? Este es exactamente el tipo de ventaja injusta que debería regular la Junta de Merlín.

Se inclinó hacia mí de nuevo, lo suficiente como para que mi estómago hiciera ese molesto cosquilleo.

—Te gusta.

—Lo tolero. Hay una diferencia.

—Lo disfrutas.

—Lo aguanto.

Su sonrisa se amplió.

—Me echabas de menos.

Apoyé los brazos en las caderas.

—Eres muy presumido para alguien a quien le ha olisqueado una bruja oscura de metro y medio.

Eso le hizo reír de nuevo.

—Tu tía es… peculiar.

—Esa es una palabra muy educada para describirla. Yo prefiero excéntrica. O un poco desequilibrada.

Eryk me acarició la barbilla con el pulgar, levantándomela para que tuviera que volver a mirarle a los ojos. Su mirada se suavizó un

poco.

—Te he echado de menos— dijo.

Mi estómago dio otra estúpida voltereta. Puse los ojos en blanco para disimularlo.

—Sí, bueno, intenta echarme de menos cuando no haya runas asesinas brillantes de por medio.

—Imposible.

—Adulador.

—Un dragón sincero.

Resoplé.

Entonces se inclinó y me besó de nuevo, rápido esta vez, pero lo suficientemente cálido como para enviar otra oleada de calor a través de mi pecho.

Cuando se apartó, parecía demasiado satisfecho de sí mismo.

—Eres imposible— le dije.

—Y, sin embargo— dijo—, sigues volviendo.

Abrí la boca para discutir, pero me detuve. Porque, por desgracia… no se equivocaba.

Me aclaré la garganta y di un paso atrás antes de que se me olvidara por completo cómo funcionar.

—Bien —dije con brío—. Un gran discurso. Muy inspirador. Pero, en realidad, tengo que volver a la estación Merlín.

Eryk frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque la base de datos de Merlín podría tener algo —dije, dirigiéndome ya de nuevo hacia mi camioneta—. Quiero investigar los antecedentes de Sean Grey. Familia, enemigos, casos anteriores. Y quiero buscar esas runas en los archivos.

—¿Crees que la base de datos Merlín tendrá tus respuestas?

—Quizá —dije—. Tengo que comprobarlo. Sabemos que estas runas tienen una estructura. Un sistema. Eso significa que podrían aparecer como fragmentos en alguna parte. Textos antiguos, coincidencias parciales, traducciones extrañas. La base de datos de Merlín es enorme. Y, en este momento, era lo único que tenía para seguir adelante.

Abrí la puerta de la camioneta y lo miré por encima del hombro.

—Y si alguien inventó un lenguaje mágico completamente nuevo, quiero saber si dejó huellas en algún otro sitio.

Eryk me estudió durante un momento y luego asintió una vez.

—Es una buena idea.

—Lo sé— dije, subiéndome al asiento del conductor—. De vez en cuando se me ocurren.

Apoyó el brazo en el marco de la ventanilla abierta y se asomó.

—Y, ¿Rhea?

—¿Sí?

—Si encuentras algo extraño…

Resoplé.

—¿Cuándo *no* encuentro algo raro?

Su mirada se endureció un poco.

—Llámame.

Arranqué el motor.

—Confía en mí. Si me encuentro con más runas con sabor a asesinato, serás el primer dragón al que llame.

Eryk dio un paso atrás mientras la camioneta avanzaba.

Pasé por las puertas y volví hacia Gallows Gate, sintiéndome como una idiota por no haber sido completamente sincera con mi dragón. Mi mente ya estaba repasando a toda velocidad todo lo que tenía que comprobar.

Sean Grey. Hombre oso. Runas desconocidas. Un lenguaje mágico completamente nuevo.

Y en algún lugar enterrado en los archivos de Merlín, esperaba que algo, lo que fuera, pudiera explicar a qué demonios nos enfrentábamos.

Estaba tan absorta en mis propios pensamientos —mis ideas, mis teorías y la creciente pila de cosas que podrían matarme— que apenas me di cuenta del trayecto de vuelta a la Estación Merlín. La carretera pasó como un borrón de árboles y grava, y ni siquiera me di cuenta de que había llegado hasta que el crujido de los neumáticos de mi camioneta me sacó de mi espiral mental.

Ah. Claro. La base.

Exhalé despacio mientras apagaba el motor. Me quedé allí sentada un segundo, mirando a través del parabrisas como si las

respuestas a la escritura luminosa homicida fueran a aparecer por arte de magia en el capó de mi camioneta.

Luego cogí mi bolso y salí de la camioneta; el aire de la tarde me refrescaba la cara mientras me dirigía al porche delantero. La adrenalina bullía en mis venas, poniéndome nerviosa de esa forma desagradable de *«algo va a pasar y no sé qué»*, lo que significaba que necesitaba café. Inmediatamente. Y no una taza, más bien dos. O tres, de las grandes.

Porque tenía la sensación de que el resto del día iba a consistir en investigar mucho mientras me quedaba mirando viejos textos mágicos.

Lo que significaba mucho, mucho café.

Y posiblemente las galletas de calabaza que Marla había dejado ayer. Si Morty no se las había comido todas. Mi compañero de piso, que ya no era tan fantasma, tenía un apetito voraz desde que volvió a ser sólido. ¿O era mortal?

De repente me di cuenta de que me moría de hambre. De tal manera que, si alguien no me daba una galleta pronto, podría empezar a morder a la gente.

Mientras empujaba la puerta de la Estación Merlín, ya estaba gritando:

—Morty, si te comiste todas las galletas de calabaza, te voy a matar…

Me detuve.

Porque ya había alguien dentro, y no era Morty.

7

La persona, una mujer, era alta. Medía al menos metro ochenta, llevaba un traje blanco tan perfectamente entallado que parecía haber sido diseñado por alguien que nunca se había preocupado por el dinero, la practicidad o la gravedad. La tela fluía suavemente sobre sus largas extremidades, con líneas nítidas e inmaculadas.

Su cabello era del mismo blanco que el traje: largo, sedoso y le caía por la espalda como la luz de la luna.

Y sus ojos… sus ojos también eran blancos, como mármol pulido.

Un tenue resplandor la rodeaba, apenas visible pero inconfundible. El suave brillo blanco se aferraba a su piel y a su cabello como la niebla. No era magia llamativa, era peor, un poder silencioso que no necesitaba presumir.

No era un genio ni mucho menos. Pero mis instintos de bruja gritaban tan fuerte que habrían despertado a un muerto.

Esta mujer no era normal. Ni por asomo.

Antes de que pudiera preguntarle qué demonios hacía dentro de mi comisaría, mis hilos arcanos se movieron.

Se alzaron al instante, arremolinándose alrededor de mis manos y brazos como hilos vivos de seda roja fundida. Se estiraban, deseando llegar hasta ella, como si la reconocieran.

Apreté los puños y las obligué a bajar, pero no me hicieron caso.

Volvieron a arremolinarse, brillantes e inquietos, enroscándose alrededor de mis muñecas como si intentaran arrastrarse hacia ella.

—¿Qué demonios? —murmuré entre dientes.

Una vez más, reprimí la magia. Y una vez más, resurgió.

Finalmente, la obligué a enrollarse en una espiral apretada alrededor de mis manos, donde flotaba como un halo enfurecido, esperando instrucciones.

La desconocida observó toda la lucha con leve interés. Luego arqueó una ceja pálida, como si estuviera impresionada. Sus ojos blancos daban mucho miedo.

Aun así, no me hacía ninguna gracia que hubiera decidido entrar en mi lugar de trabajo como si fuera el suyo. No me importaba lo poderosa que fuera. Porque, sí, podía sentirlo.

—¿Quién demonios eres? —dije en voz baja—. ¿Y qué demonios haces en mi puesto?

Planté los pies con firmeza en el suelo de madera, esforzándome por no mostrar lo incómoda que me hacía sentir su presencia.

—Déjame adivinar —añadí—. Eres una hechicera. ¿Verdad? Por cierto, me encanta el traje. Provoca intimidación, pero tiene un aire muy angelical de directora ejecutiva.

Señalé vagamente su atuendo.

—Pero eso no explica por qué pensaste que podías entrar sin invitación.

La hechicera blanca dirigió su inquietante mirada directamente hacia mí.

—Me llamo Galadael— dijo.

Su voz me sorprendió: áspera y fuerte, nada suave ni etérea como sugería su apariencia. Sonaba como una espada al ser desenvainada.

—Bueno—. Crucé los brazos— ¿Qué tal si ahora me cuentas qué demonios estás haciendo aquí?

A mis espaldas, mis hilos arcanos se agitaron de nuevo, y sentí un calor rozándome la piel mientras los contenía. Ahora sí que empezaba a preocuparme de verdad.

Galadael empezó a caminar hacia mí. Cada paso transmitía esa misma presión silenciosa de poder que percibía en ella, como si el

aire a su alrededor fuera más denso.

Me costó toda la terquedad de que disponía *no* dar un paso atrás, pero me mantuve firme. Si intentaba intimidarme, que se pusiera a la cola con el resto de mi semana.

Se detuvo a unos metros de distancia y me miró fijamente.

—No eres lo que esperaba— dijo al fin.

—Tú tampoco eres lo que esperaba— respondí.

Su expresión no cambió.

—Los mortales son criaturas repugnantes— continuó con calma —. Asquerosos. Primitivos.

Estaba empezando a enojarme.

—¿Qué tal si te largas de mi puesto antes de que haga algo de lo que te arrepentirás?

Yo no me arrepentiría, pero ella no tenía por qué saberlo.

Galadael se rio.

—Tu falta de inteligencia solo demuestra que tengo razón— dijo —. Los mortales están sobrevalorados.

Incliné la cabeza.

—Las hechiceras también son mortales, que yo sepa. Así que, si quieres, podemos poner a prueba esa teoría.

Esperé a que atacara. O a que me convirtiera en algo desagradable. En cambio, siguió mirándome como si fuera el insecto más interesante que había visto en todo el día.

Galadael se dio la vuelta y recorrió la zona de cocina abierta de la estación, examinando la sala como si estuviera visitando un museo especialmente decepcionante.

—Cuando nos enteramos de lo que Kael le había hecho a esa bruja hace años…

¿Kael?

—Cuando le dio parte de nuestra resonancia divina sagrada….

Se detuvo cerca de la encimera, pasando los dedos por la madera como si esperara que se desmoronara.

—Sabíamos que era un tonto.

Sus ojos blancos volvieron a posarse en mí.

—Siempre le han fascinado los mortales. Le intrigan las criaturas inferiores.

Oh. Mierda.

—¿Conoces a Kael? —pregunté con cautela. Porque si lo conocía… eso significaba que ella era…

Una diosa.

Joder.

—Le advertimos —continuó Galadael con calma—. La resonancia divina no puede sobrevivir dentro de un recipiente mortal.

Se apartó de la encimera y caminó hacia mí, lenta y con un aire depredador.

—Todos sus súbditos murieron— inclinó ligeramente la cabeza y su mirada blanca se clavó en mí—. Excepto tú.

Esbocé una sonrisa forzada.

—¿Yupi?

Galadael no se rio. Tampoco sonrió. Simplemente… me observó.

Esos ojos blancos seguían cada movimiento que hacía como si estuviera estudiando un experimento de laboratorio particularmente confuso. Lo cual, dadas las circunstancias, no era del todo inexacto.

El aire de la habitación se sentía más denso ahora, como si la atmósfera hubiera decidido tomar partido, y por desgracia no era el mío.

Mis hilos arcanos volvieron a arder. Se alzaron alrededor de mis muñecas, brillando como brasas inquietas. Los empujé hacia abajo, sin entender por qué se comportaban así. Sabía que no debían salir a la superficie, no delante de una diosa.

Galadael ladeó la cabeza, y su largo cabello blanco se deslizó sobre un hombro como seda.

—Curioso —murmuró.

—Gracias —dije—. Lo intento.

Su mirada volvió a recorrerme. Mis manos. Mi rostro. Mis hombros. Como si estuviera esperando a que algo se revelara. —Deberías haber muerto —dijo con tono seco.

Vaya, eso fue grosero.

—Vaya —dije—. Sí que sabes cómo iniciar una conversación.

Se acercó lo suficiente como para que el resplandor que rodeaba su piel rozara los límites de mi campo de visión.

—Llevo siglos observando a los mortales— dijo. Su voz tenía esa misma calma áspera, el tipo de tono que alguien usa cuando está muy seguro de que el universo le pertenece.

—Son frágiles. Débiles. Efímeros.

—Vaya, estás vendiendo muy bien todo ese rollo de «amo a la humanidad»— le dije. Era evidente que nos odiaba a los mortales, y era evidente que no estaba allí para charlar.

—Kael pensaba lo contrario— continuó Galadael y frunció los labios—. Siempre ha sido… sentimental.

Ah. Ahí estaba. El drama divino. Mi favorito.

—Le dio a un receptáculo mortal resonancia divina— dijo, con la voz tensa por una irritación evidente—. Un poder sagrado que precede a tu especie.

Me señaló con un dedo largo.

—Y, sin embargo, aquí estás—. Su mirada se agudizó— ¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—¿Buenos genes?

Entrecerró ligeramente los ojos.

—Esto no es un chiste.

—Es una pena, porque es mi principal mecanismo de defensa.

La diosa frunció el ceño, su aura se presionó contra mi piel como electricidad estática.

Mis hilos arcanos se encendieron, solo un poco. Pequeñas chispas de luz roja se deslizaron entre mis dedos antes de que las aplastara de nuevo.

Tranquilo. Tranquilo. No le des un puñetazo a la diosa. No le des un puñetazo a la diosa. No le des un puñetazo a la diosa.

Los ojos de Galadael se desviaron brevemente hacia mis manos.

—No entiendes lo que llevas contigo— dijo.

—No—admití—. Últimamente me ha quedado muy claro.

Su expresión se endureció.

—Él ha desperdiciado siglos demostrándolo— dijo—. Repitiendo el mismo fracaso una y otra vez.

¿Siglos? ¿Le había hecho Kael esto a otros además de a mi familia?

Su mirada volvió a posarse en mi rostro.

—Excepto ahora que llegó a ti.

—Sí— dije—. Soy especial.

El silencio se prolongó por un momento. Ella siguió mirándome fijamente, como si estuviera esperando a que el universo se corrigiera a sí mismo.

—¿Por qué?— volvió a preguntar— ¿Por qué sobreviviste?

Suspiré.

—Mira, si lo averiguas, no dudes en enviarme el memorándum.

Sus ojos blancos brillaron con irritación.

—Sobreviviste a algo que debería haberte reducido a cenizas.

—Créeme— dije— me he dado cuenta.

Mi recién adquirido poder divino volvió a cambiar, sintiendo cómo me subían los humos.

Galadael se paseaba ahora por la habitación, su traje blanco rozando silenciosamente el suelo de madera.

—Le advertimos— murmuró, más para sí misma que para mí—. La resonancia divina no está destinada a los mortales.

Su voz se agudizó.

—Es sagrada.

Me encogí de hombros.

—Parece que Kael no está de acuerdo.

Se volvió hacia mí.

—Kael se mete en cosas en las que no debería.

Ah, ahí estaba: la ira.

—Se está… encariñando —continuó ella.

La palabra «encariñarse» parecía ofenderla físicamente.

—Le fascina tu especie —rodó los ojos—. Monos jugando con fuego.

—¿Monos? —dije, frunciendo los labios—. Los monos ardilla son los más monos. ¿No te parece?

Sí, odiaba de verdad a esta diosa.

Los labios de Galadael se curvaron.

—Eres temporal. Kael nunca debería haber concedido la resonancia divina sagrada a un mortal.

—Díselo a él —dije.

—Quizá lo haga.

Mientras me miraba fijamente, vi algo en su expresión que no había notado antes, algo amargo y resentido, como si el hecho de que yo estuviera viva la ofendiera a nivel personal.

—Me interesas— dijo la diosa.

—Eso no me hace sentir mejor.

—Has sobrevivido a la resonancia divina.

—Sigo haciéndolo.

La observé.

—Si has venido aquí para insultar a la humanidad y amenazar mi existencia, vas a tener que hacer cola.

Galadael ladeó la cabeza.

—No tienes miedo.

—Oh, claro que tengo miedo —dije—. También estoy molesta.

Los ojos blancos de Galadael se entrecerraron.

—Eres… inusual.

—Sí— asentí—. Me lo dicen todo el tiempo.

De repente, la puerta se abrió, haciéndome dar un respingo.

—Roja, ¿estás aquí? Tengo…

Morty se quedó clavado en el sitio al ver a Galadael.

—Eh…— sus ojos se desplazaron de su resplandeciente aura blanca a mí y viceversa.

—¿Quién es esta?

—Es Galadael —dije—. Una de las amigas de Kael.

Morty parpadeó.

—¿Amiga?— repitió. Luego volvió a mirarla.

—Claro. Claro. Es totalmente normal tener a una mujer ángel de metro ochenta y brillante de pie en la cocina. Pasa todo el tiempo.

Galadael giró la cabeza hacia él. En el momento en que sus ojos blancos se posaron en Morty, algo cambió en el ambiente. Su expresión se endureció hasta parecer de desaprobación.

Lo estudió durante exactamente tres segundos.

Entonces, el cuerpo de Morty se despegó del suelo y se estrelló violentamente contra la pared junto al perchero con un horrible crujido.

Los pies de Morty quedaron suspendidos a unos centímetros del suelo, con las manos arañándose la garganta mientras una fuerza

invisible le aplastaba la tráquea.

—¡Morty! —grité.

Él jadeó, ahogándose, con los ojos muy abiertos por la sorpresa mientras la presión invisible se apretaba alrededor de su cuello.

Galadael ni siquiera levantó una mano. No oí ningún hechizo ni nada. Ella solo lo miró, y él se estrelló contra la pared.

—Te equivocas —dijo la diosa con calma.

Se me heló la sangre.

—¿Qué demonios estás haciendo?— grité.

Las botas de Morty rozaban la pared mientras luchaba por respirar.

—No debería existir— dijo Galadael con tono seco.

—¡Suéltalo!— espeté.

Morty emitió un sonido ahogado, con el rostro enrojecido mientras la presión invisible lo oprimía cada vez más.

—Es una perturbación», continuó la diosa, ignorándome. «Una anomalía».

—¡Galadael! —grité—. ¡Déjalo ir!

Sus ojos blancos se posaron en mí brevemente.

—Es un error— repitió.

Algo dentro de mí se rompió.

Mis hilos arcanos explotaron y una luz roja brotó de mis manos, enroscándose alrededor de mis brazos, mis hombros y mi cuerpo como un rayo viviente. El aire de la estación crepitó mientras el suelo de madera vibraba bajo mis botas.

—Dije que lo sueltes— gruñí. Sí, estaba un poco loca al pensar que podía enfrentarme a una diosa, pero cuando amenazan a mis amigos, toda lógica parece abandonar mi cerebro.

Galadael ladeó la cabeza.

Detrás de ella, Morty se dejó caer de repente de la pared y se desplomó en el suelo con una tos violenta, aspirando aire como si hubiera estado bajo el agua.

Rodó sobre un costado, jadeando.

—Maldita… —dijo con voz ronca—. Maldita sea…

Apenas lo miré. Mis hilos arcanos estaban por todas partes ahora, azotando el aire como nubes de tormenta rojas y crepitando

con un poder que apenas reconocía como mío.

Galadael lo observaba todo con un interés tranquilo e inquietante, como si estuviera viendo a un animal raro mostrar sus garras.

—Fascinante— dijo.

Me temblaban las manos.

—¿Qué le has hecho? —espeté.

—Es una anomalía —respondió ella.

Morty volvió a toser a mis espaldas.

—Señora… eso no es un diagnóstico médico.

La atención de Galadael se centró en mis hilos arcanos.

—Tu… resonancia.

—¿Qué pasa con ella?— exigí, sintiéndome valiente y estúpida al mismo tiempo. Era una combinación extraña, pero me dejé llevar.

Ella estudió la magia resplandeciente que se arremolinaba a mi alrededor.

—Cada vez que se intensifica— dijo—, el sistema divino debe reequilibrarse.

Algo frío me recorrió el pecho.

—No hablo el idioma de los dioses. ¿Qué demonios significa eso?

Los ojos blancos de Galadael ardían.

—El reequilibrio cuesta una vida. Tú ya has costado una.

Las palabras me golpearon como un puñetazo en las costillas.

—¿Qué?— mi voz sonó más débil de lo que quería.

La expresión de Galadael no cambió.

—Cada vez que tu resonancia supera los límites mortales— continuó con calma—, se produce una corrección.

Mi cerebro intentó rechazar la frase.

—¿Qué demonios estás diciendo?

Sus ojos blancos se clavaron en los míos.

—Se cobra una vida para restablecer el equilibrio.

Las imágenes se abalanzaron sobre mi mente. El juzgado, Sean Grey colgado entre las columnas, las runas brillando sobre su piel. Mis hilos arcanos reaccionando a ellas, reconociéndolas.

—No. Eso no es posible— dije—. La magia no funciona así.

A mis espaldas, Morty se incorporó con dificultad, tosiendo.

—Roja… ¿de qué está hablando?

No pude responderle porque, de repente, todo cobró un sentido aterrador.

—Sean— susurré. Mis hilos arcanos parpadeaban frenéticamente a mi alrededor.

Galadael observó mi rostro con tranquila satisfacción.

—Empiezas a entenderlo.

Sentí como si mi pecho se derrumbara sobre sí mismo.

—Tú lo mataste.

Galadael me estudió como si fuera un rompecabezas que aún no había resuelto del todo.

—Tú eres el desequilibrio. Cada oleada de resonancia divina debe ser corregida. Yo no lo maté— dijo—. Lo hiciste *tú*.

Esas palabras me dejaron sin aliento. Mi magia no había hecho esto antes. Sí, era salvaje, inestable, amenazaba con matarme a mí en lugar de a cualquier otra persona, pero había evolucionado. Sentía el cambio. Ahora era diferente, me estaba transformando en algo que no comprendía del todo.

Me temblaban las manos. Mis hilos arcanos crepitaban a mi alrededor. Si ella decía la verdad, cada vez que los usara…

Alguien moriría.

La idea me golpeó como un camión.

—No. No puede ser.

Los ojos blancos de Galadael brillaron mientras una sonrisa maliciosa se extendía por su rostro.

Y entonces se fue. Desapareció.

Me quedé allí de pie en el silencio, con el corazón latiéndome con fuerza en los oídos mientras mi mente se desmoronaba.

Detrás de mí, Morty se puso en pie.

—Roja, ¿estás bien?

No pude responder, porque un pensamiento no dejaba de repetirse en mi cabeza, una y otra vez.

Si ella decía la verdad, Sean Grey no había sido asesinado.

Había muerto.

Por mi culpa.

8

Me senté a la mesa de la cocina, temblando. Un temblor de esos en los que *todo mi sistema nervioso ha decidido que hoy es el día en que deja el trabajo*. En parte ira. En parte miedo. En parte, el impulso abrumador de darle un puñetazo a una diosa.

Mi mente no dejaba de reproducir lo que había pasado como un disco rayado.

Galadael allí, de pie.

Su estúpida aura resplandeciente.

Sus estúpidos ojos brillantes.

Su estúpida charla divina sobre cómo, al parecer, yo estaba rompiendo el equilibrio cósmico con mi mera existencia.

Apreté las palmas de las manos contra las sienes y exhalé un largo suspiro. Nunca había imaginado encontrarme con un dios en mi vida. ¿Pero con dos? Eso era una locura.

Ese tipo de cosas deberían venir con etiquetas de advertencia y quizá un terapeuta de guardia.

Ya era bastante malo que Kael hubiera empezado todo este lío hace años cuando vertió resonancia divina en mi linaje y creó la maldición de Morven.

Ya sabes, el típico error de un dios. ¡Ups! Condené por accidente a toda una familia. Mis parientes habían muerto a causa de esa maldición.

Pero no fue un error ni un accidente. Por la forma en que lo había dicho Galadael, era como si Kael hubiera cedido su esencia divina antes, poniéndola a prueba y viendo qué pasaría y quién sobreviviría.

Yo, al parecer.

Y ahora sus amigos divinos aparecían en mi cocina y me decían que el universo cósmico tenía un problema con que yo sobreviviera.

Genial. Simplemente fantástico.

Me recosté en la silla y me quedé mirando al techo. Justo cuando pensaba que por fin podría disfrutar de mi vida, justo cuando pensaba que quizá la maldición había evolucionado hacia algo mejor, más fuerte; algo que significaba que no estaba destinada a caer muerta antes de la jubilación.

Justo cuando pensaba que por fin podría tener una vida… todo volvió a irse al garete.

No solo había vivido con una maldición que había aniquilado a toda mi familia. Ahora, debido a ella y a su evolución, era responsable de la muerte de un hombre inocente. Sean Grey, un hombre-oso que probablemente se había despertado esa mañana pensando que iba a ser un día normal. En cambio, acabó colgado de las columnas del juzgado porque, al parecer, el universo necesitaba «reequilibrar» mi magia.

Apreté los puños sobre la mesa. Sean murió por culpa del poder que fluía por mis venas. La culpa era mía.

—Toma. Bebe esto.

Morty se acercó a mí con una taza de café recién hecho del que salía vapor, y todo mi cuerpo se puso rígido.

Mi mirada se posó en el café. Luego en su mano. Luego en los pocos metros de espacio que nos separaban.

Probablemente, Sean Grey también había empezado la mañana haciendo algo normal. Y ahora nunca volvería a hacerlo.

Alejé la silla unos centímetros.

—Solo… déjalo ahí.

Morty se detuvo y sujetó la taza con ambas manos antes de que el café se derramara por el borde.

Las palabras salieron rápidas y cortantes. Las odié en cuanto salieron de mi boca.

—¿Roja? —dijo él.

Me quedé mirando mis manos en el regazo y las empuñé. Parecían normales, lo bastante firmes, pero podía sentir mi magia bajo la piel, enroscada y a la escucha, como si estuviera esperando un pensamiento equivocado, un mal momento, una grieta en mi control.

¿Cómo podía vivir así? ¿Preguntándome cada segundo si iba a resbalar y perder la concentración?

Durante un segundo, Morty no se movió. Luego, con cuidado, dejó la taza sobre la mesa en lugar de pasármela.

Ese pequeño movimiento casi me desmorona porque hizo que todo se volviera real de una forma que las runas, la diosa y el cuerpo de Sean en la mesa de la morgue, de alguna manera, aún no habían logrado.

Esto. Morty dejando mi café como si pudiera ser peligrosa, como si yo misma creyera que lo era.

Tragué saliva con dificultad, mirándome las manos.

—Por fin he conseguido controlar mis poderes —dije, con la voz ahora más áspera—. Por fin he dejado de sentirme maldita.

Se me hizo un nudo en la garganta.

— Y ahora ni siquiera sé si puedo sentarme en mi propia cocina sin preguntarme si alguien va a morir porque he tenido un mal segundo.

—¿Te sientes con ganas de matar ahora mismo? —preguntó mi compañero de piso—. Porque me puedo ir si quieres.

Suspiré.

—No. Ya estoy bien. Lo siento.

Dios, estaba completamente loca. Así no se comportaba una Merlín con experiencia. Tenía que controlarme, tenía que concentrarme.

—Le he echado un piquete— añadió Morty, mirándome—. Te ayudará a calmar los nervios.

Me quedé mirando la taza.

—¿El piquete especial es whisky?

Morty sacó la silla que tenía frente a mí y se sentó.

—Quizá.

Di un sorbo. Sin duda, era whisky.

—Buena elección.

Morty se echó hacia atrás y me estudió. Él también tenía un aspecto un poco desaliñado. Llevaba el pelo revuelto de haber sido estrellado contra la pared por un ser divino hacía cinco minutos. La corbata le colgaba holgada alrededor del cuello y tenía una marca roja en la garganta.

—Bien— dijo lentamente—. Primero, lo primero. Tú no mataste a ese tipo.

Fijé la mirada en mi café.

—Esa diosa parecía bastante segura de ello.

—Sí— dijo Morty—. Bueno, también intentó estrangularme porque, al parecer, no cumplo con los estándares de calidad divinos.

Se frotó el cuello.

No sonreí. Sentía el estómago como si tuviera un nudo.

—Roja —dijo Morty en voz más baja.

Negué con la cabeza.

—Ya oíste lo que dijo.

—Sí.

—Cada vez que mi magia se dispara… —tragué saliva— alguien muere.

Morty se inclinó hacia delante.

—Eso no es una prueba fehaciente.

—A mí me parece que sí lo es.

—Eso suena a algo que diría una idiota celestial engreída para confundirte.

Morty sacó un cigarrillo de la pitillera, lo encendió y le dio una larga calada.

—Sí. Creo que la odio.

Lo miré fijamente.

—¿Crees que mentía?

Morty se encogió de hombros.

—Creo que a los dioses les gusta jugar con la gente.

—Es una teoría reconfortante.

—Es una teoría realista.

Di otro gran trago a mi café.

—Morty, mis hilos arcanos reaccionaron a las runas de Sean.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, mi piel empezó a arder: un calor agudo y eléctrico. El vínculo divino dentro de mí se intensificó, alimentándose de mis emociones, palpitante y constante.

No se lo había contado a nadie porque, en el fondo, temía lo que pudiera significar. Algo malo. Algo siniestro.

Y había tenido razón.

Morty no respondió. En su lugar, dio otra larga calada a su cigarrillo.

Levanté la vista hacia él.

—Las reconocieron. Como si las runas y mis hilos arcanos procedieran de la misma sustancia.

Y ahora sabía por qué. Ambos eran divinos.

Morty apretó ligeramente la mandíbula.

—De acuerdo —dijo lentamente— . Eso… no es bueno.

—No lo es.

Morty me señaló con el cigarrillo.

—Pero eso no significa que lo hayas matado.

Sí. En cierto modo, sí.

—Ella dijo que el universo necesitaba reequilibrarse. Como si, de alguna manera, mi existencia lo hubiera estropeado todo para ellos.

Las palabras se me quedaron en el pecho como una piedra, porque una pequeña y fea parte de mí estaba aterrorizada ante la posibilidad de que ella tuviera razón. ¿Y si cada oleada de mi magia inclinara alguna balanza cósmica que yo no pudiera ver… y alguien más pagara el precio por ello?

Morty puso los ojos en blanco.

—Oh, por favor.

Lo miré por encima del borde de mi taza.

—¿Qué?

—El universo no tiene un departamento de contabilidad.

Tragué más café.

—¿Estás seguro de eso?».

—Estoy bastante seguro —dijo. Lanzó la colilla en mi dirección—. Llevas semanas usando esa magia.

—Sí.

—Y la gente no se ha estado muriendo cada vez que estornudas.

—No…todavía.

Me encogí de hombros, sintiendo una opresión en el pecho.

—Quizá aún no se había activado. Al igual que mi maldición de Morven evolucionó… necesitaba tiempo. Quizá así es como funciona esta maldición divina.

Porque eso era lo que era para mí ahora. Una maldición de los dioses. No un don.

—Roja...

Me recosté en la silla de nuevo.

—Por fin pensé que la maldición había desaparecido, pero se ha convertido en algo peor». Porque que yo muriera era una cosa. Pero que yo provocara la muerte de inocentes… bueno, eso era algo mucho peor.

La expresión de Morty se suavizó.

—Lo sé.

Solté una risa amarga.

—Y yo que pensaba que la resonancia divina significaba algo bueno. Fui tan tonta, tonta y enormemente estúpida.

Él asintió.

—Lo eres.

Negué con la cabeza.

—Además, al parecer, viene acompañada de cierto número de víctimas.

Morty no se rio. Se quedó allí sentado un momento, pensativo. Luego dijo:

—Tú no pediste esto.

Lo miré, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho mientras mi nivel de estrés aumentaba.

—No pediste nacer bajo esa maldición— continuó—. No pediste que Kael vertiera magia divina en tu linaje.

Se encogió de hombros.

—Y desde luego no pediste que apareciera la señorita Actitud Celestial y empezara a lanzar amenazas.

Fijé la mirada en el café, observando el fino remolino de vapor que se elevaba de la taza mientras una repentina ira hacia Kael se encendía en mi pecho.

—Pasó.

Morty no respondió de inmediato, lo cual fue probablemente inteligente, porque en ese momento mi cerebro estaba haciendo eso de agarrar todos los peores escenarios posibles y desfilarlos ante mí como una presentación de diapositivas de pesadillas.

Sean Grey. Muerto por culpa de mi magia. Muerto por algo que Kael me había hecho.

Apreté la taza con más fuerza. Pensé en Eryk. Él me había advertido sobre Kael, sobre los dioses. Sobre cómo confiar en ellos era como confiar en que un huracán no azotaría la costa. Lo había dicho más de una vez. Los dioses no eran como nosotros, no pensaban como nosotros. No les importaban las cosas que nos importaban a nosotros.

No es que confiara en Kael, no exactamente. Pero había habido momentos… pequeños… en los que creí que tal vez él podría entenderme. Como si bajo toda esa tontería divina se escondiera algo humano.

Y ese había sido mi error. Uno grande.

Porque ahora aquí estaba yo, sentada en mi propia cocina con una taza de café con whisky, dándome cuenta de que el «regalo» por el que me había emocionado tanto podría ser en realidad una bomba de relojería cósmica.

Exhalé lentamente. Tenía entre manos un poder extraordinario, una resonancia divina. Algo capaz de moldear la magia de formas que ninguna bruja debería poder, y yo había querido utilizarlo para el bien. Para mi trabajo. Para el pueblo. Para detener a esos idiotas sobrenaturales que creían que Gallows Gate era su patio de recreo personal.

Era una baza, una ventaja, poder… algo que me convertía en algo más que otra Merlín con una placa y un libro de hechizos.

¿Pero ahora? Ahora ese poder parecía muy diferente. Ahora parecía un arma cargada apuntando a gente inocente.

Y si Galadael tenía razón… si cada vez que ese poder se desataba, el universo se «corregía» a sí mismo quitando una vida… ¿En qué me convertía eso?

Un arma. Un desastre andante.

Porque la solución obvia, la lógica, estaba ahí, mirándome fijamente.

No uses la magia. Sencillo.

Excepto que no era nada sencillo.

Sin ella, sin la resonancia divina ¿Qué me quedaba? Sería prácticamente humana. Solo otra bruja con hechizos mediocres y un talento por encima de la media para meterme en líos, y Gallows Gate no se caracterizaba precisamente por sus condiciones de trabajo indulgentes.

Porque otro pensamiento se había colado en mi mente, y era peor que el resto. ¿Y si usaba mis poderes por accidente? ¿Y si algo me atacaba? ¿Y si reaccionaba con mis instintos de bruja, como hacen las brujas cuando están en peligro?

Con cada oleada de poder, en algún lugar de la ciudad, alguien caía muerto para equilibrar la balanza.

¿Y si mataba a alguien intentando salvarme la vida?

Morty se movió al otro lado de la mesa, pero apenas me di cuenta.

Porque lo peor —lo que no podía dejar de pensar— era Eryk. ¿Qué pensaría él? Un dragón. Un protector. Alguien que se tomaba muy en serio la protección de vidas inocentes. ¿Qué vería cuando me mirara ahora? ¿Vería a la mujer a la que besó fuera de su mansión hace veinte minutos? ¿O vería una bomba de tiempo?

Me quedé mirando mi café. ¿Me aceptaría? ¿Querría tenerme cerca? ¿Me querría?

Esa idea me golpeó más fuerte que cualquier cosa que hubiera dicho Galadael. Porque, en el fondo, ya sabía la respuesta que tanto temía.

Si mi magia realmente matara a gente inocente… entonces, quererme sería lo más peligroso que alguien podría hacer.

Los dragones pueden ser valientes, pero incluso ellos tienen sus límites.

Morty se inclinó hacia delante.

—Roja...

Levanté la vista.

—Mmmm.

—Has salvado a gente con esa magia— dijo, expulsando bocanadas de humo por la nariz.

—Has detenido hechizos. Has acabado con desastres sobrenaturales y le has dado una paliza a los demonios. Has ayudado a salvar esta ciudad.

Hizo un gesto con la mano hacia la comisaría.

—¿Crees que nada de eso cuenta?

No respondí, porque en ese momento no me parecía que contara. Me parecía una maldición con otra máscara. La misma historia, el mismo final, con magia más sofisticada y dioses discutiendo sobre las reglas.

—¿Y por qué Kael no te advirtió de esto?— preguntó Morty.

La idea de ese dios oscuro me provocó una oleada de rabia en el pecho tan rápida que casi me mareó. Apreté la mandíbula y, antes de que pudiera detenerlo, mis hilos arcanos se encendieron. El calor se agolpó en mis venas y los hilos rojos se deslizaron desde debajo de mi piel como chispas trepando por mis brazos. Se enroscaron primero alrededor de mis muñecas, finas líneas brillantes que se retorcían y centelleaban en el aire como si estuvieran vivas y muy interesadas en la dirección que tomaba mi temperamento.

Me quedé paralizada.

—Oh… mierda.

Morty los vio de inmediato. Abrió mucho los ojos mientras se inclinaba hacia delante en su silla.

—Roja… tómatelo con calma. Relájate.

Los hilos arcanos brillaron con más intensidad. Se extendieron aún más, arremolinándose ahora alrededor de mis dedos y pulsando con ese extraño calor divino que parecía menos magia y más una tormenta formándose dentro de mis huesos. No estaban reaccionando a mi ira, se estaban alimentando de ella.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza cuando el recuerdo de las palabras de Galadael volvió a golpearme en la cabeza.

Cada vez que tu resonancia traspasa los límites mortales, se produce una corrección.

Una vida. En algún lugar. Alguien.

Contuve el aliento y apreté los puños con fuerza. Los hilos arcanos se rebelaron contra mí de inmediato, retorciéndose y enroscándose como si quisieran escapar, como si quisieran estirarse y alcanzar y hacer cualquier cosa cósmica y aterradora que aparentemente hacían cuando se desataban por completo.

—Roja —repitió Morty, ahora con voz baja, cautelosa.

—Los veo —espeté—. Lo sé.

Los hilos brillaron con más intensidad, trepando hacia mis antebrazos.

El pánico me golpeó con toda su fuerza.

Apreté los ojos con fuerza y respiré lentamente, concentrando toda mi atención en mi interior. Imaginé la magia replegándose sobre sí misma, enrollándose cada vez más apretada, como una cuerda que se enrolla alrededor de un poste.

Durante un aterrador segundo, volvieron a surgir, con una luz roja destellando por las paredes de la cocina.

Morty se levantó de un salto, haciendo chirriar la silla contra el suelo.

—Oye, oye… tranquila, Roja. Respira.

—Estoy respirando —gruñí con los dientes apretados.

Otra respiración. Otro empujón.

Los hilos arcanos parpadearon violentamente una vez más y luego comenzaron a retroceder, deslizándose bajo mi piel como brasas hundiéndose en cenizas. El resplandor se desvaneció del aire, dejando solo la luz normal de la cocina y el leve olor a café.

Abrí los ojos.

Tenía las manos apretadas con fuerza sobre la mesa.

Morty se quedó mirándolas un segundo más antes de soltar un suspiro.

—Vaya —dijo—, eso ha sido intenso.

—Sí— dije, con la voz tensa— y más fuerte que antes.

Obligué a mis dedos a relajarse. La magia permaneció a raya… por ahora.

Morty volvió a dejarse caer en la silla, mirándome como si fuera a estallar en llamas en cualquier momento.

—Me has dado un susto de muerte por un momento— admitió.

—Bienvenido al club.

Me froté las sienes, sintiendo cómo el agotamiento me golpeaba como un muro.

—Esto es exactamente a lo que me refiero. Me enfado, la magia se dispara y, de repente, alguien ahí fuera podría caer muerto.

Morty apagó el cigarrillo y enseguida encendió otro.

—Te entiendo, Roja.

Lo miré de reojo.

—Ya sé que lo sabes, pero esas cosas te matarán.

Morty sonrió.

—Ya he pasado por eso.

Me recosté en la silla y volví a mirar al techo.

—Kael— susurré, tranquilizándome para poder hablar de él sin que se dispararan mis hilos arcanos.

—Más vale que ese dios tenga una maldita buena explicación para esto.

Porque si lo sabía y no me lo había dicho, íbamos a tener una charla.

Incliné la taza y me terminé el café, dejando que el último sorbo me quemara la garganta. Me sentí un poco más tranquila. El temblor de mis manos había remitido lo suficiente como para que no sintiera que iba a romper la taza con solo sostenerla. Sin embargo, el whisky no me quitó el nudo en el estómago. Seguía ahí, pesado, desagradable e imposible de ignorar. Pero me ayudó un poco.

—Voy a necesitar otro de estos.

Morty se levantó sin dudar, cogió mi taza y se dirigió a la cocina.

—Todo estará bien— dijo por encima del hombro—. Lo resolveremos.

Lo vi moverse alrededor de la encimera, mientras los suaves sonidos de la cafetera y las puertas de los armarios llenaban la habitación. Suspiré y me recosté en la silla.

—Ojalá fuera tan optimista como tú.

Mi mirada se posó en mis manos, que descansaban sobre la mesa. Ahora parecían normales. Sin hilos arcanos brillantes. Sin tonterías divinas enroscándose alrededor de mis dedos o mis manos. Pero podía sentir el poder allí, bajo la superficie, zumbando como algo a la espera de despertar. Y ese pensamiento hizo que el nudo en mi estómago se retorciera de nuevo.

—Pero siento que toda mi suerte se ha agotado.

Morty volvió un momento después y dejó la taza delante de mí. Café recién hecho. Y, a juzgar por el olor, otra generosa dosis de whisky.

—¿Y bien? —dijo, dejándose caer en su silla—. ¿Qué vas a hacer ahora, Roja?

Agarré la taza, dejando que el calor se filtrara en mis dedos. Por un segundo me quedé mirando el oscuro remolino del café, pensando en todo lo que había pasado hoy. Sean Grey colgado del juzgado. Las runas brillantes. Galadael de pie en mi cocina como si fuera la dueña del universo. Y la forma en que había dicho esas palabras con tanta calma.

Ya has costado una vida.

Entonces levanté la vista hacia Morty mientras agarraba la taza.

—Voy a demostrarle que se equivoca.

Porque si había algo que sabía de mí misma, era que era una bestia testaruda.

No respondía bien a las amenazas, sobre todo cuando venían de diosas.

9

Después de buscar en la base de datos de Merlín durante una hora, no encontré absolutamente nada sobre runas o sigilos divinos. Nada. Ni siquiera una sola frase cutre. Ni siquiera un párrafo mal traducido de algún texto mágico polvoriento escrito por un mago que claramente odiaba la puntuación. Simplemente… nada. Y no es que me hubieran vuelto a restringir el acceso. Tenía acceso total a todos los archivos: cada archivo y cada registro de casos antiguos, incluso los marcados con el dramático sello de «Autorización de máximo nivel» que solía hacer que los Merlins novatos se desmayaran de emoción. Al parecer, la Junta de Merlín volvía a confiar en mí, o se habían olvidado de cómo funcionaban los permisos de búsqueda. En cualquier caso, el resultado era el mismo. No había absolutamente nada sobre runas divinas.

Lo cual no tenía ningún sentido.

Porque si una diosa podía entrar en mi cocina, estrangular a mi compañero de piso como una boa constrictor invisible y luego anunciar que, al parecer, mi magia mataba a la gente como si fuera algún tipo de error contable cósmico, uno pensaría que los archivos de Merlín tendrían al menos un párrafo sobre el tema. Una etiqueta de advertencia. Una nota adhesiva. Algo.

Así que probé con otro enfoque y escribí *«Galadael»* en la barra de búsqueda.

Nada. Ni una entrada de mito. Ni un registro de dioses. Ni siquiera una teoría de la conspiración escrita por algún Merlín paranoico de hace tres siglos. Nada.

Lo que significaba que, o bien la Junta de Merlín había borrado su existencia de la base de datos, o bien la Junta de Merlín no tenía ni idea de que existiera.

Ambas opciones eran igual de aterradoras.

Me quedé mirando la pantalla del portátil.

—¿Me estás diciendo que hay una entrada de doce volúmenes sobre cucharas malditas, pero nada sobre runas divinas?

Morty exhaló una nube de humo al otro lado de la mesa. Estaba sentado frente a mí en la cocina, con un tobillo apoyado en la silla de al lado mientras fumaba lo que debía de ser su quinto o sexto cigarrillo. Había perdido la cuenta en algún momento alrededor de la tercera crisis existencial.

—Las cucharas malditas son un problema grave— dijo—. ¿Alguna vez has intentado comer sopa con una? Una pesadilla.

Lo miré con ira.

Se encogió de hombros.

—Solo lo digo. Prioridades.

Me recosté en la silla y me froté los ojos. La pantalla mostraba los mismos resultados de búsqueda vacíos.

Nada. Ni sobre Galadael, ni sobre la resonancia divina, ni sobre las runas que reaccionaban como si conocieran mi magia desde la guardería.

—Aquí no hay nada —suspiré—. Absolutamente nada.

Morty sacudió la ceniza en una taza vacía.

—¿Segura que has escrito bien el nombre de esa espeluznante dama angelical?

—Sí.

—Quizá deberías probar con *ángel asesino resplandeciente*.

—No es ningún ángel.

Antes de que se me ocurriera un nombre mucho mejor para ella, el familiar repiqueteo metálico de la máquina de escribir comenzó a sonar en la trastienda.

Clac. Clac-clac. Clac.

El sonido resonó por toda la comisaría como siempre que la Junta de Merlín decidía enviar una de sus misteriosas comunicaciones oficiales. Ni correo electrónico. Ni búho mágico. Solo una antigua máquina de escribir que empezó a teclear sola, como si saliera de una tienda de material de oficina encantada.

—Jefe —dijo Morty sin moverse, con el humo enroscándose alrededor de su cabeza—, tu dispositivo de comunicación está hablando.

—Lo sé.

Me levanté y entré en la trastienda, donde la vieja máquina de escribir descansaba sobre el escritorio. El traqueteo metálico resonaba por la habitación mientras seguía escribiendo, con las teclas golpeando con autoridad decidida, como si la máquina tuviera opiniones muy firmes sobre los plazos.

El escritorio estaba abarrotado de mis notas, notas adhesivas, diarios a medio leer de antiguos Merlins y tres diccionarios de runas diferentes que habían resultado igualmente inútiles.

La máquina dejó de escribir.

Una sola hoja de papel descansaba en el rodillo, con la tinta reluciente.

CENTRAL DE DESPACHOS DEL GRUPO Merlín — CORRESPONDENCIA OFICIAL

A: AGENTE DE CAMPO RHEA MORVEN

CASO N.º 005: SEAN GREY, HOMBRE OSO, GALLOWS GATE

ASIGNACIÓN INICIAL: INVESTIGAR LA CAUSA DE LA MUERTE Y LAS RUNAS MISTERIOSAS.

Me quedé mirando la página.

—Runas misteriosas— repetí con tono monótono.

—Ya lo estás haciendo —dijo Morty, asomándose por encima de mi hombro para mirar el papel.

Arranqué la página de la máquina, la arrugué hasta formar una bola compacta y la tiré al suelo.

—¿Cómo se supone que voy a hacer mi trabajo si cada vez que tengo un maldito sofoco mis hilos reaccionan?— espeté—. No puedo tener otro cadáver entre manos.

No. No podía. Mi conciencia no me lo permitiría.

Morty se apoyó con indiferencia en el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

—Qué pena que no puedas desactivar tu magia hasta que resolvamos esto.

Me sobresalté. Las palabras me golpearon el cerebro como un rayo.

Desactivar mi magia.

Giré la cabeza bruscamente hacia él.

—Morty —dije lentamente.

Él levantó una ceja.

—¿Sí, Roja?

—Eres un genio.

Se enderezó de inmediato, claramente satisfecho de sí mismo.

—De vez en cuando se me ocurre alguna idea brillante. ¿Por qué soy un genio?

—Ven conmigo.

Salí disparada de la oficina, cogí las llaves de mi camioneta del gancho junto a la puerta y me dirigí hacia fuera como una mujer con una misión.

—Roja, ¿adónde vamos? —gritó Morty mientras corría tras de mí, dando un portazo a la puerta de la comisaría.

—A ver a la bruja blanca más competente que conozco»

Me senté en el asiento del conductor y arranqué el motor.

Morty se subió al asiento del copiloto y se abrochó el cinturón.

—Si este plan implica exorcizar tu magia con agua bendita y un bate de béisbol, quiero que conste que yo no tengo nada que ver con ello.

Saqué la camioneta a la carretera.

—Sin bate de béisbol.

—Bien.

—Probablemente.

Salí del camino de entrada y me incorporé a la calle, con el corazón latiéndome a mil por hora, en una mezcla de adrenalina y esperanza obstinada. Porque si tenía razón, si esa idea descabellada que rondaba por mi cabeza funcionaba de verdad, Galadael podría

coger sus amenazas divinas y metérselas por su estirado culo celestial.

Morty apoyó una mano en el salpicadero mientras la camioneta daba un bote al pasar por un bache.

—Conduces como alguien que ha tenido una idea, y o bien es brillante o nos va a meter en la cárcel.

—Cincuenta y cincuenta —dije.

—Qué tranquilizador.

Tras unos dos minutos en coche, giré bruscamente el volante y di un giro en U, con los neumáticos chirriando sobre la grava al detenerme justo delante de la morgue de Gallows Gate.

Morty parpadeó al ver el edificio.

—¿Estamos en la morgue? —preguntó lentamente.

—Sí.

Se quedó mirando el letrero como si eso fuera a explicarle la lógica.

—Me da la sensación de que este plan ha dado un giro muy oscuro.

—Tengo que ver a Marla.

Apagué el motor y ya estaba a medio salir de la camioneta antes de que Morty se hubiera desabrochado el cinturón de seguridad.

—¡Roja! —gritó, saliendo a toda prisa tras de mí—. ¿Te importaría darle un minuto al tipo al que una diosa estranguló para que pueda seguirte el ritmo?

Lo ignoré y empujé las puertas de la morgue.

El familiar olor a desinfectante y a algo vagamente metálico me llegó a la nariz en cuanto entré. Nada dice «buenos días» como el aroma de los limpiadores industriales y las autopsias sobrenaturales.

Corrí por el pasillo, con puertas a ambos lados —LAB 2, LAB 3, ALMACÉN, PROHIBIDO EL PASO— hasta llegar a la que tenía una etiqueta metálica descolorida encima.

LAB 5.

Empujé la puerta para abrirla.

Marla levantó la vista de inmediato cuando entré corriendo. Llevaba unas gafas enormes que la hacían parecer una piloto de la Primera Guerra Mundial.

—¿Rhea? —dijo, parpadeando a través de las gruesas lentes—. ¿Has averiguado algo sobre las runas?

Morty entró detrás de mí y echó un vistazo al laboratorio.

—Sí —dijo—. Alto, blanco brillante y malhumorada.

Marla se quitó las gafas.

—¿De qué está hablando?

Avancé un poco más hacia el interior de la sala y miré hacia la mesa metálica donde yacía el cuerpo de Sean.

Ya le habían quitado la camisa por completo. Las runas doradas se extendían por su pecho y abdomen como una especie de infección brillante, símbolos en espiral que me retorcían el estómago cada vez que los miraba . Alrededor de la mesa había una colección de extraños dispositivos, tubos de cristal, pequeños escáneres mágicos y un plato de cristal que brillaba en azul.

Por un segundo, su visión me impactó de nuevo.

Muerto.

Por mi culpa.

La ira estalló dentro de mi pecho tan rápido que agudizó mi visión. Mis hilos arcanos parpadearon bajo mi piel, empujando hacia adelante como chispas que intentaban escapar, pero las contuve antes de que pudieran salir a la superficie.

—Es una larga historia —dije rápidamente, volviéndome hacia Marla—. Pero recibí la visita de una diosa.

Morty se apoyó con indiferencia contra la pared.

—Y antes de que preguntes... no, no es el melancólico y dramático.

Marla frunció el ceño.

—¿Kael? La verdad es que no me cae nada bien.

—No —dije—. Otro. Una diosa llamada Galadael.

Morty asintió.

—Imagina a una reina de hielo divina con la personalidad de una inspectora de Hacienda.

—Da mucho miedo— añadí—. Y vino aquí para entregar un mensaje.

Marla se quitó los guantes, frunciendo el ceño.

—¿Qué mensaje?

Señalé el cuerpo de Sean.

—Que yo soy la responsable de esto. Que lo maté con mi magia.

Por un segundo, la habitación se quedó en silencio.

Entonces Marla soltó un suspiro como si le hubiera dicho que la luna estaba hecha de queso.

—Por supuesto que no— dijo inmediatamente—. Tú no has hecho esto.

—Sí lo hice— dije con tono seco.

Morty se enderezó.

—Eh, espera…

—La diosa dijo que cada vez que mi resonancia divina se intensifica, el universo se reequilibra— continué, con las palabras saboreando a ácido en mi boca—. Lo que significa que alguien muere para corregirlo.

Marla me miró fijamente durante un momento. Luego puso los ojos en blanco con tanta fuerza que pensé que se le iban a quedar atascados en la parte posterior del cráneo.

—Esa es la teoría mágica más tonta que he oído en toda la semana— dijo.

Morty levantó un dedo.

—Y esto es Gallows Gate. Es una categoría muy competitiva.

Marla señaló bruscamente el cuerpo de Sean.

—Rhea, este hombre no murió por culpa de tu magia.

—Sí que lo hizo —repliqué—. Y si no puedo controlar mis poderes, mis hilos arcanos, morirán más. Al parecer, Kael no tenía por qué haberle dado a mi antepasado parte de su poder divino. Los dioses no armaron un escándalo porque pensaban que los mortales acabarían muriendo por la esencia de Kael. Pero yo no lo hice. Y eso es un problema enorme.

Marla negó con la cabeza.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que digo es que Kael se olvidó de contarme una parte fundamental de esta nueva magia que fluye en mí— le dije—. Que ahora, por la razón que sea, se ha manifestado, ha evolucionado, así que cuando la uso, alguien cercano morirá. Igual que Sean. Murió por mi culpa.

Respiré hondo y luego añadí:

—Por eso te necesito.

—¿Me necesitas?— preguntó Marla—. ¿Para qué?

Me armé de valor y dije:

—Necesito que me quites la magia.

Morty soltó un largo silbido a mis espaldas.

—Vaya, eso sí que es intenso.

Marla abrió mucho los ojos.

—No puedo hacer eso. No tengo la experiencia necesaria para arrancar la magia de una bruja sin matarla. La magia fluye en la sangre de una bruja, quitar la magia es matar a la bruja.

—No me refiero a eliminarla para siempre —dije rápidamente, con el corazón a mil por hora mientras la idea se me escapaba antes de que mi cerebro pudiera procesarla—. Me refiero a suprimirla temporalmente. Como taparla. Algo que la congele para que no reaccione.

Marla cruzó los brazos y me miró como si le hubiera pedido que hiciera malabares con granadas.

—Quieres que *sede* mágicamente tu resonancia divina.

—Sí.

Me miró fijamente, con los labios entreabiertos.

Morty se apoyó con indiferencia contra la pared.

—Tienes que admitir que es un plan audaz.

Marla se frotó el puente de la nariz.

—Rhea, tu magia no es normal. Ni siquiera es brujería avanzada. Es resonancia divina mezclada con magia de linaje arcano. Esa combinación por sí sola debería haberte convertido en sopa mágica hace años.

—Y, sin embargo, aquí estoy— dije.

—Sí— murmuró ella—, lo cual sigue molestándome desde el punto de vista científico.

Me acerqué a ella.

—Marla, si esa diosa tenía razón, y cada vez que mi magia se dispara muere alguien, no puedo usarla. No puedo arriesgarme.

Mis ojos se desviaron hacia el cuerpo de Sean.

—No lo haré.

Morty cambió el peso de un pie a otro y nos miró a ambos.

—Así que, para resumir esta conversación, estamos intentando desactivar temporalmente la magia divina que hay dentro de Roja antes de que el universo decida empezar a dejar cadáveres cada vez que se enfade.

—Correcto— dije.

—Bien, solo quería asegurarme.

Marla suspiró profundamente y dio unos pasos por el laboratorio, murmurando entre dientes mientras miraba a Sean, luego a mí y luego de nuevo a los extraños instrumentos de la mesa.

—Técnicamente…— dijo lentamente.

Levanté la cabeza de golpe.

—¿Técnicamente?

Ella dudó.

—Si, técnicamente, hay algo.

Morty se animó.

—Oh, bien. Me encanta cuando la expresión *técnicamente* aparece en las decisiones médicas.

Marla le lanzó una mirada.

—No es lo ideal.

—Nada en mi vida es ideal— le dije— ¿Qué es?

Marla me miró y luego cruzó la habitación hacia un armario metálico alto empotrado en la pared. La puerta tenía un pequeño candado.

Eso nunca era buena señal.

—Ah— dijo Morty—. Hemos llegado a la parte de la noche del armario cerrado con llave.

Marla sacó una pequeña llave de su bolsillo y abrió el armario. Dentro había filas de pequeños frascos y botellas, la mayoría de ellos brillando con diferentes colores.

Se estiró hacia el fondo y sacó con cuidado un diminuto frasco de cristal lleno de un líquido azul brillante. El líquido brillaba ligeramente, como si tuviera su propio pulso.

Volvió a acercarse y lo sostuvo entre dos dedos.

—Esto— dijo con cautela—es un tónico supresor.

Morty se inclinó hacia delante.

—Eso suena sospechosamente inofensivo.

—Suprime temporalmente la magia de una bruja —continuó Marla.

Mi pecho se llenó de una esperanza repentina.

—Perfecto. Dámelo.

Marla no se movió.

—Rhea— dijo—, esto no está diseñado para la magia divina.

—No me importa.

—Tu magia es… diferente.

—También lo es mi vida.

Giró el frasco para que el líquido azul reflejara la luz.

—En teoría, debería bloquear el flujo mágico durante unas veinticuatro horas.

—Veinticuatro horas es perfecto.

No era un mes, pero me daría tiempo para investigar la conexión entre las brujas y los dioses y, con suerte, encontrar una laguna jurídica para cortar este maldito vínculo que tenía con ellos.

—Pero— continuó con firmeza—, no puedo garantizar cómo reaccionará tu magia.

Morty levantó la mano como si estuviera en clase.

—Cuando dices *reaccionar*...

Marla lo miró.

—Podría matarla.

Morty parpadeó.

—Vaya, eso se ha complicado rápidamente.

Marla asintió hacia el frasco.

—Básicamente es una toxina mágica. Obliga al cuerpo a bloquear las vías de lanzamiento de hechizos, por eso funciona.

Morty lo señaló.

—Entonces… veneno.

Marla frunció los labios, con una expresión de preocupación grabada en la frente.

—Sí.

Morty me miró.

—Roja, eso es veneno.

—Si, escuché—. Pero había vivido con un veneno toda mi vida: la maldición de Morven. No me daba miedo uno más.

Marla se acercó, con la voz ahora más suave.

—Rhea, necesito que entiendas algo. Tu magia no es normal. Si este tónico reacciona mal con la resonancia divina que hay en tu interior…

—Podrías morir— terminó Morty.

Extendí la mano.

—Lo tomaré.

Marla dudó.

—¿Estás segura de que quieres arriesgarte?— preguntó.

Pensé en Galadael. Pensé en Sean. Pensé en la posibilidad de que, en algún lugar ahí fuera, otra persona pudiera caer muerta la próxima vez que mi magia se desatara.

—No puedo ser responsable de más muertes— dije.

Marla puso el frasco en mi mano.

El cristal estaba frío, pero podía sentir un ligero zumbido procedente del líquido que había dentro.

Morty se inclinó hacia delante.

—No tienes por qué…

Saqué el corcho e incliné el frasco hacia atrás. El líquido tocó mi lengua e inmediatamente supo a pimienta quemada, ácido y algo que en algún momento pudo haber sido una batería.

—¡Madre mía…!— tosí, mientras me quemaba la garganta.

Morty hizo una mueca.

—Eso no tenía buena pinta.

La poción golpeó mi estómago como una pequeña explosión. El calor se extendió por mi pecho, agudo y eléctrico.

Durante un segundo no pasó nada.

Entonces, de repente, mis hilos arcanos… gritaron.

La sensación fue como si alguien cerrara de golpe una puerta dentro de mis venas. Jadeé, agarrándome al borde de la mesa mientras una oleada de mareo me golpeaba.

Marla se adelantó rápidamente.

—¡Rhea!

La sensación de ardor se extendió por mis brazos, mi pecho y ese lugar dentro de mí donde mis poderes siempre zumbaban como un segundo latido.

Luego, silencio. El zumbido se desvaneció. Así, sin más.

Me quedé allí de pie, respirando con dificultad, mirando mis manos. Sin resplandor, sin hilos arcanos… nada.

Morty se inclinó hacia delante lentamente.

—Bueno —dijo—. ¿Qué opinamos?

Me limpié la boca con el dorso de la mano.

—Servirá.

Tenía que servir.

Sí, sabía a excremento y a ácido de batería, pero ahora podía seguir con mi trabajo sin preocuparme por matar accidentalmente a alguien con mi magia. Volvía a tener el control de mi vida.

Aunque… ¿cómo trabaja una hechicera arcana de Merlín sin magia?

Estaba a punto de descubrirlo.

10

Salí de la morgue de Marla sintiéndome como una campeona. La diosa Galadael creía que me tenía en sus divinos dedos. Noticia de última hora: no era así. Si esperaba que me acurrucara en un rincón y aceptara mi destino como el recuento de cadáveres andante del universo, estaba claro que no había hecho los deberes sobre la familia Morven.

Sabía que Marla era una bruja inteligente, pero nunca imaginé que guardara pociones lo suficientemente potentes como para bloquear todos los canales mágicos, todo el poder, en un armario cerrado con llave como si fueran pilas de repuesto. Era impresionante, aterrador y reconfortante, todo a la vez.

Porque ahora mi magia se había esfumado.

Completamente en silencio.

Ningún hilo arcano vibrando bajo mi piel, ninguna chispa esperando a saltar de mis dedos. Ninguna resonancia divina acechando como un segundo latido dentro de mi pecho.

Solo… silencio.

Lo cual, teniendo en cuenta que últimamente se había comportado como un reactor nuclear caprichoso, resultaba bastante agradable.

Y entonces se me ocurrió algo.

Eryk. Tenía que decírselo.

Saqué mi teléfono y escribí rápidamente.

Yo: *Ha pasado algo. Algo bastante importante. Tenemos que hablar.*

Pulsé «enviar» y volví a guardar el móvil en el bolsillo justo cuando Morty bajaba las escaleras de la morgue y se unía a mí en la acera.

—Bueno —dijo, ajustándose la corbata y sacando otro cigarrillo —. ¿Y ahora adónde vamos, Roja?

—Tenemos que encontrar a alguien que sepa más de dioses que nosotros.

Morty se colocó el cigarrillo entre los labios y lo encendió con un chasquido del mechero.

—¿Y quién podría ser?

—Los dragones —dije—. Hay antecedentes. En su momento, los dioses controlaban a los dragones. Eran como perros guardianes o algo así.

Morty exhaló el humo en el aire frío.

—Y se los comieron. ¿No es así?

Hice una mueca.

—Sí.

—Ves, eso me parece un detalle importante.

—Aun así— continué, ignorándolo— Eryk sabría más. Su grupo de dragones, el Legado, lleva siglos existiendo. Si alguien sabe cómo funciona la resonancia divina, son ellos.

Morty me miró de reojo.

—Pero ¿no te odian?

Eso era… técnicamente cierto.

—Me tienen una *gran* aversión— le corregí—. Pero vale la pena intentarlo.

¿Porque ahora mismo? La desesperación era mi estado por defecto.

Mi teléfono vibró en el bolsillo y lo saqué.

—¿Es el chico dragón?— preguntó Morty, echando humo por la nariz como si él mismo fuera un dragón poco impresionado.

Entrecerré los ojos para mirar la pantalla.

—No.

—¿Qué es?

—Es un mensaje del Consejo de Gallows Gate.

Morty arqueó una ceja.

—Torren quiere verme ahora mismo —dije—. Es sobre Sean.

Morty silbó suavemente.

—Eso suena como el comienzo de una conversación muy incómoda.

—Y que lo digas.

—¿Quieres que vaya contigo?

Asentí con la cabeza.

—Claro. Vamos.

Me dirigí hacia mi camioneta cuando, de repente, el suelo se movió bajo mis pies. El mundo se inclinó hacia un lado mientras una oleada de mareo me golpeaba con tanta fuerza que mi visión se volvió borrosa por los bordes. Sentí un vuelco en el estómago. Extendí los brazos instintivamente y me agarré al lateral de la camioneta antes de que la gravedad tuviera tiempo de lanzarme contra el pavimento.

—¿Roja?— Morty apareció al instante a mi lado—. ¿Qué está pasando?

Por un segundo no pude responder. El aire se sentía denso, pesado, como si alguien hubiera succionado el oxígeno de la calle. Mi corazón latía irregularmente en mi pecho y un sudor frío me recorría la nuca.

Eso *no* pintaba bien.

Parpadeé con fuerza y obligué a mi vista a enfocar de nuevo.

—Nada —dije, enderezándome y haciéndole un gesto para que se fuera—. Solo se me olvidó desayunar. Necesito comer.

Mentira. Esto no tenía nada que ver con el desayuno.

Era la poción: el veneno mágico que circulaba por mi torrente sanguíneo. El estómago me dio otra vuelta y una lenta sensación de ardor me subió por la garganta. Fantástico.

Morty no parecía convencido.

—Pareces como si acabaras de bajarte de una montaña rusa.

—Estoy bien.

—Te agarraste a la camioneta como si fuera la última balsa salvavidas del Titanic.

—Ya te he dicho que estoy bien.

Me miró fijamente un segundo más y luego se encogió de hombros.

—Está bien. Pero si te desmayas en la sala del consejo, le diré a todo el mundo que es porque te has saltado el desayuno.

—Trato hecho.

Me subí al asiento del conductor y arranqué el motor, agarrándome al volante hasta que el mareo remitió. La poción estaba haciendo efecto. Eso era lo que importaba. El juzgado estaba a solo un minuto, lo cual era una suerte porque mi estómago ya estaba cuestionando todas las decisiones que había tomado hoy.

Morty se subió al asiento del copiloto y cerró la puerta. Me alejé de la acera y, acto seguido, di media vuelta y me dirigí hacia el juzgado.

Porque cuanto más tiempo me quedaba allí sentada fingiendo que no tenía náuseas, más parecía mi estómago oponerse al plan.

Entré en el aparcamiento del juzgado, encontré una plaza libre y aparqué.

Por un segundo me quedé allí sentado con las manos en el volante.

Morty me echó un vistazo.

—¿Estás bien?

—Fantástico.

—Tienes cara de estar verde.

—Es la luz.

Abrí la puerta antes de que pudiera seguir con su evaluación médica y salí de la camioneta.

El juzgado se alzaba imponente ante nosotros, con su piedra antigua y sus altas ventanas reflejando el sol de la tarde.

Dentro nos esperaban Torren y el resto de los miembros del consejo, que estaban a punto de hacer preguntas muy incómodas sobre la muerte de Sean Grey.

Perfecto. Justo el tipo de día que estaba deseando.

Respiré hondo, me acerqué a las puertas y las empujé. Las paredes blancas me dieron la bienvenida mientras avanzaba por el pasillo. Me llegaron unas voces y supe que procedían de la sala de reuniones que había al final.

Morty permaneció en silencio mientras me seguía. Entramos en la sala de juntas, y en ella se respiraba el tipo de tensión que precede a una tormenta: tranquila en apariencia, pero cargada de una energía a punto de estallar. Los miembros del Consejo de Gallows Gate se alineaban contra la pared como jueces que ya habían empezado a forjar su veredicto.

Morty y yo caminamos hacia la larga mesa situada en el centro de la sala.

Torren estaba sentado en el centro, con las manos ligeramente cruzadas, observando cómo nos acercábamos con la calma y la concentración de alguien que estudia un tablero de ajedrez antes de la primera jugada.

A su derecha se sentaba Brunika, la representante de los trolls. Sus gruesas trenzas le caían sobre un hombro y apoyaba la barbilla en la palma de la mano, como si toda la reunión le aburriera. Antes había estado de mi lado, así que tal vez —con suerte— ahora también lo estuviera.

A su lado se recostaba Thalen.

Si alguien tuviera que plasmar la idea de la elegancia de las hadas en una persona, el resultado sería Thalen. Por desgracia, su expresión sugería la versión sobrenatural de alguien atrapado en una reunión a la que no quería asistir en absoluto.

Al otro lado de Brunika estaba sentada Maeva.

El gato lobo se comportaba como un depredador que finge no estar acechando a nadie: esbelta, vigilante y mirándome como si yo personalmente hubiera cometido un crimen contra su familia. Nunca le había caído bien, y dudaba que eso fuera a cambiar hoy.

Luego estaba Cassian.

La mirada del vampiro se posó en mí sin el juicio severo que transmitían los demás. En cambio, me observaba con la tranquila curiosidad de alguien que observa el primer movimiento de un conflicto que espera que se ponga interesante.

Odiaba volver aquí. La última vez que pisé esta sala de juntas, Lysandra había intentado succionar mi energía divina como si fuera un zumo mágico. Había explotado poco después, así que supuse que, técnicamente, la sala y yo habíamos resuelto nuestros problemas.

—Rhea Morven —dijo Torren, con voz firme y tranquila—. ¿Y quién es esta?

Claro. Por supuesto que no conocerían a Morty. No así. Llevaba un siglo siendo un fantasma con adicción al tabaco y consejos vitales cuestionables. Ahora era… bueno, lo mismo, solo que más sólido.

—Morty —dije—. Es un Merlín. Me ayudará durante un tiempo.

Morty hizo un pequeño saludo con dos dedos, como si estuviera saludando a un camarero en lugar de a un consejo sobrenatural.

Tomé nota mentalmente de escribir a la Junta de Merlín para solicitar su reincorporación oficial. No tenía ni idea de cómo funcionaba ese proceso, pero supuse que el papeleo sería menos aterrador que la mitad de las cosas que ya habíamos sobrevivido.

Por un segundo pensé que Torren podría pedirle que se marchara. En cambio, señaló las sillas frente a ellos.

—Por favor. Siéntense.

Morty y yo ocupamos los asientos vacíos frente al consejo. Me recosté lo suficiente para parecer despreocupada, mientras todos los instintos de mi cuerpo gritaban que aquello iba a ser desagradable.

—Morven —comenzó Torren, cruzando las manos sobre la mesa —, ¿has descubierto algo sobre quién mató a Sean Grey?

Allá vamos.

Me aclaré la garganta.

—Todavía no. La investigación sigue en curso.

Torren me estudió como si estuviera sopesando cada palabra.

—¿Hay algo que puedas compartir con nosotros?— preguntó—. ¿Alguna teoría?

—Nada concreto —respondí—. La magia que rodeaba el cadáver era… complicada. Estoy analizándola.

Maeva se movió en su silla.

—Complicada—repitió, con voz suave y fría. —Es una palabra interesante para describirlo.

La miré con ira.

—¿Perdón?

—Los residuos alrededor del cadáver— continuó ella—tenían un olor muy particular.

Noté que Morty se movía a mi lado.

—¿Qué tipo de olor? —preguntó Torren, mirándola.

Los ojos amarillos de Maeva permanecieron fijos en mí.

—Su olor. Ella está involucrada. Sé que lo está— insistió la gata loba.

Mierda.

Exhalé lentamente por la nariz.

—Yo no maté a Sean.

La mentira salió de mi boca con tal convicción que, por un segundo, llegué a creer que era inocente.

Maeva ladeó la cabeza como un gato que decide si un ratón merece la pena.

—Mi sentido del olfato es inigualable. Estás mintiendo. La magia de ese cuerpo desprendía la misma aura que la tuya.

—Qué conveniente— respondí—, pero también es falso.

Maeva frunció los labios lo justo para dejar entrever un colmillo.

—¿De verdad?

—Sí —dije con tono seco—. Lo es.

Torren levantó una mano antes de que Maeva pudiera lanzarse a la carga verbalmente.

—Morven —dijo con calma—, nadie aquí te está acusando. Simplemente estamos pidiendo claridad.

Morty se inclinó hacia delante a mi lado.

—Menudo grupo más divertido.

—No tienes ni idea —le susurré.

—Morven —continuó Torren—, si estás ocultando algo…

—No lo estoy haciendo —dije. Otra mentira total. Aunque no estaba ocultando pruebas, solo la parte sobre una diosa muy enfadada que probablemente podría arrasar la sala como un mal chat grupal. Y el hecho de que yo era responsable de la muerte de Sean.

No podía permitirme ponerme enferma en ese momento, no delante de un grupo de personas que me miraban como si fuera culpable.

Brunika se movió en su silla, y sus gruesas trenzas se deslizaron por su hombro.

—Pareces cansada —dijo sin rodeos.

—Estoy bien.

Excepto que, de repente, ya no lo estaba.

Una extraña presión me llenó los oídos, como si alguien me hubiera metido algodón en ambos lados de la cabeza. La sala parecía inclinarse. Las voces del consejo se difuminaron por un momento, como si alguien hubiera bajado el volumen de la realidad.

Morty se inclinó hacia mí.

—¿Estás bien?— murmuró.

—De maravilla— le susurré.

Una ola de calor me recorrió el cuerpo, ardiente como la fiebre. El sudor me picaba en la espalda bajo la chaqueta.

Torren estaba hablando de nuevo, pero su voz sonaba lejana, como si se hubiera alejado hasta el otro extremo de un túnel.

—La firma mágica… es preocupante…

Tragué saliva.

Maeva entrecerró los ojos.

—Estás sudando.

—He llegado a pie —mentí—. El ejercicio cardiovascular es bueno. Deberías probarlo.

—Pareces enferma— se burló.

—Así me veo siempre. Es mi cara habitual.

Morty se inclinó hacia mí de nuevo, en voz baja.

—Roja, estás pálida. Te pareces a como yo estaba hace unas semanas.

—Cállate— susurré—. De verdad, estoy bien— le dije al consejo.

Maeva se inclinó hacia delante, con los ojos brillantes.

—Qué oportuno— dijo en voz baja—. Te acusan de compartir una firma mágica con un cadáver y, de repente, te pones enferma.

«No me estoy poniendo enferma», espeté.

Otra oleada de calor me golpeó, esta vez con más fuerza. Mi visión se nubló durante medio segundo y me agarré al borde de la silla.

No te desmayes. No te desmayes. No te desmayes delante del equivalente sobrenatural de un jurado.

—Yo no maté a Sean —dije con firmeza, esforzándome por pronunciar las palabras con claridad—. Y estoy intentando averiguar quién lo hizo.

Las mentiras salían con tanta fluidez que empezaba a pensar que la mentira patológica podría considerarse una habilidad legítima de Merlín.

Maeva entrecerró los ojos y dilató las fosas nasales como si volviera a oler el aire.

—Estás involucrada de alguna manera.

—No —dije.

Sus ojos brillaron.

—Sí. Y voy a demostrarlo.

Maldita sea.

Lo último que necesitaba era que un miembro del consejo de los gatos lobos husmease en mi vida como un sabueso con rencor. Tarde o temprano, darían con la verdad.

Que Sean murió por mi culpa.

No sabía cuánto tiempo podría mantener eso oculto, pero iba a hacer todo lo que estuviera en mi mano.

Morty se movió a mi lado.

—Roja —susurró entre dientes—, parece que acabas de correr una maratón hasta la cima de un volcán.

—Estoy bien— susurré. Justo la imagen profesional que quería proyectar ante un consejo de gobierno sobrenatural. Investigadora de Merlín… ahora con derretimiento espontáneo incluido.

—Estás sudando como un pecador en la iglesia.

—Ya te he dicho que estoy bien.

—Morven —dijo Torren al otro lado de la mesa, con la mirada aguda—. ¿Te encuentras mal?

—No.

Una gota de sudor resbaló por mi nuca.

Cuerpo traidor.

Maeva se inclinó ligeramente hacia delante, con sus ojos amarillos clavados en mí con una mirada depredadora.

—Está ocultando algo— dijo.

—Estoy ocultando un dolor de cabeza— respondí— debido a esta conversación.

Brunika dejó escapar un gruñido silencioso que podría haber sido de diversión. Me caía bien.

Thalen parecía tan aburrido que parecía que se iba a quedar dormido de pie. Y Cassian, bueno, observaba todo el intercambio como alguien que asistía a una conferencia especialmente entretenida.

Mi visión eligió ese preciso momento para volverse borrosa por los bordes. Me agarré al borde de la mesa, deseando que la habitación se comportara.

Torren se inclinó hacia delante, con una expresión de preocupación que rompía su habitual calma.

—Pareces tener fiebre— dijo.

—Estoy bien, de verdad —repetí—. Agradezco la consulta médica. Empujé la silla hacia atrás y me puse de pie antes de que mi cuerpo pudiera traicionarme aún más.

—Pero, a menos que quieran acusarme de algo más, tengo una investigación que llevar a cabo.

El movimiento hizo que la habitación volviera a inclinarse.

Morty se puso de pie inmediatamente a mi lado.

—Te sujetaré si te desmayas.

—No me voy a desmayar —siseé. Me volví hacia Torren—. Avisaré al consejo en cuanto encuentre algo concreto.

—No tendrás que hacerlo —dijo Maeva con frialdad—. Yo estaré atenta.

Claro que lo estarás. Como si mi vida no fuera ya lo suficientemente complicada.

—Fantástico —dije—. Nada motiva más a una persona que ser acosada por una gata loba.

Brunika resopló de nuevo, ahora definitivamente divertida.

Torren no sonrió. En cambio, sus ojos se detuvieron en mí un momento más, claramente poco convencido por mi actuación.

—Puedes irte —dijo finalmente—. Pero, Morven… si tu estado empeora, lo comunicarás.

—Sí, señor —dije automáticamente.

Entonces me di la vuelta antes de que nadie pudiera hacerme otra pregunta y me dirigí hacia la puerta.

Morty se mantuvo a mi lado mientras cruzábamos la sala.

—Roja —murmuró—, caminas como un pingüino borracho.

—No es verdad.

—Claro que sí.

Las puertas se abrieron y, en cuanto salimos al pasillo, la presión en mis oídos volvió a dispararse con fuerza. El pasillo se inclinó violentamente.

—¡Vaya! —dijo Morty, agarrándome del brazo antes de que la gravedad me estrellara la cara contra el suelo. Bueno, no estaba bien. Definitivamente no estaba bien.

—Necesito aire —dije, aunque mi voz sonaba extraña y lejana, incluso para mí.

—Quizá el jugo venenoso de Marla fue una mala idea— dijo Morty.

—Fue lo correcto— espeté mientras otra oleada de calor me atravesaba el pecho.

Y lo era. Me conocía lo suficientemente bien como para saber que la muerte de otra persona inocente en mi conciencia me mataría.

Pero no esperaba que la poción de Marla fuera tan desestabilizante tan rápido, que me afectara tan pronto. Ella me había advertido que mi poder divino era diferente. Lo sabía.

Y me había arriesgado. Porque era impulsiva y testaruda, y quería superar esto costara lo que costara.

Ahora necesitaba ver a Eryk.

Necesitaba ver al dracónido antes de que el consejo se enterara de lo que había hecho y me metiera en la cárcel.

11

Morty silbó.

—Sabía que el chico dragón era rico, pero no me había dado cuenta de que vivía en una fortaleza.

Dicha fortaleza se alzaba en el límite de Gallows Gate; la estructura parecía menos una casa y más una declaración. Sus muros de piedra estaban oscurecidos por los siglos, con agujas estrechas que se clavaban en la niebla y ventanas con contraventanas de hierro que observaban el mundo en silencio. Todo el lugar rezumaba poder ancestral y una amenaza contenida: el tipo de fortaleza pensada para dragones, no para gente corriente. Parecía que había sobrevivido a guerras, desastres mágicos y probablemente a unos cuantos dioses enfadados que intentaron llamar a la puerta principal.

Aparqué mi camioneta en el largo camino de entrada y apagué el motor; mi respiración se volvió un poco más entrecortada de lo habitual mientras el mundo se inclinaba hacia la izquierda. La poción se agitaba desagradablemente en mi estómago, como si estuviera reconsiderando la idea de volver a salir.

Tendría que acostumbrarme a no tener magia. Incluso a pesar de las náuseas y la fiebre que bullía bajo mi piel, sentía un vacío, un espacio hueco dentro de mí donde antes vibraban mis poderes. Como si me hubieran arrancado algo o hubiera perdido una

extremidad de la que no me había dado cuenta de que dependía hasta que ya no estaba.

Recordé cuando era adolescente y deseaba no tener magia, deseaba que la maldición de Morven me hubiera pasado de largo. Lo intenté todo por aquel entonces —hechizos, rituales, tonterías que leía en libros antiguos— para deshacerme de ella por mi cuenta. Mientras tanto, las otras brujas de mi edad se reían de mí. Me llamaban bicho raro. Decían que mi magia estaba rota.

En aquel entonces habría dado cualquier cosa por ser normal. Por despertarme un día y no sentir nada mágico en mis venas.

Y ahora…

Ahora haría cualquier cosa por recuperarla.

—Roja, ¿quieres que vaya a por él? —preguntó Morty, ya medio inclinado hacia la puerta como si se estuviera ofreciendo voluntario para la misión de entrega del dragón.

—Estoy bien. Vamos.

Salí del auto y cerré la puerta tras de mí. El aire fresco me ayudó un poco, refrescando el sudor que había empezado a acumularse en la nuca. Las náuseas remitieron lo suficiente como para que pudiera fingir que todo era normal. Bien. Lo último que quería era que Eryk me viera con aspecto de haber perdido una pelea con una botella de veneno.

Era una criatura vanidosa y odiaba sentirme tan débil.

Morty cerró la puerta y volvió a mirar hacia el imponente castillo, con las manos en las caderas.

Supongo que solo un dragón podría vivir aquí», dijo mientras subíamos juntos por el largo camino de entrada. La grava crujía bajo nuestras botas mientras el viento traía el olor a humo desde algún lugar en la distancia.

—¿Se posa en lo alto de esas torres y se golpea el pecho con los puños?

—Estás pensando en un gorila —dije—. No es King Kong.

Morty asintió pensativo.

—No, me estoy imaginando al chico dragón saltando de torre en torre contigo montado sobre él.

Le lancé una mirada.

—Los dragones no funcionan así.

—¿Estás segura?— dijo—. Porque si yo tuviera alas y un castillo como este, sin duda saltaría de torre en torre. De lo contrario, sería una oportunidad perdida.

—Tu filosofía de vida es realmente extraña.

—Mi filosofía de vida es práctica.

Caminamos unos pasos más por el sinuoso camino de entrada hacia las enormes puertas de hierro que custodiaban el patio de entrada.

Otra oleada de mareo me invadió y reduje el paso. El mundo se volvió borroso durante medio segundo antes de volver a enfocar.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Morty.

—Estoy bien.

—Caminas como si acabaras de bajar de un barco que atravesó seis océanos con mar picado.

—Estoy bien. Deja de preocuparte— dije, esforzándome por mantener el paso firme.

Morty me miró entrecerrando los ojos.

—Te has bebido un bote de veneno hace treinta minutos. Es normal que te provoque una reacción.

—Lo sé. Y lo estoy llevando lo mejor que puedo.

Seguimos caminando. Las puertas de la fortaleza crujían con el viento a medida que nos acercábamos; los herrajes estaban grabados con antiguos símbolos de dragones que brillaban con magia ancestral.

O al menos eso solía pasar.

Hoy no sentí nada. Ningún zumbido mágico. Ninguna presión en el aire. Ningún hilo arcano agitándose bajo mi piel. Silencio.

La ausencia de magia me resultaba extraña, como entrar en una habitación y darte cuenta de que una máquina ruidosa que había estado funcionando toda tu vida se había apagado de repente.

Lo odiaba.

Morty volvió a echar un vistazo.

—¿Sabes en qué estoy pensando?

—¿Que este castillo necesita un foso?

—No— dijo—. Estoy pensando que, si el chico dragón abre la puerta sin camiseta, voy a necesitar un momento para asimilarlo.

Resoplé.

—Estás celoso.

—No estoy celoso.

—Claro que lo estás.

Morty se encogió de hombros.

—Admiro su físico. Y estoy un poco celoso.

Sabía que Morty se estaba enamorando perdidamente de Selene, y tenía la sensación de que quería ponerse en forma después de haber sido un fantasma durante un siglo. Era bonito que le importara. Me alegraba por él.

Aun así, ese miedo subyacente seguía acechándome: que algún día todo desaparecería. Morty volvería a ser un fantasma y quedaría atado a la Estación Merlín de nuevo. Sabía que era algo que rondaba por su mente, aunque él lo negara. Y si yo fuera él, estaría pensando exactamente lo mismo.

Tenía que hablar con él sobre su magia, pero ahora no era el momento.

Llegamos a la amplia escalera de piedra que conducía a la entrada principal. Solo las puertas eran enormes, de roble oscuro reforzadas con bandas de hierro y talladas con intrincados diseños de dragones que probablemente pesaban más que mi camioneta.

Morty se detuvo en el último escalón y miró hacia arriba.

—Vaya—dijo—. Ahora sí que estoy impresionado.

—¿No lo estabas antes?

—Pensaba que era excesivo. Ahora creo que es excesivo con estilo.

Empecé a subir los escalones, obligando a mis piernas a cooperar mientras mi estómago continuaba con su silenciosa rebelión.

Morty me siguió.

—¿Crees que el chico dragón esté en casa?— preguntó.

—Vive aquí.

—La gente rica a veces tiene varios castillos.

—Es un dragón, no un villano de Bond.

Morty lo pensó un momento.

—Lo dices como si esas dos cosas no pudieran coincidir.

Llegamos a lo alto de las escaleras y levanté la mano para llamar a la puerta. De repente, las enormes puertas se abrieron de par en par antes de que las tocara, y allí estaba Eryk en el umbral, completamente vestido y tan alto que la puerta casi parecía demasiado pequeña para él. En el momento en que sus ojos se posaron en mí, su expresión cambió. No era la habitual sonrisa burlona de dragón. No era la sonrisa provocadora que le gustaba esbozar cuando me pillaba mirándolo.

No. Era otra cosa: preocupación, aguda e inmediata, y debajo de ella, algo más oscuro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Muchas cosas —le dije, haciendo todo lo posible por parecer normal y no como si estuviera a punto de vomitar mis entrañas sobre sus carísimos escalones de piedra.

La mirada de Eryk me recorrió de arriba abajo, fijándose en todo: la forma en que estaba de pie, la ligera tensión en mis hombros y el sudor que empezaba a sentir en la nuca. Los dragones eran muchas cosas, pero poco observadores no era una de ellas.

Entrecerró ligeramente los ojos.

—Pareces enferma.

—Me he saltado el desayuno —dije rápidamente.

Morty se acercó a mi lado y se apoyó en una de las columnas de piedra como si estuviera en su elemento en un castillo de dragones.

—Y también se ha tomado una poción.

Eryk giró la cabeza bruscamente hacia él.

—¿Qué?

Suspiré.

—Morty.

—¿Qué? —dijo Morty—. Ahora estamos siendo sinceros.

Eryk se hizo a un lado de inmediato.

—Entra.

Su voz se había vuelto más grave, más tensa, con una preocupación propia de un dragón, lo cual nunca era algo casual.

Entramos en la fortaleza y las puertas se cerraron tras nosotros con un golpe sordo y resonante que sonó como si el propio castillo

hubiera decidido que ahora formábamos parte del mobiliario.

Morty miró a su alrededor y silbó en voz baja.

—Vaya— dijo—. Esto sí que es impresionante.

El interior era exactamente lo que cabría esperar de un dragón que llevaba siglos vivo y tenía el dinero de un país pequeño. Las paredes de piedra estaban cubiertas de antiguos tapices y armas medievales, pero mezcladas con muebles modernos que gritaban «soltero adinerado con excelente gusto», incluyendo sillones de cuero del tamaño de pequeñas embarcaciones. Las estanterías de madera oscura estaban repletas de libros antiguos y artefactos, y la enorme chimenea probablemente podría haber asado una vaca entera.

Morty señaló las espadas colgadas en la pared.

—¿Las usas de verdad o son solo decorativas?

Eryk ni siquiera lo miró. Su atención seguía fija en mí.

—Siéntate— ordenó.

Nos trasladamos al salón y me dejé caer en uno de los sillones de cuero. En cuanto lo hice, mi estómago volvió a dar una vuelta desagradable. La poción estaba haciendo notar su presencia.

Fantástico.

Morty se dejó caer en el sillón frente a mí y enseguida sacó un cigarrillo.

Eryk se quedó de pie, observándome. Como una estatua enorme y muy peligrosa que había decidido que yo era lo más importante de la habitación.

—Muy bien —dije, exhalando lentamente—. Hoy ha sido un día raro.

Morty resopló.

—Eso es el eufemismo del siglo.

Eryk cruzó los brazos.

—Explícame.

Así que lo hice.

Le volví a contar lo de Sean y las runas. Que la base de datos de Merlín no había arrojado absolutamente ningún resultado, y luego le conté lo de la visita a la diosa.

—Se llama Galadael— dije.

El efecto en Eryk fue inmediato. El fuego estalló a lo largo de sus antebrazos, llamas naranjas y amarillas que se arrastraban por su piel como seres vivos que respondían a su ira. En cierto modo, me recordó a mis hilos arcanos.

Morty se inclinó hacia delante.

—Vaya, eso es nuevo.

—¿Qué quería?— la voz de Eryk se volvió fría y peligrosa.

—Vino a entregar un mensaje —le dije.

La habitación parecía más calurosa ahora, y las llamas a lo largo de los brazos de Eryk parpadeaban con más intensidad mientras esperaba.

—Me dijo que yo era responsable de la muerte de Sean— continué.

El fuego se intensificó alrededor de los brazos de Eryk.

Morty arqueó una ceja.

—Directamente al sentimiento de culpa.

Tragué saliva.

Dijo que cada vez que mi resonancia divina se intensifica, el universo tiene que reequilibrarse.

Los ojos de Eryk se oscurecieron.

—¿De verdad?

De todos modos, saqué las palabras a la fuerza.

—Dijo que, si vuelvo a usar mis hilos arcanos, morirán más personas inocentes.

El fuego a lo largo de los brazos de Eryk ardió con más intensidad por un momento antes de que él lo sofocara. Las llamas se redujeron, pero no desaparecieron por completo. A los dragones no se les daba muy bien la calma.

—¿Por qué has esperado tanto para decírmelo?—gruñó—. Deberías habérmelo dicho en cuanto ocurrió.

Ay.

—Lo sé. Tienes razón.

Ya no tenía sentido seguir mintiendo.

—Supongo que me daba miedo cómo me verías.

Quería dar más detalles, pero me sentía un poco incómoda con Morty allí. Era mi amigo, pero parte de la conversación me parecía

demasiado íntima.

Eryk me miró fijamente durante un momento.

—¿Qué te hizo ella?

—¿Qué?

—Estás enferma— dijo sin rodeos—. ¿Qué te hizo?

Antes de que pudiera responder, Morty levantó la mano.

—Oh, en realidad eso es cosa nuestra.

La mirada de Eryk se posó en él de inmediato.

—¿Qué quieres decir?

Morty señaló hacia mí con su cigarrillo.

—Roja bebió una poción.

Eryk se volvió hacia mí.

—¿Una poción?

—Técnicamente, veneno —añadió Morty, siempre tan servicial.

El fuego que ardía sobre los brazos de Eryk era tan intenso que las llamas me quemaban las mejillas.

—¿Qué hiciste?— preguntó.

Levanté la barbilla.

—Me bloqueó la magia. No había otra forma.

Eryk se acercó a mí, irradiando con toda su presencia esa aterradora energía de dragón que haría temblar de miedo a los seres inferiores.

—Eso fue una imprudencia.

—Era necesario.

—Te envenenaste a ti misma.

—Para detener la magia —repliqué—. Sí.

Apretó la mandíbula.

—No se puede simplemente suprimir la esencia divina.

—Bueno, es una historia curiosa— dije, señalándome débilmente a mí misma—. Al parecer, sí se puede. Más o menos.

Eryk se dio la vuelta bruscamente y empezó a dar vueltas por la habitación como un depredador enjaulado.

Morty se recostó en su silla y encendió un cigarrillo.

—Sabes— dijo en tono coloquial—, según mi experiencia, cuando un dragón gigante que escupe fuego empieza a dar vueltas así, suele significar que alguien está a punto de ser devorado.

—Nadie va a ser devorado— suspiré.

Eryk dejó de dar vueltas y se volvió hacia mí.

—Tú le crees a Galadael— dijo.

—Creo que Sean está muerto— respondí—. Y si hay la más mínima posibilidad de que mi magia lo haya causado, no voy a arriesgar a otra persona.

Su expresión se endureció.

—Los dioses manipulan la verdad. No puedes confiar en ellos.

—Quizá— dije —, pero no voy a jugarme vidas inocentes para demostrar que se equivoca.

Morty exhaló humo hacia el techo.

—Personalmente, creo que la diosa parece una imbécil cósmica. La odiamos.

La mirada de Eryk volvió a posarse en mí, aguda e intensa.

—¿Y Kael? ¿Dónde está ese dios?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, pero debería haberme advertido.

En ese momento realmente quería tener un diálogo con ese dios arrogante.

Un gruñido escapó de la garganta de Eryk.

—Prefieres mermar tu propio poder antes que arriesgarte a que ella haya dicho la verdad.

—Sí— la palabra salió inmediata y firme—, porque no seré responsable de que muera otro inocente.

La sala se quedó en silencio. Eryk me miró fijamente durante un largo rato y luego volvió a pasearse. Las llamas a lo largo de sus brazos volvieron a brillar con más intensidad.

Y Morty se recostó en el sillón de cuero como si tuviera asientos en primera fila para la discusión más peligrosa de Gallows Gate.

—Sabía que esto iba a ser divertido.

Exhalé un largo suspiro.

—Escucha. Lo hecho, hecho está. He venido aquí en busca de tu ayuda.

Al oír eso, el dracónido dejó de pasearse y se volvió para mirarme de frente. El fuego a lo largo de sus antebrazos se atenuó, pero no desapareció por completo. Se aferraba a su piel como

brasas inquietas, la manifestación física de un dragón esforzándose por no quemar sus propios muebles.

—En la base de datos de Merlín apenas hay nada sobre dioses, sus runas y sus símbolos —continué—. Y como Yula no sabe nada, solo quedan los dragones. Hay una historia ahí; no es buena, pero al menos hay una.

—Se los comieron —me susurró Morty desde el sillón de cuero, mientras el humo se arremolinaba perezosamente hacia el techo.

Lo ignoré y seguí hablando.

—Si estoy en lo cierto, los dracónidos son los únicos que podrían saber cómo romper mi vínculo, esta atadura con los dioses. Poseen un conocimiento ancestral que ningún otro ser paranormal tiene.

Respiré hondo, luchando contra una oleada de náuseas que me subió de repente por la garganta. La habitación se balanceó ligeramente, como si alguien hubiera dado un empujón al mundo de lado.

Apoyé la mano brevemente en el reposabrazos y esperé a que se me pasara.

—Eres mi única esperanza—, concluí—. Necesito deshacerme de este vínculo.

Morty sacudió la ceniza en un plato de cristal que había sobre la mesita auxiliar.

—Ustedes sí que se mueven rápido. La mayoría de las parejas empiezan con una cena.

Eryk no le hizo caso. Su mirada permaneció fija en mí, escudriñando mi rostro como si intentara leer algo más profundo que las palabras.

—Crees que el vínculo se puede romper— dijo.

—Creo que, si los dioses pueden crear la conexión, alguien ahí fuera sabe cómo romperla.

Se quedó en silencio un momento. El fuego finalmente se desvaneció por completo de sus brazos.

—Tienes razón en una cosa— dijo lentamente—. Hay una historia entre los dragones y los dioses.

Morty levantó una mano.

—Déjame adivinar. Tiene que ver con traición, fuego y alguien a quien se comen.

Eryk apretó los labios.

—Las tres cosas.

Me incliné un poco hacia delante en la silla, ignorando el mareo que intentaba volver a apoderarse de mí.

—Entonces, cuéntamelo.

—Los dioses gobernaron en su día a la estripe dracónica— dijo Eryk—. Mucho antes de que existiera esta ciudad. Mucho antes de que la mayoría de las especies mágicas que conoces hoy en día tuvieran sociedades organizadas.

Su voz había adquirido ahora un tono diferente, más tranquilo y antiguo.

—No veían a los dragones como iguales— continuó—. Éramos herramientas. Armas.

Morty exhaló humo.

—Ah. Perros guardianes mágicos.

—Sí —dijo Eryk con tono seco—. Perros guardianes.

Empezó a dar vueltas de nuevo, ahora más despacio.

—.Sometieron a los dragones a su voluntad con magia divina. Los obligaron a custodiar lugares sagrados, a luchar en sus guerras y a proteger sus reinos.

—Y de vez en cuando se comían a uno— añadió Morty.

Eryk le lanzó una breve mirada.

—Sí— dijo—. También se comían a los dragones.

—Eso está muy mal.

Sentí un nudo en el estómago, aunque no sabía si era por la historia o por la poción envenenada.

—Trataban la estripe dracónica como si fuera de su propiedad —continuó Eryk—. Como bestias que podían controlar.

Tragué saliva.

—¿Y eso funcionó?

—Durante un tiempo.

Su expresión se endureció.

—Luego hubo un levantamiento.

Morty se inclinó hacia delante.

—Ahora llegamos a la parte interesante.

—Ocurrió siglos antes de que yo naciera —dijo Eryk—. Los detalles son fragmentarios. Pero los dragones acabaron rompiendo los lazos divinos.

—Lo que significa que dejaron de ser mascotas cósmicas— dijo Morty.

—Lo que significa que dejamos de ser esclavos.

Me froté la sien mientras otra oleada de náuseas me recorría el cuerpo. La poción estaba haciendo efecto sin duda. Sentía como si en mi estómago se estuviera gestando una pequeña tormenta.

—¿Roja? —preguntó Morty.

—Estoy bien.

—Dices eso muy a menudo mientras pareces que te vas a caer.

—Ya he dicho que estoy bien.

Eryk me observó con atención.

—Deberías recostarte un poco.

—Primero debería resolver mi problema con esta diosa.

No discutió, pero la preocupación en sus ojos tampoco se desvaneció.

—Si los dragones rompieron en su día los vínculos divinos— dije, insistiendo.

—Alguien debe de saber cómo funcionaban esos vínculos.

Eryk asintió lentamente.

—Ese conocimiento existe— dijo—. Gran parte de él es más antiguo que el propio Legado.

—Genial —dijo Morty—. ¿Dónde está? ¿Escondido en una biblioteca de dragones custodiada por un acertijo y una espada maldita?

—Hay cosas que ni siquiera yo sé —continuó Eryk—. Historias que nunca se han contado a los dracónidos más jóvenes.

—¿Lo sabrán los dragones más viejos? —pregunté. Sabía que Eryk tenía más de trescientos años, y si él era considerado el «dracónido más joven», ¿qué edad tendrían los más viejos?

—Sí —respondió Eryk, mirándome.

—Entonces vamos a hablar con ellos —le dije.

Eryk me estudió durante otro largo momento.

—Estás pidiendo un conocimiento que pocos fuera de la estripe dracónica han visto jamás.

—Estoy pidiendo una forma de impedir que los dioses arruinen mi vida.

Morty asintió.

—Una petición razonable.

Eryk exhaló lentamente.

—Puede que un dragón sepa lo que buscas.

Mi pulso se aceleró.

—¿Quién?

—El más anciano de los de nuestra especie que aún vive.

Morty se animó de inmediato.

—Oh, esto ya me gusta. Me huele a dragón anciano mentor.

La mirada de Eryk se desvió brevemente hacia las imponentes ventanas de la fortaleza, como si estuviera mirando mucho más allá de las colinas que rodeaban Gallows Gate.

—Se llama Vaerakthyr, la Primera Llama.

Morty exhaló un poco de humo.

—Sí, voy a llamarlo Bob.

Me moví en la silla mientras otra oleada de mareo me recorría la espalda. Apreté la mandíbula e ignoré la sensación.

—¿Es… amistoso?— pregunté.

Morty resopló.

—Es un dragón más viejo que Matusalén. ¿Tú qué crees?

A Eryk se le crispó la boca.

—Vaerakthyr no suele ver a los mortales.

—Fantástico —dijo Morty—. Me encanta conocer a criaturas antiguas que podrían comernos.

Eryk se volvió hacia mí.

—Si alguien vivo sabe cómo funcionan los vínculos divinos— dijo —ese es él.

Mi corazón empezó a latir un poco más rápido.

—Entonces vamos a verlo.

Eryk asintió una vez.

—Te llevaré a verlo.

Morty levantó el cigarrillo.

—Una excursión para conocer al dragón más viejo que existe. Tengo que decir que esta semana no deja de mejorar.

Los ojos dorados de Eryk se quedaron fijos en mí.

—Nos vamos esta noche.

Y a pesar de las náuseas que me retorcían el estómago, a pesar del veneno que me quemaba las venas, algo parecido a la esperanza cobró vida en mi pecho.

Porque si alguien en el mundo sabía cómo romper las ataduras de un dios…

Sería un dragón que en su día había roto sus cadenas.

12

Me encontraba fuera del patio de Eryk, con la luna llena proyectando una luz gris pálida sobre los muros de piedra y las torres, tiñéndolo todo de plata y sombras. Era una de esas noches perfectas en Gallows Gate. Las ranas arbóreas cantaban su diminuta ópera en el pantano más allá de los árboles, y en algún lugar a lo lejos un coyote lanzó un aullido largo y solitario. El aire olía a tierra húmeda, pino y al tenue humo de la chimenea de Eryk que se colaba por una ventana abierta.

Era el tipo de noche ideal para sentarse junto al fuego con una copa de vino, recostada contra un dracónido muy atractivo mientras fingía que el resto del mundo no existía.

Por desgracia, no era una de esas noches.

En primer lugar, porque sentía como si cada célula de mi cuerpo estuviera en llamas.

Y, en segundo lugar, porque estábamos a punto de ir a conocer al dragón más viejo que existe.

Así que sí. Una velada estresante.

Crucé los brazos sobre el pecho e intenté parecer despreocupada, aunque por dentro sentía como si se estuviera produciendo una pequeña erupción volcánica. La poción había sido una idea brillante en teoría. En la práctica, era como si alguien

hubiera vertido arena caliente en mis venas y les hubiera dicho a mis órganos que se las apañaran.

Aun así, merecía totalmente la pena.

Sin magia no habría explosiones divinas accidentales. Probablemente.

Desplacé el peso de un pie a otro y miré hacia la luna. Era intimidante y emocionante al mismo tiempo.

Eryk me había preparado un poco de sopa de pollo hacía unas horas. Sopa de verdad. Hecha desde cero. Era a la vez impresionante y humillante, teniendo en cuenta que el príncipe dragón de Gallows Gate había cocinado para mí porque parecía estar enferma.

Era lo único que podía retener en el estómago.

A duras penas.

Marla había llamado, preocupada, mientras yo sorbía la sopa como si fuera un respirador artificial.

—No debería haberte dado esa poción— me había dicho por teléfono.

—Me encuentro bien— mentí, secándome el sudor de la frente mientras mi estómago intentaba rebelarse.

—Sé que estás mintiendo— me acusó inmediatamente la bruja Blanca—, tu voz suena como la de alguien que se ha tragado una vela maldita.

—Estoy bien— dije.

—No estás bien.

—Marla —me moví en la silla, tratando de no gemir mientras otra oleada de calor me recorría el pecho—. Puede que necesite más…

—No. Ni hablar.

Colgó.

De acuerdo, entonces.

Después de eso, Selene llegó en su todoterreno blanco para recoger a Morty. La vampiresa parecía salida de una revista sobre elegancia peligrosa. Se apoyó contra la puerta del conductor mientras Morty se subía al asiento del copiloto como un hombre que se hubiera ganado la lotería.

Él nunca había aprendido a conducir, lo que al parecer divertía a Selene y la hacía sentir protectora.

Por suerte, eso también significaba que podían pasar más tiempo juntos.

Morty se asomó por la ventanilla antes de que se marcharan, con un cigarrillo en la mano.

—Ten cuidado, Roja.

Asentí, sin saber muy bien qué decir.

Porque la verdad era que no tenía ni idea de en qué nos estábamos metiendo esa noche. Conocer al dragón más viejo del mundo sonaba impresionante sobre el papel. También sonaba como algo que fácilmente podría acabar con nosotros asados como malvaviscos.

Selene me había hecho un pequeño gesto con la cabeza antes de alejarse.

—Intenta no morir— había añadido con naturalidad.

Qué público tan alentador esta noche.

Después de eso, nos quedamos Eryk y yo. Bueno, Eryk y su ceño fruncido, que a estas alturas prácticamente se había convertido en una personalidad propia.

Llevaba toda la noche observándome como un halcón enorme y muy apuesto esperando a que su presa se derrumbara por el agotamiento.

Me enderecé y giré los hombros mientras otra oleada de calor me atravesaba el pecho.

Estaba bien. O, al menos, decidida a fingir que lo estaba.

El sonido de unos pasos resonando en el patio de piedra a mis espaldas me hizo girarme.

Eryk caminaba hacia mí, con sus botas golpeando el pavimento con firme confianza. La luz de la luna se reflejaba en su cabello oscuro y convertía sus ojos dorados en algo casi fundido.

Se detuvo a unos metros de distancia y me estudió el rostro.

—¿Estás lista?

Le dediqué mi mejor encogimiento de hombros despreocupado.

—Claro. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Su expresión no cambió.

—Que te desmayes en pleno vuelo.

—Bueno— admití—, lo segundo peor.

Eryk se acercó, claramente poco convencido por mi actuación de funcionamiento humano normal.

—Quizá deberíamos esperar. No tienes buen aspecto.

—Qué palabras tan bonitas.

Eryk suspiró.

—Ya sabes a qué me refiero. Estás enferma. Quizás deberíamos esperar a que te recuperes.

—No —espeté y luego me arrepentí—. Tenemos que hacerlo ahora. Marla no me dará otra dosis de su veneno especial. Pasado mañana se me pasará el efecto y recuperaré mis poderes. No quiero ni pensar en lo que pasará si pierdo los estribos o me asusto y mis hilos arcanos reaccionan, así que necesito romper mis lazos con los dioses. Vamos a hacer esto de una vez.

Él soltó un largo suspiro, como el que da alguien cuando tiene que lidiar con un niño testarudo que se niega a admitir que tiene fiebre.

—Eres la mujer más testaruda e irritante que conozco.

Sonreí.

—Vaya, gracias, cariño. Lo soy.

—¿Y podrás volar sin problemas?

—Sí.

Porque, al parecer, la forma más rápida de conocer a Vaerakthyr, el dragón más antiguo que existe, era a varios miles de pies sobre el suelo.

Eryk me miró fijamente una vez más, decidiendo claramente si estaba a punto de desmayarme.

—No te caigas.

Inspiré hondo, ignorando la sensación de que mi cuerpo bullía bajo la superficie. Claro. Estábamos a punto de surcar el cielo nocturno para encontrarnos con un dragón más antiguo que la mayoría de las civilizaciones. Sin presión. Solo otra tarde completamente normal en Gallows Gate.

—A propósito —dije, luchando contra otra oleada de mareo que hacía que el patio se inclinara hacia la izquierda—. ¿Tienes una silla

de montar o algo así? Ya sabes… como una silla de montar para dragones.

Eryk me miró fijamente. No era la mirada divertida de un dragón. Era la otra, la que sugería que había insultado a todo su linaje.

—¿Una silla de montar?

—Sí —dije rápidamente—. Una pequeña, de buen gusto. Nada llamativa. Ya sabes, esa cosa de cuero con correas y hebillas. Sí, se notaba que no sabía absolutamente nada de sillas de montar.

Sus ojos dorados se entrecerraron.

—No soy un caballo.

—No he dicho que lo seas, aunque serías un caballo fabuloso.

La mirada de Eryk no vaciló.

—Lo insinuaste.

—Insinué estabilidad —corregí, tragándome la bilis que se me había atascado en la garganta—. Hay una diferencia.

Cruzó los brazos.

—Los dragones no llevan sillas de montar. No lo han hecho en milenios.

—Bueno, los dragones tampoco suelen llevar a brujas envenenadas por el cielo— señalé—. Una silla de montar tiene bastante sentido en este momento.

—Te habría dicho que no lo bebieras. Fue tu elección.

—Cierto— admití—, pero complica la parte del vuelo de esta noche.

Otra oleada de calor recorrió mi cuerpo y respiré lentamente, obligando a mi estómago a no rebelarse allí mismo, en el patio.

Eryk me observaba.

—¿Puedes aguantar?

Dudé.

—Esa es la cuestión.

Frunció el ceño.

—¿La cuestión?

—Si, la cuestión de si aguanto o no.

—Ya has volado conmigo antes —dijo el dracónido—. No te traje por miedo a las alturas.

—No— dije rápidamente—. Le tengo miedo a la gravedad.

—Es lo mismo.

—En realidad no lo es. No cuando me estrello contra el suelo tras caer desde miles de metros de altura.

Eryk exhaló como un hombre que había vivido siglos y, sin embargo, se veía obligado a lidiar con tonterías.

—No te caerás.

—Sí, pero hipotéticamente hablando —dije, haciendo un gesto vago—, ¿y si me mareo en pleno vuelo y suelto el agarre sin querer?

—No te soltarás.

—Podría hacerlo.

—No lo harás.

—Eryk, ahora mismo siento como si mis órganos internos estuvieran hirviendo en una sopa —dije—. No estoy en mi mejor momento para montar un dragón.

Su boca se crispó al oír la expresión «rendimiento para montar dragones».

—Entonces agárrate más fuerte.

—Ese es el problema.

—¿Qué problema?

—Mi fuerza de agarre podría verse comprometida— dije, flexionando los dedos débilmente—. Hoy he bebido veneno. Mi agarre no es precisamente de fiar en estos momentos.

Eryk me miró fijamente durante un largo rato.

Entonces lo intenté de nuevo.

—De acuerdo— dije—. Sin silla de montar. Lo respeto. Y qué tal… ¿ un cinturón?

—Un cinturón.

—Sí. Un cinturón de dragón. Algo a lo que pueda engancharme, muy digno.

—No voy a ponerme ningún equipo de seguridad en la espalda.

—De acuerdo ¿Una correa?

—No.

—¿Una cuerda?

—No.

—¿Un manillar?

Se acercó aún más, elevándose por encima de mí, mientras el calor de su naturaleza de dragón emanaba de él en oleadas.

—Te lo estás pensando demasiado.

—Estoy pensando lo justo.

Ya me sentía mal, y una vez que estuviéramos allí arriba volando por el cielo, probablemente empeoraría. Posiblemente hasta el punto de vomitarle por toda la espalda a mi novio dragón.

—Te sentarás —dijo él, con voz firme y demasiado segura—. Te agarrarás a mí.

—¿Y si me caigo?

Su expresión se endureció.

—No te caerás.

—Pero si…

—No dejaré que eso ocurra.

Las palabras salieron en voz baja, con certeza, con la certeza de un dragón. Algo en la forma en que lo dijo hizo que la discusión se me atascara en la garganta. Se inclinó un poco más hacia mí, con sus ojos dorados clavados en los míos.

—Confías en mí. ¿Verdad?

Dudé exactamente medio segundo.

—Sí.

—Entonces, agárrate.

Suspiré.

—Bien, pero si me caigo y muero, la culpa será tuya.

La boca de Eryk esbozó una sonrisa. Luego dio un paso atrás y comenzó a transformarse, el resplandor de la magia de dragón ya comenzaba a ondular en el aire.

Su forma humana se estiró y se transformó en algo mucho más grande, mucho más antiguo. Escamas oscuras ondulaban sobre su cuerpo como obsidiana líquida reflejando la luz de la luna. Sus alas se extendieron, enormes y poderosas, sumiendo la mitad del patio en una sombra profunda mientras el aire a nuestro alrededor se agitaba con el calor del fuego de dragón.

Ya le había visto hacerlo antes. Varias veces, de hecho. Y era impresionante. También ligeramente aterrador.

Eryk se agachó, con un ala enorme inclinándose hacia mí como una rampa.

—Claro—me dije a mí misma—. Una tarde totalmente normal. Solo subiéndome a un dragón.

Me subí a su lomo, acomodándome entre las crestas de poderosos músculos a lo largo de sus hombros. Sus escamas estaban cálidas bajo mis palmas, casi ardientes, y el calor se filtraba en mis dedos mientras intentaba encontrar algo firme a lo que agarrarme.

Por un segundo todo se sintió estable. Controlable. Entonces se me revolvió el estómago cuando la poción me recordó que existía.

Genial.

Me daba vueltas la cabeza y apreté los ojos con fuerza durante un segundo antes de volver a abrirlos. El patio se inclinó lo suficiente como para hacerme reconsiderar cada decisión que me había llevado a ese preciso momento.

Aun así, ya era demasiado tarde.

Eryk se agachó, con los músculos tensándose debajo de mí como acero enroscado.

Y entonces se lanzó.

El suelo desapareció.

El viento me golpeó como una pared, arrancándome el aliento de los pulmones mientras nos lanzábamos hacia arriba en la noche. Mi estómago dio una sacudida violenta mientras rodeaba con ambos brazos la gruesa protuberancia de su cuello como si mi vida dependiera de ello. Lo cual, para ser justos, probablemente era así.

—¡Oye! ¡Oye! —grité por encima del rugido del viento—. ¡No tan rápido!

Un profundo retumbar vibró a través de su pecho debajo de mí.

La risa de un dragón. Me lo imaginaba.

El patio se encogió bajo nosotros, las luces de la fortaleza de Eryk se convirtieron en diminutos puntos dorados mientras Gallows Gate se extendía debajo como una manta oscura cosida con la luz de las farolas y calles sinuosas. Los bosques se tragaban los límites de la ciudad, y aquí y allá divisaba ventanas iluminadas donde las brujas de la madrugada estaban despiertas.

El aire se volvió más frío a medida que ascendíamos. Y mi cabeza empezó a dar vueltas de nuevo.

Tragué saliva con dificultad y presioné brevemente la frente contra las cálidas escamas que tenía delante.

Había sido una idea genial, un plan brillante. Beber veneno y luego volar inmediatamente a miles de pies de altura sobre un dragón.

Mi estómago dio una vuelta de advertencia que sugería que no estaba de acuerdo con toda la situación.

—Ay, esto ha sido un error— grité al viento.

El cielo se abrió a nuestro alrededor, vasto e infinito. Las estrellas se extendían por la oscuridad como diamantes esparcidos, más brillantes de lo que jamás parecían desde el suelo.

En algún punto entre el momento de «joder, estoy montado en un dragón» y el de «Dios mío, puede que me desmaye por las alturas», ocurrió algo inesperado.

Mi agarre se aflojó. No lo suficiente como para caer, solo lo suficiente para respirar.

El terror se alivió un poco, y algo más ligero se coló detrás de él.

Me incliné hacia delante y pasé los dedos por las cálidas crestas de sus escamas, dejándome llevar por la ráfaga de viento y la extraña sensación de ingravidez que produce volar.

El mundo de abajo parecía pequeño desde aquí arriba. Asumible. Casi tranquilo.

Por encima de nosotros, las estrellas parecían tan cercanas que casi se podían alcanzar con la mano.

A pesar del vértigo, a pesar del fuego que me quemaba desagradablemente las venas por la poción de Marla, una pequeña parte de mí no podía evitar pensar que quizá esto fuera, en realidad, algo increíble.

Debajo de nosotros, el mundo seguía encogiéndose a medida que subíamos más alto, surcando el cielo nocturno con el viento rugiendo a nuestro paso y las estrellas deslizándose en destellos plateados.

De repente, mis manos resbalaron.

En un segundo tenía un agarre firme en la cresta del cuello de Eryk, y al siguiente mis dedos se deslizaron por el calor liso de sus escamas como si hubieran olvidado cómo funcionaba la fricción. El viento nos azotó, se me hizo un nudo en el estómago y, durante un aterrador latido, no sentí nada más que aire vacío debajo de mí.

—¡Oh!

El grito apenas tuvo tiempo de salir de mi garganta.

Las alas de Eryk se alzaron con un movimiento poderoso, curvándose a mi alrededor como dos enormes escudos. El aire se desplazó, sujetando mi cuerpo antes de que pudiera deslizarme más. La presión del movimiento me empujó suavemente hacia el centro de sus hombros, justo donde había estado sentada.

A salvo. Completa e irritantemente a salvo.

Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas como si intentara escapar. *Sí. Ahora lo entiendo.*

Respiré temblorosamente y volví a apretar el agarre, pegándome más a la cálida cresta de su cuello. Las escamas bajo mis dedos se sentían sólidas, firmes, inamovibles.

Después de esa pequeña demostración, dejé de preocuparme por caerme. Porque estaba bastante claro que mi dragón no iba a permitir que eso sucediera.

Volamos así durante lo que parecieron horas.

El tiempo se volvió extraño allá arriba. El viento rugía junto a mis oídos en un torrente constante, y las estrellas giraban sobre nuestras cabezas mientras el mundo bajo nosotros cambiaba de bosques oscuros a largas extensiones de agua negra, el océano reflejando la tenue luz estelar antes de volver a romperse en puntitos de luz dispersos.

De vez en cuando, otra oleada de fiebre me recorría el cuerpo gracias a la poción de Marla, un sofoco que se arrastraba por mi pecho y subía por mi cuello como si alguien hubiera encendido una cerilla dentro de mis venas. Cuando eso ocurría, apretaba los ojos con fuerza y me concentraba en respirar.

El aire frío ayudaba. Un poco. Al menos me impedía entrar en combustión espontánea.

Mientras tanto, Eryk volaba como si fuera lo más fácil del mundo. Sus enormes alas se movían con aleteos potentes y firmes, atrapando el aire y llevándonos hacia delante como si hubiera nacido para el cielo.

Lo cual, técnicamente, era así.

En algún momento me di cuenta de que me había olvidado por completo de hacerle una pregunta muy importante antes de partir, como dónde vivía exactamente ese dragón ancestral o cuánto teníamos que volar para llegar hasta allí. Por lo que sabía, podíamos estar a medio camino de otro continente.

Abrí la boca para preguntar, pero antes de que pudiera decir nada, Eryk se movió de repente debajo de mí.

Sus alas se inclinaron bruscamente.

Y entonces empezamos a descender.

Rápidamente.

Si volar hacia arriba había dado miedo, volar hacia abajo era un nivel completamente nuevo de terror.

Eryk pegó las alas al cuerpo y caímos a través de la oscuridad como un meteoro viviente. El viento aullaba a nuestro alrededor mientras la noche se tragaba todo lo que había debajo. No veía el suelo. No veía árboles. No veía nada, salvo una oscuridad infinita que se precipitaba hacia nosotros.

El aire rugía más fuerte, más frío, más rápido. Y en algún lugar, en medio del pánico, una parte de mi cerebro completamente desquiciada me susurró que, en realidad, esto era bastante divertido.

Lo que probablemente significaba que la poción estaba afectando a mi juicio. Y mucho.

Apreté los brazos alrededor del cuello de Eryk y me preparé para el impacto, medio esperando que nos estrelláramos contra el suelo con tanta fuerza que dejáramos un cráter con forma de dragón.

En cambio, desplegó las alas en el último instante. El aire nos envolvió y nuestra caída se frenó.

Eryk aterrizó con suavidad y control, sin apenas sacudirme en mi asiento. Sus garras se posaron en el suelo con un suave golpe, y yo

reboté una vez ligeramente antes de que todo volviera a quedarse en silencio.

Por un momento me quedé allí sentada, respirando con dificultad. Viva y unida al dragón. Sin ningún cráter rugiente.

—Cielos —dije débilmente en la oscuridad— eso ha sido… toda una experiencia.

A medida que mis ojos se acostumbraban a la penumbra, las formas y las sombras comenzaron a separarse de la oscuridad. El suelo bajo nosotros era de roca irregular, salpicado de parches de hierba seca y arbustos bajos que se aferraban obstinadamente a la vida en el escaso suelo de la montaña. Altos pinos rodeaban el claro como centinelas silenciosos, con sus ramas susurrando suavemente en el frío viento nocturno.

Y entonces lo vi.

La montaña.

Se alzaba directamente de la tierra frente a nosotros, enorme y escarpada, con su cara de piedra oscura elevándose hacia el cielo como algo tallado por gigantes. La luz de la luna trazaba líneas pálidas sobre la roca, revelando crestas afiladas y grietas antiguas que parecían más viejas que la propia civilización.

Definitivamente ya no estábamos en Gallows Gate. Ni siquiera cerca.

Entrecerré los ojos para mirar el imponente acantilado y giré sobre mí misma. Nada más que bosque. Un bosque infinito y silencioso se extendía en todas direcciones.

Incliné la cabeza.

—Por el caldero—dije lentamente—. O esa poción me ha alterado el sentido de la orientación o hemos volado mucho más lejos de lo que esperaba.

Eryk bajó ligeramente la cabeza, y su enorme cuerpo irradiaba calor en el aire frío.

Fue entonces cuando me fijé en la cueva.

Se encontraba a mitad de la ladera de la montaña, una enorme abertura oscura excavada en la roca como la boca de algo gigantesco que espera pacientemente su próxima comida. La

entrada tenía fácilmente tres pisos de altura, con sus bordes irregulares pulidos en algunos lugares por siglos de viento y clima.

Y algo más.

Había formas alineadas en el suelo cerca de la entrada.

Al principio pensé que eran rocas.

Entonces la luna se ocultó tras una nube, y la luz cambió lo suficiente como para que mi cerebro procesara lo que estaba viendo.

Huesos. Montones de huesos.

Algunos estaban esparcidos como si alguien los hubiera tirado a un lado sin cuidado después de una comida. Otros estaban apilados en pequeños montones cerca de la entrada de la cueva, blanqueados por la luz de la luna.

Tampoco eran huesos de animales pequeños. Enormes jaulas torácicas que pertenecían a criaturas mucho más grandes que los ciervos.

Un cráneo del tamaño de un casco de moto yacía semienterrado en la tierra, con los dientes largos y curvados como dagas. Algo con cuernos. Algo que, sin duda, no había muerto en paz.

—Qué reconfortante —suspiré.

Mi mirada volvió a elevarse. La piedra que rodeaba la entrada de la cueva había sido tallada. En la pared rocosa se habían grabado enormes figuras de dragones, con las alas extendidas como si estuvieran custodiando la entrada. Algunas estaban tan desgastadas por el tiempo que apenas se podían reconocer, con sus contornos desgastados por siglos de tormentas. Otras eran más nítidas, con las garras y los cuernos visibles bajo capas de musgo y líquenes.

Una de las tallas se extendía a lo largo de casi seis metros por la pared rocosa: un dragón con la cabeza levantada hacia el cielo, de cuyas fauces abiertas brotaban llamas.

Me quedé mirándolo un momento. Sí, sin duda estábamos en el lugar correcto.

Poco a poco, el enorme cuerpo de dragón de Eryk comenzó a brillar.

Sus escamas se movieron, plegándose hacia dentro mientras la enorme silueta del dragón se colapsaba sobre sí misma como el humo que se retrae dentro de una botella. Las alas se encogieron.

Las garras desaparecieron. El calor que lo rodeaba se desvaneció al recuperar su forma humana.

Un momento después, Eryk estaba de nuevo a mi lado, completamente vestido, porque al parecer los dragones tenían esa capacidad.

Empezaba a sospechar que la magia de los dragones tenía una relación muy injusta con la colada.

Movió ligeramente los hombros, mirando hacia la entrada de la cueva.

—Ya hemos llegado —dijo.

—No me digas. —Asentí con la cabeza, mirando fijamente la montaña.

Volví a sentir un nudo en el estómago, aunque esta vez no estaba del todo seguro de si se debía a la poción o a la idea de que, en algún lugar de aquella cueva, vivía un dragón más antiguo que la mayoría de los reinos.

—Por favor, dime que es amistoso —dije, aunque ya sabía la respuesta.

Eryk no respondió, lo que no hizo más que confirmar mi presentimiento.

El viento volvió a cambiar de dirección, trayendo un sonido profundo y lejano desde el interior de la cueva: una respiración lenta, pesada y ancestral.

Se me erizó la piel. Sí. Algo grande vivía allí dentro.

Eryk dio un paso adelante, caminando hacia la enorme entrada de la cueva con la tranquila confianza de alguien que ya había hecho esto antes.

Lo seguí un paso por detrás, esforzándome por no mirar los montones de huesos esparcidos por el claro.

Porque si empezaba a pensar demasiado en ellos, podría replantearme todo el plan.

La boca de la cueva se alzaba ahora sobre nosotros, una pared de oscuridad que se tragaba la luz de la luna. Los dragones tallados en la pared rocosa parecían observarnos mientras nos acercábamos, sus antiguos ojos de piedra mirándonos con un juicio silencioso.

Respiré hondo para tranquilizarme.

—Bueno. Esto parece perfectamente seguro.
Eryk me miró brevemente por encima del hombro.
Luego se adentró en la oscuridad.
Y yo lo seguí al interior.

13

Si pensaba que el exterior era horrible y daba un miedo de muerte, el interior de la cueva era mucho peor.

La oscuridad nos envolvió en cuanto cruzamos la entrada. El aire era más frío por dentro, húmedo y denso, y olía a una mezcla de piedra mojada, ceniza vieja y algo más que me hizo fruncir la nariz.

Algo… antiguo. Y no en el buen sentido.

Eryk caminaba delante de mí sin vacilar, con sus anchos hombros llenando el estrecho túnel, mientras yo le seguía un paso por detrás, tratando de no pensar demasiado en los huesos que habíamos dejado atrás al salir.

El suelo bajo mis botas era roca irregular, pulida por el paso del tiempo. Mis pasos resonaban suavemente, y el sonido rebotaba en las paredes de la caverna como si el lugar quisiera recordarme lo profundo que estábamos bajo tierra.

Unos segundos más tarde, la oscuridad se disipó y la luz de las llamas parpadeó delante de nosotros.

A medida que nos adentrábamos, el túnel se ensanchaba y la fuente de la luz se hacía evidente. Enormes braseros de hierro se alineaban contra las paredes de piedra, cada uno lleno de carbones ardientes que desprendían un resplandor naranja intenso. Las llamas crepitaban y el humo se arremolinaba hacia el alto techo de piedra, donde se desvanecía en las oscuras grietas de la roca.

Fruncí el ceño. Alguien los había encendido. Recientemente. Lo que significaba que Vaerakthyr sabía que veníamos.

Genial.

El túnel continuaba otros treinta metros antes de abrirse a algo enorme.

Entré en la caverna y me quedé paralizada.

—Santo...

La cueva no era una cueva. Era una catedral.

La caverna se extendía en todas direcciones, fácilmente del tamaño de un estadio de fútbol, con su techo perdido en algún lugar muy por encima de nosotros, en la oscuridad. Enormes pilares de piedra se alzaban del suelo como columnas naturales, sosteniendo el peso de la montaña que había encima.

La luz de las antorchas se reflejaba en las paredes de la caverna, revelando tallas por todas partes.

Dragones. Cientos de ellos. Algunos estaban grabados profundamente en la piedra, con las alas extendidas y las garras desplegadas como si estuvieran en pleno vuelo. Otros estaban tallados en los propios pilares, retorciéndose alrededor de la roca como guardianes que velaban por la cámara.

Esas tallas eran antiguas. Más antiguas que cualquier cosa que hubiera visto jamás. Algunas se habían agrietado con el paso del tiempo, mientras que otras estaban tan desgastadas que las formas apenas se distinguían ya.

Pero estaban por todas partes: en las paredes, en los pilares, incluso en el suelo en algunos lugares.

Caminé detrás de Eryk, con la mirada escudriñando mi entorno. Y entonces vi algo más.

Huesos. Otra vez. Montones de huesos.

Algunos estaban esparcidos por el suelo como restos olvidados, mientras que otros estaban apilados ordenadamente a lo largo de los bordes de la caverna. Enormes huesos de patas con pezuñas. Enormes jaulas torácicas. Cráneos del tamaño de coches pequeños.

Un cráneo tenía dientes del tamaño de cuchillos de cocina que podrían haber pertenecido a un oso muy grande.

—Cielos —suspiré—. Me estoy replanteando oficialmente este plan.

Eryk no aminoró el paso.

Cuanto más nos adentrábamos en la caverna, más se intensificaba el olor. Ya no era humo ni piedra. Era el inconfundible aroma de algo que había vivido allí durante mucho, mucho tiempo.

Un dragón.

Tragué saliva. Y, de repente, me di cuenta de algo.

No tenía mi magia.

Normalmente, mis hilos arcanos estarían vibrando bajo mi piel en este momento, reaccionando a la energía ancestral de un lugar como este. Se estarían enroscando alrededor de mis muñecas como serpientes nerviosas, listas para atacar si algo intentaba devorarme.

¿En cambio? Nada. Solo el ardor persistente de la poción de Marla y la incómoda sensación de entrar en el hogar del dragón más antiguo que existe sin tener ninguna defensa mágica.

A mis instintos de supervivencia les encantaba esto.

—¿No podrías haber mencionado los montones de huesos antes de llegar? —murmuré.

Eryk me miró por encima del hombro.

—Tú me pediste ayuda.

—Supuse que esa ayuda no implicaba entrar en una cueva prehistórica de asesinatos.

—Este es el dominio de Vaerakthyr.

—Eso no la hace menos asesina.

Seguimos adentrándonos en la caverna. El suelo descendía hasta que llegamos al centro de la enorme cámara.

Eryk se detuvo y el silencio a nuestro alrededor se hizo más denso. Incluso el fuego de los braseros parecía más silencioso allí.

—Quédate detrás de mí— dijo.

Esa frase nunca hizo que nadie se sintiera mejor.

Un sonido profundo retumbó por la caverna como un horno lejano que cobraba vida.

—Oh, bien— dije—. Está en casa.

Las sombras al fondo de la caverna se movieron cuando algo enorme se desplazó.

Una silueta se desdobló de la oscuridad, con polvo de piedra cayendo de sus alas a medida que estas se extendían hacia afuera. La luz del fuego de los braseros titilaba sobre enormes escamas del color del hierro viejo, cada una marcada con profundas cicatrices que parecían haber sido talladas por garras del tamaño de espadas.

El dragón dio un paso adelante. Era enorme. Incluso más grande que Eryk.

Uno de sus cuernos estaba partido por la mitad, con el borde irregular pulido por el paso del tiempo. Gruesas cicatrices cruzaban su pecho y hombros como ríos pálidos que atravesaban escamas oscuras. Una larga marca de quemadura le recorría el costado del cuello; las escamas de esa zona estaban deformadas y agrietadas, como si alguna vez se hubieran derretido.

Sus alas se abrieron lentamente, desgarradas en algunos puntos, antiguas y gastadas por la batalla.

Este dragón había sobrevivido a muchas cosas, muchísimas cosas.

Entonces abrió los ojos, enormes esferas doradas que brillaban a la luz del fuego como dos soles ardientes.

Se posaron primero en Eryk. Luego se desplazaron y se posaron en mí.

El peso de esa mirada me hizo sentir como si alguien hubiera dejado caer una montaña sobre mis hombros.

Tragué saliva.

—Bueno—susurré— ese es sin duda el dragón más viejo que existe. Debería haberme puesto un pañal.

Porque todos sabíamos que estaba a punto de hacerme pis encima.

Eryk dio un pequeño paso hacia un lado, cambiando de postura lo suficiente como para interponerse entre mí y la enorme criatura. El modo dragón alfa protector estaba ahora plenamente activado.

El antiguo dragón bajó ligeramente su enorme cabeza, estudiándonos.

De cerca, su tamaño era casi imposible de asimilar. Su aliento nos envolvía en oleadas lentas y pesadas que olían a humo, ceniza y algo más antiguo que ambos.

Cuando por fin habló, su voz resonó en la caverna como el chirrido de una piedra de molino.

—Eryk… del Legado.

El sonido vibró a través del suelo bajo mis botas. El polvo caía de algún lugar muy por encima de nosotros, y las llamas de los braseros parpadeaban violentamente, como si incluso el fuego mismo estuviera reaccionando ante él.

Qué raro, Eryk nunca me había hablado cuando estaba en su forma de dragón. Quizá no podía. Quizá se necesitara un poder especial de dragón anciano para hacerlo.

Eryk no se movió.

—Sí, Vaerakthyr.

La enorme cabeza del dragón ancestral se inclinó ligeramente, y sus ojos brillantes se entrecerraron mientras miraba más allá de Eryk y se posaban de nuevo en mí.

El peso de esa mirada se sentía físico, como si la gravedad hubiera decidido de repente aumentar alrededor de mi cuerpo.

—Y tú —rugió el dragón lentamente. Sus fosas nasales se dilataron—. Hueles… mal.

—Sí—me aclaré la garganta—. Ha sido un día extraño.

Durante un instante, Vaerakthyr se limitó a mirarme fijamente. Entonces, el enorme dragón se movió.

Comenzó sutilmente. Las enormes escamas a lo largo de sus hombros ondularon como agua oscura, y su gigantesco cuerpo se plegó hacia dentro como si el aire mismo se comprimiera a su alrededor. Sus alas se acercaron a sus costados, su enorme envergadura se redujo mientras su imponente figura comenzaba a desplomarse hacia abajo.

La piedra crujió suavemente bajo sus garras. El aire de la caverna se calentó de repente mientras el fuego del dragón brillaba a su alrededor como ondas de calor que se elevan de la arena del desierto.

Di un paso atrás instintivamente. Porque cuando algo de ese tamaño empieza a cambiar de forma, los instintos de supervivencia se activan, lo quieras o no.

El enorme dragón siguió plegándose hacia dentro, con los huesos remodelándose con un leve crujido que resonó por toda la caverna. Las alas se desvanecieron en los hombros. Las garras se acortaron hasta convertirse en dedos largos y retorcidos.

La enorme cabeza se inclinó aún más, los cuernos se encogieron y se retorcieron hasta convertirse en algo que se asemejaba a una melena salvaje y enmarañada.

Cuando la luz finalmente se estabilizó de nuevo, un hombre se encontraba donde antes había estado el dragón.

Bueno… algo parecido a un hombre. La forma humana de Vaerakthyr no resultaba menos intimidante.

Era alto, pero se inclinaba hacia delante por la edad. Su columna vertebral se curvaba como un árbol que había sobrevivido a demasiadas tormentas. Su largo cabello blanco le caía en gruesas ondas enredadas por la espalda, con mechones apagados y desiguales, como si no hubieran visto un peine en varios siglos.

Una barba le caía sobre el pecho, trenzada en algunos puntos con finos cordones de cuero y lo que parecían sospechosamente pequeños huesos.

Su piel era pálida y curtida como un pergamino viejo, cubierta de profundas cicatrices que le cruzaban el rostro y el cuello de la misma forma en que habían marcado sus escamas de dragón. Una larga cicatriz le recorría la sien hasta la mandíbula. Otra le cruzaba el puente de la nariz.

Sus uñas eran largas y curvadas, más parecidas a garras que a uñas humanas, y sus manos parecían talladas en madera vieja.

Parecía anciano, desgastado, peligroso.

Llevaba túnicas que parecían tan viejas como él. Capas de tela oscura colgaban de su delgado cuerpo, cosidas con telas que probablemente habían sido caras… hace unos siglos.

Ahora estaban descoloridas, remendadas en algunos lugares y olían a humo.

Pero los ojos. Los ojos eran los mismos, dorados y ardientes.

Vaerakthyr se enderezó un poco, estudiándonos con la misma intensidad silenciosa que había tenido en forma de dragón.

De cerca, la sensación de antigüedad que desprendía era casi abrumadora. Más antiguo que los reinos. Más antiguo que la mayoría de los libros de historia.

Volvió a mirar a Eryk.

—Traes a una mortal a mi hogar —dijo lentamente. Su voz en forma humana era más suave, pero no menos grave. Cada palabra llevaba el peso de algo que había vivido demasiado tiempo.

Eryk no se movió.

—Necesita tu conocimiento.

Los ojos de Vaerakthyr se posaron en mí de nuevo, durante un tiempo incómodamente largo. Luego inhaló y frunció el ceño.

—Hueles— repitió — a veneno.

Levanté una mano débilmente.

—En mi defensa, esa parte fue voluntaria— dije.

—Eryk… del Legado —dijo Vaerakthyr.

Mi dracónido no se inmutó.

—Sí.

Los ojos del antiguo dracónido se movieron entre nosotros, estudiando la distancia entre nuestros cuerpos, el ángulo de los hombros de Eryk, la forma en que se colocaba medio paso delante de mí sin siquiera darse cuenta.

—Te has apareado con esta hembra— dijo Vaerakthyr por fin—. Están unidos.

Me inquietó profundamente que se diera cuenta de eso en unos tres segundos.

—¿Has notado ese olor en mí? —pregunté—. Porque si es así, se trata de un poderoso hechizo de dragón.

La mirada dorada de Vaerakthyr se volvió completamente hacia mí.

—No —dijo con calma—. Es la forma en que se coloca ante ti.

Sus ojos se desviaron brevemente hacia la postura de Eryk.

—Para protegerte de mí. Él sabe que, de lo contrario… podría comerte.

—Maravilloso —murmuré.

De repente, la caverna se sintió más cálida. O tal vez era mi cuerpo intentando derretirse de nuevo desde dentro.

Otra oleada de calor me recorrió, aguda y vertiginosa, y sentí un desagradable revuelo en el estómago. Apoyé una mano contra la pared de piedra a mi lado, estabilizándome antes de que mis rodillas decidieran dejar de cooperar.

Quizá la poción había sido más intensa de lo esperado. Solo un poco.

Eryk giró la cabeza hacia mí de golpe.

—¿Estás bien?

—Estoy bien— dije automáticamente, que era la frase universal que decían las personas que no estaban nada bien.

La cueva se inclinó un poco. Me apoyé con más fuerza contra la pared de roca, fingiendo que era algo completamente normal mientras negociaba con un dragón ancestral que podría comerse.

Vaerakthyr entrecerró los ojos. Volvió a inhalar, lento y pensativo.

—El veneno te está consumiendo.

—Así es— respondí.

Su mirada volvió a cambiar, esta vez con más intensidad.

—Eres una bruja. Sin poder.

Eryk se acercó a mí.

—Lo ha reprimido.

Vaerakthyr ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

Eryk respondió antes de que yo pudiera hacerlo.

—Por culpa de los dioses.

Eso captó toda la atención del dracónido.

Su expresión cambió cuando el odio se encendió en sus ojos.

—Los dioses— dijo Vaerakthyr, como si la palabra en sí tuviera mal sabor.

Eryk asintió una vez.

—Ella lleva su esencia. Resonancia divina.

La mirada de Vaerakthyr volvió a posarse en mí. Esta vez su atención era más aguda. Concentrada. Peligrosamente interesada.

—La esencia de un dios— dijo—. Los dioses llevan mucho tiempo cometiendo errores con los mortales.

Otra oleada de calor recorrió mi cuerpo y cerré los ojos brevemente, tratando de respirar para superarla.

—Un dios llamado Kael depositó la resonancia divina en su linaje hace generaciones— dijo Eryk—. Eso creó una maldición.

Vaerakthyr frunció el ceño.

—Una maldición divina.

Eryk dio un paso adelante.

—Ella sobrevivió.

La mirada de Vaerakthyr se agudizó de nuevo.

—Eso no debería ser posible.

—Exactamente —dijo Eryk.

El dracónido me estudió de nuevo, recorriendo con la mirada mi rostro, mi postura, la forma en que me apoyaba contra la pared, esforzándome por no desmayarme delante de dos dragones.

—Llevas la resonancia— dijo.

—Sí— dije débilmente.

—Pero no te ha consumido.

—Estoy trabajando en ello.

Eryk bajó la voz.

—Ella necesita tus conocimientos.

La expresión de Vaerakthyr se endureció.

—No. No quiero tener nada que ver con los dioses.

Su voz había cambiado ahora, se había vuelto más amarga.

—Esclavizaron a los de mi especie. Nos persiguieron. Se alimentaron de nuestra sangre y lo llamaron derecho divino.

La luz del fuego se reflejaba en las cicatrices de su rostro.

—He enterrado a demasiados dragones por culpa de ellos.

Me enderecé.

—Lo entiendo, es justo. Pero yo personalmente no hice eso.

Vaerakthyr me ignoró.

—Mi guerra con los dioses terminó hace mucho tiempo—miró a Eryk—. No voy a empezar otra.

—No, espera— dije rápidamente. El pánico se apoderó de mi pecho—. Eres, literalmente, el único dragón antiguo que conocemos.

—Correcto.

—Y sabes lo que es la resonancia divina.

—Sí.

—Y odias a los dioses.

—Sí.

Di un pequeño paso.

—Lo que te convierte en la persona perfecta para ayudarme a deshacerme de ellos.

—No.

Me estremecí. Fue como si el viejo dragón me hubiera dado un puñetazo en la cara con sus palabras. Maldita sea. Si se negaba a ayudarme, estaba realmente jodida.

Eryk volvió a avanzar.

—Vaerakthyr, esta atadura que ella lleva. La une a los dioses. Si se puede romper…

—Deseas romper el vínculo.

La mirada de Vaerakthyr se oscureció.

—Sí— respondió Eryk.

El viejo dracónido acarició su larga barba, pensativo.

Mi corazón empezó a latir más rápido. Un destello de alivio se agitó en mi pecho a pesar de la fiebre que bullía en mis venas.

Por fin, Vaerakthyr volvió a hablar.

—Hay una manera.

Me enderecé.

—¿Ves? Sabía que venir aquí era una buena idea.

Eryk permaneció en silencio, observando atentamente al antiguo dragón.

—¿Qué hay que hacer?— preguntó.

Vaerakthyr volvió a mirarme.

—Debes vaciar el caparazón.

Esperé a que continuara, pero como no dijo nada más, insistí.

—¿Puedes explicar qué significa eso exactamente?

—El cuerpo— aclaró con calma—. Tu caparazón.

Levantó un dedo y me señaló.

—Lleva la sangre divina.

—Sí— dije lentamente.

—Para destruir el vínculo— continuó el antiguo dragón— hay que extraer la sangre.

La esperanza brilló con más fuerza en mi pecho.

—De acuerdo— dije—. Eso suena… preocupante desde el punto de vista médico, pero manejable.

Los ojos de Vaerakthyr no cambiaron.

—Toda.

La esperanza se desvaneció.

—Lo siento— dije lentamente—. Cuando dices toda...

—Toda tu sangre.

Me incorporé ligeramente de la pared, aunque la caverna dio una pequeña vuelta al hacerlo.

—¿Quieres decir… drenarme la sangre?

—Sí.

—Pero no puedo hacer eso— dije, con el pecho lleno de pavor. Sentí la mirada de Eryk sobre mí, pero no quise mirarlo.

Vaerakthyr ladeó la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque si me extraigo toda la sangre —dije con cautela, sintiendo náuseas de nuevo. Esta vez, sin embargo, no tenía nada que ver con el veneno de mi cuerpo—, moriré.

El antiguo dracónido asintió una vez.

—Exactamente.

La palabra resonó suavemente en la caverna.

Mientras mi pulso retumbaba en mis oídos, de repente la cueva se volvió mucho más fría.

Porque la única forma de destruir el vínculo… era la muerte.

14

Aterrizamos de nuevo en la mansión de dragones de Eryk unas horas más tarde. El vuelo de vuelta había sido bastante peor que el de ida.

Al parecer, volar con un ligero envenenamiento y fiebre no era algo que el cuerpo humano soportara especialmente bien.

Quién lo hubiera dicho.

Se me resbaló el agarre al menos diez veces durante el camino de vuelta. Quizá más. Dejé de contar en el momento en que mis manos empezaron a temblar tanto que apenas podía sentir los dedos.

Cada vez que mi agarre flaqueaba, las alas de Eryk se movían lo suficiente como para volver a estabilizarme. Sujetándome. Evitando que resbalara de su lomo y cayera en picado sobre cualquier bosque sobre el que estuviéramos volando.

Lo cual, tenía que admitir, era a la vez tranquilizador y humillante.

Mi fiebre empeoró mientras volábamos, el calor trepando bajo mi piel como si alguien hubiera llenado mis venas de agua hirviendo. Me resultaba difícil concentrarme en cualquier cosa. El simple hecho de respirar se había convertido en todo un reto.

Inhalar.

Exhalar.

Intenta no desmayarte sobre el dragón.

Repetir.

Para cuando por fin volvimos a descender hacia la finca de Eryk, sentía la cabeza como si estuviera llena de algodón y abejas enfurecidas.

Apenas me di cuenta de que habíamos aterrizado hasta que Eryk se bajó al suelo y se movió para facilitarme el descenso.

El mundo se inclinó de forma desagradable cuando mis botas tocaron el patio de piedra.

—Vamos a llevarte dentro —oí decir a Eryk en medio del zumbido de mis oídos. Su voz sonaba lejana. Como si estuviera hablando desde el otro lado de un túnel.

Entonces su mano cálida y áspera envolvió la mía, firme y segura, y me empujó suavemente hacia las puertas abiertas del patio.

Lo seguí porque, al parecer, mis piernas habían decidido que pensar por mí misma estaba sobrevalorado.

El aire fresco de la noche dio paso al cálido interior de la casa al entrar. La luz del fuego parpadeaba en las paredes de piedra del salón, proyectando largas sombras sobre los muebles de cuero y las viejas estanterías de madera.

Normalmente, el lugar resultaba reconfortante. En ese momento, lo que más sentía era como si la habitación estuviera girando. Mi cerebro, sin embargo, había decidido centrarse en una sola cosa.

El consejo de Vaerakthyr.

La única forma de destruir el vínculo… es la muerte.

Esa parte de la conversación parecía haberse instalado de forma permanente en mi cabeza. Se repetía una y otra vez mientras Eryk me guiaba hacia la zona de descanso. Un consejo muy útil por parte del dragón más viejo que existe.

Tenía que admitir que esa no era la respuesta que esperaba.

Joder, cuando volamos hasta allí, me había imaginado algo muy diferente, algo dramático y mágico. Quizá un ritual secreto de dragones. Algún hechizo antiguo que solo los dragones conocían, en el que Eryk y Vaerakthyr recitarían cánticos en alguna lengua antigua mientras runas brillantes aparecían en el aire, y puf, la

esencia divina de Kael saldría educadamente de mi torrente sanguíneo.

Problema resuelto. Sin necesidad de morir.

En cambio, la solución del antiguo dragón había sido increíblemente sencilla.

Extraer toda la sangre de mi cuerpo.

Lo cual, por lo que yo sabía, estaba mal visto desde el punto de vista médico.

—Siéntate —ordenó Eryk, con una voz que atravesó mis pensamientos.

Eché un vistazo a mi alrededor. Estábamos en el salón. Claro.

—Te prepararé un té.

Té. Claro. Porque el té era claramente la cura para el veneno, las maldiciones divinas y el terror existencial.

Me dejé caer en uno de los sillones de cuero. El sillón me tragó al instante, tan suave y profundo que casi me deslice hacia un lado al intentar ponerme cómoda. Sentía el cuerpo pesado, como si la gravedad hubiera decidido de repente aumentar para mí.

Eché la cabeza hacia atrás y me quedé mirando las vigas de madera que cruzaban el techo. La habitación daba vueltas lentamente. Fantástico.

—Una jugada brillante, Rhea— me susurré a mí misma. Beber veneno, volar por medio planeta, preguntarle a un dragón prehistórico cómo solucionar tus problemas y descubrir que la única solución es la muerte. Una decisión de diez sobre diez.

Sentí un desagradable retortijón en el estómago mientras cerraba los ojos y me presionaba las sienes con los dedos. *Por favor, concéntrate.*

¿Me arrepentía de haber bebido la poción de Marla? Sí. Muchísimo. En ese momento me había parecido una solución brillante. Detener la magia. Detener las muertes accidentales. Problema resuelto.

En cambio, acabé con fiebre, mareada, mágicamente inútil y muy maldita por tonterías divinas.

Mi cerebro, muy servicial, repitió la voz de Galadael.

Cada vez que tu resonancia supera los límites mortales, se produce una corrección.

Genial. Así que o bien usaba mi poder y la gente moría, o bien no lo usaba y, al parecer, mi mejor opción era morir yo en su lugar.

Un sistema excelente. Muy bien diseñado.

Me froté la cara con cansancio.

—¿Cómo se convirtió mi vida en un problema cósmico?

La fiebre volvió a dispararse, el calor recorrió mi cuerpo tan repentinamente que contuve el aliento bruscamente. Por un segundo, la habitación se volvió borrosa por los bordes. Apreté las manos contra los brazos de la silla hasta que pasó.

—Bueno— susurré—, al menos sigo viva.

A duras penas.

Volví a abrir los ojos y me quedé mirando el fuego que crepitaba en la chimenea al otro lado de la habitación.

¿Qué demonios se suponía que debía hacer ahora? La Junta de Merlín esperaba que resolviera el asesinato de Sean. Al parecer, los dioses esperaban que dejara de existir. Y el dragón más antiguo que queda vivo básicamente me había dicho que mi mejor opción estratégica se estaba desangrando.

Sin presión. Solo otra crisis sobrenatural perfectamente manejable.

Gemí en voz baja y me recosté más en el sillón. Por primera vez desde que empezó todo este lío, sinceramente no tenía ni idea de cuál era el siguiente paso.

Y eso era una situación aterradora.

Piensa, Rhea. Piensa.

Pero cada vez que intentaba alcanzar un pensamiento, se me escapaba antes de que pudiera agarrarlo, como si intentara atrapar el humo con las manos desnudas. Mi cerebro se sentía pesado y lento, envuelto en una densa niebla que se negaba a disiparse por mucho que luchara contra ella. Cada idea se desmoronaba a mitad de formarse, disolviéndose en la nada.

Al parecer, el veneno venía acompañado de un mal funcionamiento cerebral de cortesía.

Me presioné las sienes con los dedos y apreté los ojos con fuerza, intentando que surgiera algo, cualquier cosa, que me sirviera de ayuda: un plan, una teoría, una solución brillante al estilo de Merlín que desentrañara por arte de magia maldiciones divinas, dragones ancestrales y una muerte accidental.

Nada. Solo niebla. Y la inquietante sensación de que las cosas se me estaban escapando de las manos.

—Toma —dijo Eryk—. Bebe esto. Te ayudará.

Abrí los ojos.

Estaba de pie junto a mí, sosteniendo una taza humeante, con el calor elevándose en suaves volutas entre nosotros. El aroma me llegó primero: jengibre picante, un toque cítrico y algo más profundo que no lograba identificar. A hierbas y tierra.

Le quité la taza, rodeando con ambas manos la cerámica caliente. El calor se filtró en mis palmas y ahuyentó el frío que se había instalado en mis dedos a pesar de la fiebre que bullía bajo mi piel.

—¿Qué es?

—Té de jengibre —dijo—. Con hierbas de dragón.

Levanté la vista hacia él.

—¿Existen las hierbas del dragón?

Su expresión no cambió. Sus ojos dorados me seguían con la tranquila intensidad de alguien que espera a que un paciente obstinado coopere.

—Bebe.

—De verdad que te gusta darme órdenes. Aun así, levanté la taza y di un sorbo con cuidado.

El sabor me sorprendió. Jengibre, sin duda, fuerte y reconfortante, pero suavizado por el limón y algo dulce en el fondo. Miel, tal vez. Fuera lo que fuera, se deslizó por mi garganta con facilidad y se asentó en mi estómago sin intentar escapar de inmediato. Solo eso ya me pareció un milagro.

Di otro sorbo.

Eryk acercó la silla que había junto a la mía y se sentó con fuerza, inclinándose hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. La luz del fuego parpadeaba en su rostro, resaltando las

líneas marcadas de su mandíbula y la tensión de su ceño. Parecía un hombre que había pasado varias horas volando en la noche con una bruja medio envenenada a sus espaldas y que no estaba del todo convencido de que ella no fuera a desmayarse delante de él.

Su mirada se posó en mí de nuevo, rápida y evaluadora.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó.

Exhalé por la nariz, con la mirada fija en el té, como si la respuesta fuera a aparecer de alguna manera flotando en el vapor.

—No lo sé— admití—. Me cuesta pensar.

Eso era decirlo suavemente. Pensar en ese momento era como vadear por barro que me llegaba hasta la cintura mientras alguien me golpeaba repetidamente el cerebro con una sartén.

Eryk se frotó la nuca con una mano, con un movimiento brusco y frustrado.

—No debería haberte llevado allí esta noche.

Levanté la vista hacia él.

—¿A la cueva del dragón?

—Sí.

—¿Te refieres al museo prehistórico de huesos de la muerte?

Su boca se crispó a pesar suyo.

—Sí.

Me hundí más en la silla, tratando de ponerme cómoda mientras mi cuerpo continuaba con su lento intento de combustión.

—Sinceramente, eso ya me lo esperaba.

Eryk se echó ligeramente hacia atrás, pero la tensión nunca abandonó sus hombros. Observó el fuego durante un momento, con la mandíbula apretada.

—Estoy decepcionado— dijo—. Pensaba que Vaerakthyr sabría más. Que tendría alguna pista sobre cómo quitar el lazo sin que murieras.

Seguí su mirada hacia las llamas.

—Sí. Yo también esperaba un antiguo hechizo de dragón.

Y algo que no implicara drenar hasta la última gota de sangre de mi cuerpo.

Eryk se frotó las manos, con un gesto inquieto.

—Siento haberte hecho recorrer todo ese camino cuando no te encontrabas bien.

Negué con la cabeza de inmediato.

—No lo hagas.

Levantó la vista.

—¿Hacer qué?

—Asumir la responsabilidad de mis decisiones.

—Te has bebido el veneno.

—Exacto— dije—. Esa es toda mi culpa.

Otra oleada de calor me recorrió el cuerpo y apreté la mandíbula, agarrando la taza con más fuerza hasta que pasó el mareo. El té ayudó un poco, no lo suficiente como para sentirme normal, pero sí para evitar que la habitación diera vueltas como una atracción de feria.

La mirada de Eryk se agudizó mientras se inclinaba ligeramente hacia delante, con la mano suspendida en el aire un segundo, como si quisiera tomarme la temperatura, pero se lo pensara mejor.

—Deberías descansar.

—Descansaré cuando el universo deje de intentar matar a la gente por culpa de mi magia.

—Eso puede llevar tiempo.

—Exactamente.

El fuego crepitaba suavemente en la chimenea.

Eryk me observó en silencio durante un momento antes de volver a hablar, ahora con voz más baja.

—El veneno se disipará.

—Eso espero.

—Cuando lo haga, recuperarás tu magia.

Asentí lentamente.

—Sí.

Y no me hacía ninguna gracia. No si eso significaba que, si cometía un error, alguien moriría.

—Y entonces volverás a ser tú misma— añadió el dracónido.

Levanté la vista hacia él.

—Ese es el problema.

Frunció el ceño.

—No puedes pensar así.

—Cuando mi magia vuelva— dije—, también volverá la parte en la que mueren personas inocentes.

Las palabras cayeron pesadas entre nosotros.

Eryk apretó la mandíbula. Juntó las manos mientras miraba fijamente el fuego, con los músculos de los antebrazos tensos por la tensión contenida.

—No eres responsable de lo de Sean— dijo.

Quizá no intencionadamente, pero Sean estaba muerto. Era culpa mía.

Volví a fijar la mirada en el té.

—No puedo vivir así.

Era como volver a vivir con la maldición de Morven, salvo que esta vez no era yo quien moría. Era yo quien mataba por lo que había dentro de mí.

—No lo harás —dijo Eryk, con voz seca y preocupada.

—Exacto— le dije—. Lo que significa que tengo que arreglarlo.

Lo arreglaría. No sabía cómo en ese momento, pero se me ocurriría algo. Siempre se me ocurría. Encontraría la manera de romper el vínculo con los dioses y la esencia de Kael, todo ello sin morir ni beber más veneno.

Eryk volvió a mirarme, con los ojos fijos y decididos.

—Sé que lo harás.

Me froté los ojos, agotada.

—No voy a suicidarme —dije de repente.

Su reacción fue inmediata. Giró la cabeza bruscamente hacia mí y algo feroz destelló en su expresión.

—Eso no va a pasar.

—Lo sé —dije rápidamente—. Solo estoy dejando claros los límites.

Exhaló por la nariz y la tensión de sus hombros se relajó ligeramente.

—Bien.

Me recosté de nuevo en la silla, mirando las vigas del techo mientras mi fiebre se calmaba y mis pensamientos se enredaban en nudos.

—Pero tengo que detener esto de alguna manera.

—Lo harás.

—Y preferiría un método que no implicara morir.

Eryk se recostó ahora en su silla, con la mirada vagando de nuevo hacia el fuego. Las llamas se reflejaban en sus ojos mientras reflexionaba sobre algo.

—Vaerakthyr es el dragón más viejo que existe.

Asentí.

—Sí. Eso me queda bastante claro.

—Pero los dragones no son los seres más antiguos de este mundo.

Volví la cabeza hacia él.

—Por favor, dime que no vas a sugerir que le preguntemos a un demonio.

Pero tan pronto como pronuncié esas palabras, me di cuenta de que quizá, solo quizá, no era una idea tan descabellada. Si alguna criatura sabía algo sobre la esencia divina y los vínculos, esa era un demonio.

Pero ¿cómo se consigue que un demonio coopere? O, mejor dicho, ¿cómo se consigue que un demonio te diga la verdad?

Entrecerró los ojos.

—No. No hay demonios incluidos en esto.

—Sabes, quizá no sea una idea tan descabellada.

Lo miré fijamente.

—Puede que sepan más sobre la resonancia divina que nosotros. Que lo que sabía Vaerakthyr.

—No— gruñó Eryk.

Respiré hondo, sintiendo que no conseguía llenar mis pulmones de aire.

—Así que nuestro nuevo plan— dije—, es encontrar algo más antiguo que el dragón más viejo que existe.

Pensé que preguntarle a un demonio era una buena idea. Hablarlo con Eryk no lo fue. Nunca aceptaría dejarme invocar a uno. Y entendía su miedo. No se podía confiar en los demonios. Eran embaucadores. Mentirosos.

Muy parecidos a los dioses.

Los labios de Eryk se curvaron.

—Sí.

Gemí en voz baja y eché la cabeza hacia atrás contra el respaldo de la silla.

—¿Tienes alguna idea?

El dracónido sacudió la cabeza lentamente.

—Todavía no, pero se me ocurrirá algo.

Volví a levantar la taza y tomé otro sorbo de té, dejando que el calor se deslizara por mi garganta. Por un momento, me ayudó. El calor se extendió por mi pecho y se instaló en mi estómago como una pequeña y frágil tregua entre mi cuerpo y lo que fuera con lo que Marla me hubiera envenenado.

Entonces volvió la náusea, más intensa esta vez.

Tragué con cuidado e intenté estabilizar mi respiración. Inspiro. Espiro. Inspiro. Espiro. Mis dedos se apretaron alrededor de la taza mientras otro pensamiento se abría paso a través de la espesa niebla de mi cabeza.

—En serio, ¿qué hay de los demonios?

No podía dejarlo pasar. Una vez que la idea se me metió en la cabeza, no podía pensar en nada más. Y en ese momento, de hecho, tenía sentido.

Eryk levantó la cabeza de inmediato, entrecerrando los ojos.

—¿Qué pasa con ellos?

—Son antiguos. Tan antiguos como los dioses —dije, aunque las palabras salieron más lentas de lo que pretendía.

De repente, mis dientes comenzaron a castañear, un sonido seco y agudo que no pude detener. La taza temblaba en mis manos mientras mis dedos perdían fuerza.

—Podría… pedirle a Marla que nos ayudara… podemos invocar a un demonio… podrían ayudarnos.

—No.

—Odian… a los dioses— insistí, aunque la habitación parecía inclinarse de nuevo. Sentía la cabeza extrañamente pesada, como si pesara el doble de lo que debería.

—Ellos… pueden… ayudar…

—No es una buena idea— dijo Eryk con voz firme. Como si eso fuera a detenerme.

Lo miré fijamente. Su rostro parecía extraño, borroso y distorsionado, como si los contornos se estuvieran deformando.

Mis ojos luchaban por enfocar. El fuego detrás de él se estiraba en extrañas rayas de naranja y dorado. Por un momento me pregunté si la habitación daba vueltas o si era yo.

Era culpa de la fiebre. Tenía que serlo.

El calor dentro de mi cuerpo ya había sido intenso antes, pero ahora algo más se colaba detrás de él. Un escalofrío profundo se deslizó por mis huesos, repentino y brutal. Mi piel se erizó cuando la piel de gallina brotó a lo largo de mis brazos. Frío. Dios, tenía frío.

Mis dedos se apretaron alrededor de la taza, pero ya no parecían mis dedos. Estaban entumecidos y rígidos, como si pertenecieran a otra persona.

—Tengo… frío— intenté decir, aunque las palabras salieron arrastradas.

Eryk ya se había inclinado hacia delante en su silla.

—Rhea.

La forma en que pronunció mi nombre hizo que algo se retorciera en mi pecho.

Intenté sentarme más erguida.

Mala idea.

La habitación se balanceó violentamente hacia un lado. Se me revolvió el estómago y mi visión se oscureció por los bordes. Aspiré aire bruscamente, tratando de mantenerme erguida, pero ahora mis manos temblaban demasiado.

—Solo… mareada— jadeé, mientras otro escalofrío violento recorría mi cuerpo.

Eryk se puso de pie de un salto.

—Rhea. Háblame.

Intenté responder. Abrí la boca, pero no me salió nada.

El frío se intensificó, recorriendo mis brazos y piernas como hielo extendiéndose bajo mi piel. Mis dientes castañearon con tanta fuerza que me dolió.

Mis dedos se aflojaron sin que yo pudiera evitarlo, y la cerámica resbaló contra mi piel entumecida. Durante un breve segundo, la taza quedó suspendida allí, en equilibrio entre mis manos.

Entonces se cayó, golpeando el suelo de piedra con un crujido seco al romperse. El té se derramó sobre la alfombra formando una mancha oscura y humeante.

Mi cuerpo se inclinó hacia delante de repente, y la fuerza se me escapó de las extremidades como si alguien hubiera tirado de un tapón. La silla se inclinó bajo mí mientras el suelo se acercaba rápidamente hacia mí.

—¡Rhea!

Unos brazos fuertes me sujetaron antes de que golpeara la alfombra. Las manos de Eryk me agarraron por los hombros mientras me atraía hacia él, con la voz aguda por la alarma en algún lugar por encima de mi cabeza.

Mi visión se nubló. La luz del fuego se difuminó en suaves rayas.

Intenté hablar. Intenté decirle que estaba bien.

Pero las palabras nunca salieron.

Y entonces, todo se volvió negro.

15

Estaba cayendo.

Una caída totalmente dramática, de esas en las que la gravedad te ha abandonado. De esas en las que el estómago flota en algún lugar por encima de los pulmones y el cerebro decide que es un momento excelente para repasar todas las malas decisiones que has tomado en tu vida.

Lo cual, en mi caso, era un vídeo muy largo de momentos destacados.

El mundo a mi alrededor era blanco en todas direcciones. Blanco por encima de mí, blanco por debajo de mí, blanco extendiéndose tan lejos que me dolían los ojos al intentar enfocar.

Blanco. Blanco. Blanco.

Era como si alguien hubiera tomado el concepto de la nada y hubiera subido el brillo al máximo.

Entrecerré los ojos. No recordaba que Eryk decorara así. Porque la última vez que lo comprobé, su fortaleza tenía muchas más paredes de piedra, chimeneas y una intimidante decoración de dragones.

Lo cual solo podía significar una cosa.

Estaba soñando. Tenía que ser eso.

No tenía tiempo para soñar. Tenía problemas que resolver, ataduras divinas que destruir, dioses a los que gritar y veneno al que

sobrevivir. Estar inconsciente no entraba en mis planes en ese momento.

—Genial— suspiré—. Mi cerebro por fin se vuelve loco y elige el sueño más aburrido del mundo.

De repente, sentí que mi cuerpo se estabilizaba, como si hubiera aterrizado, pero muy lentamente, casi a cámara lenta. Raro. Pero los sueños eran raros.

Forcé mis ojos a abrirse más. El brillo no cambió, solo blanco. Blanco infinito.

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba tumbada boca arriba, mirando al cielo que tenía encima y no era azul con bonitas nubes. Era blanco. Solo blanco.

Lentamente, con cuidado, levanté la cabeza y me incorporé.

Mi cuerpo respondió de inmediato. Sin mareos, sin fiebre, sin órganos internos amenazando con rebelarse. Me senté con facilidad, mis músculos funcionaban a la perfección, como si no hubiera pasado las últimas doce horas envenenándome.

Eché un vistazo a mis manos. Estaban firmes, sin temblar. Flexioné los dedos. Fuertes. Todo parecía normal. Mejor que normal.

Balanceé las piernas hacia mí y me puse de pie.

El suelo, o lo que fuera que fuera este lugar, se sentía firme bajo mis botas, pero no era exactamente suelo. No era tierra. No era piedra. No eran baldosas, ni madera, ni nada remotamente reconocible. Se sentía… liso. Firme. Como estar de pie sobre mármol pulido al que alguien se había olvidado de dar color.

Di una vuelta completa. Blanco infinito. Kilómetros y kilómetros de blanco. Sin paredes ni árboles. Sin cielo más allá del techo blanco resplandeciente que se alzaba sobre mi cabeza. Simplemente… nada.

—Bueno —dije al vacío—. Qué reconfortante. —Me puse las manos en las caderas y entrecerré los ojos para mirar a lo lejos.

— ¿Hola? —grité. Mi voz resonó.

Pero no como lo haría en una habitación normal. Más bien como si el sonido simplemente… se alargara. Y luego se desvaneciera.

Esperé un momento a ver si obtenía respuesta, pero lo único que oí fue un silencio absoluto.

—Muy bien— me dije a mí misma, tratando de mantener la calma y no perder los nervios—. Repasemos las opciones.

Opción uno: estaba soñando.

Opción dos: estaba muerta.

Opción tres: de alguna manera había desbloqueado una sala de espera mágica y secreta entre la vida y la muerte, y al parecer no tenía ningún tipo de decoración interior.

Ninguna de esas opciones me resultaba especialmente atractiva.

—Despierta, Rhea— me dije a mí misma. Entonces, me di una bofetada en la mejilla. Y otra. Y otra más—. Despierta.

Nada. Estaba allí, en ese infierno blanco.

Me di otra bofetada. Esta vez más fuerte.

—Ay.

Vale. Así que el dolor funcionaba. Eso ya era algo.

Me froté la mejilla y miré fijamente a la brillante nada.

—Genial— suspiré mientras daba golpecitos con el pie impacientemente.

Luego di unos pasos cautelosos hacia delante. El suelo blanco no cambiaba, el cielo blanco no cambiaba… todo el universo seguía agresivamente en blanco.

Dejé de caminar.

—Bien— dije lentamente—. Este es oficialmente el día más extraño de mi vida.

Lo cual, teniendo en cuenta que mi vida incluía dragones, maldiciones y un asesinato divino accidental, era decir mucho.

—Brujita, tienes un aspecto horrible— dijo una voz masculina.

Me sobresalté y me di la vuelta.

Un hombre estaba detrás de mí como si hubiera estado allí todo el tiempo. Era alto, vestía un traje negro perfectamente entallado que probablemente costaba más que mi camioneta, con las manos metidas casualmente en los bolsillos como si estuviera esperando un pedido de café en lugar de estar parado en un vacío cósmico. Su cabello oscuro parecía artísticamente despeinado, el tipo de despeinado que requería un esfuerzo real, y sus ojos rojos brillaban mientras me estudiaba con perezosa diversión.

Kael.

Ese bastardo de dios oscuro.

La ira me invadió tan rápido que prácticamente quemó la niebla venenosa que quedaba.

—Hijo de puta»

El dios oscuro se encogió de hombros con indiferencia.

—Técnicamente, no soy hijo de nadie.

Lo miré con ira. Si las miradas mataran, se habría vaporizado en polvo divino hace unos dos segundos.

—Sal de mi sueño.

Kael se rio, un sonido grave y divertido, como si esto fuera lo más destacado de su velada.

—Esto no es un sueño, brujita.

Abrí la boca. ¿Estaba diciendo la verdad? No podía confiar en él. No después de todo lo que había pasado.

—Entonces, ¿dónde estoy?

—En el limbo— dijo con naturalidad, echando un vistazo a ese blanco infinito como si fuera el dueño del lugar—. El espacio entre la vida y la muerte.

Lo miré fijamente. Tenía cierto sentido.

—Genial. Así que estoy muerta.

—Todavía no, brujita.

—Fantástico—dije—. Porque eso complicaría mucho mi agenda.

Kael ladeó la cabeza, examinándome con abierta curiosidad.

—Ahora la pregunta más interesante es… ¿qué hiciste para acabar aquí?

Crucé los brazos.

—Bebí veneno.

Él me miró fijamente. Luego, sus cejas se arquearon hacia la línea del cabello.

—Tú… hiciste ¿qué?

—Bebí veneno.

El dios oscuro me miró de nuevo como si estuviera esperando el remate.

—Intentaste suicidarte.

—No lo hice.

—Bebiste veneno.

—Para suprimir mi magia.

Me miró como si le hubiera dicho que intenté apagar un incendio con gasolina.

—¿Por qué harías eso?

Levanté las manos al aire.

—¡Porque, al parecer, cada vez que la uso, alguien muere!

Kael ladeó la cabeza.

—Aprendiz de bruja, eso no tiene ningún sentido. ¿Te importaría intentarlo de nuevo?

Le señalé con el dedo.

—Esto es culpa tuya. Tú has hecho esto.

Kael se llevó una mano al pecho.

—¿Mi culpa?

—Sí.

—Eso suena poco probable.

—¡No me advertiste!

Kael frunció el ceño, y el tono jocoso se desvaneció un poco.

—¿Advertirte de qué?

—¡De mi magia! —espeté—. ¡De tu esencia divina! ¡De esa cosa que metiste en mi linaje y que lleva causando problemas desde hace generaciones!

Su expresión seguía siendo completamente inexpresiva.

—Vas a tener que ser más concreta. Quizás no deberías usar palabras tan grandilocuentes.

Gruñí.

—Cada vez que la uso ahora, alguien muere.

Kael arqueó una ceja.

—¿Estás hablando en código de brujas? Porque si se trata de un nuevo idioma, me gustaría una traducción antes de que sigas gritando.

—¡No! —Me pasé una mano por el pelo, frustrada—. Mi resonancia divina, tu esencia, esa cosa en mi sangre. Está matando gente. Gente inocente que no era el objetivo.

Frunció el ceño.

—Eso… no es así como funciona la resonancia divina.

—Díselo a Sean.

—¿Quién es Sean?

—¡El hombre-oso que murió porque utilicé mi magia!

Lo miré con ira, y una parte de mí, una parte muy tonta, quería lanzarme contra el dios oscuro y darle un puñetazo en la cara.

Kael me miró fijamente, con la confusión grabada en sus rasgos.

Volví a levantar las manos.

—¡Me lo dijo Galadael!

En el momento en que el nombre de la diosa salió de mi boca, algo cambió en la expresión del dios oscuro. La divertida indiferencia desapareció, no del todo, pero lo suficiente como para que yo lo notara.

—¿Qué te dijo exactamente?— preguntó, con un tono peligroso que se colaba en su voz.

Volví a cruzar los brazos.

—Me dijo que cada vez que mi resonancia divina se intensifica, el universo tiene que reequilibrarse.

Kael no dijo nada, con la mirada fija en mí.

—Así que alguien muere— continué—. Dijo que Sean murió porque utilicé mi magia, así que bebí veneno para evitar que se activara. ¡Porque no voy a ir por ahí matando accidentalmente a gente inocente!

Kael me miró fijamente durante varios largos segundos. Luego suspiró y dijo:

—Brujita.

Entrecerré los ojos.

—Dios oscuro.

—Galadael te mintió.

Mi cerebro se bloqueó por un segundo tratando de procesar eso.

—Espera —dije lentamente—. No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—¿Estás diciendo que mi magia no mató a Sean?

¿Podría ser eso cierto? ¿Me había mentido la diosa? ¿O era Kael tomándome el pelo?

Kael negó con la cabeza.

—Tu magia no mató a ese mortal. A menos que quisieras que muriera y usaras tu magia sublime, un regalo de un servidor.

—No—. Lo miré fijamente—. Pero ella dijo…

—Te mintió.

Me quedé boquiabierta.

—Pero el equilibrio…

—También es mentira.

Me quedé allí de pie, tratando de dar sentido a las palabras que salían de su boca.

—¿Me estás diciendo que todo eso del reequilibrio cósmico es falso?

—Sí.

—Entonces Sean no murió porque yo usara mi poder.

—No.

—Entonces, ¿qué pasó?

Los ojos rojos de Kael se oscurecieron.

—Galadael lo mató y luego te convenció de que lo habías hecho tú.

Negué con la cabeza. Todo aquello era demasiado enrevesado como para tener sentido.

—Pero ¿por qué ella…?

—Era una prueba— dijo Kael con calma.

—¿Una prueba?— repetí.

—Sí.

Sus labios esbozaron una curva, aunque no vi nada de humor en ella.

—Quería ver cómo reaccionarían las runas ante ti.

Entonces, su mirada se posó en mí y hubo algo en ella que me puso la piel de gallina. No porque me estuviera mirando, sino porque lo hacía demasiado de cerca. Como si pudiera ver más allá del pánico, del veneno, del estúpido caparazón mortal en el que estaba atrapada en ese momento, y llegar hasta la magia que había debajo.

Cruze los brazos con más fuerza.

—¿Qué?

La boca de Kael se curvó de nuevo, en una sonrisa tenue y exasperante.

—Nada —dijo—. Simplemente estoy apreciando lo espectacularmente incómoda que te has vuelto.

Entrecerré los ojos.

—Eso suena sospechosamente a un cumplido.

—Lo es —dijo—. Intenta que no te arruine la personalidad.

Lo miré fijamente.

—Sabías que esto iba a pasar.

Él emitió un suave murmullo, sin confirmar ni desmentir.

—Sabía que, tarde o temprano, dejarías de ser manejable. Los detalles son mucho más entretenidos en persona.

—Esa no es una respuesta.

—No— admitió—, ero es la única que vas a obtener.

Entrecerré los ojos.

—Estás esquivando la pregunta. ¿Reaccionar cómo? ¿De qué manera pensaba ella que las runas reaccionarían ante mí?

Kael ladeó ligeramente la cabeza, estudiándome como si yo fuera la parte interesante del experimento.

—Y lo que es más importante— dijo—, ella quería ver qué harías cuando las encontraras.

Empecé a dar vueltas.

—Esto es una locura. ¿Qué demonios les he hecho a ustedes, los dioses? ¿Por qué no pueden dejarme en paz?

—Porque algunos de los dioses están muy enfadados de que hayas sobrevivido a mi resonancia divina. Deberías haber muerto, pero no lo hiciste, y eso les supone un problema.

Me di la vuelta, atónita. Durante unos segundos, mi cerebro se negó a procesar lo que había dicho. Simplemente… se quedó ahí en blanco, como si alguien lo hubiera desenchufado y se hubiera olvidado de volver a conectarlo.

—Entonces —dije con tono seco—, a ver si lo entiendo bien. ¿Me envenené… para nada? ¿Y ahora estoy atrapada en la sala de espera cósmica entre la vida y la muerte… para nada?

Kael se encogió ligeramente de hombros.

—Yo no diría que para nada. Esta es una valiosa oportunidad de aprendizaje. Has aprendido quién de nosotros miente con más estilo.

Lo miré fijamente.

—Te estás divirtiendo con esto.

—Un poco.

Me tembló el ojo. Oh, sí. Iba a darle un puñetazo. ¿Qué era lo peor que podía pasar? Ya estaba en el limbo. Si estaba a punto de morir, más valía irme dando un puñetazo a un dios engreído que se lo tenía merecido.

Kael negó con la cabeza, cruzando los brazos como un profesor decepcionado que se dirige a un alumno especialmente tonto.

—Este no es tu mejor momento, brujita. Estoy muy decepcionado contigo.

—Vete al infierno.

Él sonrió.

—Es mi hogar.

—Te odio.

—Me quieres —dijo con naturalidad—. Solo que aún no lo sabes.

Exhalé un suspiro largo y lento y alcé la vista hacia el infinito cielo blanco, resistiendo el poderoso impulso de gritar al vacío.

Me daba ganas de darme una patada en el trasero. En serio. Había cruzado medio planeta a lomos de un dragón mientras estaba envenenada porque una burócrata divina engreída me había dicho que mi magia estaba matando gente.

Y le creí.

Bajé las manos y volví a mirar a Kael.

—¿Sabes qué es lo peor?

—Ilumíname, brujita.

El dios oscuro se apoyó con indiferencia en la nada, porque al parecer las leyes de la física no se aplicaban en el limbo divino. Con un tobillo cruzado sobre el otro y los hombros relajados, como si se apoyara en la pared invisible de un bar muy caro que solo él podía ver. Su expresión conservaba esa misma calma tenue e irritante que siempre parecía mostrar en mi presencia.

Por supuesto que dijo eso. Tranquilo. Curioso. Como si esto fuera una conversación educada y no el momento en el que toda mi vida se había puesto patas arriba por una tontería divina.

—Debería haberlo sabido —le dije.

Kael arqueó ligeramente una ceja. Solo un poco. Si no lo hubiera mirado directamente, quizá no lo habría notado.

—Ah, ¿sí?

Le señalé con ambas manos.

—Mírate.

Se enderezó un poco, parpadeando como si realmente no supiera a qué me refería.

—¿Qué pasa conmigo?

Oh, por dónde empezar.

—Eres, literalmente, el dios de las malas decisiones.

La boca de Kael se tensó en una línea fina, como si mi comentario le resultara ligeramente incómodo.

—Ese no es mi título.

Lo dijo con la tranquila dignidad de alguien que corrige una inexactitud histórica.

—Mientes a la gente por diversión.

Kael levantó un hombro en un gesto de indiferencia.

—Prefiero el término *persuasión creativa*.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Manipulas a los mortales.

Inclinó la cabeza, con sus ojos oscuros estudiándome como si fuera yo la confusa en esta conversación.

—Los guío.

—Aterrorizas emocionalmente a las brujas.

Entonces algo brilló en su expresión, algo peligrosamente cercano a la diversión.

—Les sirvo de mentor.

Le señalé con el dedo directamente al pecho.

—Esto. Esto de aquí es exactamente por lo que debería haber sabido que Galadael me estaba tomando el pelo.

Kael se rio entre dientes.

—Sí. Es cierto.

Gruñí y volví a dar vueltas por la interminable nada blanca. Se me ocurrió una idea.

—Ya has hecho esto antes. ¿Verdad? ¿La maldición? Le diste tu esencia a otras brujas. No a nuestra familia.

Kael no respondió de inmediato. Cuando levanté la vista, me estaba mirando con esa misma expresión serena y tranquila que siempre ponía cuando ocurría algo interesante y había decidido no intervenir todavía.

—¿De dónde has sacado esa idea, brujita?

La pregunta sonó suave, casi perezosamente, como si realmente no tuviera ni idea de lo que estaba hablando.

Lo miré fijamente. Claro. Y yo era una bruja perfectamente normal que no había bebido veneno porque una diosa le dijera que la gente empezaría a morir cada vez que usara magia.

No me lo iba a decir. Lo veía en la curva de su boca, en la forma en que sus ojos me seguían con tranquilo interés. Pero presionarlo ahora no me llevaría a ninguna parte.

Está bien. Lo averiguaría por mí misma.

Suspiré, frotándome las sienes.

—No puedo creer que me haya hecho esto a mí misma. Bebí veneno. V E N E N O.

—Menudo salto ilógico e impresionante.

Lo miré fijamente.

—¿Te parece… ?

Su expresión se ensombreció.

—No.

El humor desapareció de su rostro por un momento.

—Pero me impresiona que hayas elegido inmediatamente envenenarte a ti misma como solución.

—Me pareció lo más responsable— le dije—. No tenía otra opción.

—Podrías haberme llamado.

Dejé de dar vueltas.

—Claro— dije lentamente— porque tengo tu número en *favoritos*.

Kael asintió pensativo.

—Ah— se rascó la barbilla—. Claro. Tu móvil no tiene cobertura en el infierno.

—Casi muero por culpa de ustedes los dioses— espeté, más que enojada.

—Sí, bueno— dijo encogiéndose ligeramente de hombros—. Técnicamente, aún podrías morir.

Abrí la boca.

—¿Qué?

Kael señaló vagamente el vacío blanco que nos rodeaba.

—Estás *aquí*.

De repente recordé lo último que había sentido antes de que todo se volviera negro. El frío. El temblor. A Eryk sujetándome.

Se me revolvió el estómago.

—Oh.

Kael sonrió.

—Sí.

Lo miré fijamente.

—Entonces esta conversación está teniendo lugar porque estoy… a punto de morir.

—Fantástico.

La palabra salió sin vida, hueca, como si hubiera perdido las ganas de vivir a mitad de la frase.

Entonces me vino a la mente otro pensamiento.

Eryk.

Las imágenes comenzaron a pasar por mi mente más rápido de lo que podía detenerlas. El estudio, la taza rota en el suelo, los brazos de Eryk atrapándome antes de que cayera al suelo. La expresión de su rostro cuando empecé a temblar. Esa mirada. La que decía que algo había salido muy, muy mal.

Me froté la cara con ambas manos y gemí en voz baja.

—Oh, no.

Kael me observó con leve interés.

—¿Qué pasa ahora?

—Eryk.

—El dragón.

—Sí, el dragón— espeté—. Mi dragón.

Empecé a caminar de nuevo a través de la interminable nada blanca, mis botas sin hacer ruido alguno contra lo que fuera ese extraño no-suelo.

—Él cree que he muerto.

Kael ladeó la cabeza.

—Técnicamente, estás muy cerca.

—Eso no me ayuda.

Me pasé una mano por el pelo y miré fijamente el horizonte blanco e infinito. En algún lugar ahí fuera, en el mundo real, Eryk probablemente se estaba volviendo loco.

Me lo imaginé de pie en el estudio, mirando mi cuerpo completamente inconsciente. O peor aún. Pensando que era un cadáver.

Sentí un nudo en el pecho.

—Seguramente está volviéndose loco —murmuré.

Kael se encogió de hombros.

—Los dragones suelen ser dramáticos.

—¿Dramáticos? Probablemente esté a cinco segundos de quemar la mitad de la ciudad.

—Eso sí que suena a dragón.

—Ahora mismo Eryk probablemente esté dando vueltas de un lado a otro. En pánico, intentando averiguar si estoy respirando.

Kael se quedó pensativo un momento.

—¿Los dragones hacen reanimación cardiopulmonar?

—¡No lo sé!— espeté—. ¡Pero preferiría no averiguarlo!

La idea de Eryk arrodillado a mi lado, intentando despertarme, quizá pensando que me había perdido…

Sí.

Eso me afectó más de lo que esperaba.

Gruñí de nuevo y alcé la vista hacia el infinito cielo blanco.

—Increíble—. Luego volví a mirarlo—. ¿Por qué no me curas?

Los ojos rojos de Kael brillaban con esa diversión exasperante.

—¿Qué gracia tiene eso?

—Entonces, ¿vas a dejar que muera?

—Brujita, ten fe— dijo Kael con desgano—. Además, tu dragón parece estar haciendo un trabajo estupendo.

Entrecerré los ojos.

—¿Un trabajo estupendo? ¿Qué…?

Algo cálido me rozó.

Al principio fue débil, solo un susurro de calor contra la fría nada de este extraño lugar blanco, pero creció rápidamente, extendiéndose por mi pecho como si alguien hubiera encendido un pequeño fuego bajo mis costillas. El calor recorrió mis brazos y bajó por mi columna vertebral, enroscándose entre mis dedos.

Mis labios se entreabrieron.

—¿Qué es eso?

El horizonte blanco a mi alrededor parpadeó. El calor se intensificó, ahora más fuerte, de alguna manera familiar. Como humo y calor y algo antiguo envolviéndome los huesos.

Kael se limitó a mirarme, con esa sonrisa cómplice esbozándose en sus labios.

—Oh— murmuró en voz baja—. Ahí está.

El calor volvió a surgir, atrayéndome como una marea invisible.

—Espera— dije, perdiendo el equilibrio de repente mientras el suelo, o lo que fuera que fuera ese lugar, se desplazaba bajo mis pies—. ¿Qué está pasando?

El blanco infinito comenzó a fracturarse por los bordes, el horizonte curvándose como el cristal bajo presión.

Kael levantó una mano en un pequeño gesto de despedida.

—Hasta pronto, brujita.

El calor se intensificó, inundándome, y de repente volví a sentirme pesada. Real. Mi cuerpo se vio arrastrado hacia abajo como si la gravedad por fin hubiera recordado que yo existía.

El mundo blanco se hizo añicos.

Y todo volvió a quedar a oscuras.

16

—¡Está abriendo los ojos! —dijo una voz masculina.

—Ya lo veo —espetó otra voz, aguda y familiar—. Apártate. Déjale respirar.

—Va a necesitar algo más que aire —dijo una tercera voz, suave y perezosa.

—Puedo morderla. La mordedura de un vampiro puede estimular el cuerpo. Todas las partes importantes.

—No —refunfuñó la primera voz femenina que había oído.

Marla.

Mi cerebro por fin se puso al día con mis oídos.

Y la voz de Morty.

Y la de Selene.

Una oleada de adrenalina me atravesó, y me incorporé tan rápido que la habitación se inclinó hacia un lado por un segundo. Cuatro rostros se cernían sobre mí como un comité de intervención muy extraño. Parpadeé, tratando de enfocarlos.

Morty estaba más cerca, inclinado hacia delante como un hombre que ve los últimos segundos de un partido de fútbol. Marla se cernía a su lado con las manos entrelazadas de esa forma tensa que tenía cuando estaba a punto de sermonear a alguien por decisiones mágicas irresponsables. Selene se recostaba en el brazo de uno de

los sillones de cuero de Eryk como si esta fuera la velada más entretenida que había tenido en semanas.

Y Eryk.

Eryk estaba justo a mi lado. Su gran mano me sujetaba con firmeza la muñeca, con las yemas de los dedos presionando el interior de esta como si me estuviera tomando el pulso. Las llamas parpadeaban a lo largo de sus antebrazos, bailando sobre su piel en lentos rizos anaranjados.

Fuego de dragón.

—¿Qué...? —Mi voz sonó como si hubiera tragado grava. Me aclaré la garganta y lo intenté de nuevo—. ¿Qué ha pasado?

—Has estado inconsciente durante aproximadamente una hora —dijo Marla, con un aspecto más conmocionado del que jamás le había visto. La bruja Blanca, normalmente tan serena, tenía un mechón de pelo suelto de su moño y las gafas torcidas sobre la nariz —. Nunca debí haberte dado esa poción.

—No —gruñó Eryk de inmediato, con voz grave y amenazante. Sus ojos dorados destellaron al volverse hacia ella y, durante un aterrador instante, pareció que fuera a lanzar fuego por toda la guarida—. No deberías haberlo hecho.

—Es culpa mía —dije rápidamente, agarrándole del brazo antes de que decidiera convertir a Marla en un ejemplo aleccionador—. La obligué.

Su mirada volvió a posarse en mí. La ira desapareció de su rostro tan rápido que casi daba miedo.

—Nos has tenido preocupados, Roja —dijo Morty, enderezándose y cruzando los brazos. Parecía que se hubiera fumado al menos tres paquetes de cigarrillos mientras yo estaba inconsciente.

—Caíste como un boxeador en el duodécimo asalto.

Selene ladeó la cabeza, examinándome con curiosidad clínica.

—Estabas muy pálida. Fue bastante dramático. Esperaba que ella me dejara morderte… por razones médicas.

—Nada de mordiscos —espetó Marla.

Selene suspiró.

—No tienes gracia.

Parpadeé, y la habitación por fin se estabilizó a mi alrededor. El estudio. Claro. El estudio de Eryk. Paredes de piedra, muebles de cuero, el aroma a humo de leña y magia de dragón flotando en el aire.

Marla dio un paso cauteloso hacia delante, mirando nerviosamente a Eryk antes de volver a mirarme.

—¿Cómo te sientes?

De hecho, lo pensé.

Mi cuerpo ya no parecía estar en llamas. El frío aplastante había desaparecido y mis músculos no temblaban como si me hubieran electrocutado.

—Mejor —dije lentamente—. Mucho mejor. ¿Cómo es posible? Aún no han pasado veinticuatro horas. Esa poción debería seguir activa.

—El chico dragón se la ha sacado de tu cuerpo —dijo Morty, con aire orgulloso.

Marla frunció el ceño.

—Esa no es la explicación científica correcta.

—Lo quemó —corrigió Morty, señalando a Eryk—. Con el fuego. Puf. Desintoxicación mágica.

Miré fijamente a Eryk.

—Me has quemado el veneno...

—Básicamente— dijo Morty.

—Deja de narrar —dijo Eryk, recorriéndome con la mirada, como si buscara lesiones.

Morty levantó las manos.

—Estoy ayudando.

Volví a mirar a Eryk, y los recuerdos encajaron. El calor. La calidez en el intervalo.

—Usaste tu poder del fuego de dragón— dije lentamente.

Ahora recordaba ese momento. La calidez extendiéndose por mi pecho mientras Kael se quedaba allí con una sonrisa burlona, como si ya supiera lo que estaba pasando.

Eryk me había estado salvando.

—Sé que eso no es lo que querías —dijo Eryk. Su voz había perdido su tono cortante, sustituido por algo más profundo. Algo

crudo—. Pero cuando no pude despertarte… llamé a Marla.

—Intenté un hechizo para despertar el espíritu —añadió Marla rápidamente—. Pero no surtió efecto en ti. Tu pulso era casi imperceptible. Tu piel estaba helada. Pensamos… —vaciló— pensamos que íbamos a perderte.

Eryk me apretó más fuerte la muñeca.

—Te toqué —dijo—. Y entonces mi dragón tomó el control.

—Y me quemó— dije.

Le miré a la cara. Le miré de verdad. La tensión en sus hombros, la mirada en sus ojos, como si hubiera luchado contra algo a lo que no podía golpear. Hace solo unos instantes pensé que nunca volvería a verle.

—Lo hiciste bien, mi dragón —dije en voz baja, sonriendo—. El veneno se ha ido. Ya no lo siento.

Entonces busqué en mi interior. Mis hilos arcanos se encendieron, elevándose alrededor de mis dedos como cintas de luz viva. Vivos. Obedientes. A la espera.

Exhalé lentamente.

—Y… he vuelto. Mi magia ha vuelto.

Morty frunció el ceño, fijando la mirada en mis zarcillos divinos.

—Pero no puedes usarla. Si la usas… alguien muere.

Me froté la nuca.

—A propósito de eso....

Cuatro rostros se inclinaron hacia mí.

—Galadael mintió.

Marla parpadeó.

—¿En serio?

Morty silbó.

—No me sorprende. Desprendía una energía de villana muy intensa.

Selene dio un sorbo lento al vaso que de alguna manera había conseguido.

—Yo dije que la diosa tenía un aura que daba ganas de darle un puñetazo.

Marla me miró.

—¿Cómo sabes que mintió?

Me recosté contra el sofá y suspiré.

—Porque tuve una conversación muy incómoda con Kael.

Morty se enderezó.

—¿El dios demonio?

—Dios oscuro— le corregí— en el limbo.

Marla frunció el ceño.

—¿El qué?

—El lugar entre la vida y la muerte— respondió Selene con naturalidad.

Todos se volvieron para mirarla.

—¿Qué?— dijo encogiéndose de hombros— Soy una vampiresa. Nos enteramos de cosas.

—En fin— dije, cambiando de postura—. ¿La versión corta? Galadael no me dijo la verdad. Mi magia no mató a Sean.

Eryk entrecerró los ojos.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—La diosa—le dije.

Se hizo el silencio en la sala. Incluso Selene dejó de beber.

—Al parecer —continué—, los dioses están un poco… molestos.

Morty se inclinó hacia delante.

—Define *molestos*.

Miré a los cuatro.

—Molestos porque un mortal haya sobrevivido a la resonancia divina. Y ahora… Dejé que mis hilos arcanos se enroscaran perezosamente alrededor de mis dedos.

—Están muy interesados en lo que pueda llegar a convertirme.

Por ahora, me guardé para mí la parte sobre mis sospechas de que Kael había estado haciendo pruebas con su esencia divina y brujas mortales. Se lo diría cuando tuviera más pistas.

Marla se quedó muy quieta. Prácticamente podía ver cómo los engranajes de su cerebro encajaban en su sitio. La bruja Blanca se acercó, bajando la mirada hacia el brillo de los hilos arcanos que se enroscaban alrededor de mis dedos como pequeñas serpientes curiosas.

—Así que, según ellos, esta resonancia divina— murmuró, casi para sí misma—. Eso… eso no debería estabilizarse dentro de un

mortal.

Morty se apoyó en el brazo del sofá y encendió otro cigarrillo porque, al parecer, los apocalipsis sobrenaturales siempre requerían nicotina.

—Bueno, está claro que sí lo hizo —dijo entre el humo—. Roja ha sobrevivido a tonterías mágicas imposibles toda su vida. Esto es la versión de lujo.

Selene se hundió más en los cojines del sofá, cruzando las piernas como si hubiera comprado entradas de primera fila para el mejor drama de la ciudad.

—Sangre divina dentro de un recipiente mortal —dijo pensativa —. ¿Alguna vez has pensado en sacar provecho de eso? Harías una fortuna. Conozco a gente.

¡Qué asco!

—No, gracias.

Marla ignoró al vampiro y me miró directamente.

—Dime exactamente lo que dijo Kael.

Así que se lo conté.

Les hablé del limbo, la interminable nada blanca. Kael allí de pie como si fuera el dueño del lugar, con una expresión irritantemente satisfecha, mientras yo me daba cuenta de que casi me había matado por creer a una diosa mentirosa.

Les conté cómo me explicó que ningún mortal había sobrevivido jamás a la resonancia divina. Cómo se suponía que toda mi estirpe se extinguiría. Cómo yo no lo hice.

—Y por eso están enfadados— concluí, extendiendo las manos—. Porque rompí su sistema.

Morty exhaló una larga bocanada de humo.

—A ver si lo entiendo. Los dioses están enfadados porque no moriste como se suponía que debías hacerlo.

—Más o menos.

—Eso parece un fallo de diseño —dijo él.

Marla estaba pensando. Lo noté por el fruncimiento de su ceño y por cómo sus dedos tamborileaban ligeramente sobre su brazo.

—La resonancia divina no es poder— dijo lentamente— Es estructura. Es jerarquía. Los dioses existen en un sistema muy…

ordenado. Todo está clasificado.

—Por supuesto que sí—dijo Morty—. Burocracia cósmica. No me extraña.

Selene sonrió con indolencia.

—No se equivoca.

Marla continuó como si nadie hubiera hablado.

—Se supone que los mortales no deben poseer ese tipo de poder. El sistema lo rechaza. El cuerpo se agota. El receptáculo se derrumba.

Levanté una mano.

—Sí, gracias, he leído la necrológica de la familia.

—Pero si lo estabilizaste...— dijo Marla, bajando la voz—. Eso significa que algo se adaptó.

Eryk no había dicho ni una palabra en todo este tiempo. Pero podía sentir su presencia. De pie junto a la silla, como un muro de músculos y temperamento de dragón, tenía la mano apoyada en mi brazo, como si necesitara confirmar físicamente que yo estaba allí.

—¿Qué es lo que quieren exactamente los dioses de ti? —preguntó Eryk por fin. Su voz era tranquila, el tipo de tranquilidad que suele preceder a que algo estalle.

Me encogí de hombros.

—Kael no lo dijo exactamente. Pero dice que Galadael mató a Sean para ponerme a prueba, como para ver qué haría yo o algo así.

Morty resopló.

—Traducción. Están intentando averiguarlo.

Asentí.

—Creo que tienes razón.

Creo que no tenían ni la más remota idea de qué hacer conmigo. Y lo odiaban. *Bien.*

Selene ladeó la cabeza, estudiándome como si fuera una obra de arte especialmente interesante.

—Si eres el primer mortal en estabilizar esta sangre divina…— dijo— te has vuelto muy valiosa.

—Eso parece— dije con tono seco.

—O muy peligrosa —añadió con un guiño.

—Mejor aún.

Pero la verdad era que prefería ser peligrosa antes que valiosa si eso significaba que algún día podría deshacerme de esta atadura divina. Aun así, según el dragón anciano, la única forma de hacerlo era morir. Parecía que iba a demostrarle que se equivocaba.

Los dedos de Eryk se apretaron alrededor de mi muñeca.

—No te tocarán.

La forma en que lo dijo hizo que sonara menos como una afirmación y más como una promesa que implicaba fuego y, posiblemente, una pequeña guerra.

Le lancé una mirada.

—¿Tú piensas darle un puñetazo a un dios si se presentan?

Una pequeña sonrisa esbozó las comisuras de los labios de Eryk.

—Si es necesario.

Morty se rio entre dientes.

—Pagaría un buen dinero por ver eso.

Suspiré, tratando de asimilar las últimas horas de mi vida. Y también estaba el pequeño y molesto problema de que la Junta de Merlín me pisaba los talones. Porque mientras yo había estado ocupada volando sobre el océano a lomos de un dragón, envenenándome, muriendo un poco y manteniendo incómodos debates filosóficos con un dios oscuro en el limbo, seguía existiendo el pequeño detalle de mi trabajo real.

Resolver el asesinato de Sean Grey.

A la Junta de Merlín no le importaban las intrigas divinas, ni las diosas celosas, ni el hecho de que me hubiera convertido accidentalmente en una anomalía mágica andante. Para ellos, esto era un expediente. Un informe. Una pequeña explicación ordenada, mecanografiada en la máquina de escribir mágica con viñetas y un sospechoso. No «una diosa me manipuló para que pensara que mi poder mágico estaba matando gente». Eso no iba a colar.

Y luego estaban el Consejo de la Puerta de la Horca y Torren. Ellos también esperaban respuestas.

Me quedé mirando mis hilos arcanos mientras se deslizaban perezosamente alrededor de mis dedos como cintas brillantes. Porque, técnicamente… yo tenía la respuesta. Galadael había matado a Sean. Una diosa, literalmente, había asesinado a un

hombre-oso y había tallado runas divinas en su cuerpo como si fuera una especie de proyecto de arte celestial.

Sí. Estaba bastante segura de que la Junta de Merlín no tenía una casilla en sus formularios para *la interferencia divina.*

Así que, ¿qué demonios iba a escribir en mi informe?

Suspiré y me recosté en la silla, mirando al techo.

—Bueno, eso me deja con dos problemas —dije—. Uno. Al parecer, los dioses me están observando como si fuera una especie de experimento científico divino.

—Y dos —añadió Morty, con el humo enroscándose alrededor de su cabeza como un halo fantasmal.

—Tengo que resolver el asesinato de Sean —añadí—. Bueno, tengo que averiguar cómo explicarlo.

Y no tenía ni la más remota idea de cómo hacerlo.

Galadael mató a Sean, no yo. Entonces algo hizo clic en mi cerebro.

—Espera.

Todos me miraron.

Me enderecé un poco más, y mis hilos arcanos se agitaron automáticamente y se enroscaron alrededor de mis dedos como si estuvieran escuchando.

—Galadael no intentó matarme.

Marla frunció el ceño.

—¿Qué?

—Galadael no me mató. Podría haberlo hecho— dije—. Es una diosa. Si hubiera querido matarme, habría chasqueado los dedos y me habría convertido en cenizas.

Selene asintió.

—Así es como suele funcionar.

—Pero no lo hizo. Quería ponerme a prueba— les dije, recordando lo que había dicho Kael.

Morty asintió.

—Sí— dijo—. Esa es una jugada bastante típica de un villano.

Me quedé mirando mis manos. La magia que se arremolinaba allí.

—¿Por qué? ¿Ponerme a prueba para qué? ¿Para ver cómo reaccionaría ante las runas? Eso no tiene sentido.

Eryk me observaba con atención ahora.

—Nada de lo que hacen los dioses tiene sentido. Juegan a sus juegos. Eso es lo único que les importa. No intentes entenderlos. No puedes.

—Pero ella intentó impedir que usara mi magia— añadí—. Me engañó.

Tenía que reconocerlo: la diosa me había engañado bien.

Me asustó para que la desactivara. Porque si dejaba de usarla… el problema se resolvería por sí solo. Sin anomalías. Sin amenazas. Solo una bruja mortal aterrorizada sentada en silencio en un rincón, esperando que los dioses se olvidaran de que existía.

Quizá esperaba que hiciera alguna tontería, como beber veneno y suicidarme. Lo cual, por poco, hice.

La idea me golpeó como algo podrido revolviéndose en mi estómago.

Lo había hecho. Yo. No en un momento de gloria. No mientras luchaba contra algún monstruo. No porque estuviera intentando salvar el mundo en un último y dramático acto de estupidez al estilo Merlín. Me había quedado allí y había tomado esa decisión porque una zorra de diosa de mirada fría me había mirado a la cara y me había convencido de que *yo* era el monstruo.

Me había tragado el veneno porque pensé que lo más seguro que podía hacer por todos los que me rodeaban era eliminarme de la ecuación.

La humillación que eso suponía me quemaba casi más que el miedo. Que ella se hubiera metido en mi cabeza con tanta facilidad, que hubiera cogido todas las inseguridades que ya tenía sobre la maldición de Morven, sobre mi magia, sobre en lo que me estaba convirtiendo, y las hubiera vuelto contra mí como un cuchillo.

Durante un segundo nauseabundo, casi pude volver a saborearlo. El veneno. El pánico. La horrible certeza de que morir podría ser, en realidad, lo correcto.

Mis hilos ardieron con más intensidad alrededor de mis dedos. No. No, no iba a hacer eso.

Galadael no iba a conseguir destrozar a un hombre, mentirme a la cara, empujarme a envenenarme a mí misma y marcharse sintiéndose muy lista por ello.

La ira se agitó en mi pecho, ardiente y aguda. Mis hilos arcanos brillaron con más intensidad alrededor de mis dedos, la luz se agudizó mientras se curvaban y se enroscaban a lo largo de mis muñecas como cintas vivas. El calor se agitó bajo mi piel, inquieto y despierto, reaccionando a la furia que hervía en mi interior.

Ella me hizo envenenarme.

Solo ese pensamiento hizo que mis poderes volvieran a latir, los hilos arcanos tensándose brevemente antes de establecerse en una lenta órbita alrededor de mis manos, a la espera.

Los dioses querían tratarme como un problema.

Levanté la barbilla, con el resplandor de mis hilos arcanos firme y desafiante.

De acuerdo.

¿Los dioses querían jugar al ajedrez divino?

Jugaríamos.

17

Me desperté a la mañana siguiente en la enorme cama a medida de Eryk, solo para mirar el móvil y darme cuenta de que eran las doce y media. Había dormido más de doce horas. Doce. Horas. El tipo de sueño que solo se tiene después de estar a punto de morir, viajar al más allá, discutir con un dios oscuro y que tu novio te prenda fuego.

Y lo extraño era que... en realidad me sentía bien.

No «me he salvado del veneno y del drama divino», sino genuinamente bien. Tenía la mente despejada, mi cuerpo no temblaba y mi magia se sentía estable bajo mi piel, como un motor silencioso al ralentí en lugar de una bomba a punto de estallar.

Estiré los brazos por encima de la cabeza y me incorporé, parpadeando ante el amplio techo de piedra que tenía encima.

Sí. Al parecer, los castillos de dragones venían con dormitorios del tamaño de una catedral.

Aunque sospechaba que mi repentina y milagrosa recuperación tenía menos que ver con el sueño y más con que mi novio dracónido me hubiera convertido en un malvavisco humano la noche anterior.

Según Morty, que me había contado todo con demasiado entusiasmo, Eryk básicamente me había envuelto en fuego de dragón y había quemado el veneno de mi cuerpo.

Quemado. El. Veneno. De. Mi. Cuerpo.

No estaba del todo segura de cómo funcionaba eso, pero era bueno saber que, al parecer, los dragones también hacían las veces de máquinas mágicas de desintoxicación por si alguna vez decidía volver a hacer algo igual de estúpido.

Lo cual, conociendo mi vida, era estadísticamente muy posible.

Hablando de mi dragón. El otro lado de la enorme cama estaba vacío.

Eché un vistazo a la habitación, esperando ver a un hombre dragón imponente meditando dramáticamente junto a la ventana, como en la portada de una novela romántica sobrenatural.

Pero no. Solo la luz del sol entrando por las altas ventanas de piedra y un dormitorio que tenía más o menos el tamaño de toda mi Estación Merlín.

Dejé caer las piernas fuera de la cama y me estiré de nuevo. Mis hilos chispeaban bajo mi piel, estirándose conmigo como gatos somnolientos que se despiertan tras una larga siesta.

—Buenos días a ti también —murmuré.

Tras una ducha rápida, me sentí aún más humana, o lo que fuera la versión mejorada de humana que se suponía que era ahora.

Híbrido de bruja divina. Anomalía mágica. Pesadilla burocrática cósmica.

Ni idea.

Una vez que terminé de vestirme, bajé las escaleras en busca de Eryk.

La casa estaba en silencio, ese tipo de silencio que acompaña a los enormes muros de piedra y a siglos de cavilaciones de dragones. Entré en la cocina y enseguida vi una nota junto a una elegante cafetera de espresso que probablemente costaba más que mi camioneta.

Tenía algunas cosas que hacer. Vuelvo en dos horas. Come y quédate aquí.

Eryk

Sonreí a pesar mío. Era un novio estupendo. Sobreprotector, a veces aterrador y capaz de prender fuego a la gente, pero un buen novio.

¿Y la parte de «quédate aquí»? Adorable.

Porque, incluso mientras leía la nota, los dos sabíamos que eso no iba a pasar.

Aun así, hice lo que haría cualquier bruja casi divina responsable. Preparé café y, después de una taza gloriosa que probablemente contenía granos cosechados por monjes en alguna montaña, cogí mis llaves y salí por la puerta.

El aire fresco de la mañana me golpeó la cara al salir de la fortaleza de dragón de Eryk. Mi camioneta estaba en la entrada, donde la había dejado ayer, luciendo fuera de lugar junto a un castillo que probablemente podría sobrevivir a un asedio medieval.

Me subí, arranqué el motor y me incorporé a la carretera en dirección al pueblo.

La cuestión era que todo había cambiado. Ayer pensaba que estaba maldita de nuevo. Ayer pensaba que mi magia estaba matando a gente inocente. Ayer me envenené porque creí a una diosa mentirosa.

¿Y hoy? Hoy tenía respuestas. Más información.

Y sin querer parecer un póster motivacional pegado en la pared de un instituto, el conocimiento era realmente poder.

Gracias a Kael, que el dios oscuro se golpee el dedo del pie con algo divino y doloroso, ahora sabía que Galadael me había manipulado.

Y ahora quería jugar conmigo.

Resoplé suavemente.

—Sí— murmuré para mis adentros, dando golpecitos al volante —. Eso no va a pasar.

Si los dioses querían que desapareciera, iban a tener que esforzarse mucho más que con una guerra psicológica. Y aprenderían algo muy importante sobre las hechiceras arcanas, especialmente las obstinadas, porque no iba a ir a ninguna parte. Ni por ellos. Ni por nadie.

Tras unos minutos conduciendo, la morgue de Gallows Gate apareció ante mis ojos.

Aparqué junto a la acera, apagué el motor y salí del coche. El aire fresco me golpeó al empujar las puertas y entrar. Era hora de volver al trabajo.

La morgue estaba en silencio, de esa forma inquietante que suelen tener los lugares con cadáveres: demasiado limpia, demasiado quieta, con el olor a desinfectante haciendo todo lo posible por fingir que no había un cadáver a seis metros de distancia.

Seguí por el pasillo hasta que vi las puertas con el letrero LAB 5 y empujé una de ellas para abrirla.

Marla levantó la vista de inmediato cuando entré corriendo, con las gafas de protección torcidas en la frente, como si acabara de desmontar una bomba mágica.

—¿Rhea? ¿Qué haces aquí? Deberías estar descansando.

Mis ojos se dirigieron directamente a la mesa de acero inoxidable en el centro de la sala.

Sean.

—Bien —dije, dirigiéndome ya hacia el cadáver—. Lo tienes.

Marla se secó la frente con el dorso del guante, dejando una mancha de algo que podría haber sido tiza o plata en polvo.

—Sí. Hemos podido localizar a su familia. Su esposa me dio permiso para estudiar las runas e intentar determinar la causa de la muerte.

Me miró a los ojos, con el rostro tenso.

—Sé que dijiste que la diosa lo mató, pero necesito algo científico. Una causa de muerte que sea aceptable para su familia y el consejo. —Hizo una pausa, sopesando claramente sus palabras—. No quiero meterte en problemas diciéndoles la verdadera razón por la que lo mataron. Las runas lo cubren por completo. No puedo ocultarlas.

Asentí con la cabeza, acercándome hasta que mi cintura chocó con la mesa que sostenía a Sean. El acero estaba frío, incluso a través de mi ropa.

—Lo sé —dije—. No te preocupes. Voy a resolver esto.

Hice un gesto vago hacia el cadáver.

—Quiero probar algo primero.

Marla frunció el ceño.

—¿Probar?

Bajé la mirada hacia Sean. Su piel no se había deteriorado mucho desde ayer, lo que significaba que Marla probablemente le había lanzado unos seis hechizos de conservación y lo había metido en uno de esos frigoríficos industriales de morgue durante la noche, por si acaso. Esa mujer no hacía las cosas a medias cuando se trataba de cadáveres.

Aun así, eso no era lo que me interesaba. Lo que me interesaba eran las runas doradas que ardían sobre su piel.

Tenían exactamente el mismo aspecto que ayer: finas líneas grabadas en la carne, brillando como si alguien hubiera escrito grafitis divinos por todo el cuerpo del pobre chico.

Y, como habían hecho antes, en el momento en que me incliné para acercarme, las runas reaccionaron.

Parpadeaban mientras su luz interior se agudizaba y luego se intensificaba, como si alguien hubiera subido el interruptor de brillo.

Mis hilos arcanos se deslizaron entre mis dedos antes incluso de que pudiera pensarlo, tensándose y tirando hacia delante como pequeñas serpientes curiosas que olfatean a su presa.

Marla abrió mucho los ojos tras sus gafas.

—¿Qué es exactamente lo que intentas probar? —preguntó, observando cómo las runas del cuerpo de Sean parpadeaban y resplandecían en respuesta a mi magia.

Flexioné los dedos, observando cómo mis hilos arcanos se curvaban y se estiraban hacia los símbolos brillantes. Ayer me habían aterrorizado. ¿Hoy? Hoy me despertaban curiosidad.

—Algo que me dijo Kael —respondí—. Quiero poner a prueba su teoría. Dijo que Galadael mató a Sean con esas runas para ver cómo reaccionarían ante mí. Pero lo más importante… qué haría yo cuando las encontrara.

Marla arqueó las cejas.

—¿Te refieres a las runas?

Asentí y me acerqué a la mesa.

—Quiero poner a prueba mi poder. Porque, ¿acaso los dioses pensaban que me iba a quedar sentada esperando a que decidieran mi destino?

Sí. Eso no iba a pasar.

Su expresión pasó inmediatamente de la curiosidad a la preocupación.

—Rhea…

—Si Kael tiene razón —continué, observando las marcas luminosas grabadas en la piel de Sean—, entonces esas runas no eran un adorno. Eran un cebo.

Mis hilos arcanos se acercaron al cuerpo, zumbando suavemente con energía y deslizándose entre mis dedos como cintas brillantes que despertaban tras una larga siesta.

Una luz fractal dorada brotó de las runas grabadas en el pecho de Sean.

Marla abrió mucho los ojos tras sus gafas.

—Rhea…

—No pasa nada —dije, levantando una mano lentamente—. Lo tengo bajo control.

Lo cual, para ser justos, era una afirmación atrevida teniendo en cuenta que mi magia había pasado las últimas veinticuatro horas intentando dar un golpe de estado dentro de mi torrente sanguíneo.

Aun así, los hilos arcanos se deslizaron por mi muñeca y flotaron sobre la piel de Sean, y su resplandor se reflejó en las líneas doradas grabadas en su cuerpo.

Y entonces ocurrió algo extraño.

Las runas… se desplazaron.

No físicamente, pero la forma en que mi cerebro las procesaba cambió. Las formas que ayer me habían parecido un sinsentido de repente me resultaban familiares. No es que las hubiera visto antes, sino que sentía que *debía* entenderlas. Como un idioma oculto tras mis pensamientos.

Entrecerré los ojos.

—Eso es... nuevo.

Marla se inclinó hacia mí, entrecerrando los ojos.

—¿Qué?

—Las runas— dije lentamente.

Mis hilos arcanos se enroscaron con más fuerza alrededor de mis dedos, reaccionando mientras los símbolos dorados brillaban con más intensidad en respuesta.

Y de repente las formas empezaron a tener sentido. Lo cual sonaba a locura, pero ahí lo tienes.

Me incliné hacia delante, fijándome en las líneas grabadas en el pecho de Sean.

—No son aleatorias.

—Bueno, eso ya lo supuse —dijo Marla con sequedad.

—No, quiero decir… tienen estructura. —Tracé el aire sobre uno de los símbolos con el dedo—. Como frases. Hay repetición. Sintaxis.

Marla parpadeó.

—Las estás leyendo.

Me enderecé, sorprendida de mí misma.

—Sí.

La revelación me golpeó como un ladrillo. Antes, esos símbolos parecían un sinsentido brillante. Ahora parecían un idioma. Un idioma divino. Una especie de escritura cósmica que podía leer y comprender.

Debería haber tenido miedo. Joder, debería haber estado aterrorizado.

En cambio, estaba emocionado.

Entrecerré los ojos para mirar otra runa.

—Esta significa atadura— dije lentamente—. O… contención.

Marla levantó la cabeza de golpe.

—¿Contención?

—Y esta…—Me incliné de nuevo hacia ella—. Esta es un detonante.

La bruja Blanca me miró como si de repente me hubiera salido una segunda cabeza.

—Estás traduciendo runas divinas.

La miré.

—Al parecer.

—Bueno, eso es… una locura— dijo con la boca abierta.

—Estoy de acuerdo contigo.

Volví a bajar la mirada hacia el cuerpo de Sean y volví a lanzar mi magia. Mis hilos arcanos se deslizaron hacia delante, rozando los símbolos brillantes como pequeñas chispas curiosas.

Justo cuando los filamentos tocaron las runas, las líneas doradas se desplazaron, reorganizándose como luz líquida.

Marla dio un grito ahogado.

—Lo has alterado.

Arqueé una ceja.

—Sí. Joder. De verdad que sí.

La runa volvió a parpadear, y el resplandor se atenuó antes de estabilizarse.

La miré fijamente.

—No tenía ni idea de que pudiera hacer eso. Cambiar la forma de la runa.

Y eso era muy interesante.

Marla se acercó a la mesa, con su curiosidad científica oficialmente despertada.

—Hazlo otra vez.

Volví a concentrarme, dejando que los hilos se deslizaran hacia delante.

En el momento en que tocaron la siguiente runa…

El símbolo dorado se deshizo, se desintegró. Las líneas se disolvieron en chispas de luz y desaparecieron como si alguien las hubiera borrado de la existencia.

Marla contuvo el aliento bruscamente.

—Oh, mi caldero.

Me quedé mirando el brazo de Sean. La runa que había tocado con mi magia había desaparecido. La piel debajo de ella parecía normal ahora. Sin grabados. Sin brillo. Nada.

—¿He borrado una runa divina?— pregunté.

—Sí— susurró Marla.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Volví a mirar a Sean y luego levanté la mano una vez más.

—Probemos con otra cosa.

Antes de que Marla pudiera detenerme, mis hilos arcanos se deslizaron de nuevo por el cuerpo, tocando el siguiente símbolo brillante.

La runa brilló y luego se deshilachó, desapareciendo. Luego otra, y otra. Una a una, las runas doradas parpadearon y se

desvanecieron bajo mi tacto como si alguien borrara tiza de una pizarra.

Marla se quedó allí mirando, completamente atónita, con la boca abierta, y estaba segura de que se le caía un poco de baba.

En cuestión de segundos, el cuerpo de Sean quedó limpio. No había más runas brillantes. Ni una sola marca divina. Solo un oso hombre muerto sobre una mesa de acero.

Sonriendo, me recosté, sintiéndome ligeramente mejor que ayer. De hecho, borra eso. Me sentía mejor de lo que me había sentido en semanas. Quizá meses. Posiblemente desde que mi vida se había convertido en una carrera de obstáculos sobrenatural diseñada por entidades cósmicas sádicas.

Porque no solo había sobrevivido a la resonancia divina, algo que aparentemente convertía a cualquier otro mortal en una tostada mágica, sino que había evolucionado. Se había adaptado. Había quemado la maldición de Morven de mi sangre como si nunca hubiera estado allí.

Lo cual ya era una mejora bastante impresionante.

¿Pero ahora? Ahora tenía algo aún mejor.

Levanté la mano y observé cómo mis hilos arcanos se deslizaban perezosamente alrededor de mis dedos como si fueran dueños del aire. Ya no reaccionaban a la magia. La deshacían.

Hechizos. Protecciones. Ataduras mágicas.

Y, al parecer, runas divinas.

Volví a mirar el cuerpo de Sean, donde los símbolos brillantes habían ardido una vez sobre su piel. Ahora no había nada allí: ni luz, ni marcas, ni grafitis cósmicos tallados por una diosa celosa. Solo piel.

Marla miraba el cuerpo como si alguien hubiera abierto de una patada la puerta a una nueva rama de la física mágica.

No podía culparla, porque eso significaba algo muy interesante.

Mis hilos arcanos habían borrado la magia divina.

Joder.

Moví ligeramente los hombros, sintiendo el silencioso zumbido del poder bajo mi piel. ¿Sabía Kael siquiera que yo podía hacer esto? ¿Que podía doblegar las runas divinas a mi voluntad?

Lo dudaba. Al engreído dios oscuro le gustaba fingir que lo sabía todo, pero tenía la fuerte sensación de que estaba tan perdido como yo respecto a en qué se estaba convirtiendo mi magia. Lo cual, por una vez, me ponía por delante.

Y posiblemente por delante de los dioses.

Solo ese pensamiento me provocó un pequeño escalofrío cálido y peligroso en el pecho. Porque si mis hilos arcanos podían borrar runas divinas…

Entonces quizá los dioses no eran tan intocables como creían.

Flexioné los dedos de nuevo, observando cómo las cintas brillantes se enroscaban alrededor de mi mano como si estuvieran esperando instrucciones.

—Bueno —murmuré en voz baja.

Marla me miró.

—¿Y? —repitió, con una expresión aún de sorpresa.

Sonreí, con esa sonrisa que solía meterme en líos.

—Entonces, la pregunta ahora es…

Mis hilos arcanos se encendieron, iluminando el laboratorio con un suave resplandor.

—¿Qué más puede hacer mi magia?

Y, lo que es más importante, ¿qué podría hacer con ella antes de que los dioses se dieran cuenta de que podrían tener un problema?

18

Me sentía genial. Yo era genial. Bueno, técnicamente mis hilos arcanos eran geniales, pero estaban unidos a mí, así que supuse que me merecía parte del mérito.

Porque, al parecer, la versión mejorada de mi magia ahora incluía una característica de la que nadie se había molestado en informar a los dioses: hilos arcanos capaces de borrar runas divinas.

Sí. Deja que eso cale.

Tenía una sonrisa ridícula y tonta pegada a la cara mientras conducía de vuelta desde la morgue, con los dedos tamborileando en el volante como si me hubiera tocado la lotería sobrenatural. Lo cual, sinceramente, en cierto modo me había pasado.

¿Los dioses pensaban que era un problema? Resulta que podría ser su peor pesadilla.

Porque si podía borrar su magia… Bueno, eso hacía que las cosas se pusieran muy interesantes.

Quería contárselo a Eryk inmediatamente. Sobre todo, porque ver cómo su cerebro de dragón protector intentaba procesar esa información sería increíblemente entretenido. También quería contárselo a Morty porque mi compañero de piso se volvería completamente loco de la mejor manera posible.

Así que primero me pasé por Merlín Station, pero cuando llegué allí el lugar estaba vacío. Ni Morty. Ni cigarrillos. Ni comentarios

sarcásticos.

Cogí un bolígrafo, garabateé una nota rápida y la dejé en la mesa de la cocina porque Morty se negaba a sumarse al siglo XXI y hacerse con un teléfono.

Me deshice de las runas divinas. Pregúntame cómo. Fue genial.

Subrayé *«genial»* dos veces para darle énfasis.

Luego volví a salir, sonriendo y reviviendo la escena de la morgue en mi cabeza. La forma en que las runas habían respondido a mis hilos arcanos, deshilachándose como si alguien hubiera tirado de un hilo suelto en un jersey.

Magia divina. Desaparecida. Así, sin más. Cuanto más lo pensaba, más se ampliaba mi sonrisa. Los dioses no tenían ni la más remota idea de lo que era capaz de hacer ahora. Estaba segura de ello. Lo que significaba que, por primera vez desde que empezó todo este sinsentido divino…

Tenía ventaja.

Sonreía como una tonta cuando entré en el largo camino de piedra de la casa de Eryk. Apagué el motor, cogí las llaves y salté de la camioneta, ensayando ya el discurso que le iba a soltar.

Oye, novio dragón, buenas noticias. Resulta que ahora puedo borrar la magia divina. Ya sabes, cosas de Merlín, sin más.

Empecé a caminar hacia la casa…

Y me detuve en seco.

Había alguien en el camino de entrada, y no era Eryk.

Y no era cualquiera: un desconocido muy alto, de metro ochenta y cuatro, quizá metro ochenta y cinco, y con un físico como si alguien lo hubiera esculpido en piedra pulida. Llevaba un traje rojo perfectamente entallado con zapatos rojos a juego, como si hubiera salido de alguna revista de moda sobrenatural titulada *«Dioses que visten como villanos».*

Estaba completamente calvo. No del tipo «cabeza rapada», sino del tipo «sin cejas, sin pelo, liso como el mármol».

Y sus ojos… Sus ojos brillaban con un tono plateado.

No necesitaba preguntar qué era. El aire a su alrededor vibraba con el tipo de poder que hacía que los pelitos de la nuca se erizaran y susurraran: «Esta cosa podría borrar continentes si se aburriera».

Era un dios.

Fantástico.

—Eh…— dije, levantando la mano en un medio saludo porque, al parecer, mi cerebro recurría por defecto a un comportamiento social torpe cuando se enfrentaba a seres divinos—.Y tú ¿quién eres?

El dios sonrió, como cabría esperar de alguien que hubiera descubierto un insecto muy interesante trepando por su mesa.

—Soy Bassiel, dios del dominio.

Su voz salió de él grave y profunda, con un sonido que vibraba en el aire como un trueno lejano. No era fuerte, pero tenía un peso tal que parecía que el suelo estaba escuchando. Si las montañas pudieran hablar, supuse que sonarían algo así: antiguas, pacientes y muy conscientes de lo pequeño que era todo lo demás.

Dijo el nombre como si se supusiera que significara algo para mí. No era así.

Crucé los brazos.

—Genial —dije—. Otro más. Entonces me invadió el olor de algo dulce, como café o caramelo, lo cual era inquietante. Un dios que olía a caramelo no era buena noticia.

Bassiel ladeó ligeramente la cabeza, estudiándome de una forma que parecía menos una conversación y más una inspección de laboratorio cósmico.

—Has sobrevivido a la resonancia divina.

—Al parecer.

Genial. Otra vez lo mismo.

Sus brillantes ojos plateados se posaron en mí, como si estuviera buscando grietas en el cristal.

—Notable.

—Sí —dije—. Esa parece ser la palabra que todo el mundo está usando.

Mis hilos arcanos se agitaron bajo mi piel con curiosidad. Se deslizaron alrededor de mis dedos como cintas brillantes, girando perezosamente como si estuvieran tan interesados en él como él lo estaba en mí.

Bassiel bajó la mirada hacia mis manos y luego volvió a mirarme a la cara.

—Has estabilizado la resonancia —dijo.

Me encogí de hombros.

—Eso es lo que me dicen.

—Imposible.

—Y, sin embargo, aquí estoy.

El silencio se prolongó entre nosotros, haciendo que el aire se sintiera pesado.

Pensé en salir corriendo hacia la puerta de Eryk, pero estaba bastante seguro de que el dios me interceptaría antes incluso de que empezara a correr. La velocidad no era lo mío.

—Borraste las runas— declaró Bassiel al cabo de un momento.

Oh. Mierda.

—Eh —dije, cambiando el peso de un pie a otro—. ¿Te has enterado?

¿Cómo demonios lo sabía? ¿Acaso las runas tenían algún tipo de sensor?

Su expresión no cambió, pero la luz plateada de sus ojos se agudizó.

—Han *desaparecido*.

La forma en que lo dijo no denotaba curiosidad, sino más bien confusión: una incertidumbre auténtica y sincera procedente de un dios, en el sentido literal de la palabra.

Me encogí de hombros como si estuviéramos hablando del tiempo en lugar de magia divina que había desaparecido del mapa.

—Sí— dije, tratando de mantener una expresión neutra mientras me subía la tensión—. Resulta que las runas divinas no son tan permanentes como pensaba.

Apareció un leve fruncimiento entre sus cejas.

—Eso no debería ser posible.

—Bueno —dije, levantando las manos para que mis hilos arcanos se arremolinaran perezosamente alrededor de mis dedos—, lo fue.

Bassiel dio un lento paso hacia delante, estudiándome con renovada intensidad. El dulce aroma de su poder volvió a flotar por el camino de entrada, cálido y denso, como miel derritiéndose en un horno.

—Las has borrado.

—Sí.

—Las runas divinas no pueden ser eliminadas por la magia mortal.

Incliné la cabeza.

—Menos mal que no estoy trabajando con magia mortal, ¿verdad?

Su mirada se posó brevemente en los hilos arcanos brillantes que se enroscaban alrededor de mis muñecas.

—Son construcciones divinas —dijo, casi para sí mismo—. Vinculadas al sistema. Ancladas en la estructura celestial. No pueden simplemente…

—¿Desenredarse? —sugerí.

Por primera vez, la expresión serena de Bassiel se resquebrajó un poco, y vi un pequeño destello de sorpresa cruzar sus rasgos. Solo eso ya valía el precio de la entrada.

Mis hilos arcanos se enroscaron de nuevo alrededor de mis dedos, brillando un poco más. Y, de repente, no me sentía tan pequeña frente a un dios. Porque si había venido aquí esperando a una mortal asustada…

Bueno, estaba a punto de llevarse una gran decepción.

—Bueno —dije, apoyándome con naturalidad contra mi camioneta como si estuviera hablando con un vecino en lugar de con una entidad cósmica—. Déjame adivinar.

Incliné la cabeza.

—.Has venido a ver cómo es el problema. ¿Verdad? ¿Para restablecer el equilibrio o lo que sea que eso signifique?

Bassiel no respondió de inmediato. Se quedó allí estudiándome, con esos ojos plateados recorriendo mi rostro y mis manos mientras los hilos arcanos bailaban alrededor de mis dedos como curiosas luciérnagas.

—Eres… diferente— dijo finalmente.

—Gracias. Me hidrato la piel.

Su expresión no cambió. Qué público más difícil.

Me di cuenta de que provocar a un dios no era lo más inteligente que podía hacer.

Pero, en mi defensa, ellos empezaron.

El aire a su alrededor se alteró, y noté cómo bajaba la temperatura unos grados mientras el silencioso zumbido de poder se intensificaba en el espacio que nos separaba.

Mis hilos arcanos respondieron, apretándose alrededor de mis muñecas.

Bassiel levantó una mano, como alguien a punto de sacudirse el polvo de la manga, y movió la muñeca.

Una fuerza invisible me golpeó el pecho como una bola de demolición.

En un segundo estaba allí de pie tratando de ser ingenioso, y al siguiente mis pulmones se vaciaron en una violenta ráfaga de aire cuando algo me golpeó con tanta fuerza que me sacudió los huesos. Di tres pasos tambaleándome hacia atrás, con las botas rozando la grava mientras mi equilibrio intentaba ponerse al día con lo que había sucedido. Mi hombro chocó con el costado de mi camioneta con un sólido golpe metálico que me provocó un dolor sordo que se extendió por mi brazo.

Durante una fracción de segundo no pude respirar. El dolor se extendió por mis costillas como un moratón floreciendo bajo la piel, de esos que prometen empeorar antes de mejorar. Inspiré bruscamente, tratando de llenar mis pulmones mientras el mundo se inclinaba a mi alrededor.

Y fue entonces cuando lo olí.

Dulce, cálido y extraño, como miel mezclada con relámpagos e incienso ardiendo. El aroma flotaba en el aire alrededor de Bassiel, denso y casi embriagador, mientras se deslizaba hacia mí en suaves oleadas con cada latido de su poder.

Al parecer, los dioses no solo pegaban puñetazos como camiones. También olían a perfume sobrenatural mientras lo hacían.

Me incorporé, girando el hombro una vez para asegurarme de que no se me había roto nada. Las costillas me protestaron, pero no se me rompió nada, así que lo consideré una victoria.

—Diantres —ladré, tomando otra bocanada de aire y enderezando la espalda a la fuerza—. Así que nos saltamos la parte de la conversación cortés.

Bassiel bajó la mano, observándome.

—Eres resistente.

Me sacudí un poco de polvo de la chaqueta y le dediqué una sonrisa forzada.

—Sí —dije, flexionando los dedos mientras mis hilos arcanos palpitaban bajo la piel—. Eso suele pasar…

Con otro movimiento de sus dedos, esta vez la fuerza vino de un lado.

Me giré instintivamente, y mis hilos arcanos se lanzaron hacia delante sin que yo ni siquiera lo pensara. Se extendieron a mi alrededor como un escudo brillante justo cuando el golpe impactó.

El impacto me hizo caer de lado, pero los hilos arcanos lo amortiguaron casi todo, tensándose como cables de acero bajo presión.

Resbalé unos metros por la grava antes de detenerme.

—Bueno— jadeé, sacudiéndome los brazos—. Ha sido un fiasco.

Bassiel ladeó la cabeza.

—Te adaptas rápido.

—Oh, bien —dije—. Me preocupaba que esta fuera a ser una prueba aburrida.

Sus ojos plateados brillaron, y un rayo de energía divina atravesó el aire hacia mí como un relámpago.

Mis hilos arcanos se lanzaron hacia delante en espiral, interceptando la descarga en el aire. El golpe divino se fragmentó contra ellos, desintegrándose en chispas que se desvanecieron inofensivamente por el camino de entrada.

—Vaya. No tenía ni idea de que pudiera hacer eso— dije. Mis hilos arcanos zumbaban a mi alrededor ahora, más brillantes y alertas, como si hubieran decidido de repente que esto era un juego divertido. No lo era.

Bassiel levantó ambas manos mientras la presión en el aire se duplicaba.

Golpes invisibles se abalanzaron sobre mí desde todas las direcciones. Cada uno era lo suficientemente rápido como para aplastar un camión, y cada uno estaba dirigido con precisión quirúrgica.

Me moví instintivamente, y los hilos arcanos se agitaron a mi alrededor como látigos vivos. Desviaron los golpes, los deshilacharon y los hicieron añicos en inofensivas ráfagas de luz.

Uno me rozó el hombro y me hizo girar casi por completo.

—Por el caldero—dije apretando los dientes—. Esto empieza a parecer algo personal».

Bassiel observaba con calma.

—Eres más fuerte de lo que pensaba. Interesante.

—Sí —dije, sacudiéndome la grava de los vaqueros—. Me lo han dicho.

Llegó otra ráfaga, pero esta vez contraataqué. Mis hilos arcanos se lanzaron hacia delante en un arco pronunciado y se estrellaron contra la energía divina en pleno vuelo.

La ráfaga se desintegró al instante, como si alguien le hubiera cortado la fuente de energía.

Los hilos volvieron disparados a mis manos.

Bassiel entrecerró los ojos. Parecía enfadado. Bien… y no tan bien. No quería enojar a un dios con mi magia divina, aún bastante nueva, pero tampoco iba a dejar que me matara. Esto era defensa propia a nivel divino. O lo que fuera que eso significara en la versión divina.

—¿Estás intentando matarme? —pregunté, dándome cuenta de algo—. ¿O es esto algún tipo de prueba?

Silencio, lo que con los dioses solía significar que sí. Creo.

Bassiel chasqueó los dedos y una ráfaga de fuerza cinética se disparó hacia mí.

Antes de que pudiera tirar de mis hilos arcanos, unas manos fuertes me agarraron y me apartaron de un tirón en medio de una explosión de fuego y humo. La grava explotó donde yo había estado. Al levantar la vista, vi a Eryk entre Bassiel y yo, con el calor ondulando por el camino de entrada. Las llamas le recorrían los brazos y los hombros, y sus ojos ardían con un oro fundido mientras daba un paso adelante.

—Fuera de mi propiedad —gruñó.

La expresión de Bassiel no cambió. Se limitó a mirar fijamente.

Eryk levantó una mano. El fuego cobró vida alrededor de su palma, reuniéndose en una esfera ardiente de llama de dragón capaz de derretir el acero.

—He dicho —gruñó—, sal de mi propiedad de una vez.

Bassiel suspiró y luego movió la muñeca.

Eryk cayó de rodillas con un gemido ahogado, mientras el fuego a su alrededor crepitaba violentamente.

—¡Eryk! —grité, dejándome caer a su lado.

Todo su cuerpo estaba rígido, con los músculos tensos como si algo invisible lo estuviera aplastando desde dentro. Su respiración era entrecortada y pesada, y el fuego que normalmente bailaba sobre su piel parpadeaba débilmente.

—¡Para! —grité, girándome hacia Bassiel—. ¿Qué demonios le estás haciendo?

Bassiel no parecía en absoluto preocupado. Si acaso, parecía ligeramente entretenido.

—Los dragones —dijo, casi pensativo—, siempre han sido… problemáticos.

—¡Bastardo enfermo! ¡Le estás haciendo daño! —grité.

—Sí.

La palabra salió tranquila y despreocupada, como si estuviera comentando el tiempo.

La ira se encendió ardiente y rápida en mi pecho. Odiaba a ese bastardo divino con cada célula de mi cuerpo.

Bassiel dio otro paso lento hacia delante, con las manos ligeramente entrelazadas a la espalda y los ojos plateados volviendo a posarse en Eryk.

—Nunca estuvieron destinados a vagar libremente— prosiguió, con su voz grave resonando en el camino de entrada como un trueno lejano.

—En otro tiempo, fueron útiles. Armas. Guardianes. Bestias sometidas al mandato divino.

Los hombros de Eryk temblaron mientras intentaba incorporarse.

Bassiel lo observó con escaso interés.

—Pero las bestias…— inclinó ligeramente la cabeza—, requieren disciplina. En los tiempos en que los cielos eran jóvenes— añadió,

casi con una nostálgica—deberíamos haber completado la tarea. Habríamos de haberlos exterminado a todos. Los dragones engendran arrogancia.

Mis hilos arcanos se crisparon bajo mi piel, respondiendo a la ira que crecía en mi interior.

La mirada de Bassiel volvió perezosamente hacia Eryk.

—Aunque debo admitir— añadió, torciendo los labios—que ese cráneo sería un magnífico trofeo.

Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas.

El dios sonrió.

—Me imagino que quedaría bastante impresionante sobre una repisa de chimenea.

Eso fue el colmo.

Algo dentro de mí se rompió.

La crueldad despreocupada de su voz, la forma en que hablaba de Eryk como si fuera una obra de arte a la espera de ser colgada en una pared, hizo que una oleada de pura furia recorriera mis venas.

Mis hilos arcanos se lanzaron hacia delante en un destello de luz mientras me ponía de pie.

—Tócalo otra vez— dije, con la voz temblando de ira— y te juro que te haré arrepentirte.

Sí, me di cuenta de que había amenazado a un dios, y él podría simplemente chasquear los dedos y acabar conmigo.

Pero estaba furiosa. Había amenazado a mi dragón.

Mis hilos arcanos explotaron hacia afuera, azotando al dios en una tormenta resplandeciente.

Bassiel levantó una mano y una barrera resplandeciente se formó a su alrededor.

Los hilos la golpearon… y siguieron adelante.

Uno de mis hilos la atravesó de un golpe.

Bassiel dio un paso atrás bruscamente cuando el hilo le cortó el hombro como una hoja de luz. Y, por primera vez desde que había aparecido, parecía enfadado.

Bassiel examinó la marca en su traje antes de volver a mirarme.

—Serás juzgada.

Antes de que pudiera responder a eso… desapareció, sin más.

Y la tensión en el aire desapareció.

Me giré hacia Eryk y me arrodillé a su lado.

—Oye —dije con urgencia, agarrándole por los hombros—. Oye. Hombre-dragón. ¿Estás bien?

—Sí.

Su cuerpo se relajó bajo mis manos, la tensión se desvaneció de sus músculos a medida que se desvanecían los últimos rastros de presión divina. El fuego a lo largo de sus brazos volvió a cobrar vida débilmente, parpadeando a lo largo de su piel como brasas enfurecidas que se negaban a apagarse.

Eryk respiró hondo mientras se incorporaba, alzándose de nuevo en toda su estatura a medida que el dragón que llevaba dentro se estabilizaba. Sus ojos dorados se clavaron en los míos, escrutándome, como para asegurarse de que realmente estaba allí.

—¿No estás herida?— preguntó con voz ronca.

—Solo mi orgullo —respondí.

Apretó la mandíbula mientras miraba hacia el espacio vacío donde Bassiel había estado unos instantes antes. La grava de allí estaba chamuscada por el poder del dios.

—Esa cosa te tocó— gruñó.

—Yo también lo toqué —dije.

La mirada de Eryk se posó en mí de golpe.

—Rompiste su escudo. Lo vi.

Me encogí de hombros, intentando parecer tranquila, aunque mi corazón latía a toda velocidad.

—Al parecer.

—Te estaba poniendo a prueba —dijo.

—Creo que están intentando averiguar qué soy —dije.

Eryk enderezó los hombros.

—Ellos no pueden decidir eso.

Mis hilos arcanos se encendieron alrededor de mis dedos, respondiendo al calor de su ira.

—Dijo que seré juzgada. ¿Qué demonios significa eso?

—No lo sé —dijo el dracónido—, pero no me gusta.

—Entonces ya somos dos. Exhalé y volví a mirar el camino de entrada vacío, hacia el lugar donde el dios había desaparecido,

recordando el destello de sorpresa en esos ojos plateados y brillantes.

En un instante, mi hilo arcano había atravesado la barrera del dios del dominio. Y él no esperaba que lo tocara.

A mí. A Rhea Morven. La maldita hechicera arcana que se suponía que debía haber muerto hace años. Resulta que podía abrir agujeros en la magia divina. Solo eso debería haberme hecho sentir jodidamente bien.

Pero la sensación se evaporó tan rápido como había desaparecido el dios.

Serás juzgada.

Lo había dicho como si fuera una promesa.

Porque si los dioses estaban organizando un juicio, todo este lío divino no había hecho más que empezar.

19

Conduje de vuelta a la estación de Merlín con mi dracónido sentado en el asiento del copiloto a mi lado, con la mirada clavada en mí todo el tiempo.

Y no era una mirada casual. Era de esas intensas, propias de un dragón, en las que prácticamente podías sentir el calor quemándote la cabeza.

No dejaba de repasar una y otra vez en mi mente mi conversación con Bassiel. Todo me parecía surrealista.

Lo más alucinante era que ahora había conocido no a uno… ni a dos… sino a tres dioses en mi vida.

Tres.

Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que estaría charlando tranquilamente con deidades entre investigaciones de asesinatos y salidas a por café, me habría reído en su cara y le habría sugerido que redujera el consumo de setas alucinógenas.

Pero ahí estábamos.

Aun así, mis instintos de bruja me decían que eso no era el final. En todo caso, parecía solo el principio.

Y ese pensamiento me revolvió el estómago.

Porque lo último que quería era convertirme en una especie de curiosidad divina, un experimento andante al que los dioses se acercaran para pinchar con palos cósmicos.

Yo no había pedido nada de esto. Quería resolver crímenes mágicos y quizá, de vez en cuando, enrollarme con mi novio dragón.

En cambio, al parecer estaba en la lista de vigilancia divina.

Fantástico.

Giré a la izquierda por la calle que llevaba a la estación Merlín y seguí conduciendo.

—¿Estás intentando hacerme un agujero en la cabeza con esa mirada? —pregunté sin mirarlo.

—Solo te estoy imaginando desnuda —dijo mi dragón.

El calor me subió por el cuello tan rápido que casi me trago la lengua, y mi camioneta se desvió antes de que pudiera corregirla.

—Vas a provocar un accidente.

Eryk se rio, y su risa, profunda y cálida, resonó en la camioneta. Me provocó un ligero cosquilleo en la piel que no tenía nada que ver con el miedo, sino con el hecho de que mi dragón era injustamente atractivo.

—Te he echado de menos —dijo.

—¿Ves? —respondí, apretando con más fuerza el volante—. A eso me refiero. Toda esta charla sexy va a hacer que choque con algo.

No es que hubiéramos tenido precisamente tiempo para… actividades dragontinas extracurriculares en los últimos días. Entre dioses, runas, veneno, experiencias cercanas a la muerte y crisis divinas existenciales, el romance había quedado temporalmente en un segundo plano.

Resultó que los dragones eran extremadamente entusiastas en ese aspecto. Muy entusiastas. Y ahora las imágenes mentales que él había plantado en mi cerebro no me ayudaban en absoluto a concentrarme en la conducción.

Por suerte, estábamos a solo unos minutos de la estación de Merlín.

El edificio familiar apareció a la vista, y giré hacia la entrada, aparqué y apagué el motor.

—Lo hemos logrado —dijo el dracónido con calma—. Nadie ha resultado herido. Todavía. —Sonrió.

Tragué saliva.

—Eres un dragón cachondo. ¿Te lo ha dicho alguien alguna vez?

Eryk me dedicó una sonrisa que probablemente podría derretir el acero. O, como mínimo, desintegrar por completo la ropa interior de una mujer.

—Digamos que… —bajó la voz—, si no hay nadie en casa, no creo que pueda quitarte las manos de encima.

Madre mía.

Salí corriendo de la camioneta antes de que las cosas se tornaran muy inapropiadas en el asiento del conductor. Que era precisamente hacia donde se dirigía esta conversación.

Y aunque la cabina de la camioneta era estupenda para muchas cosas, la seducción espontánea de un dragón a plena luz del día en la entrada de Merlín Station probablemente no era una de ellas.

Además, las ventanillas no estaban lo suficientemente tintadas para ese tipo de aventura.

Caminé rápidamente hasta el porche delantero y entré, muy consciente de lo cerca que estaba Eryk detrás de mí.

Tan cerca que podía sentir el calor que desprendía.

Estaba ardiente. En todos los sentidos de la palabra.

Al entrar en Merlín Station, el crujido familiar de las tablas del suelo y el leve olor a libros viejos y posos de café me envolvieron como una segunda piel.

Hogar. Ahora era mi hogar. Y probablemente el único lugar que realmente me hacía sentir como en casa.

Excepto que últimamente, la interferencia divina me lo había arruinado, con dioses apareciendo y poniéndome a prueba como si fuera una especie de proyecto científico cósmico.

Lo odiaba. Nunca pedí ser interesante para los dioses. Sinceramente, hubiera preferido seguir siendo completamente invisible para ellos el resto de mi vida.

Por desgracia, al parecer ese tren ya había partido. Y ahora el universo había decidido que yo era la bruja más fascinante del mundo.

Qué suerte la mía.

—¿Morty? —llamé.

La palabra resonó levemente por la estación Merlín y luego se apagó en el silencio. Eso fue… extraño. ¿No estaba en casa? Podría

estar con Selene. Era obvio que los dos estaban muy enamorados. Aun así, deseaba que estuviera aquí para poder contarle lo de los dioses y mi magia divina recién mejorada mientras él se apoyaba en la encimera de la cocina, fumando como una chimenea.

Avancé un poco más hacia el interior de la estación, con mis botas crujiendo suavemente sobre el viejo suelo de madera. Detrás de mí oí cerrarse la puerta principal, seguida de los pesados pasos de Eryk.

—¿Morty? ¿Estás aquí? —volví a llamar, esta vez más alto, con la esperanza de que no nos hubiéramos topado con él y Selene haciendo el mambo horizontal. Eso sería incómodo.

Seguía sin haber respuesta.

Entré en la sala principal y eché un vistazo al desorden de siempre. Libros apilados en torres que parecían a punto de derrumbarse. Mi portátil abierto sobre la mesa, junto a la nota que le había dejado a Morty un rato antes. Un par de expedientes esparcidos por el mostrador. Lo de siempre. Excepto por una cosa.

Algo parecía… raro.

No conseguía identificarlo de inmediato, pero mis instintos de bruja se agitaban como solían hacerlo cuando algo mágico estaba a punto de salir mal. Y hacía mucho tiempo que había aprendido a confiar siempre en ellos.

Eryk se acercó por detrás, con sus botas resonando pesadamente sobre el parqué. El aire a su alrededor calentaba la habitación.

—Estás tensa.

—Sí —respondí, mientras mis ojos recorrían la habitación—. No sé. Me parece raro, ¿sabes? Algo no está bien.

Con mis sentidos de bruja en alerta máxima, me dirigí hacia la zona de la cocina. Mi mirada se posó en el cenicero. Había un cigarrillo dentro.

Aun ardiendo.

Un fino humo gris se arremolinaba perezosamente hacia el techo.

¿Todavía ardiendo?

Me detuve.

—Espera un momento. Esto no está bien.

Eryk se acercó a mi lado.

—¿Qué pasa?

Señalé.

—El cigarrillo de Morty. Está encendido.

Por lo que sabía de mi amigo, Morty nunca dejaba un cigarrillo a medias. El fantasma convertido en hombre trataba esas cosas como rituales sagrados.

Lo que significaba que o bien se había ido con prisa, o algo lo había interrumpido.

Sentí un nudo lento en el estómago mientras me adentraba en la cocina, con la mirada perdida, buscando algo.

Entonces me fijé en la cocina.

Había una olla sobre uno de los fogones. El vapor salía perezosamente por debajo de la tapa. A través de la tapa de cristal podía ver pequeñas burbujas rompiendo la superficie.

¿Qué demonios…?

Mis ojos se desplazaron hacia la encimera de la cocina. Allí estaba el bolso de Marla, medio abierto. Lo reconocí: era un bolso grande de lona cubierto de pequeñas hierbas y frascos de pociones bordados. Lo llevaba a todas partes.

Pero nunca la dejaba olvidada.

Junto a ella había una tabla de cortar con verduras a medio cortar. Un cuchillo yacía a su lado, como si alguien hubiera estado preparando la cena. Y luego, simplemente… se hubiera detenido.

Mi pulso se aceleró.

—Esa es la bolsa de Marla— dije lentamente.

La mirada de Eryk recorrió la cocina, aguda y calculadora.

—¿Dónde está?

—Exacto.

Marla no desapareció en mitad de la cocina.

Me alejé de la cocina, mis botas haciendo suaves golpes contra el suelo de madera mientras echaba un vistazo rápido a la estación.

Mis ojos se posaron en una silla cerca de la mesa. Un abrigo colgaba del respaldo: de cuero oscuro, largo, espectacular, exactamente el tipo de prenda que una vampiresa se pondría como si estuviera a punto de salir a una pasarela gótica.

Era de Selene.

Me acerqué y lo cogí. El abrigo pesaba en mis manos y algo tintineó suavemente dentro de uno de los bolsillos.

Metí la mano y saqué un pequeño frasco de plata. El frasco de sangre de Selene, el que llevaba consigo a todas partes.

Fruncí el ceño.

—Selene nunca dejaría esto abandonado.

Eryk apretó la mandíbula.

—¿Estás segura?

—Muy.

Selene trataba ese frasco como si fuera su salvavidas. Porque, bueno… básicamente lo era. No iba a ningún sitio sin él. Lo que significaba que no había decidido marcharse.

Algo iba muy mal.

Dejé el frasco sobre la mesa mientras el silencio en la estación Merlín se hacía de repente más pesado. Me giré, echando otro vistazo a la habitación. Todo parecía normal, salvo el cigarrillo encendido, la olla hirviendo y el abrigo y el bolso abandonados.

Era como si todos hubieran estado allí hacía unos instantes.

Y luego… se habían ido.

Eryk recorrió la habitación, entrecerrando sus ojos dorados mientras examinaba el espacio. Su postura también había cambiado. El dragón relajado y bromista de antes había desaparecido. Ahora parecía un depredador: cada movimiento controlado, todos los sentidos en alerta.

—Algo ha pasado aquí.

—Me doy cuenta.

Su mirada se dirigió hacia la puerta, luego a las ventanas y, a continuación, al pasillo que se adentraba en la estación.

—No hay señales de forcejeo.

—No hay muebles rotos —asentí.

Si hubiera habido una pelea, al menos sabría a qué nos enfrentábamos. ¿Pero esto? Parecía como si la gente simplemente se hubiera esfumado. Pero eso era imposible. ¿Verdad?

Mis hilos arcanos temblaban bajo mi piel, inquietos. Caminé hacia el pasillo.

—Se han ido— dije.

Eryk estaba de pie cerca de la encimera de la cocina, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Sí.

Esa única palabra contenía tanta tensión como para romper cables de acero. Me pasé una mano por el pelo, tratando de pensar. ¿Adónde irían? ¿Por qué se irían todos a la vez? ¿Y por qué lo dejarían todo atrás?

Mi mente no dejaba de dar vueltas a la misma posibilidad: la que no quería decir en voz alta, pero la única que tenía sentido.

Dioses.

Había luchado contra uno en la entrada de Eryk. Otro ya había visitado la comisaría. Y habían dejado muy claro que estaban interesados en mí.

Me sentía mal, como si hubiera vuelto a beber veneno. Solo que no era así.

—Los dioses han hecho esto. Esto es por mi culpa.

El dracónido se acercó a mí.

—Rhea…

—Me están observando —continué, con los pensamientos acelerados—. Me están poniendo a prueba. Bassiel dijo que sería juzgada. Si los dioses hubieran hecho daño a mis amigos, o peor aún, los hubieran matado como hicieron con Sean, nunca me lo perdonaría. Jamás.

Eryk apretó la mandíbula.

—Si los dioses los tocan…— dijo en un susurro amenazador— quemaré el cielo.

Le creí por completo, lo cual debería haber sido reconfortante. Pero no lo fue.

Una oleada de magia recorrió la habitación.

Me estremecí, y mi propio poder cobró vida de inmediato, mientras hilos arcanos titilaban a lo largo de mi piel como si hubieran estado esperando una excusa.

—¿Sentiste eso?— pregunté.

Eryk asintió lentamente.

—Sí.

El aire en la Estación Merlín cambió. Y, de repente, el silencio ya no se sentía vacío. Parecía como si alguien… O algo… nos estuviera observando.

La oleada volvió a recorrer la sala, fría, aguda y extraña.

Mis hilos arcanos se liberaron de debajo de mi piel en un destello de luz carmesí, azotando hacia afuera alrededor de mis brazos como cintas enfurecidas atrapadas en una tormenta.

—Vaya… tranquilos— dije, tratando de controlarlos.

Azotaron con más fuerza, cortando el aire con un silbido crepitante que hizo parpadear las luces sobre nosotros.

Eryk se acercó, colocando su cuerpo entre mí y la sala abierta como un escudo.

—¿Qué es?— preguntó, con voz grave y peligrosa.

—No lo sé— dije, con la mirada recorriendo la estación.

Los hilos seguían azotando, inquietos y agitados. Como si estuvieran reaccionando a algo que yo no podía ver. O a algo que ellos podían sentir.

Entonces… Un dolor explosivo me atravesó la mano derecha.

Jadeé.

—¡Ah!

Me agarré la palma instintivamente, doblándome por la mitad mientras un agudo y ardiente escozor me atravesaba el centro de la mano.

Eryk se puso a mi lado en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué te pasa?— preguntó, fijándose en mi palma.

—No… estoy segura— dije con los dientes apretados—. Me quema.

El dolor se intensificó, como si un metal caliente se clavara en mi piel. Me obligué a abrir la mano.

Una única runa dorada estaba grabada a fuego en el centro de mi palma.

Al principio brillaba suavemente, como luz solar líquida grabada en mi piel. Luego, la luz se intensificó.

El símbolo no estaba grabado en mi carne como las runas de Sean. Estaba incrustado. Vivo. Las líneas doradas latían, vibrando con esa misma energía divina que había sentido antes.

Excepto que esta vez estaba unida a mí.

—Hijos de puta —siseé, con la ira ardiendo tan intensamente como esta runa.

Eryk entrecerró los ojos mientras examinaba mi mano.

—Te han marcado.

Mis labios temblaron de rabia.

—Como si fuera maldito ganado.

La runa se encendió de repente y un dolor me recorrió el brazo.

—Ay —gruñí con los dientes apretados—. Eso duele de verdad.

Mis hilos arcanos se hincharon de nuevo, reaccionando a la runa y enroscándose con más fuerza alrededor de mi muñeca, como si quisieran arrancarla o estrangularla. Ojalá pudieran.

Entonces ocurrió algo más: un tirón. Fue sutil, pero inconfundible.

Entonces la runa se calentó —un calor lento y deliberado que se extendió por mi piel— y mis dedos se crisparon antes de que yo se lo ordenara. No me estaba moviendo. Y, sin embargo, sí. Solo que... estaba descentrada, como si algo dentro de mí se hubiera inclinado. Como la aguja de una brújula que se estabiliza, salvo que yo era la brújula y, al parecer, no me habían consultado.

Incliné la cabeza.

—Qué raro.

—¿Qué es? —preguntó Eryk.

No respondí de inmediato mientras giraba la muñeca ligeramente. El calor se desplazó con ella, alineándose. Di un paso hacia el pasillo y la runa se volvió ardiente.

—Ay. Mierda.

Di un respingo hacia atrás. El ardor desapareció, como si nunca hubiera ocurrido. Me quedé mirando mi mano. Luego, con cuidado, di un paso en la otra dirección. El calor se suavizó.

Sí. No me gustó eso.

Volví a girar la muñeca, probándola. El calor me siguió, sutil pero insistente, empujándome como una mano invisible muy mandona. Me incliné hacia la puerta. La runa se iluminó, con un resplandor tenue y constante que parecía casi complacido de sí mismo.

Di medio paso atrás para asegurarme. La runa volvió a clavarse en mi palma, con fuerza y de inmediato. Mensaje recibido. Volví a avanzar. El dolor desapareció, sustituido por ese calor constante y expectante.

Me quedé mirando mi mano.

—Tienes que estar bromeando.

—¿Qué está pasando? ¿Qué te está haciendo?— preguntó Eryk.

Levanté la vista hacia él.

—No se está iluminando. Me está dando una respuesta.

Levanté ligeramente la mano, como si eso fuera a hacer que todo esto resultara menos ridículo.

—El calor significa que no. Menos calor significa que sí, un sistema con el que no estoy en absoluto de acuerdo.

Sus ojos se oscurecieron.

—Alguien quiere que lo sigas.

—Sí.

Flexioné los dedos. La runa palpitó, ahora con más intensidad, el calor rozando la impaciencia, como si tuviera que estar en algún sitio y yo le estuviera haciendo perder el tiempo.

—Tampoco creo que podamos votar. Cada vez que voy por el camino equivocado, intenta freírme.

Giré el cuerpo alejándome de la puerta. La runa se encendió en señal de protesta. Volví a girarme. Alivio inmediato.

—¿Ves? Muy persuasivo.

Eryk estudió mi mano durante un segundo más, apretando la mandíbula.

—Ven.

Se dirigió a zancadas hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—A tu camioneta.

Cogió las llaves del gancho y las hizo girar una vez en la palma de la mano.

—Conduzco yo.

—De acuerdo, jefe dragón.

Lo seguí afuera; el aire fresco me golpeó la cara al salir al porche. La runa volvió a latir, con más fuerza y más intensidad.

Odiaba esto, la forma en que los dioses movían los hilos y me empujaban a sus juegos. Pero peor aún era saber que la runa en mi palma y la desaparición de mis amigos estaban relacionadas.

—Si les han hecho daño —comencé a decir, pero las palabras se me quedaron en los labios. No pude terminar la frase.

Eryk abrió la puerta del conductor y me miró por encima del techo de la camioneta.

—Si tocan a tus amigos— dijo, con la voz tornándose oscura y letal—, alguien va a arder.

Le creí. Por completo. Me subí al asiento del copiloto. La runa volvió a palpitar, constante e insistente, arrastrando mi atención hacia delante como un gancho bajo las costillas. Apreté mi mano resplandeciente hasta formar un puño.

—Muy bien, entonces —susurré—. Veamos qué tipo de trampa han tendido.

Porque, fuera lo que fuera lo que me esperaba, tenía la sensación de que podría ser lo peor hasta el momento.

20

Salimos de la estación de Merlín con la grava girando bajo las ruedas de mi camioneta. El motor rugió cuando Eryk pisó el acelerador un poco más fuerte de lo necesario.

No es que me quejara.

En ese momento, la velocidad me parecía lo más adecuado.

Me latía la mano derecha en el regazo, y la runa dorada de la palma me quemaba como si alguien hubiera decidido instalar un sol en miniatura justo debajo de la piel. Cada latido me provocaba punzadas agudas que se extendían por la muñeca.

Flexioné los dedos.

Mala idea.

La runa ardió con más intensidad.

—¡Ah! —siseé, apretando la mandíbula.

Eryk me lanzó una rápida mirada desde el asiento del conductor, con los ojos llenos de preocupación y una furia que apenas lograba contener.

—¿Qué tan grave es?

—Imagina que alguien te clava un hierro candente en la mano —dije entre dientes—. Y luego le dice que haga de brújula.

Apretó la mandíbula. El aire en la camioneta se volvió notablemente más cálido.

Temperamento de dragón.

—Dime adónde ir —dijo.

Volví a mirar mi palma. La runa latía suavemente y luego tiró hacia mi derecha, como si algo invisible estuviera tirando de un hilo atado directamente a mis nervios.

—A la derecha —dije rápidamente—. Toma la siguiente a la derecha.

El dracónido giró el volante y mi camioneta se desvió de la carretera principal hacia Birch Hill, con los neumáticos zumbando contra el asfalto mientras avanzábamos a toda velocidad.

La runa se enfrió.

—Bien— suspiré—. Sí. Eso es. Vamos por aquí.

El alivio duró unos cinco segundos.

Entonces, la runa volvió a latir. Con más fuerza.

—Espera… no… a la izquierda. A la izquierda— dije, moviéndome en el asiento mientras otro pinchazo de dolor me atravesaba la palma de la mano.

Eryk tomó la curva cerrada a la izquierda al final de la carretera sin dudar. La camioneta se inclinó con el giro antes de enderezarse.

La runa se enfrió y pude volver a respirar con normalidad.

Eran más de las cuatro de la tarde y el sol hacía de foco, derramando una luz dorada sobre los árboles imponentes flanqueaban ambos lados de la carretera como centinelas silenciosos, con sus ramas frondosas arqueándose sobre nuestras cabezas en un dosel perezoso y protector.

La runa volvió a latir. Adelante. Sigue adelante. Como si nos arrastrara con una correa invisible.

Fijé la mirada en el símbolo que ardía en mi piel. Las líneas doradas eran intrincadas, enroscándose en formas que hacían que mis hilos arcanos se agitaran inquietos bajo la superficie.

Magia divina, grabada en mí como si fuera una propiedad. La idea me revolvió el estómago.

—Odio esto. Los odio —murmuré.

Eryk me miró de reojo.

—Lo sé.

—Es una violación. Me han marcado —dije, levantando la mano —. Como si fuera una especie de dispositivo de rastreo mágico.

La runa volvió a latir, como si estuviera de acuerdo. O burlándose.

—Como si me perteneciera— continué, con la voz tensa.

El motor del camión retumbó cuando Eryk aceleró. Sus ojos se habían oscurecido. Peligrosamente oscuros.

—Nadie te posee— dijo.

Le creí. Pero eso no detuvo la ira que hervía en mi pecho, porque los dioses claramente pensaban lo contrario. Para ellos, esto probablemente era divertidísimo. Rhea, la anomalía. Rhea, el experimento. Rhea, el fallo divino andante.

—Apuesto a que para ellos esto es un juego— dije, con una mezcla de ira y pavor llenándome las entrañas.

—A los dioses les encanta jugar— asintió Eryk.

La runa volvió a dar un tirón brusco.

—Espera… recto. Mantén la línea recta.

Eryk siguió conduciendo. Dejamos atrás el bosque más denso y la carretera comenzó a extenderse ante nosotros como una larga cinta de grava polvorienta. A ambos lados se abrían los campos. Más allá de los árboles, se extendían prados abiertos en suaves colinas salpicadas de flores silvestres de color rosa y amarillo, como si un niño pequeño se hubiera vuelto loco con pinturas para dedos. Era de una belleza absurda.

Lo cual, de alguna manera, hacía que la situación resultara aún más irritante.

Porque en algún lugar allá fuera, un grupo de cretinos cósmicos arrogantes había decidido que mi vida era su nuevo reality show favorito.

La runa volvió a brillar.

—Reduce la velocidad —dije de repente, haciendo una mueca de dolor mientras ardía.

Eryk levantó el pie del acelerador de inmediato.

—¿Qué?

—Justo aquí. Gira aquí.

Frunció el ceño.

—No hay carretera.

—Sí que la hay— dije, señalando.

Apenas visible entre la hierba, un estrecho camino de tierra se separaba de la carretera.

Eryk giró el volante.

Mi camioneta se adentró en el camino de tierra, con la grava crujiendo bajo las ruedas mientras avanzábamos.

La runa palpitó en señal de aprobación y se enfrió.

—Sí —dije—. Es aquí.

El camino se extendía ante nosotros en una larga línea polvorienta a través de los campos abiertos, con nada más que hierba a ambos lados. No veía casas ni graneros. Ni gente. Solo tierra vacía y algún que otro poste de valla desgastado por el tiempo, inclinado como si hubiera renunciado a la vida.

Ahora conducía Eryk, con la mirada fija en el horizonte.

—¿A qué distancia?— preguntó.

Volví a mirar la runa. Palpitaba hacia delante. Solo hacia delante.

—No lo sé— admití—. Sigue por aquí.

Los campos se sucedían ante nosotros en lentas olas de verde y dorado. El camino de tierra seguía y seguía.

Entonces la runa volvió a brillar, con más intensidad que antes, con una punzada más fría que ardiente.

Contuve el aliento.

—Creo que estamos cerca.

Eryk apretó con más fuerza el volante.

—Bien.

Su voz se había vuelto más fría, más de dragón que de hombre ahora. Porque si los dioses pensaban que estaban a punto de presenciar otro pequeño experimento, estaban a punto de aprender algo muy importante. A los dragones no les gustaba que la gente marcara a su bruja.

La camioneta avanzó por el camino de tierra, con la grava crujiendo bajo las ruedas y el polvo levantándose detrás de nosotros en una larga nube pálida. Cuanto más nos alejábamos, más silencioso se volvía el mundo. No se oía ningún sonido, salvo el del motor y el suave traqueteo de las piedras sueltas bajo el chasis.

Me quedé mirando la runa en mi palma. Ya había dejado de arder con tanta intensidad. En su lugar, latía a un ritmo constante,

como un latido del corazón: lento, persistente y vivo.

Flexioné los dedos con cuidado. La runa brillaba suavemente, con una luz dorada que se curvaba a lo largo de los bordes del símbolo.

Eryk redujo ligeramente la velocidad del camión, adoptando una postura aún más concentrada. Enderezó los hombros y apretó con más fuerza el volante.

—Sabes que esto probablemente sea una trampa —dijo.

Resoplé en voz baja.

—Oh, sin duda es una trampa—apreté la mandíbula—. Pero vamos a ir de todos modos.

Eryk me miró de reojo. Ahora tenía los ojos brillantes, con el resplandor del fuego de dragón titilando bajo la superficie.

—Sí.

Eso fue todo lo que dijo. Ni *«deberíamos»,* ni *«quizá».* Solo «sí».

Porque, por supuesto, íbamos a ir.

Mi mirada volvió a posarse en la runa brillante de mi palma. Odiaba esa cosa. No porque me doliera. Sino porque me parecía una violación. Como si alguien hubiera metido la mano en mi vida, agarrado el volante y decidido que ahora le tocaba conducir a él.

Solo otra pequeña prueba para la bruja mortal y curiosa que se negaba a morir como es debido.

Recosté la cabeza contra el asiento y miré fijamente a través del parabrisas. La camioneta avanzó otros cien metros mientras el polvo se arremolinaba detrás de nosotros en perezosas espirales.

Pensé en Galadael y en la forma en que me había mirado, como si fuera una rata de laboratorio a la que, inesperadamente, le hubiera crecido una extremidad extra.

—Mató a Sean para ver qué haría yo —dije.

Eryk apretó la mandíbula.

—Lo recuerdo.

—Y Bassiel aparece en tu entrada y empieza a lanzarme magia divina como si estuviera probando un arma nueva.

La runa volvió a latir, constante y paciente.

—Juicio —continué—. Equilibrio. Pruebas. Actúan como si fuéramos piezas en un tablero de ajedrez.

La camioneta siguió avanzando por la carretera. Seguía sin haber nada. Solo campos, cielo y mucho polvo.

—E incluso Kael—añadí tras un momento.

Eryk me miró brevemente.

—Él empezó todo esto.

Dudé.

Porque esta parte era… complicada.

—Sé que lo hizo —asentí—. Le gusto. A su manera extraña y diabólica.

Probablemente era lo más amable que podía decir sobre el dios oscuro.

— Pero incluso para él —continué—, solo soy un entretenimiento. Me lo ha mencionado varias veces.

La expresión de Eryk se ensombreció.

—Eso es todo lo que siempre serás para él. No lo olvides. No es tu amigo. Nunca se preocupará por ti como tú crees. A los dioses solo les importan ellos mismos.

Asentí. Tenía razón.

—Lo sé. Pero él observa, le da empujoncitos a las cosas. Da pistas. Hace comentarios.

Volví a fijar la mirada en la runa.

—Pero nunca tiene nada de verdad. Nunca ayuda.

El símbolo volvió a parpadear, esta vez con más intensidad.

El dios oscuro nunca intervino. No realmente. Ni cuando apareció Galadael, ni cuando Bassiel atacó. Y desde luego tampoco cuando me bebí el veneno como un idiota porque creí a una diosa.

—A él todo esto le parece fascinante —dije.

La voz de Eryk se volvió más grave.

—No vives para entretenerlo.

—No —dije.

¿Pero para Kael y los demás dioses? Sin duda alguna, sí.

La runa volvió a brillar, con más intensidad.

Sentí un nudo en el estómago.

—Reduce la velocidad— dije de repente.

Eryk levantó el pie del acelerador de inmediato.

—¿Qué pasa?

La runa latía con más fuerza ahora. No dolía. Solo… era insistente. Como si dijera *«aquí».* O quizá *«para».*

—Creo que hemos llegado —dije.

Eryk detuvo la camioneta lentamente. El motor ronroneaba en silencio mientras el polvo se deslizaba por las ventanas en suaves nubes doradas.

Contemplé los campos vacíos. Entre la hierba alta y los árboles dispersos se alzaban los restos de un edificio, uno grande, como una estructura que en su día había simbolizado el poder.

Se alzaba entre la hierba como las costillas carbonizadas de alguna bestia ancestral. Vigas ennegrecidas sobresalían hacia arriba en ángulos extraños, deformadas y retorcidas por un fuego que, sin duda, había ardido con suficiente intensidad como para derretir la piedra. Quedaban en pie secciones de las paredes exteriores, agrietadas y chamuscadas, con la superficie manchada de hollín y viejas marcas de quemaduras que el tiempo no había logrado borrar.

Solo quedaba un esqueleto de lo que debió de ser en su día una casa enorme.

Sombras altas y dentadas se extendían por la hierba a medida que el sol de la tarde se hundía detrás de ella. Desde esta distancia no podía ver qué había más allá de la parte delantera de la ruina. El edificio era simplemente demasiado grande, y sus paredes calcinadas bloqueaban la vista de lo que pudiera haber detrás.

Abrí la puerta de la camioneta y salí, con mis botas crujiendo sobre la grava antes de hundirse en la hierba alta. Mis hilos arcanos temblaban bajo mi piel.

—Es aquí —dije.

La runa latía con fuerza en mi palma, como si confirmara mi suposición.

Eryk salió a mi lado. Su mirada recorrió la ruina, y su postura cambió de inmediato a algo más alerta, más peligroso. Miró a su alrededor como lo hace un depredador cuando entra en territorio desconocido: escaneando, midiendo y evaluando cada sombra. Entonces su expresión cambió.

—Conozco este lugar —dijo.

Lo miré.

—¿De verdad?

Sus ojos dorados permanecieron fijos en la estructura ennegrecida que teníamos delante.

—Sí—. Dio un paso adelante a través de la hierba—. Esta es la Estación Merlín original.

Dudé.

—¿La original de qué?

—La primera estación construida en Gallows Gate —dijo.

Volví a mirar las ruinas, apreciando su magnitud ahora que estábamos más cerca. El edificio se extendía mucho más de lo que parecía a simple vista desde la carretera. Varias alas derrumbadas se extendían desde la estructura central, y sus restos carbonizados apenas se vislumbraban entre los árboles.

Esto no era una estación. Había sido un complejo, un cuartel general.

Fruncí el ceño.

—¿Qué le pasó?

Eryk apretó la mandíbula.

—Se incendió hace siglos.

—¿Un accidente?

Su mirada se endureció.

—No.

Avanzamos entre la hierba alta hacia la ruina. Cuanto más nos acercábamos, más parecía cambiar el aire. El viento soplaba de forma diferente allí, susurrando entre vigas rotas y piedras destrozadas, como si el propio edificio intentara contar una historia.

—¿Qué pasó?— volví a preguntar.

Eryk pasó por encima de un bloque de piedra caído y siguió adelante.

—Hubo un levantamiento.

Eso no sonaba nada prometedor.

—¿Un levantamiento contra quién?— pregunté.

—Contra los Merlín.

Dejé de caminar.

—Espera… ¿qué?

Él me miró por encima del hombro.

—Mucho antes de tu época— dijo—. Los Merlins no eran lo que son ahora.

Volví a mirar la estructura quemada.

—Intentaron controlar Gallows Gate— dijo el dracónido.

Mis hilos arcanos se agitaron inquietos bajo mi piel.

—Controlar ¿cómo?

La voz de Eryk bajó de tono.

—Regulación mágica. Restricciones territoriales. Supervisión del poder.

Arqueé una ceja. «

—Entonces… ¿una dictadura mágica?

—Algo así.

La hierba rozaba mis piernas mientras nos acercábamos a las ruinas. El suelo allí era irregular, salpicado de fragmentos de piedra y madera carbonizada que hacía tiempo que se habían vuelto quebradizos por el paso del tiempo.

—Los paranormales de Gallows Gate se negaron— continuó Eryk — , así que lo redujeron a cenizas.

Su mirada recorrió la estructura quemada.

—Así fue.

Volví a fijar la mirada en las ruinas. Cada viga ennegrecida. Cada pared derrumbada. Cada cicatriz dejada por un incendio centenario.

—¿Me estás diciendo que toda la población paranormal de esta ciudad simplemente… incendió la sede de Merlín?

Eryk asintió una vez.

—Los Merlín intentaron dominar la ciudad.

—¿Y los paranormales dijeron que no?

—Dijeron que no.

No pude evitarlo. Una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios.

—¿De verdad? Vaya, eso me parece digno de respeto.

Eryk soltó un bufido de diversión.

—Sí, por supuesto que te parece así.

La runa de mi palma volvió a brillar de repente, latiendo más rápido como si estuviera emocionada. O quizá impaciente.

—Estamos cerca— susurré.

Mis hilos arcanos se agitaron bajo mi piel en respuesta, retorciéndose inquietos a lo largo de mis muñecas.

Definitivamente había algo aquí. Esperando.

Volví a mirar hacia la parte delantera de la estación en ruinas. Desde allí podíamos ver parte de la entrada derrumbada, donde una amplia escalinata de piedra conducía a lo que en su día había sido una enorme puerta. El interior que se extendía más allá no era más que oscuridad y vigas rotas.

Pero la runa no me empujó hacia la entrada.

Me empujaba hacia un lado, hacia el extremo más alejado de la estructura, en la parte trasera.

Tragué saliva.

—Por aquí —dije, señalando con la cabeza hacia el extremo más alejado de la ruina.

Empezamos a caminar de nuevo.

La hierba era más espesa allí, rozándome las piernas mientras rodeábamos la enorme estructura ennegrecida. El aire olía a ceniza vieja y tierra húmeda, como si el suelo recordara el fuego que había consumido este lugar siglos atrás.

Me latía la palma de la mano con cada paso. La runa brillaba con más intensidad.

Más cerca.

Más cerca.

Sentí un nudo en el estómago. Había algo en todo esto que no me cuadraba. Era como entrar en un plató donde alguien hubiera dispuesto cuidadosamente cada elemento antes de que comenzara el espectáculo.

No era tonta. Sabía que era una trampa. Lo que no sabía era hasta qué punto.

La presencia de Eryk a mi lado me transmitía seguridad y tranquilidad; sus pasos eran lentos y meditados mientras doblábamos la última esquina de la estación en ruinas.

Mis hilos arcanos se agitaron con más fuerza ahora, alertas y preparados, haciendo eco de la runa que latía en mi palma.

Fuera lo que fuera lo que nos esperaba detrás de la estación Merlín, ahora en ruinas, estábamos a punto de verlo.

Pero cuando llegué a la parte trasera, lo que vi no era lo que esperaba.

Se me cortó la respiración y un pequeño y desamparado gemido se escapó de mi garganta.

Porque allí, colgados de altos postes de madera como grotescos espantapájaros, estaban Marla, Selene y mi amigo Morty.

21

—No. La palabra se me escapó mientras seguía avanzando, con la mirada fija en mis amigos mientras el pánico me oprimía los pulmones.

Porque no era solo el hecho de que estuvieran colgadas así, expuestas como una especie de advertencia grotesca.

Eran las runas.

Runas divinas doradas se extendían por sus cuerpos como marcas ardientes, símbolos enroscados grabados en su piel en intrincadas espirales y líneas irregulares que brillaban con una luz lenta y hambrienta. Se arrastraban por sus brazos, sus cuellos y sus pechos como seres vivos que se alimentaban de ellos.

El rostro de Morty, normalmente rubicundo, se había vuelto gris, y sus hombros se encorvaban hacia delante contra las cuerdas que lo ataban al poste. Las runas se enroscaban a lo largo de su clavícula y bajaban por sus brazos, y la luz parpadeaba cada vez que luchaba por respirar.

Selene tenía aún peor aspecto. Su piel de vampiro, normalmente pálida, se había vuelto casi translúcida, con venas oscuras visibles debajo. Las runas grabadas en su garganta y costillas brillaban más que el resto, drenándola como si alguien la hubiera convertido en una batería.

Y Marla...

Sentí un nudo en el estómago.

Marla colgaba completamente flácida contra el poste. Su cabello gris caía hacia delante sobre su rostro, y las runas ardían en su cuello y hombros en gruesas espirales doradas. Mi labio inferior temblaba mientras la miraba, mi amiga bruja Blanca que era casi tan testaruda como yo. Su piel había adquirido un terrible tono grisáceo y estaba cerosa, como un cadáver de . La bilis me subió rápidamente por la garganta. Durante un aterrador segundo pensé que ya se había ido. Quizás así era.

—No —susurré de nuevo.

Entonces Morty levantó la cabeza, lenta y dolorosamente. Sus ojos se encontraron con los míos.

Estaba vivo.

El alivio me golpeó el pecho con tanta fuerza que casi me derriba.

La cabeza de Selene se ladeó débilmente hacia un lado. Percibí el más leve movimiento de su ceño, el atisbo de un ceño fruncido que se formaba incluso a través de la neblina de cualquier tortura divina a la que la hubieran sometido.

Aún viva, a duras penas.

Pero Marla… Marla no se movía. Ni siquiera un espasmo.

—Bajémoslas —gruñí, con el cuerpo ya inclinándose hacia delante. Mis hilos arcanos explotaron hacia fuera, con una luz roja azotando mis brazos como cometas furiosas.

Pero algo fuerte se enrolló alrededor de mi brazo y me tiró hacia atrás.

—Espera —dijo Eryk con brusquedad. Sus ojos dorados barrían la zona, cada músculo de su cuerpo tenso—. Esto no me huele bien.

Tiré de mi brazo para liberarme de su agarre.

—Me da igual —espeté—. Tengo que llegar hasta mis amigos.

La mirada de Eryk permaneció fija en el campo vacío que nos rodeaba.

—¿Dónde están los dioses?

—¡No me importa dónde estén! —El odio brotó en mi pecho tan rápido que casi me mareó. Esto. Esto era lo que pensaban de los

mortales. Éramos accesorios. Entretenimiento. Piezas desechables para sus estúpidos juegos cósmicos.

—Rhea. Tu mano —dijo Eryk, señalándola.

Me quedé mirando mi palma. La runa había desaparecido. Mi piel volvía a estar lisa, como si nunca se le hubiera grabado un símbolo divino. Como si la marca hubiera cumplido su función y ahora ya no estuviera.

Mis hilos arcanos brillaron con más intensidad, y la luz roja proyectaba sombras parpadeantes sobre la hierba. Ya había dejado de seguirles el juego.

Y entonces…

Pop.

El sonido del aire rompiéndose resonó por todo el campo.

Me giré. A nuestra derecha, el suelo se deformó como si la realidad misma hubiera dado un respingo. El mármol negro brotó de la tierra. Filas de asientos se desplegaron hacia fuera formando un amplio semicírculo, talladas en piedra negra pulida como una especie de antiguo anfiteatro.

Gradas para los dioses.

Y sentados en esos asientos estaba el público.

Bueno. Reconocí a Bassiel de inmediato. Ese cabrón calvo estaba sentado cerca del centro, con las piernas cruzadas y su traje rojo perfectamente a medida, como si hubiera salido de alguna revista de moda divina.

A su lado se sentaba Galadael, la diosa que había iniciado todo esto, que no podía dejarme en paz. Su traje blanco estaba inmaculado, como siempre. Su largo cabello plateado caía sobre sus hombros como la luz de la luna, y esos ojos de mármol pálido se fijaban en mí con curiosidad fría.

Otros cuatro dioses se sentaban con ellos. Uno de ellos, un hombre, tenía la piel tan oscura como el aceite, tan suave y brillante que casi parecía tragarse la luz del sol. Llevaba un traje amarillo brillante que parecía absurdamente alegre en comparación con la fría diversión de sus ojos.

A su lado se sentaba un dios mayor envuelto en una larga túnica verde bordada con símbolos púrpuras entrelazados. Tenía un aire a

Gandalf, con su barba cayéndole por el pecho en gruesas ondas grises y su largo cabello fluyendo alrededor de sus hombros.

Dos diosas estaban sentadas al otro lado. Una tenía el pelo tan rojo como el mío, pero el suyo caía en gruesos rizos hasta las caderas, salvaje e indómito. Llevaba una túnica de un verde intenso que brillaba con energía divina.

La última diosa tenía delicados rasgos asiáticos y un liso cabello negro que le caía perfectamente recto por la espalda. Su traje era de un negro azabache, elegante y sofisticado, como algo que llevaría un director ejecutivo antes de despedir a la mitad del universo.

Todas me observaban, cómodamente sentadas como espectadoras en un evento deportivo. El aire se llenó de ese mismo aroma dulce y meloso que había olido antes.

Poder divino.

No era igual que el de Kael, que era todo ozono y electricidad.

Me revolvió el estómago, y una parte tonta de mí tenía muchas ganas de mandarlas a freír espárragos.

Pero mis amigos se estaban muriendo. Así que, en lugar de eso, los ignoré por completo y eché a correr.

Mis hilos arcanos fluían conmigo, un rayo rojo azotando el aire mientras corría hacia los postes.

Una ráfaga de fuerza cinética me golpeó en el pecho.

Mis pies se despegaron del suelo y, literalmente, di vueltas como un personaje de dibujos animados que hubiera pisado una cáscara de plátano. Salí volando hacia atrás y luego caí al suelo. El impacto me dejó sin aliento.

—Ay —jadeé, mientras unas manos se posaban sobre mí en un instante.

Eryk me agarró del brazo y me puso de pie antes de que pudiera hacer algo aún más estúpido, como lanzarme contra un grupo de dioses con nada más que ira justificada y mala actitud.

—Eso no ha sido inteligente— dijo, con voz grave y tensa, en la que apenas se contenía la furia de un dragón.

—Valiente. Pero no inteligente. Estos seres pueden matarte.

—No me digas.

Me sacudí la tierra de los vaqueros, con la mirada ya volviendo a los postes donde colgaban mis amigos como adornos grotescos. En ese momento no me importaba lo de ser inteligente. Lo inteligente no estaba atado a un poste con runas divinas chupándole la vida. Lo único que me importaba era bajarlos. Y si Marla estaba muerta —si esos ególatras divinos habían matado a mi amiga la bruja Blanca—, iba a escoltar personalmente a cada uno de ellos de vuelta al agujero celestial del que se habían arrastrado, preferiblemente con un recuerdo muy doloroso.

Alcé la mirada hacia los dioses, lista para soltar una ráfaga de maldiciones muy creativas, cuando algo, o más bien alguien, me llamó la atención.

Kael estaba de pie a un lado de las gradas de mármol, con los brazos cruzados, observando toda la escena como si fuera la noche de estreno en un teatro. Una leve sonrisa de diversión se dibujó en sus labios.

Por supuesto que estaba aquí.

—Un pequeño aviso habría estado bien —le siseé, con mis hilos arcanos enroscándose sobre mis manos y brazos como serpientes rojas inquietas. Parpadeaban con tanta energía que hacían vibrar el aire.

De la nada, apareció una copa de vino en la mano de Kael. Dio un sorbo pausado, como si estuviéramos en una cata de vinos en lugar de en una situación de rehenes divinos.

—La expectación —dijo con ligereza—, forma parte de la experiencia.

Sí. Definitivamente, quería darle una paliza.

Aparté la mirada del engreído dios oscuro y volví a fijarla en las gradas.

—Deja ir a mis amigos— dije, plantando los pies con firmeza—. Ellos no tienen nada que ver con esto. Si quieres castigarme o matarme, está bien. Adelante. Pero déjalos ir.

Intenté pensar en una amenaza ingeniosa con la que continuar —algo dramático y aterrador que hiciera que un grupo de dioses se replanteara sus acciones—, pero mi cerebro se quedó en blanco.

Resultó que la furia justiciera y las negociaciones con rehenes no combinaban bien con la improvisación.

—Estos mortales morirán —dijo Galadael de repente. Su voz cortó el aire como acero frío—. Has interferido con la autoridad divina.

—No es culpa mía, ¿verdad?—, le espeté automáticamente—. Puedes agradecérselo a tu amigo Kael.

Sentí que Eryk se tensaba a mi lado, el calor que desprendía se disparaba mientras el fuego de dragón se agitaba bajo su piel.

—Las runas divinas son sagradas —continuó Galadael, ignorando por completo mi interrupción como si fuera un mosquito ligeramente molesto—. También lo es la esencia divina que fluye por tu sangre. Alterarlas es una blasfemia.

Eché un vistazo de reojo a Kael.

—Quizá esa sea una conversación que debas tener con él. No conmigo.

Los pálidos ojos de Galadael se deslizaron hacia el dios oscuro. Por un momento, el aire entre ellos crepitó con algo antiguo y desagradable. Luego volvió a mirarme.

—No sabemos por qué el dios oscuro Kael hizo lo que hizo al proporcionar esencia sagrada a un mortal— dijo—. ¿Fue un desafío para nosotros? Quizás.

Kael levantó su copa en un brindis burlón, disfrutando claramente de la situación.

—Pero ya está hecho— continuó Galadael—. Y ahora… estás tú.

La miré con los ojos entrecerrados.

—¿Y?

Mi mirada se desvió hacia mis amigos. Morty era el único lo suficientemente consciente como para mirarnos, con la cabeza caída contra las cuerdas mientras las runas de su pecho latían débilmente. Selene colgaba inerte, su fuerza de vampiro claramente impotente frente a la magia divina. Y Marla… si seguía mirándola, empezaría a llorar a lágrima viva. No era precisamente el ambiente que buscaba.

Sentí cómo la bilis me subía por la garganta, pero la contuve. Ahora no. No delante de ellos.

Galadael se levantó de su asiento, y la tela blanca de su traje reflejó la luz del sol al ponerse de pie. Los demás dioses observaban con silencioso interés, como si se estuvieran acomodando para el evento principal.

—Muéstranos lo que eres —anunció. Las palabras se posaron sobre el campo como un veredicto.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?— le espeté.

Durante medio latido no pasó nada.

Entonces, el suelo tembló. Al principio fue sutil, solo una leve vibración bajo mis botas, como un trueno lejano retumbando bajo la tierra. La hierba alta que nos rodeaba se estremeció como si un viento frío la hubiera atravesado, aunque el aire permanecía inmóvil.

Entonces, la tierra se abrió.

Las grietas atravesaron el suelo en líneas irregulares, resplandeciendo con una luz dorada. La tierra gimió cuando algo debajo de ella comenzó a moverse, empujando hacia arriba con una fuerza lenta y deliberada.

Mis labios se entreabrieron.

—Oh, eso no pinta bien.

Las grietas se ensancharon. Trozos de tierra se derrumbaron hacia dentro y algo oscuro se abrió paso a través del suelo agrietado. El metal rozó contra la piedra con un sonido largo y chirriante que me puso los dientes de punta.

Primero asomó una mano enfundada en un guantelete, enorme y cubierta por una antigua armadura. El metal estaba ennegrecido, como si hubiera sido forjado en algún horno celestial y luego enterrado durante siglos. Runas doradas serpenteaban por las placas como vetas de luz fundida.

La mano se hundió en la tierra y tiró. Entonces, el resto de la figura se levantó con ella.

Imponente y de hombros anchos, la figura medía casi dos metros de altura cuando se incorporó por completo de la tierra. Su yelmo era liso y sin rasgos, salvo por una estrecha rendija donde podrían haber estado los ojos. Excepto que no había ojos. Solo un resplandor dorado que se filtraba desde la oscuridad interior.

La armadura parecía antigua. Los bordes de las placas estaban grabados con intrincadas runas divinas que latían con un poder lento y constante. Los símbolos se extendían en espiral por el pecho, los hombros y los guanteletes, brillando con más intensidad a cada segundo que pasaba.

Un caballero celestial.

El suelo se agrietó de nuevo y otras dos figuras se alzaron junto a la primera: tres en total. Cada una se arrastró hacia arriba desde debajo del suelo como si la propia tierra las hubiera estado ocultando. Cada una era enorme y cada una estaba tallada con símbolos divinos resplandecientes que zumbaban con el mismo poder que había sentido en las runas de Sean.

El aroma dulce y meloso de la magia divina volvió a llenar el campo, empalagoso y antinatural.

Eryk se colocó delante de mí, adoptando instintivamente una postura defensiva.

—Caballeros.

Asentí.

—Caballeros.

Los caballeros permanecían allí, esperando. Excepto que no había vida en ellos, ni aliento, solo armaduras y runas brillantes que latían a un ritmo perfecto.

Armas. Estos caballeros eran las armas de los dioses.

Mis hilos arcanos se crisparon inquietos, enroscándose con más fuerza alrededor de mis muñecas. Las runas de la armadura brillaron con más intensidad.

Se oyeron aplausos desde los asientos de mármol.

Galadael dio un pequeño paso adelante, con sus pálidos ojos brillando con un orgullo inconfundible.

—Caballeros divinos— dijo. Las palabras resonaron por el campo como una proclamación mientras señalaba perezosamente a las figuras acorazadas.

—Forjados para hacer cumplir la voluntad divina. Atados a runas sagradas más antiguas que vuestra especie— sus labios esbozaron una sonrisa—. No se cansan.

Los caballeros dieron un paso adelante. Pesadas botas de metal aplastaron la hierba bajo sus pies con sordos golpes.

—No sienten dolor. No cuestionan. Y lo más importante—continuó Galadael con calma—no mueren fácilmente.

Los caballeros desenvainaron sus armas. Tres enormes espadas se deslizaron fuera de las fundas que llevaban a la espalda con largos silbidos metálicos. Las hojas se encendieron y un fuego dorado recorrió sus filos, lamiendo el metal como la luz del sol viviente.

Exhalé un largo suspiro por la nariz.

—Genial. Espadas de fuego.

Bassiel se levantó de su asiento. El dios calvo se ajustó las mangas de su traje rojo como si se estuviera preparando para una reunión de la junta directiva. Luego me miró y sonrió.

—Mata a la bruja.

Los caballeros se movían demasiado rápido para algo de ese tamaño. Las armaduras retumbaron por el campo mientras los tres caballeros divinos cargaban hacia delante, con sus espadas resplandecientes trazando arcos de luz dorada en el aire.

Mis hilos arcanos se agitaron violentamente a mi alrededor.

¡Oh, mierda!

22

El calor me azotó un lado de la cara y me giré a tiempo para ver cómo se incendiaban los brazos de Eryk. El fuego de dragón se derramaba sobre su piel en cintas fundidas, llamas rojas y doradas trepando por sus antebrazos como seres vivos ansiosos por ser liberados. Sus ojos se habían convertido por completo en los de un dragón, brillantes y salvajes, y el aire a su alrededor brillaba con el tipo de calor capaz de derretir el acero.

—Derritamos un poco de metal —dijo.

Sonreí a pesar del ejército de latas divinas que avanzaba hacia mí. Tener a un dragón furioso en tu equipo solía levantar la moral. Esos caballeros divinos no sabían lo que un dragón podía hacerle al metal. Joder, la mayoría de las cosas no sobrevivían lo suficiente como para descubrirlo.

Y estaban a punto de asistir a una demostración en primera fila.

Si hubiera tenido medio segundo libre, probablemente habría agarrado a Eryk y le habría dado un beso para darle suerte. Por desgracia, tres máquinas de muerte impulsadas por runas estaban cargando por el campo con espadas brillantes y una agenda muy clara: «matar a la bruja». Los gestos románticos tendrían que esperar.

Eryk no esperó.

Corrió hacia delante como un incendio forestal viviente, con la hierba bajo sus botas ennegreciéndose a medida que el fuego del dragón le seguía los pasos. Las llamas rugían más intensas con cada paso, enroscándose alrededor de sus hombros y brazos mientras se lanzaba hacia el primer caballero.

Crack.

El sonido rasgó el aire como un disparo.

Eryk salió disparado hacia atrás, como si hubiera chocado con una pared invisible a toda velocidad. Su cuerpo retrocedió un paso cuando la barrera lo repelió lejos de los caballeros.

Por una fracción de segundo pareció confundido. Entonces, el dragón que llevaba dentro tomó el control. Eryk gruñó y se lanzó hacia delante de nuevo.

El aire se rompió con un chasquido agudo y discordante, y el sonido rebotó como si el mundo mismo lo hubiera rechazado. La pared aguantó. Pero a través de ella pude distinguir runas doradas parpadeando.

Esta vez fue su hombro el que la golpeó, con tanta fuerza que el aire titiló donde la barrera absorbió el impacto. Las llamas brotaron de sus brazos al golpearla, el fuego del dragón lamiendo la superficie invisible como si intentara abrirse paso a través de ella.

No lo hizo.

—El dragón no participa —la voz de Galadael flotó por el campo, tranquila y fría.

Eryk se volvió hacia las gradas. Si las miradas pudieran quemar a los seres divinos, los dioses se habrían reducido a cenizas cósmicas en ese mismo instante.

Golpeó la barrera con el puño.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Cada golpe envió ondas de aire distorsionado a través de la pared invisible. El fuego de dragón brilló con más intensidad a su alrededor, y el calor se intensificó hasta que la hierba cerca de sus botas comenzó a rizarse y a humear.

Entonces se inclinó hacia delante y lanzó una descarga completa de fuego de dragón directamente contra ella. Las llamas rugieron hacia fuera en un arco llameante de rojo y dorado, barriendo la superficie invisible con suficiente calor como para derretir el motor de un camión. El aire se deformó violentamente, y la barrera brilló al absorber el ataque.

Aguantó.

Eryk apretó la mandíbula. Las llamas a su alrededor se elevaron más, reflejándose en sus ojos dorados mientras miraba a los dioses como si estuviera decidiendo a cuál devorar primero.

A sus espaldas, las risas se propagaron por los asientos de mármol.

—Los animales deberían estar en jaulas —dijo el dios de piel oscura con el traje amarillo, con voz suave y divertida.

—Me apetecen unas costillas de dragón— añadió la diosa pelirroja con una risa perezosa, enrollándose un rizo alrededor del dedo como si fuera el mejor entretenimiento que hubiera tenido en siglos.

Los demás dioses se rieron entre dientes. El sonido me golpeó como gasolina sobre el fuego.

Mis hilos arcanos se encendieron violentamente alrededor de mis brazos, y una luz roja azotó el aire como un rayo furioso.

Les parecía divertido. Secuestrar a mis amigos. Colgarlos como si fueran adornos. Encerrar a mi dragón tras un muro para que solo pudiera verme luchar por mi vida.

Una lenta sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Quieren jugar— murmuré entre dientes—, juguemos.

La ira no me volvió imprudente. Me hizo concentrarme.

La dulce adrenalina corría por mis venas, agudizando todos mis sentidos hasta que el mundo se volvió perfectamente nítido. El olor de la hierba, el calor de las llamas de Eryk a mi espalda.

El primer caballero llegó hasta mí. Un fuego dorado recorría la hoja, y las runas divinas talladas en el metal brillaban intensamente mientras el arma vibraba con poder.

A mis espaldas, Eryk se estrelló contra la barrera de nuevo. Con tanta fuerza que la pared invisible brilló fugazmente.

—¡Rhea!

Su voz era mitad orden, mitad furia descarnada.

No me di la vuelta, porque el caballero atacó. La enorme espada cortó el aire en un arco resplandeciente dirigido directamente a mi cabeza.

El caso es que no estaba entrenada para este tipo de combate. Cuando nos entrenamos para convertirnos en Merlínes, sí que hay algún tipo de combate uno contra uno. Pero es un curso para principiantes y se centra más en contener a los sospechosos que en luchar a muerte.

Esta era, sin duda, una situación de lucha a muerte, así que iba a improvisar.

La espada del caballero descendió describiendo un arco resplandeciente que desprendía una energía divina que gritaba «golpéame ya». Me lancé de lado justo a tiempo, y la hoja se clavó en el suelo donde mi cabeza había estado medio segundo antes. El impacto agrietó la tierra como si fuera un pequeño terremoto.

Joder.

Arrancó la espada de un tirón y volvió a blandirla, esta vez más rápido. Me agaché bajo la hoja y rodé, levantándome unos metros más allá con mis hilos arcanos azotando ya alrededor de mis brazos como relámpagos rojos.

El caballero avanzó con pasos lentos e imparables, con su armadura chirriando a cada movimiento. De cerca pude ver las runas divinas talladas en las placas de metal, docenas de ellas, brillando como pequeños soles dorados por toda la armadura.

Mis hilos arcanos se agitaron.

—Chicos, de verdad que tienen que dejar de subestimarme.

El caballero se abalanzó.

Me lancé hacia atrás y al mismo tiempo extendí la mano hacia delante. Uno de mis hilos arcanos salió disparado como un látigo y se enrolló alrededor del brazo armado del caballero. El guantelete cubierto de runas se sacudió en pleno golpeo mientras mi hilo se tensaba.

La hoja se detuvo a unos centímetros de mi cara.

—¡Ja!— grité emocionada—. Eso ha funcionado mejor de lo esperado.

El caballero respondió dándome un puñetazo.

Un puño metálico del tamaño de una tostadora se estrelló contra mi hombro y me hizo resbalar por la tierra. Di dos vueltas antes de detenerme boca arriba y mirar al cielo.

—Ay.

Me quedé allí tumbada medio segundo antes de levantarme.

El caballero se acercó a mí pisando fuerte. Detrás de él, los otros dos caballeros daban vueltas, con sus espadas brillantes en alto, pero sin atacar todavía, mientras esperaban.

Desde las gradas de mármol llegó el sonido de un descorche.

Miré a tiempo para ver a Kael sirviéndose con indiferencia otra copa de vino. La levantó hacia mí.

—Intenta no morir, brujita. Me pareces sumamente entretenida.

—¡Te odio! —espeté—. ¿Te vas a quedar ahí parado mirando? Haz algo. Ayúdame.

—No, brujita —respondió Kael—. Demuéstrales que se equivocan.

¿Demostrarles que se equivocan? Realmente odiaba a ese dios.

El caballero volvió a blandir su espada.

Me agaché, y los hilos arcanos se expandieron hacia fuera mientras tiraba de la runa envuelta alrededor de su guantelete. El símbolo parpadeó violentamente bajo la presión de mi magia.

El caballero dio un paso tambaleante mientras su brazo se contraía.

—Espera —dije, señalándolo—. ¿He roto algo?

El caballero respondió dándome una patada en las costillas.

Salí volando hacia un lado y volví a caer al suelo.

Detrás de la barrera, Eryk rugió. El sonido retumbó por el campo como un trueno, y las llamas estallaron más alto a lo largo de sus brazos mientras volvía a atacar la pared invisible con pura fuerza bruta.

Los dioses se rieron, y el sonido me arañó los nervios como uñas sobre cristal.

Me levanté a duras penas, escupiendo tierra por la boca mientras el caballero se abalanzaba sobre mí de nuevo, con la espada ardiendo con fuego divino.

Me agaché para esquivar el golpe y agarré el brazo del caballero, mis hilos arcanos explotando sobre las runas brillantes talladas en su coraza.

Los símbolos parpadearon. Mis hilos arcanos se tensaron.

El caballero se sacudió violentamente mientras las runas se atenuaban bajo mi magia. Sus movimientos se ralentizaron durante una fracción de segundo, que era todo lo que necesitaba.

Desgarré la runa con mis hilos arcanos, tal y como había hecho con la de Sean. El símbolo se hizo añicos en chispas de luz dorada.

El caballero se quedó completamente inmóvil. Entonces su brazo cayó como si alguien hubiera cortado los hilos de una marioneta.

—Bueno —dije, mirándolo fijamente—. Eso parece útil.

La voz de Kael flotó perezosamente por el campo.

—Excelente, bruja novata. Ahora intenta hacerlo sin que te den un puñetazo.

—Estoy en ello —espeté.

Un movimiento captó mi visión periférica y me giré para ver a los otros dos caballeros cargando al mismo tiempo.

Dos espadas brillantes se abalanzaron sobre mí desde lados opuestos.

Salté hacia arriba, mis hilos arcanos se expandieron como fuegos artificiales mientras giraba en el aire. Mi magia se abalanzó sobre las runas de sus armaduras, agarrándolas, tirando de ellas y deshilachándolas.

Los símbolos parpadearon violentamente bajo el ataque.

Un caballero tropezó.

El otro atacó de todos modos.

La hoja me rozó el hombro al aterrizar, haciéndome girar de nuevo por el suelo.

Gruñí y me levanté por lo que me pareció la centésima vez. Limpiándome la sangre del labio, les sonreí.

—Sí— dije, con mis hilos arcanos ardiendo alrededor de mis brazos—. Son duros de roer, pero yo soy terca.

Los otros dos caballeros no parecían impresionados por mi creciente confianza.

Avanzaron con la misma lentitud inevitable que antes, con las botas de metal aplastando la hierba con golpes sordos y pesados. El primer caballero, al que había dejado medio desorientado antes, ahora estaba torcido, con la espada colgando en un ángulo extraño, como si algo dentro de la armadura hubiera olvidado cómo funcionaban las articulaciones.

Progreso.

Los otros dos estaban en pleno estado de funcionamiento.

—Bueno— murmuré, moviendo el hombro donde me había rozado el último golpe—. Nuevo plan.

Se abalanzaron sobre mí juntos.

Un caballero lanzó un golpe bajo. El otro volvió a apuntar directamente a mi cabeza con ese brillante y divino cuchillo de mantequilla de la perdición.

Esquivé el golpe alto y giré hacia un lado, pero la segunda espada rozó el suelo cerca de mis pies. La onda expansiva del impacto me hizo castañear los dientes. La tierra y las piedras salieron disparadas hacia arriba, golpeándome la cara.

El metal retumbó a mi alrededor y apenas logré esquivar el siguiente golpe. Mis hilos arcanos se extendieron automáticamente, envolviéndose alrededor de la muñeca del caballero más cercano.

El brazo del caballero se sacudió cuando mi hilo se tensó, pero en lugar de quedarse paralizado como el primero antes, la runa se iluminó y empujó hacia atrás. La energía que zumbaba a través de ella quemó mi magia como si tocara un cable con corriente.

Mi hilo se soltó de golpe.

—Oh —dije, saltando hacia atrás mientras otra espada se abatía sobre mí—. Así que así es como vamos a pelear.

La hoja se estrelló contra la tierra a pocos centímetros de mi bota. Giré de nuevo, con el corazón latiéndome con fuerza y la adrenalina cantando en mis venas. Me puse en pie a toda prisa mientras el primer caballero volvía a alcanzarme.

La espada se abatió, pero esta vez no la esquivé. Di un paso adelante.

Mis hilos arcanos explotaron hacia fuera y se enroscaron alrededor de la armadura. Se deslizaron por las diminutas juntas entre las placas, deslizándose por debajo y por encima del metal como agujas brillantes. Se engancharon en las runas, uniendo símbolo con símbolo en un patrón preciso, como puntadas que lo mantenían todo unido.

El caballero se quedó paralizado en medio del golpe.

Las runas brillaron con un dorado intenso, repeliendo mi magia como un sistema inmunológico que rechaza un virus, pero mis hilos arcanos no se detuvieron. Se deslizaron más profundamente, enroscándose alrededor del símbolo como dedos haciendo un nudo.

El brazo del caballero se sacudió violentamente mientras la espada temblaba. Detrás de la rendija de la visera, el resplandor dorado parpadeó. La criatura se tambaleó mientras las runas se atenuaban bajo mis hilos arcanos, como al sacar un solo hilo de un jersey.

El corazón me latía con fuerza en el pecho.

—Te tengo— susurré.

A mis espaldas, Eryk dejó de golpear la barrera. Notaba que ahora toda su atención se centraba en mí.

Los dioses también habían dejado de reír.

Empujé mis hilos arcanos y tiré con más fuerza de las runas hasta que sentí que se deshilachaban y se rompían.

El primer caballero cayó de rodillas y el metal chirrió cuando su armadura se retorció ante la repentina pérdida de poder. Luego se derrumbó por completo, y su enorme cuerpo se estrelló contra el suelo como una marioneta a la que le habían cortado los hilos. No volvió a moverse.

Por un segundo, todo se quedó extrañamente en silencio a mi alrededor.

Algo cambió en mi magia.

Mi respiración se aceleró mientras levantaba las manos frente a mí. Mis hilos arcanos estaban allí, arremolinándose alrededor de mis dedos como cintas vivas de luz roja.

Excepto que ya no eran rojos.

Delgados hilos dorados se habían deslizado entre ellos, brillando a través de ellos como vetas de luz solar fundida entretejidas en seda carmesí. Eran del mismo color dorado que las runas divinas, con el mismo resplandor.

Yo también lo sentí, diferente y más fuerte. Esto ya no era solo magia arcana con un toque de lo divino.

El rojo se desvanecía. El dorado ganaba terreno.

Me quedé allí de pie, aun jadeando, manchada de tierra, sangrando y magullada, y sonriendo como una lunática.

Tres caballeros divinos, dos en pie.

Pero ahora conocía su secreto.

Mis hilos arcanos se enroscaban perezosamente alrededor de mis dedos, las runas parpadeaban, y entonces me lancé de nuevo a la lucha.

23

No era la bruja más inteligente del mundo… del universo… lo que sea. Y nunca había fingido serlo. Tampoco era la más hábil ni la más poderosa. Probablemente, algunas brujas por ahí podían invocar una tormenta eléctrica mientras se trenzaban el pelo y recitaban antiguos conjuros en tres lenguas muertas. Esa no era yo.

Pero ahora… ahora tenía algo que ellos no tenían.

Una ventaja.

Algo verdaderamente mío. Algo único. Algo que los propios dioses claramente no esperaban ver en medio de su pequeña arena divina.

Y a juzgar por la expresión de curiosidad y esa sonrisa molesta y satisfecha en el rostro de Kael, tenía la sensación de que él tampoco se lo esperaba del todo. O tal vez lo había sospechado, y ahora se lo había confirmado.

Fuera como fuera, podía romper runas divinas. No solo borrarlas de los muertos. Destruirlas.

Una nueva sensación de propósito me atravesó, aguda y eléctrica, como si alguien hubiera conectado mi sistema nervioso directamente a una tormenta eléctrica. Todos mis nervios se despertaron a la vez. Mi magia brotó instintivamente, hilos arcanos girando alrededor de mis dedos como cintas vivas de poder.

Era… precioso. Peligroso.

Flexioné los dedos, observando cómo respondían los hilos.

—Oh, sí. Esto es sin duda una mejora.

Los dos caballeros divinos restantes volvieron a avanzar. Sus armaduras chirriaban y retumbaban por el campo de batalla, y las runas luminosas brillaban con más intensidad, como si percibieran el cambio en mi magia. Sus espadas se encendieron de nuevo con ese mismo fuego celestial que probablemente podría convertirme en polvo cósmico si dejara que me alcanzara en la cara.

—Segunda ronda —dije, encogiendo los hombros.

El siguiente caballero cargó contra mí.

En lugar de alejarme, me acerqué a él. Mis hilos se extendieron hacia fuera, entrelazándose en rojo y dorado como hebras de luz viva. Esta vez no dudaron. Sabían exactamente lo que buscaban: las runas.

El caballero blandió su espada en un enorme arco horizontal. Me agaché por debajo, deslizándome hacia delante sobre la hierba mientras mis hilos arcanos se enredaban en la coraza.

Las runas divinas brillaron violentamente cuando mi magia las tocó.

La resistencia me golpeó con fuerza, esta vez con más intensidad. Todo el cuerpo del caballero se estremeció mientras los símbolos lo repelían, y la energía celestial rugía a través de la armadura como una red eléctrica enfurecida.

—Sí, sí —dije, apretando los dientes—. A ustedes realmente les molesta esto.

El puño del caballero se abatió sobre mí como una bola de demolición.

Tiré de mis hilos arcanos hacia un lado, y las runas a las que estaban enredados se retorcieron bajo la presión. Los símbolos se agrietaron ligeramente, y sus perfectas líneas brillantes se deformaron.

El brazo del caballero se detuvo en seco en pleno golpe, y el puñetazo pasó a unos siete centímetros de mi cabeza.

Maldita sea. Podría haber muerto allí mismo.

Detrás de mí, el segundo caballero se abalanzó hacia delante, con la espada en alto.

Di una vuelta, lanzando esta vez ambas manos hacia delante. Mis hilos arcanos explotaron hacia fuera como una red de relámpagos rojos y dorados, lanzándose sobre las placas de la armadura de ambos caballeros a la vez.

Las runas del interior brillaron con más intensidad en respuesta. Mi magia empujó con más fuerza.

El oro de mis hilos arcanos respondió de forma diferente ahora. Se deslizó dentro de los símbolos divinos como una llave que encaja en una cerradura que nunca había esperado ser abierta.

La estructura de las runas vaciló y se rompió un símbolo.

El segundo caballero se tambaleó violentamente, su espada cayendo hacia el suelo mientras el resplandor de su pecho se atenuaba.

—Muy bien —suspiré, con la adrenalina rugiendo en mi interior—. Lo tengo controlado.

El primer caballero se abalanzó de nuevo, ahora más lento, con movimientos espasmódicos e inestables mientras las runas dañadas luchaban por mantener unida el resto de la estructura.

Volví a ponerme a su alcance y enredé mis hilos arcanos más profundamente alrededor de la armadura hasta que encontré la runa que anclaba todo el patrón.

Y tiré.

El símbolo se deshizo como una puntada suelta.

El caballero se detuvo y, durante un instante, se quedó allí, elevándose sobre mí como una estatua rota. Entonces, el resplandor que rodeaba la armadura se apagó.

El metal chirrió cuando toda la estructura se derrumbó, estrellándose contra la tierra con un estruendo atronador.

Lo miré fijamente.

—Bueno. Ya van dos.

El último caballero cargó, con su espada divina resplandeciente.

Planté los pies y sonreí.

—Hoy te has equivocado de bruja— dije, con mis hilos arcanos arremolinándose alrededor de mis brazos como serpientes resplandecientes.

La espada descendió y mis hilos arcanos se lanzaron hacia delante.

Una luz dorada y roja estalló sobre la armadura del caballero mientras mi magia se enroscaba en las placas y se aferraba a la runa central que mantenía unido al constructo.

La runa se agrietó y luego se hizo añicos.

El caballero dio dos pasos tambaleantes hacia delante, como un gigante borracho, antes de desplomarse de bruces sobre la tierra.

Me quedé allí de pie, jadeando, manchada de tierra, magullada y sonriendo como alguien que había descubierto que podía abrir agujeros en la realidad divina.

Detrás de los asientos de mármol, unos aplausos esporádicos rompieron el silencio.

Kael estaba allí de pie con su copa de vino, sonriendo como si hubiera visto el mejor espectáculo del siglo.

—Bravo, brujita —dijo con voz holgazana—. Ha sido encantador, de verdad. Cinco estrellas. Quizá tenga que organizar una repetición de la actuación.

Le lancé una mirada.

—No, gracias.

—Qué suerte que tu consentimiento no sea necesario— dijo, dando un sorbo a su vino.

Detrás de él, los demás dioses ya no se reían. Estaban discutiendo, discutiendo de verdad.

Las voces se solapaban en tonos agudos e irritados.

—Es un receptáculo— espetó el dios oscuro—. Un avatar.

—No— replicó el dios Gandalf—. La resonancia se ha estabilizado.

—Eso es imposible— dijo la pelirroja.

El dios Gandalf me señaló.

—Lleva el hilo divino.

El dios del traje amarillo negó con la cabeza.

—Es mortal.

—Ella alteró las runas —insistió el Dios Gandalf.

—Eso no puede ocurrir sin autorización —argumentó la diosa pelirroja.

Los observé. Parecían menos seres cósmicos todopoderosos y más una reunión de comité que se había descarrilado. En la jerarquía divina, al parecer, todo tenía que clasificarse. Y ahora estaban tratando de averiguar en qué categoría encajaba yo.

Apoyé las manos en la cintura, con mis hilos arcanos enroscándose perezosamente alrededor de mis dedos.

—Vaya —murmuré—. Menudo puñado de deidades idiotas.

Y no esperé a ver quién ganaba ese estúpido debate.

Con la adrenalina corriendo por mis venas, me di la vuelta y corrí hacia Eryk, que estaba al otro lado de la barrera invisible, con una expresión a la vez furiosa e impresionada.

No sé qué me poseyó. Quizá fue la esencia divina en mi sangre decidiendo por fin dejar de ser misteriosa y empezar a ser útil, pero algo en mí encajó en su sitio.

—Extiende el brazo y no te asustes —le dije.

Eryk hizo lo que le pedí, con llamas retorciéndose a lo largo de sus antebrazos y el calor emanando de él en oleadas.

—Por favor, dime que sabes lo que estás haciendo.

—Tengo una teoría —dije—. Solo… ten paciencia conmigo.

Mis hilos arcanos se deslizaron libremente, de un rojo fundido y entretejidos con ese nuevo oro, ahora más brillante y nítido. Se lanzaron hacia delante, rozando la barrera divina, y la atravesaron.

Entonces lo sentí. No era poder, era lenguaje. Los símbolos no eran formas. Eran significado, estructura e intención.

Y, de alguna manera, lo entendí.

Ese conocimiento no provenía de la memoria. No parecía algo aprendido. Se desplegó en mi mente como si siempre hubiera estado ahí, esperando a que yo lo captara.

Mi mirada se posó en el brazo de Eryk, y mis hilos arcanos lo siguieron. Se enroscaron alrededor de su antebrazo.

—Rhea —dijo él, con la voz más baja ahora, teñida de cierta cautela—. ¿Qué estás haciendo?

—Creo que… —mis hilos arcanos flotaban sobre su piel—creo que puedo reescribir las reglas.

El dracónido me miró fijamente porque confiaba en mí, y entonces dejé que los hilos se movieran.

Fluyeron desde mis dedos hacia su piel, el rojo y el dorado entrelazándose y tomando forma con una precisión que no controlaba conscientemente. Las líneas se curvaron, se cruzaron y encajaron en su sitio como un símbolo que siempre había existido.

Una runa —no dorada, sino roja— brillaba con más intensidad que cualquier cosa que hubiera visto en la barrera o en mis amigos. Más salvaje. Porque no se trataba solo de un símbolo divino, también era arcano.

En el momento en que se completó, estalló.

Eryk contuvo el aliento bruscamente. La runa ardió en su antebrazo, abrasándose hasta cobrar vida con un pulso de poder que se extendió hacia afuera como una onda de choque.

Vale, había un cincuenta por ciento de posibilidades de que se enfadara por haber sido marcado por una bruja, pero contaba con que no se asustara.

Todo su cuerpo se quedó inmóvil.

—Rhea… —dijo—. ¿Qué acabas de…?

El poder golpeó.

Sus ojos brillaron en carmesí y luego en oro fundido. Las llamas rugieron por sus brazos, ya no eran rizos controlados, sino algo más grande y hambriento. El aire a su alrededor se calentó, la temperatura se disparó como si se hubiera encendido un horno.

La runa de su antebrazo volvió a latir, y esta vez sentí que el significado encajaba en su sitio. Fuerza soberana. Antigua. Desenfrenada. Dragón.

Eryk apretó la mandíbula mientras flexionaba la mano, mirando fijamente la runa brillante de su antebrazo como si hubiera reescrito toda su existencia.

—Puedo sentirlo— dijo, con la voz áspera, como si estuviera conteniendo algo enorme.

—Rhea… ¿qué es esto?

Tragué saliva.

—Creo… que le dije a tu magia que dejara de contenerse. El poder del dragón elevado a la quinta potencia.

Su mirada se clavó en la barrera. Las llamas a su alrededor se elevaron, enroscándose en sus brazos y hombros como algo vivo y

muy interesado en la destrucción.

Y entonces golpeó la barrera.

Una onda de choque de magia roja y dorada explotó hacia afuera cuando su puño impactó contra las runas divinas. La barrera gritó mientras su magia se fracturaba y se deformaba. Los símbolos dorados parpadearon y, a continuación, el escudo se hizo añicos.

Las runas se hicieron añicos en el aire, desintegrándose en chispas de luz que se desvanecían mientras la estructura que las mantenía unidas simplemente… fallaba.

Desaparecida. Así, sin más.

Eryk bajó el brazo; la runa brillaba en su piel y el calor emanaba de él en oleadas.

—Esa runa… —dijo lentamente— no sabía que pudieras hacer eso.

Yo también la miré fijamente, al significado que de alguna manera comprendía.

—Sí. Yo tampoco.

Me miró y sonrió.

—Ya era hora.

—Estaba un poco ocupada.

Volví a centrar mi atención en mis amigos. Entonces empecé a correr.

De cerca era peor, mucho peor.

Las runas doradas no se posaban sobre su piel como lo habían hecho en Sean. Estas eran más profundas. Más intrincadas. Los símbolos se arrastraban por sus cuerpos en cadenas en espiral, cada runa unida a la siguiente como una placa de circuitos divina. Pulsaban, drenando luz y algo más de ellos.

Vida.

Mis amigos colgaban allí, flácidos y desvaneciéndose, con sus cuerpos apenas aguantando.

Una furia aguda y horrible se retorció en mi pecho.

—Se han equivocado conmigo— susurré.

Mis hilos arcanos se lanzaron hacia delante. Cintas rojas y doradas brotaron de mis manos, deslizándose por las runas como cables vivos en busca de un punto débil. Los símbolos divinos

reaccionaron, brillando con más intensidad al entrar en contacto con mi magia.

—Bien —murmuré—. Hagamos lo que hicimos con las latas.

Mis hilos arcanos se deslizaron bajo la primera runa tallada en el pecho de Morty, y tiré.

El símbolo se resistió, con más fuerza que los caballeros.

Fruncí el ceño y seguí empujando, apretando mi magia alrededor de la estructura de la runa, tratando de desentrañar el nudo divino que la mantenía unida.

La runa parpadeó.

Entonces el cuerpo de Morty se sacudió y una fina línea de sangre se deslizó por su nariz.

Contuve el aliento. Detrás de él, Selene emitió un pequeño sonido ahogado. Su cabeza se ladeó débilmente hacia un lado, y una gota de sangre se deslizó también por su fosa nasal. A Marla le pasó lo mismo.

Maldita sea.

Estos símbolos eran diferentes de los de los caballeros. Aquellos habían sido armas, estos eran más bien como anclas.

Cada runa estaba directamente ligada a los cuerpos de mis amigos: su sangre, su fuerza vital. Cuanto más intentaba romper la estructura, más daño les infligía.

Apreté los puños.

—Cabrones —siseé, mirando hacia los dioses.

Si rompía las runas, si lo hacía mal, correría el riesgo de matar a las personas a las que había venido a salvar.

A mis espaldas, los dioses se habían quedado muy callados. Sabía que estaban observando, esperando a ver qué haría. Porque yo era el entretenimiento de esos cabrones.

Respiré lentamente.

—Vamos, piensa Rhea— me susurré a mí misma.

Mis hilos arcanos se cernieron de nuevo sobre las runas, con una luz roja y dorada parpadeando entre mis dedos.

Romperlas no funcionaría.

Entonces, ¿y si…

Me quedé mirando los símbolos brillantes que se arrastraban por el pecho de Morty. ¿Y si no los rompía? ¿Y si los cambiaba? Mi magia reaccionaba ante las runas divinas de una forma que nadie esperaba. Ni siquiera los dioses lo habían visto venir. Así que tal vez las runas no tenían que desaparecer. Tal vez necesitaban nuevas instrucciones.

De acuerdo, entonces.

Concentrándome, volví a empujar los hilos arcanos hacia delante, esta vez con más suavidad, deslizándome bajo la runa como dedos cuidadosos en lugar de garras.

El símbolo divino brilló con intensidad en el instante en que mi magia lo tocó, pero esta vez no tiré de él. Empujé hacia dentro.

El oro se agitó a través de mis hilos arcanos mientras la resonancia divina dentro de mi magia despertaba. El símbolo tembló al contacto, las líneas de la runa parpadeaban como si ya no pudiera decidir qué se suponía que debía hacer.

—Escucha —susurré entre dientes, en parte a mi magia, en parte a la runa.

Los hilos se tensaron suavemente alrededor de las líneas brillantes.

—Ellas no —continué. Maldita sea, estaba hablando con las runas. Me estaba volviendo loca.

La runa parpadeó con más intensidad.

—No son el objetivo— seguí diciendo.

Mi magia se adentró más en la estructura del símbolo.

—Déjalas en paz.

La luz dorada se intensificó.

Por una fracción de segundo sentí que algo dentro de la runa se resistía, como si una orden intentara mantener su forma.

Entonces mi magia cambió.

El oro de mis hilos arcanos brilló con más intensidad que antes, entretejiéndose a través de la estructura de la runa como luz solar fundida que reescribía el patrón desde dentro.

Las líneas brillantes se retorcieron, reorganizándose en una nueva forma que no reconocí.

Y, al parecer, tampoco los dioses, porque detrás de mí oí a alguien jadear.

La runa palpitó una vez y luego la luz se desvaneció hasta desaparecer. No se había roto. Se había liberado.

Morty respiró entrecortadamente mientras el color volvía a su rostro.

Había funcionado.

No tuve tiempo de saborear mi nuevo talento. Mis hilos arcanos volvieron a explotar hacia afuera, lanzándose a través de las runas de Selene a continuación.

Esta vez el proceso fue más fácil. Deslizarse bajo el símbolo, empujar, reescribir, cambiar, liberar.

Selene tosió violentamente cuando el último resplandor desapareció de su piel.

Quedaba una.

Marla. Sus runas estaban más oscuras ahora, latían más lentamente, como si ya le hubieran quitado demasiado.

—Aguanta —susurré.

Mis hilos arcanos se deslizaron bajo el último grupo de símbolos que cruzaba su pecho. La resonancia divina dentro de mi magia se intensificó, el oro resplandeciendo a través de los hilos carmesí como un incendio forestal. Mi magia se adentró más profundamente. La runa se agrietó, se retorció y se reescribió a sí misma. Entonces, el último símbolo se desvaneció.

El pecho de Marla se elevó bruscamente mientras inspiraba con fuerza.

Por un momento, el campo quedó en completo silencio.

Mis tres amigos se desplomaron débilmente, pero respiraban. Estaban vivos.

Mis hilos arcanos se enrollaron de nuevo alrededor de mis dedos, con la luz roja y dorada brillando juntas.

—Esa runa no existe —oí gritar a Galadael—. No puede existir.

Me di la vuelta y la vi ponerse en pie tan rápido que su asiento de mármol rozó ruidosamente contra la piedra. Su dedo señaló el lugar donde Marla había estado atada momentos antes.

—Ahora sí existe —dijo Kael con ligereza. Levantó su copa hacia mí en un pequeño brindis perezoso.

Tenía la sensación de que, si existieran las palomitas en la dimensión divina en la que vivían estas personas, él las estaría comiendo en ese mismo instante.

—Eso es imposible— continuó Galadael, alzando la voz—. Los mortales no pueden crear ni escribir nuestras runas. Solo los divinos pueden hacerlo.

Sus pálidos ojos se volvieron hacia mí.

—Ella es un… mono.

Sí. La odiaba de verdad.

Me volví hacia Eryk.

—Sácalos de aquí.

Eryk dudó durante medio latido.

—¿Estás segura?

Mis hilos arcanos ardían sobre mi cuerpo.

—Ya no soy yo quien necesita protección.

—Me gusta que me des órdenes— dijo el dracónido.

El cambio fue rápido y violento; la magia chispeó en el aire mientras su cuerpo se expandía y se retorcía. Los huesos se remodelaron, las alas se desplegaron y, en un abrir y cerrar de ojos, mi dragón se alzó donde antes estaba el hombre: enorme, oscuro y furioso.

Y la runa roja que había tallado en su forma humana brillaba en el brazo del dragón.

Interesante.

Varios de los dioses se inclinaron hacia delante en sus asientos de mármol. Ni siquiera ellos pudieron ocultar del todo su interés cuando un dragón adulto desplegó sus alas ante ellos.

El dragón ni siquiera les dirigió una mirada, con la atención puesta en mis amigos.

Y entonces se movió.

Sus enormes garras cortaron limpiamente las cuerdas que ataban a Morty primero. Mi compañero de habitación se desplomó hacia delante y, acto seguido, alzó la vista hacia el dragón que se cernía sobre él.

Sus ojos se abrieron como platos.

—Madre... —susurró Morty—. Sabía que eras grande, chico dragón, pero esto es de otro nivel.

Eryk bajó la cabeza con impaciencia.

Morty sonrió a pesar de la sangre seca que tenía bajo la nariz.

—Oh, claro que sí.

Agarró uno de los cuernos de Eryk y se subió a la espalda del dragón como un niño que se sube a una atracción de feria.

—Siempre supe que esta amistad daría sus frutos algún día—. Se acomodó entre las escamas—. Estoy montando un dragón. ¿Tienes idea de lo genial que es esto?

Eryk resopló una nube de humo que casi tiró a Morty de la cresta de su espina dorsal, que no tenía silla de montar.

—Si, perfecto— dijo Morty, agarrándose con más fuerza—. Céntrate en la misión de rescate.

Eryk se giró hacia Selene y Marla. Utilizó una de sus enormes garras para cortar las cuerdas marcadas por las runas que las mantenían en pie, atrapándolas antes de que pudieran desplomarse. Selene estaba inconsciente, con la cabeza ladeada débilmente mientras él la levantaba. Marla no se movió en absoluto.

Eryk acunó a ambas mujeres con delicadeza en el hueco de uno de sus enormes antebrazos, sujetándolas contra las gruesas escamas de su pecho como si no pesaran nada.

Morty se inclinó hacia delante sobre su espalda, asomándose hacia abajo.

—Santos dragones, oficialmente este es el viaje más extraño en el que me he subido nunca— exclamó Morty.

Las alas de Eryk se desplegaron. El viento del movimiento aplastó la hierba a nuestro alrededor. Di un paso atrás instintivamente mientras él se agachaba, preparándose para despegar. Sus ojos dorados de dragón se clavaron en los míos una vez más.

Vi preocupación y orgullo en ellos.

—Adelante —dije en voz baja.

El dragón no discutió.

Con un único y poderoso salto, Eryk se lanzó al aire. Sus alas se abrieron de golpe y la corriente descendente barrió el campo

mientras se elevaba hacia el cielo con Morty aferrado a su lomo y las dos mujeres descansando a salvo en sus garras.

—Cielos, que me parta un rayo. ¡Estoy volando!— resonó la voz de Morty mientras ascendían.

En cuestión de segundos ya estaban muy por encima de los campos, con el enorme dragón virando hacia las colinas lejanas.

Dejándome solo.

Lentamente, me volví hacia las gradas de mármol donde los dioses estaban sentados discutiendo.

Mis hilos arcanos se enroscaron de nuevo alrededor de mis dedos, con una luz roja y dorada parpadeando suavemente.

Y ahora…estaba realmente enojada.

24

No iba a mentirme a mí misma ni a fingir que era lo suficientemente fuerte como para darle una paliza a un dios porque, bueno, eso sería increíblemente estúpido.

Eran dioses. Probablemente podrían chasquear los dedos y convertirme en un montón de cenizas decorativas si realmente quisieran.

Pero *fui* lo suficientemente fuerte como para romper sus reglas, y eso parecía molestarles mucho.

Esa constatación se me metió en los huesos como un trago de whisky caliente. Lo notaba en la forma en que me miraban ahora, enfadados y confundidos sobre lo que eso significaba.

Lo tomé como una victoria.

Eryk me había advertido sobre los dioses. Les gustaba jugar con los mortales como niños aburridos con hormigas. No había nada honesto en ellos. Nunca, jamás, se debía confiar en un ser divino que sonreía demasiado.

Sí, los dracónidos tenían cierta historia con ellos. Y a juzgar por cómo iban las cosas esta noche, parecía que yo estaba a punto de empezar la mía propia.

Galadael estaba de pie, mirándome como si hubiera salido arrastrándome de un error cósmico. Lo cual, para ser justos, en cierto modo era así.

Mis hilos se enroscaban perezosamente alrededor de mis dedos mientras empezaba a caminar hacia los asientos de mármol. La hierba crujía bajo mis botas y la distancia entre nosotros se acortaba lentamente.

Ninguno de los dioses intentó detenerme. ¿Raro?

—Bueno —grité, deteniéndome a unos metros de distancia—. ¿Y ahora qué? ¿He aprobado vuestra prueba? ¿O era más bien una situación de examen parcial?

Nadie se rio. Un público difícil.

Galadael entrecerró los ojos.

—Interferiste en la ley divina.

—Sí —dije—. Ya lo mencionaste.

Su boca se torció.

—Crees que eso te da poder.

Me encogí de hombros.

—No. Lo que me da poder es el hecho de que todos estéis ahí discutiendo sobre lo que soy en lugar de castigarme.

Eso me valió unas cuantas miradas muy sombrías.

Detrás de ellos, la boca de Kael se curvó, lenta y complacida.

—Cuidado —dijo con voz arrastrada, suave como la seda—. Si dudas un momento más, podría reescribir algo más.

Mi mirada recorrió el grupo de dioses, observándolos uno por uno: el calvo, la diosa pelirroja, el tipo que parecía salido de una convención de magos. Ninguno de ellos parecía tan seguro de sí mismo como antes. Una energía nerviosa se había apoderado de ellos.

—Secuestraron a mis amigos —continué—. Los colgaron como si fueran adornos y enviaron a tres latas divinas a matarme.

Crucé los brazos.

— Y ahora están debatiendo la clasificación como si esto fuera una especie de reunión del personal celestial.

El silencio se extendió por el campo.

—Así que esta es mi pregunta —dije.

Mis hilos arcanos se encendieron alrededor de mis manos, entrelazando luz roja y dorada.

—.¿Qué pasa ahora? —Incliné la cabeza—. Porque si el objetivo era asustarme para que me sometiera…

Les dediqué una leve sonrisa.

— Ese tren lo perdieron hace unas cuantas runas.

—Las runas divinas son inmutables— dijo el dios de piel oscura con el traje amarillo, dando un paso al frente—. Son el lenguaje de la ley.

—Definen la autoridad— añadió el Dios-Gandalf, entrecerrando los ojos como si estuviera estudiando una ecuación que de repente había dejado de tener sentido.

—No pueden ser alteradas por una creación mortal.

—Fueron alteradas— añadió la diosa pelirroja—. Imposible.

—Entonces explica lo que hemos presenciado— espetó Bassiel.

Ahora estaban de pie. Todos ellos.

Los asientos de mármol detrás de ellos de repente parecían menos tronos divinos y más sillas en una reunión de comité muy tensa.

—Quizá la estructura rúnica se derrumbó— sugirió el dios Gandalf.

—No— dijo el dios de piel de ébano—. El símbolo cambió.

—Se reorganizó —confirmó Dios-Gandalf—. Se reescribió.

—Ella inscribió una runa en el dragón— dijo la diosa pelirroja, con un tono de voz que rozaba peligrosamente la incredulidad—. Una runa divina roja. Todos la vimos. ¿Cómo es posible?

Las palabras flotaban en el aire como un mal presagio.

Bajé la mirada hacia mis manos. Los hilos se enroscaban alrededor de mis dedos, entrelazándose en tonos rojos y dorados como si siempre hubieran estado así. Los moví ligeramente.

—Sinceramente— dije—, me pareció bastante elegante.

Galadael giró la cabeza bruscamente hacia mí y frunció el ceño.

Me encogí de hombros.

—Solo digo...

El dios Gandalf se acercó al borde de la plataforma de mármol, mirándome como si fuera un espécimen que se hubiera escapado de su jaula.

—Las runas divinas no son hechizos— dijo lentamente—. Son ley. No pueden ser escritas ni creadas por manos de brujas mortales. No puede ser.

Kael dio otro sorbo de vino.

—No paras de decir eso— dijo.

—Porque es verdad— dijo Dios-Gandalf.

Kael ladeó ligeramente la cabeza, estudiándome.

—Sin embargo— dijo amablemente— aquí estamos. Una bruja novata capaz de doblegar, destruir y reescribir tus runas.

Bassiel dio un paso al frente, con sus ojos plateados afilados como cuchillos.

—La resonancia no debería permitir esto— dijo—. La esencia divina nunca estuvo destinada a estabilizarse dentro de un recipiente mortal.

—Corrección —dijo Kael, levantando un dedo con pereza—. Nunca se pretendió que tuviera éxito.

Me miró de nuevo. Su sonrisa se amplió.

—Pero el éxito es mucho más interesante.

—Esto es obra tuya —espetó Galadael—. Tú colocaste la esencia divina en un linaje mortal.

—La compartí —corrigió Kael con ligereza, como si ella hubiera malinterpretado algo obvio—. Me sentía… generoso.

—Corrompiste el sistema, idiota— siseó ella.

Kael no se movió, completamente a gusto donde estaba, como si todo esto le resultara ligeramente entretenido.

—Oh, yo no lo llamaría corrupción— dijo—. Más bien una mejora.

Su mirada se desvió hacia mí, con una leve sonrisa cómplice esbozándose en sus labios.

—Además, si tu preciado sistema puede ser desentrañado por una bruja obstinada con problemas de actitud…

.Soltó una risita suave, casi encantada.

—Para empezar, nunca fue gran cosa como sistema.

Lo señalé.

—Me cae bien.

Galadael me ignoró.

—Debe ser destruida— dijo con frialdad—. Inmediatamente.

Ah. Ahí estaba. El discurso de «matemos a la bruja porque no sabemos qué hacer con ella». Qué original.

—¿Destruirla? —dijo Kael, casi divertida—. ¿Después de siglos diciéndome que era imposible? ¿Por fin demuestro que te equivocabas y tu respuesta es borrarla?

—Lo que él ha dicho— añadí, levantando la barbilla—. Matarme parece un poco prematuro.

La mirada plateada de Bassiel se posó en mis manos, en los hilos arcanos rojos y dorados que se arremolinaban perezosamente alrededor de mis dedos. Su expresión se volvió calculadora.

—Si ella puede alterar runas y crear otras— dijo— entonces…

El dios Gandalf asintió con gravedad.

—La estructura se volvería… inestable.

—La jerarquía se derrumbaría— añadió la diosa pelirroja.

El dios del traje amarillo asintió.

—La ley misma podría reescribirse.

Volvieron a quedarse en silencio. Porque todos comprendieron lo mismo al mismo tiempo. No era que yo pudiera destruir la magia divina. Era peor.

Podía cambiarla. Podía crearla.

Mi magia se arremolinaba en una mezcla de confusión y adrenalina. Estaba claro que los dioses me tenían pánico, no porque pudiera destruirlos, sino porque podía reescribir todo lo que habían construido. Genial, ahora era una máquina andante de reescritura apocalíptica. ¿Y ahora qué?

Nunca había pedido esta esencia divina. Nunca pedí que la maldición de Morven se convirtiera en esto… ¿este poder divino? ¿Hilos arcanos? Y ahora estaba atrapada en ello.

¿Pero estaba evolucionando? ¿Esta esencia divina había terminado conmigo? ¿O me iba a convertir en algo más parecido a ellos? No estaba segura de cómo me sentía al respecto.

Aun así, no estaba dispuesta a dejar que esos dioses decidieran mi destino. No era su mascota con la que jugar. Y ahora, para bien o para mal, fuera lo que fuera lo que hubiera cambiado en mí, podía usarlo. Lo usé. Me subestimaron.

Y si podía reescribir sus runas y romper sus leyes, ¿qué más podía hacer?

Kael soltó una pequeña risa de satisfacción.

—¿Leyes reescritas? Oh— dijo, agitando el vino en su copa como si estuviera en una fiesta en el jardín en lugar de en medio de un colapso divino.

—Esto se pone cada vez mejor.

Galadael bajó de la plataforma de mármol y caminó hacia él, el aire a su alrededor se tensó con ese mismo olor divino, dulzón y nauseabundo, que siempre me revolvía el estómago. Sus ojos ardían con una furia fría.

—Juegas a un juego peligroso, Kael.

El dios oscuro no parecía en absoluto preocupado. En todo caso, parecía entretenido.

—Creo que esto es mucho más informativo— respondió amablemente.

Galadael se detuvo a unos metros de él, su pálida mirada se desvió brevemente hacia mí antes de volver a Kael.

—Has depositado tu esencia en un linaje mortal— dijo. Su voz se volvió más grave, más aguda—. Has corrompido la frontera entre los mundos divino y mortal.

Kael ladeó ligeramente la cabeza, como si estuviera considerándolo. «

—Prefiero pensar en ello como… diversificación.

—No tienes ni idea de en qué se convertirá. ¿Verdad?— continuó Galadael, señalándome con un gesto irritado de la mano.

—No sabes cómo evolucionará la resonancia. Cómo crecerá.

Los demás dioses se habían quedado en silencio, observando el intercambio con atención.

Hice un pequeño gesto con la mano.

—Hola. Yo también estoy aquí.

Nadie me hizo caso.

Galadael se acercó a Kael.

—Has desestabilizado el sistema. La jerarquía. Todo.

Kael dio otro sorbo de vino.

—Siempre me pareció que el sistema era un poco rígido.

Ella frunció los labios.

—Ahora te ríes— dijo—, pero este experimento tuyo no te divertirá para siempre.

Kael arqueó una ceja.

—¿Experimento?

—No sabes qué poderes acabará teniendo— continuó Galadael, con voz fría y deliberada. Su mirada se posó en mí de nuevo.

—Y cuando por fin comprendas lo que has creado…— se inclinó hacia Kael—te darás cuenta de tu error.

Kael le sonrió.

—Yo no cometo errores.

—Serás tú quien la destruya— concluyó Galadael.

Crucé los brazos.

—Vaya, qué reconfortante.

Kael bajó su copa.

—Mi querida Galadael— dijo con ligereza— si destruyera todo lo fascinante que asusta al consejo divino...

Hizo un gesto perezoso hacia el grupo de dioses.

—Este universo sería increíblemente aburrido.

Los ojos plateados de Bassiel se entrecerraron.

—Este asunto no ha terminado.

—Por supuesto que no —respondió Kael alegremente.

El aire que rodeaba a los dioses se agitó de repente. Y entonces, una tras otra, sus siluetas comenzaron a difuminarse.

Galadael me dirigió una última mirada prolongada, una mezcla entre ira y repulsión.

—Hemos terminado—dijo.

Entonces, el sonido agudo del aire desplazado resonó por todo el campo. Uno a uno, los dioses se desvanecieron, sus formas disolviéndose en ondas de luz hasta que los asientos de mármol quedaron vacíos y el campo volvió a quedarse en silencio.

Todos menos uno.

Kael permaneció exactamente donde estaba, con una copa de vino en la mano, mirándome con un leve atisbo de sonrisa, como si se hubiera quedado atrás tras el mejor espectáculo de la temporada.

Yo no sonreía.

—¿Sabías que eso iba a pasar? ¿Que yo sería capaz de romper tus runas especiales y reescribirlas? ¿Incluso crear las mías propias? — le pregunté, entrecerrando los ojos para mirarlo.

Porque si lo sabía, estaba considerando seriamente usar mi nuevo talento mágico para enrollar mis hilos arcanos alrededor de su garganta engreída y ver si los dioses necesitaban oxígeno.

—Sabía que *algo* pasaría —respondió el dios, agitando el vino perezosamente en su copa como si estuviera recordando una velada agradable—. Y debo decir que me ha sorprendido gratamente lo acertado que estaba.

Exhalé un largo suspiro y me pasé una mano por el pelo.

—¿Así que esperabas que hiciera esto?

Los ojos rojos de Kael brillaron, y las comisuras de su boca se levantaron lo suficiente como para que pareciera insufriblemente satisfecho de sí mismo.

—Sí.

Por supuesto que sí.

Lo miré fijamente durante un segundo, sintiendo que esa sospecha familiar se apoderaba de mí de nuevo. El dios siempre iba tres pasos por delante en un juego que ni siquiera sabía que estábamos jugando.

—¿Sabías que iban a secuestrar a mis amigos y torturarlos con runas?

—Sí.

Me quedé boquiabierta.

—¿Y no te pareció que habría estado bien darme un pequeño aviso?

Kael dio un sorbo lento a su vino, saboreándolo como un experto mientras mi presión arterial subía unos cuantos puntos más.

—Tenía curiosidad por ver qué harías.

—Eres increíble.

—Soy un ser supremo, brujita —respondió con calma—. Con unos pómulos excelentes.

Chasqueó los dedos y otra copa de vino apareció en su otra mano, como si hubiera metido la mano en un minibar invisible. Me la tendió con un pequeño gesto teatral.

—Bebe, brujita. Te lo mereces.

Me quedé mirando la copa un momento antes de cogerla.

—¿Te lo has sacado de la manga?

El dios oscuro ladeó ligeramente la cabeza, sopesando la pregunta como si mereciera una respuesta filosófica seria.

—No— dijo finalmente—. Pero si prefieres esa historia de origen, se puede arreglar sin problema.

Resoplé a pesar mío, mientras parte de la adrenalina se desvanecía por fin de mi cuerpo. La risa me salió con más facilidad de lo que esperaba. Di un sorbo al vino y parpadeé.

—Pues en realidad, está muy bueno.

La sonrisa de Kael se amplió un poco.

—Déjame adivinar— continué, echando un vistazo a la copa—. Tiene siglos. ¿Proviene de tu propia bodega divina privada?

—Algo así— dijo con ligereza—. Digamos que el viñedo es… de difícil acceso.

Negué con la cabeza y tomé otro sorbo. La tensión que se había acumulado en mis hombros toda la noche por fin comenzó a aflojarse. Un poco. No mucho. Lo justo para darme cuenta de lo cansada que estaba en realidad.

—Esto va a empeorar. ¿Verdad?

Kael se tomó su tiempo para responder. Observó el cielo un momento, como si estuviera consultando la previsión meteorológica del apocalipsis.

—Los otros dioses creen que eres peligrosa— dijo al fin.

Lo miré por encima del borde de mi copa.

—¿Y tú?

Kael sonrió, lenta y pensativamente, como si hubiera estado esperando esa pregunta toda la noche.

—Creo— dijo, agitando el vino en su copa de nuevo— que eres nueva. Y fabulosa.

Antes de que pudiera pensar en un insulto adecuado para eso, el aire se agitó con un suave estallido y el dios oscuro se desvaneció, dejándome sola en el campo silencioso con una copa de vino divino y una lista de problemas que no paraba de crecer.

Me quedé allí de pie un momento, mirando fijamente el lugar donde había estado, sintiéndome a la vez muerta de miedo y extrañamente emocionada.

Solía pensar que tener la maldición de Morven era lo peor que me había pasado nunca.

Resulta que me quedé muy corta.

Ahora tenía a un grupo de dioses enfadados observándome, debatiendo sobre lo que era y considerando seriamente si debían matarme o no.

Eché la cabeza hacia atrás y me terminé el vino.

—Fantástico— murmuré.

Porque, al parecer, mi vida había pasado oficialmente de ser una bruja maldita a un problema divino.

25

El sol se ponía mientras conducía mi camioneta de vuelta a casa de Eryk, con el cielo tiñéndose de rayas naranjas y moradas intensas. La carretera estaba desierta, los árboles a ambos lados pasaban borrosos mientras mi cerebro reproducía las últimas horas en un bucle interminable que no ayudaba en absoluto a mi presión arterial.

Había intentado llamar a Marla. Me saltaba directamente al buzón de voz. A Selene. Lo mismo.

Lo cual podía significar muchas cosas perfectamente razonables, como que se les habían agotado las baterías o que se habían dejado los teléfonos olvidados en algún sitio. Quizás estaban durmiendo.

O tal vez las runas divinas habían terminado lo que habían empezado.

Sí, no iba a pensar en eso. Estaban con Eryk. Estaban a salvo.

Apreté con fuerza el volante. Lo último que vi fue a Eryk volando con ellas, con Morty aferrado a su espalda como si hubiera ganado la lotería sobrenatural, mientras Selene y Marla estaban acunadas en sus garras. Si hubiera llegado demasiado tarde… si esas runas hubieran causado más daño del que me había dado cuenta…

Parpadeé rápidamente, apartando ese pensamiento antes de que pudiera arraigarse.

Morty tenía mejor aspecto que los otros dos cuando Eryk lo levantó. Seguía pálido, seguía temblando, pero estaba consciente. Eso tenía que contar para algo. ¿No?

El problema era que había probado con ellos algo que nunca había existido antes de esta noche. Algo completamente nuevo. Algo para lo que no tenía ningún entrenamiento, sobre lo que no sabía nada y de lo que no tenía ni la más remota idea de cuáles podrían ser los efectos secundarios a largo plazo.

Exhalé y esperé que mi brillante y completamente improvisada cirugía mágica no hubiera matado accidentalmente a tres de mis amigos más cercanos.

Los árboles se abrieron y la mansión de Eryk apareció a la vista al final del largo camino de entrada, con la piedra oscura brillando bajo la última luz del día. El alivio me golpeó con tanta fuerza que apreté el acelerador con más fuerza sin siquiera pensarlo, salpicando grava detrás de mis neumáticos mientras aceleraba por el camino.

Apagué el motor antes incluso de que la camioneta se hubiera detenido por completo.

Llaves. Puerta. Salir.

Corrí el resto del camino por el camino de entrada, con mis botas golpeando el camino de piedra mientras me dirigía hacia las enormes puertas principales.

Y cuando levanté la mano para llamar… La puerta se abrió de par en par.

Eryk estaba allí, ocupando todo el umbral como una especie de comité de bienvenida muy alto y peligroso.

—Iba a ir a buscarte —dijo mi dracónido, con voz grave y áspera —. Estaba preocupado.

Apenas tuve tiempo de asimilar las palabras antes de que él diera un paso adelante y me atrajera hacia él en un abrazo. Unos brazos fuertes me envolvieron y me empujaron contra un muro de músculos y calor que parecía capaz de sobrevivir a una explosión nuclear. Su pecho era sólido, su agarre lo suficientemente firme como para recordarme que, si Eryk decidiera alguna vez luchar contra un oso, el oso probablemente debería empezar a escribir su testamento.

Era difícil resistirse.

Estaba caliente, duro y olía a humo de hoguera, agujas de pino y ese aroma almizclado que siempre se le pegaba después de transformarse.

Era peligrosamente embriagador.

Así que no me resistí.

Además… no me había dado cuenta de lo mucho que lo necesitaba. Sentirlo. Sus brazos alrededor de mí: sólidos, reales y vivos.

Para alguien que se había plantado en medio de una sala de audiencias divina y había reescrito el libro de reglas cósmicas, de repente me sentí muy humana.

Eryk me abrazó así durante un largo rato, con la barbilla apoyada brevemente sobre mi cabeza. Una de sus manos se deslizó por mi espalda con un movimiento lento y tranquilizador, como si quisiera asegurarse de que estaba bien.

—No debería haberte dejado allí —murmuró.

Resoplé suavemente contra su pecho.

—Tranquilo, chico dragón. Lo manejé.

Su agarre se tensó ligeramente.

—Sé que lo hiciste.

El orgullo en su voz hizo que mi estómago diera un pequeño vuelco, pero también había algo más oscuro allí. Su lado de dragón protector claramente había estado dando vueltas por la sala durante la última hora, esperando a que yo volviera a casa.

Al final, se apartó lo suficiente para mirarme, sus ojos dorados escudriñando mi rostro como si estuviera realizando un examen médico completo con nada más que pura terquedad.

—Estás herida.

Hice un gesto con la mano, como restándole importancia.

—Son solo unos moratones sin importancia. Está más lastimado mi orgullo.

Aun así, apretó la mandíbula.

—¿Te tocaron?

Arqueé una ceja.

—¿Te refieres a cuando intentaron matarme con caballeros divinos?

La expresión de Eryk se ensombreció. El fuego parpadeó a lo largo de sus antebrazos antes de que lo reprimiera.

Claro. Su antebrazo.

Le agarré el brazo y se lo giré, buscando la runa molona que había creado. Pero en lugar del símbolo rojo brillante, solo vi una marca rosada y tenue, una cicatriz.

La runa había desaparecido.

Eryk flexionó ligeramente la mano.

—Ha desaparecido… pero no parece que haya desaparecido del todo.

—Sí —dije, frunciendo el ceño mientras pasaba el dedo por el lugar—. ¿Cómo se sentía?

Exhaló lentamente, como si lo estuviera reviviendo.

—Como si fuera yo mismo… mil veces más fuerte.

—Vaya.

La boca de Eryk esbozó una leve sonrisa.

—Sí.

—¿Qué les pasó a mis amigos después de que te fueras?— pregunté, hablando rápido mientras las preguntas se amontonaban unas sobre otras.

—Marla no tenía muy buen aspecto. ¿Está bien? ¿Y Selene? ¿Morty?

La mirada de Eryk se suavizó un poco, y la tensión de su expresión se relajó.

—Todos están bien. Los traje aquí y en cuestión de minutos parecían estar como siempre, solo un poco desorientados, pero vivos.

Todo mi cuerpo se relajó de alivio, como si alguien hubiera cortado las cuerdas que me mantenían erguida.

—¿Los tres?— pregunté rápidamente.

—Los tres.

Cerré los ojos un segundo y dejé que eso calara en mí, sintiendo cómo la tensión se desvanecía de mis hombros.

—Bien— susurré.

Eryk se hizo a un lado, indicándome que entrara con una autoridad tranquila que, de alguna manera, lograba ser a la vez imponente y tranquilizadora. El tipo de gesto que decía «entra» sin decirlo en voz alta.

—Necesito unas vacaciones— dije, siguiéndole al interior y cerrando la puerta de una patada tras de mí. El calor de la pelea se aferraba a mi piel, tenía los nervios tan tensos que sentía que una sola mirada equivocada podría partirme por la mitad.

—De verdad. No he tenido unas vacaciones de verdad en años. No, espera. Nunca. Nunca he tenido unas.

Eryk sonrió por encima del hombro mientras se adentraba en la Casa.

—Puedo llevarte a cualquier lugar del mundo que quieras. Dime cuál, y nos iremos.

Lo miré fijamente durante un momento, olvidando que mi dragón podía —de verdad podía— llevarme a cualquier parte.

—¿Costa Rica?— dije lentamente—. ¿Perú?

—Hecho.

Arqueé una ceja.

—¿Así sin más?

El dracónido sonrió, con demasiada arrogancia para alguien que podía transformarse literalmente en un lagarto volador del tamaño de un pequeño avión.

—Así de fácil.

Puse los ojos en blanco.

—Debe ser genial tener alas.

Seguí a Eryk por la entrada. En cuanto entramos en la guarida, me detuve.

Morty, Selene y Marla estaban allí.

Vivos.

Eso debería haber aliviado el nudo que tenía en el pecho. No fue así. Se convirtió en algo más pesado.

Morty estaba tirado en uno de los sillones con toda la elegancia de un hombre al que acababan de utilizar como rehén decorativo. Se había echado una manta sobre el regazo, ya no llevaba corbata, tenía el cuello de la camisa abierto y su pelo parecía haber perdido

una pelea a puñetazos contra el viento divino. Selene estaba sentada erguida en el sofá, con una pierna cruzada sobre la otra, porque al parecer ni siquiera haber sido desangrada por psicópatas celestiales era suficiente para hacerla encorvarse. Pero el brillo agudo que solía rodearla se había atenuado. Su piel tenía ese tono descolorido, y la elegante línea de su boca parecía más tensa de lo habitual. Marla estaba sentada en el extremo más alejado, envuelta en una de las mantas de Eryk, con ambas manos alrededor de una taza. Parecía tan pálida que parecía que iba a desaparecer en la tela.

Durante un segundo, nadie dijo nada.

Entonces Morty levantó dos dedos con debilidad.

—Bueno —dijo, con voz áspera—. Eso ha sido espantoso.

Me quedé sin aliento.

—Estás bien.

Morty se miró a sí mismo. «

—Discutible.

Me adentré más en la habitación, y mis ojos captaron todos los pequeños indicios de que, en realidad, ninguno de ellos estaba bien. Las manos de Marla temblaban alrededor de la taza. Los hombros de Selene estaban demasiado rígidos. Morty parecía que se iba a caer de lado si alguien estornudaba con demasiada fuerza en su dirección.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Me has dado un susto de muerte.

Selene ladeó la cabeza.

—Sí, bueno. Estar atada a un poste mientras un grupo de inmortales demasiado elegantes observaban como si hubieran pagado por asientos de primera tampoco fue mi velada preferida.

—Gradas para los dioses —murmuró Morty—. Eso me va a perseguir.

Marla tragó saliva y fijó la mirada en su té. «Pensé…». Su voz sonó débil. Se detuvo y volvió a intentarlo. «Pensé que eso era todo».

Eso fue el colmo. Esa frase me atravesó el pecho.

La miré. Marla siempre se caracterizaba por su eficiencia enérgica, sus comentarios sarcásticos y una extraña seguridad

médica ante situaciones en las que nadie debería sentirse seguro desde el punto de vista médico. Verla así, pálida y conmocionada, pero intentando no demostrarlo, hizo que algo desagradable se retorciera en mi pecho.

—Lo siento —dije, con los ojos ardientes, mientras las emociones de esta noche me abrumaban todas a la vez.

Morty frunció el ceño de inmediato.

—No lo hagas, Roja. No lo hagas.

Lo miré.

—Te llevaron por mi culpa.

—Técnicamente —dijo Selene, alisando una arruga invisible de su manga—, nos llevaron porque un grupo de narcisistas divinos tiene la madurez emocional de aristócratas malcriados.

—Da lo mismo— le dije.

—No es así—. Morty se inclinó hacia delante y enseguida pareció arrepentirse, llevando una mano brevemente a su costado.

—Roja, mírame.

Desvié la mirada hacia él mientras me señalaba con un dedo.

—Esto no fue culpa tuya.

Abrí la boca.

Me interrumpió.

—No empieces. Soy demasiado mayor para ese discurso. Morí y volví, así que ahí lo tienes.

A pesar de todo, mi boca se crispó.

—Además— añadió, recostándose en la silla con una mueca— , si me van a secuestrar unos lunáticos divinos, francamente me alegro de que haya sido en buena compañía.

Selene soltó un suspiro silencioso, sin parecer impresionada.

—Por favor. Te pasaste todo el rato quejándote.

—No es verdad.

—Preguntaste si el encarcelamiento divino incluía servicio de bebidas y tabaco.

Morty pareció ofendido.

—Eran preguntas válidas.

Entonces se me escapó una risita, frágil y cansada, pero auténtica. El sonido me resultó extraño en la garganta después de

todo lo pasado.

Marla finalmente levantó la vista de su taza.

—Las runas… —tragó saliva—. No estaban drenando magia. Parecía como si lo estuvieran tirando todo. Mi magia, sí, pero también…

Frunció el ceño, buscando las palabras.

—A mí. Como si, de haber continuado mucho más tiempo, no hubiera quedado suficiente de mí para recomponerme.

Todos los músculos de mi cuerpo se enfriaron.

Eryk se acercó por detrás. No dijo nada, pero la cueva pareció calentarse un poco de todos modos.

La expresión de Selene se endureció.

—A mí tampoco me gustó esa parte.

Morty se pasó una mano por el pelo. —Te oí gritar —dijo, mirándome ahora—. No podía moverme. No podía responder. ¿Sabes cuánto odié eso?

El nudo en mi pecho se apretó aún más.

Miré de uno a otro. Mis amigos. Pálidos. Agotados. Conmocionados. Vivos, pero por un pelo. Y lo único en lo que podía pensar era en lo cerca que había estado de perderlos a todos en una sola noche porque los dioses habían decidido que mi vida necesitaba un poco más de guerra psicológica.

Mis dedos se curvaron a los lados. El calor parpadeó bajo mi piel, pero reprimí la ira antes de que mis hilos arcanos pudieran tomarlo como una invitación. No iba a hacer esto ahora.

Por un momento, la habitación se sumió en un silencio extraño y tenso —no precisamente cómodo, sino del tipo que sigue a algo horrible, cuando todos están haciendo balance mientras fingen que no es así.

Entonces Morty miró a Eryk por encima de mi hombro.

—Sabes, para ser un tipo que se convierte en un lagarto gigante que escupe fuego, te mantienes extrañamente firme en una crisis.

La voz de Eryk sonó seca.

—Puedes irte si quieres.

Morty sonrió.

—Ahí está.

Selene se levantó con suavidad del sofá, aunque el movimiento fue más lento de lo habitual. Miró hacia la puerta como si oyera algo que el resto de nosotros no podíamos oír.

—Mi amigo está aquí.

Sí, hay que amar ese superoído vampírico.

Morty parpadeó.

—¿Has pedido un coche?

Ella le dedicó una sonrisa.

—A diferencia de algunas personas, no tengo intención de pasar la noche tirada en los muebles de otra persona con aspecto trágico.

Morty se llevó una mano al pecho.

—A mí me queda bien el aspecto trágico.

La mirada de Selene se deslizó hacia Marla.

—Ven. Necesitas descansar bien, y no confío en que ninguno de vosotros tome decisiones sensatas esta noche.

Marla parecía querer discutir, pero al parecer decidió que estaba demasiado cansada para meterse en eso. Dejó la taza con cuidado y apartó la manta. Morty también se puso en pie, más lento de lo normal y con mucho menos aire de no-muerto de lo que probablemente le hubiera gustado.

Me miró.

—¿Vas a estar bien, Roja?

Era una pregunta tan ridícula en ese momento que casi me echo a reír de nuevo.

—No —respondí con sinceridad.

Morty asintió una vez.

—Bien. Eso habría sido espeluznante.

Selene se dirigió hacia la puerta, deteniéndose solo lo suficiente para mirarme con esa mirada aguda y demasiado perspicaz que tenía.

—Nos has salvado— dijo—. Intenta no estropearlo sumiéndote en la autoculpa antes de que amanezca.

Y así, como era Selene, se dio la vuelta y salió de la habitación como una reina vampira ofendida que abandona una ópera decepcionante.

Morty me señaló mientras la seguía.

—Escucha a la vampiresa. Palabras que nunca pensé que diría.

Marla se detuvo frente a mí durante medio segundo. Parecía agotada, pero ahora brillaba algo más firme en sus ojos.

—Duerme un poco— dijo—. Dormir ayuda. Mañana todo estará mejor. Siempre lo está.

Luego siguió a los demás hacia fuera.

Me quedé allí, en medio de la habitación, de repente demasiado consciente de lo cansado que estaba, de lo mucho que me temblaban las manos, de lo delgado que era el hilo que me separaba de perder el control.

Detrás de mí, Eryk se acercó.

No me di la vuelta de inmediato. Cerré los ojos un segundo y me permití respirar mientras los últimos resquicios de la Casa se asentaban a nuestro alrededor y la noche, por fin, por fin dejaba de gritar.

—¿Te traigo algo de beber?— dijo el dracónido, sacándome de mis pensamientos.

Negué con la cabeza y me dejé caer en el brazo de uno de los sillones de cuero.

—Ya me tomé una copa con Kael.

El ceño fruncido que apareció en su rostro fue instantáneo.

Levanté una mano rápidamente.

—No pasa nada. Los dioses se marcharon y él me invitó a una copa para celebrar lo que fuera que hubiera pasado. Y probablemente el hecho de que estuviera viva. Vino. Vino de lujo. Muy dramático. Muy divino.

—Rhea —dijo Eryk, y su tono me hizo fijarme en su rostro. El humor había desaparecido por completo, sustituido por algo más duro.

—No es tu amigo. No puedes confiar en él.

Suspiré y me froté la nuca.

—Sí, eso ya me lo había imaginado.

Eryk se acercó, y su presencia llenó de repente la habitación de tal manera que dejó muy claro que bajo esa piel humana vivía un dragón.

—Te estás equivocando al pensar en él— continuó, con la voz más baja ahora, pero mucho más seria—. Los dioses no tienen amigos, no en el sentido en que nosotros entendemos la palabra.

—Lo sé— murmuré.

—No— dijo con firmeza—. No lo sabes.

Levanté la vista hacia él.

Sus ojos dorados eran ahora intensos, clavados en los míos.

—Para ellos, los mortales son piezas en un tablero— dijo—. Entretenimiento. Experimentos. A veces mascotas. A veces plagas.

—Genial.

—Kael puede que se ría contigo —continuó Eryk, ignorando mi sarcasmo—. Puede que te anime. Puede que incluso te proteja cuando le convenga.

Arqueé una ceja.

—No es que me estés convenciendo precisamente de que esto sea una amistad.

—Pero nunca dejará de ser un dios— concluyó Eryk—, y los dioses no piensan como nosotros. No se preocupan como nosotros. Si ayudarte se vuelve inconveniente… o aburrido… se alejará. O algo peor.

Por desgracia, no se equivocaba. Tenía toda la razón, dolorosamente.

Porque Kael ya había demostrado exactamente lo mucho que disfrutaba viéndome sufrir. El linaje maldito. La esencia divina. Las «pruebas». El vino mientras torturaban a mis amigos.

Sí. Un tipo estupendo.

Me recosté en la silla y exhalé lentamente.

—Me lo advirtió —admití—. Más o menos. A su manera engreída, críptica, del tipo «veamos sufrir a la bruja».

Eryk cruzó los brazos y me observó con atención.

—¿Y eso no te preocupó?

—Oh, claro que sí —dije—. Pero, por ahora, es el único dios que no está intentando matarme activamente.

Eryk apretó la mandíbula.

—Eso no lo convierte en tu aliado.

—No —asentí—. Eso lo convierte en… alguien complicado. Me masajeé las sienes un momento; el cansancio del día por fin se había apoderado de mí.

Kael era un dios oscuro, el mismo que había maldecido a toda mi familia. Y todos los miembros de esa familia —todos y cada uno de los que me importaban— estaban muertos.

Sí. Kael no era mi amigo.

—Lo sé —dije en voz baja—. Tienes razón. En todo.

La expresión de Eryk cambió ligeramente, como si algo en lo más profundo de su ser hubiera encajado en su sitio. Sus ojos dorados se suavizaron, pero ahora también vi calor en ellos.

—Bien.

Nos quedamos allí mirándonos el uno al otro un poco más de lo socialmente aceptable. Ya sabes, ese tipo de momento en el que tu cerebro empieza a gritar: «Di algo normal», pero tu boca se queda ahí como una idiota.

—No puedo perderte— dijo Eryk.

Bueno. Eso me revolvió las tripas.

Su voz había bajado a ese tono grave y serio que pasaba por alto mi cerebro por completo y llegaba directamente a mi corazón.

—Rhea— continuó, acercándose—. No tienes ni idea de lo que te has convertido para mí.

Fantástico. Mi corazón empezó inmediatamente a hacer acrobacias peligrosas.

Incliné la cabeza, intentando parecer despreocupada en lugar de emocionalmente vulnerable.

—Bueno— dije con ligereza—, soy extremadamente encantadora. La gente suele darse cuenta.

Eryk sonrió como si supiera exactamente lo que estaba haciendo y me estuviera dejando salirse con la mía.

Entonces se acercó más. Extendió la mano y me tocó la mejilla, con firmeza y cuidado, como si pensara que podría desaparecer si se movía demasiado rápido. Su pulgar rozó mi piel mientras su mirada buscaba la mía, con una seriedad que me revolvió el estómago.

Entonces me besó.

Emití un pequeño sonido. No vamos a analizar ese sonido.

El beso se intensificó, sin prisas, pero con seguridad, y de repente el mundo fuera de la casa de Eryk dejó de existir. Mis manos se deslizaron por su pecho, sintiendo los músculos duros bajo su camisa, y susurré:

—Ventajas de ser un dragón— justo contra su boca antes de que mi cerebro pudiera detenerme.

Eso me valió un gruñido sordo desde lo más profundo de su pecho que, desde luego, no ayudó a mi capacidad para pensar con claridad.

Me aparté ligeramente, sonriendo.

—Para que conste, esto cuenta como celebración.

—¿Celebración? —murmuró Eryk, inclinándose de nuevo hacia mí.

—Ya sabes —dije, haciendo un gesto vago entre nosotros—. Todo ese hito de «sobrevivir a dioses enfadados y no morir».

Sus ojos se oscurecieron.

—Ah.

Volvió a rozar mis labios con los suyos, esta vez más despacio.

—¿Te refieres a celebrar así?

Aunque ya nos habíamos besado antes, su sabor me hizo sentir un calor que me recorrió el cuerpo como si alguien hubiera conectado mi sistema nervioso directamente a una red eléctrica. Su beso ya no era suave. Era feroz, posesivo, y yo me derretí en él.

Su lengua rozó la mía, y yo le devolví el beso con la misma intensidad, agarrándole por la parte delantera de la camisa y atrayéndole hacia mí. Luego le besé la mandíbula y el cuello antes de mordisquearle la oreja.

Él gimió.

Lo cual, para que conste, fue un sonido extremadamente motivador.

—¿De cuánta celebración estamos hablando? —preguntó Eryk mientras se apartaba ligeramente. Luego empezó a quitarse la camisa. Al parecer, los dragones creían en las revelaciones dramáticas, porque un momento después estaba allí de pie, sin camisa, y... ¡guau!

Simplemente… guau.

En primer lugar, porque no había planeado que esta noche se convirtiera en un tango horizontal. En segundo lugar, porque de alguna manera estaba más sexy sin ropa. Tenía abdominales. Un montón. Hombros perfectos y brazos que parecían capaces de cargar mi camioneta.

Sonriendo como una idiota, me quité la chaqueta y la tiré a un lado.

—Estoy pensando —dije—, en el tipo de celebración que dura toda la noche.

Los ojos de Eryk brillaron.

—Ahora sí que hablas.

—Quizás con repeticiones.

—Ah, ¿sí? —dijo en voz baja.

—¿Crees que podrás con eso, dragón?

Me ajusté la camiseta y, de repente, sentí un calor que me recorrió la piel.

Parpadeé. Luego volví a parpadear.

Mi camisa, que estaba a medio quitar, de repente estalló en inofensivas chispas doradas y se desvaneció en el aire.

Me quedé mirando mis manos vacías.

—Eryk.

El dracónido parecía muy satisfecho de sí mismo.

—¿Qué?— dijo con inocencia.

Bajé la mirada. Mis vaqueros ardieron durante medio segundo antes de disolverse en brasas incandescentes.

—Dios mío.

Eryk cruzó los brazos con indiferencia, observando.

—¡Eran mis favoritos!

Una llama de fuego de dragón se enroscó alrededor de sus dedos. Otro soplo de calor, y luego…

Mi sujetador fue el siguiente en desaparecer.

Jadeé.

—No habrás...

Puf.

Mi ropa interior se desvaneció en una pequeña lluvia de chispas.

Y así, de repente, me quedé allí completamente desnuda.

Durante dos segundos enteros me quedé mirándolo en un silencio atónito. Luego me eché a reír.

—Me has quemado la ropa— dije entre risas—. Eres un dragón retorcido.

La mirada de Eryk recorrió mi cuerpo, llena de calor. «

—Me estorbaban.

—Pues perdóname— dije, abriendo los brazos de forma dramática—. La próxima vez apareceré desnuda de antemano para ahorrarte el esfuerzo.

—Eres preciosa —dijo. Su voz se había vuelto áspera, hambrienta, de una forma que me provocó un escalofrío que me recorrió la espalda.

Acorté la distancia entre nosotros y me abalancé sobre él como una mujer sin ningún tipo de control sobre sus impulsos.

Caímos sobre la alfombra en una maraña de extremidades y risas. Sus manos ásperas y callosas se deslizaron sobre mi piel, provocando chispas allá donde tocaban. Durante mucho tiempo me había sentido vacía. Ahora quería lo contrario.

Mis manos recorrieron los poderosos músculos de su espalda mientras lo atraía hacia mí. Eryk me besó de nuevo, esta vez más profundamente, y el resto del mundo se desvaneció.

Lo que siguió fue un torbellino de calidez y risas mezcladas con ardor, besos que me hacían retorcer los dedos de los pies y momentos en los que mi cerebro olvidaba por completo cómo funcionaba el lenguaje.

Al parecer, los dragones eran unos fiesteros muy entusiastas.

Y cuando las cosas finalmente se calmaron lo suficiente como para que pudiera volver a respirar, me di cuenta de algo importante.

Por primera vez en mucho tiempo, no tenía miedo del futuro.

No cuando estaba aquí.

Con él.

26

Me apoyé en la encimera de la cocina, con una copa de vino tinto en la mano, observando a Marla cortar cebolletas con la precisión de un cirujano realizando una operación a corazón abierto en una verdura. Chop. Chop. Chop. El cuchillo se movía con trazos limpios y perfectos antes de que ella echara los pequeños aros verdes en una sartén donde la mantequilla y las hierbas ya chisporroteaban.

Solo el olor casi me hacía babear.

Marla siempre cocinaba como si intentara sanar el mundo, una sartén tras otra. Esta noche parecía más bien que intentaba mantener el mundo unido con mantequilla y cebolletas picadas.

Tenía un pequeño moratón sobre la ceja derecha, como si se hubiera golpeado la cabeza con algo. Su pelo también estaba más revuelto de lo habitual, con mechones escapándose de la cuidadosa trenza en la que normalmente lo llevaba. Aparte de eso, nadie diría que hacía menos de veinticuatro horas había estado atada a un poste, cubierta de runas divinas y a punto de morir mientras un grupo de dioses aburridos observaba como si fuera una noche de cine.

Hoy estaba cocinando porque, al parecer, así era como Marla se las arreglaba. Dar de comer a la gente primero. Tener una crisis más tarde.

—No como arroz frito con pollo —dijo la voz de Selene desde la mesa detrás de mí—. Mi apetito… está en otra parte —ronroneó, alargando la última palabra como si la estuviera saboreando.

Ni siquiera tuve que darme la vuelta para saber exactamente a quién estaba mirando.

A Morty.

Aun así, miré y me reí en mi copa de vino mientras las puntas de sus orejas se ponían tan rojas que parecían bengalas de emergencia.

—Sí, sí— dijo Marla, agitando una espátula con desdén en dirección a Selene sin siquiera levantar la vista de los fogones.

—Te hemos traído una caja de esa sangre añeja que te gusta.

¡Qué asco!

—Maravilloso— dijo Selene, animándose de inmediato.

La vampiresa estaba recostada en una de las sillas de la estación Merlín como si estuviera posando para una sesión fotográfica de revista. Su larga melena negra caía sobre el respaldo de la silla, y se miraba las uñas como si ayer no la hubieran estado a punto de convertir en un zumo divino.

Resopló ligeramente.

—Aunque debo decir que los dioses me han estropeado por completo uno de mis mejores trajes.

Morty levantó la vista.

—¿Qué han hecho qué?

—Mi traje —repitió Selene con paciencia—. Hecho a medida. Seda italiana. Irreemplazable.

Morty parpadeó.

—Estabas literalmente muriéndote.

—Sí —dijo ella con calma—, y ahora ya no, pero el traje se ha perdido.

Levantó un pie y frunció el ceño.

— Y he perdido un Jimmy Choo.

La miré fijamente.

—Estabas atada a un poste siendo asesinada por runas divinas.

—Sí —repitió ella.

—Y estás enfadada por un zapato.

—Era un zapato muy caro.

Al otro lado de la cocina, Marla removía el arroz en la sartén, ignorándonos por completo a todos.

—Marla —dije con cautela.

—¿Sí?— respondió, sin levantar la vista.

—Te acuerdas de lo que pasó ayer, ¿verdad?

La espátula se detuvo durante medio segundo antes de que ella volviera a remover.

—Recuerdo que estaba aquí— dijo con calma—. Recuerdo que empecé a cocinar, como estoy haciendo ahora.

—¿Y? ¿Después de eso?— insistí.

Suspiró y finalmente se volvió hacia mí, con esa expresión firme y obstinada propia de una bruja blanca que dejaba claro que discutir no serviría de absolutamente nada.

—Rhea —dijo con tono sereno—, he decidido no hablar de entidades divinas en mi cocina.

—Así que sí te acuerdas.

Técnicamente era mi cocina, pero no iba a corregirla, sobre todo cuando estaba cocinando para mí, para nosotros.

—Recuerdo que la mantequilla se quema si dejas de removerla— respondió.

Morty nos miró a los dos.

—Eso es un sí.

Marla le apuntó con la espátula.

—No empieces conmigo.

Los observé a todos durante un momento.

Las bromas. Las quejas. La ridícula conversación sobre zapatos y sangre. Y, de repente, se me oprimió el pecho. Porque ayer se estaban muriendo.

Marla estaba tan pálida que pensé que ya había muerto. La cabeza de Selene colgaba hacia un lado como la de una muñeca rota. Morty apenas estaba consciente.

Esos malditos dioses habían convertido a mis amigos en meros accesorios para su pequeño experimento divino.

Y durante unos horribles segundos allí atrás… pensé que los había perdido.

La idea me golpeó como un puñetazo en las costillas.

Di otro sorbo de vino e intenté disimular cómo se me tensaba la mano al agarrar la copa. Nunca más. Si esos dioses creían que podían jugar con la gente que me importaba, bueno… estaban a punto de descubrir que yo jugaba duro.

—A ver si lo entiendo bien —dijo Morty, encendiendo un cigarrillo.

Dio una larga calada, se recostó en la silla como si se estuviera acomodando para un programa de radio nocturno y exhaló el humo hacia el techo.

—Eres mitad bruja, mitad dios, y el sistema divino no tiene ni idea de qué hacer contigo.

Suspiré y removí el vino en mi copa.

—Más o menos.

Mi compañero de piso sonrió como si le hubiera dicho que había ganado la lotería sobrenatural.

—Genial.

Lo miré fijamente.

—Yo no diría eso. No. Más bien otra maldición. O algo peor.

¿Y qué era peor que una maldición? Una mega maldición. Una maldición divina. Algo que llamó la atención de seres aburridos y poderosos que, al parecer, pensaban que secuestrar a tus amigos y casi matarlos era un pasatiempo aceptable.

Morty se encogió de hombros, completamente imperturbable. «Oye, míralo de esta manera. Has hecho un agujero en su libro de reglas cósmicas. Eso tiene que contar para algo».

—Sí— dije—. Una sentencia de muerte.

Dio otra calada al cigarrillo, asintiendo con la cabeza como si estuviera sopesando esa posibilidad.

—También es posible. ¿Qué opina el chico dragón?— preguntó.

Di otro sorbo de vino.

—Dice que no debería confiar en Kael.

Morty soltó una bocanada de humo por la nariz.

—Bueno, ese es un buen consejo para la vida en general. Regla número uno. No confíes en los seres cósmicos ancestrales.

Selene, que había estado recostada al otro lado de la mesa como una reina aburrida observando a los plebeyos, arqueó una ceja de

forma perfecta.

—Personalmente— dijo, inspeccionándose las uñas—, nunca confío en nadie que disfrute del caos tanto como ese dios.

—Eso es porque tú eres el caos— señaló Morty.

Ella sonrió dulcemente.

—Sí. Pero soy sincera al respecto.

Marla se giró desde los fogones, con una cuchara de madera en la mano como si fuera un arma.

—Tu dragón tiene toda la razón— dijo con firmeza—. No pienses ni por un momento que Kael quiere ayudarte.

Morty levantó un dedo.

—Secundo eso.

—Él es quien empezó todo esto— continuó Marla—. Maldijo tu linaje, introdujo esencia divina en tu familia. Nada de lo que te está pasando es accidental.

Selene ladeó ligeramente la cabeza.

—Los dioses no cometen accidentes.

—Exacto —dijo Marla. Apuntó con la cuchara hacia mí—. Haga lo que haga Kael, es por su propio interés. Siempre. Así es como actúan los dioses, como seres narcisistas que tratan a los mortales como piezas en un tablero.

Morty sacudió la ceniza en una taza.

—O como aperitivos.

Selene esbozó una sonrisa burlona.

—Depende del dios.

Asentí con la cabeza, con la mirada fija en mi copa de vino.

Porque Marla tenía razón. Todos tenían razón. Pero eso no impedía que una sensación de inquietud se instalara en el fondo de mi mente.

Porque Kael no se había mostrado sorprendido cuando reescribí aquellas runas. No realmente. Más bien interesado. Como alguien que ve cómo finalmente se desarrolla un resultado largamente esperado.

Y eso me inquietaba.

Lo que me molestaba más era la creciente sospecha de que Kael sabía algo que el resto de nosotros no sabíamos. Algo sobre mí. Algo

sobre los otros dioses. Algo sobre en qué me estaba convirtiendo.

¿Y lo peor de todo? Tenía la sensación de que era importante. Muy importante. El tipo de secreto que podía costarle la vida a alguien.

Tampoco les había dicho a mis amigos que, al parecer, podía dibujar mis propias runas, como la que le había puesto a Eryk en el brazo. La roja que había cobrado vida bajo mis hilos arcanos como si me hubiera estado esperando todo ese tiempo.

Y luego estaba lo que le había hecho a él.

No es que hubiera omitido esa parte a propósito. Es solo que no tenía ni idea de cómo explicarlo sin parecer completamente desquiciada. Joder, ni siquiera yo misma lo entendía. Lo único que sabía era que había dibujado algo que antes no existía, en un idioma que no tenía por qué entender, y de alguna manera había hecho que mi dragón fuera mucho más fuerte.

Eso debería haberme aterrorizado. Bueno, sí, me aterrorizó. Pero si era sincera conmigo misma, bajo el miedo se escondía también algo más: asombro y emoción.

Porque esa runa no me había parecido prestada. No me había parecido que estuviera copiando a los dioses o repitiendo como un loro algún antiguo truco divino. Me había parecido *mía*.

Esa era la parte en la que no podía dejar de pensar.

No solo que pudiera reescribir sus runas. Sino que pudiera crear otras nuevas.

¿Era esto también algo que Kael sabía? ¿O tal vez esperaba que sucediera? ¿Que su pequeña bruja no solo sobreviviera al poder divino… sino que empezara a hablar su idioma?

Y si podía escribir una runa en la piel de Eryk, ¿qué más podría escribir?

Dejé el vaso sobre la mesa. Pero si Kael pensaba que me iba a quedar sentada esperando a que revelara su plan maestro como un villano de una mala película, se iba a llevar una sorpresa.

Porque, de una forma u otra, lo iba a descubrir.

De repente, me llegó el familiar tac-tac-tac de la máquina de escribir.

—Llega un mensaje, Roja —dijo Morty.

Me levanté de la encimera y me dirigí a la pequeña oficina. Había escrito al Grupo Merlín y dejado un mensaje de voz al Consejo de Gallows Gate diciendo que la muerte de Sean se debía al ataque de un mago. Y que la amenaza había sido neutralizada, abatida en combate. Sí, era una mentira. Pero no podía decir la verdad sin dañar mi reputación y mi carrera. Si el Grupo Merlín supiera que tenía esencia divina en mis venas, como Lyssandra lo había sabido, o bien vendrían más a intentar quitármela, o me encerrarían en la Ciudadela de Grimway, la prisión paranormal. Peor aún, podrían matarme.

Ninguna de esas opciones era aceptable. Y, en el fondo, me dolía que Sean, un inocente, hubiera muerto a manos de esos juegos que jugaban los dioses.

Pero yo no sabía que esto iba a pasar. Si lo hubiera sabido, habría hecho todo lo posible por evitarlo.

Bajé la mirada hacia la máquina de escribir, hacia la hoja de papel que descansaba en el rodillo.

CENTRAL DE DESPACHOS DEL GRUPO Merlín — CORRESPONDENCIA OFICIAL

A: AGENTE DE CAMPO RHEA MORVEN

CASO N.º 005: SEAN GREY, HOMBRE OSO, GALLOWS GATE — CASO CERRADO

A RAÍZ DEL INFORME QUE NOS HA ENVIADO, LA INVESTIGACIÓN SOBRE LA MUERTE DE SEAN GREY Y LAS RUNAS MISTERIOSAS, CASO N.º 005, QUEDA POR LA PRESENTE CERRADA.

SE TOMA NOTA DE TU ÉXITO EN LA ELIMINACIÓN DE LA AMENAZA DEL MAGO OSCURO.

NO SE REQUIERE NINGUNA CORRESPONDENCIA ADICIONAL A MENOS QUE SURJA UNA NUEVA AMENAZA.

—¿Todo bien, Roja? —preguntó Morty desde detrás de mí.

Me di la vuelta. Morty estaba apoyado en el umbral como si hubiera nacido allí, con un hombro apoyado en el marco y un cigarrillo colgando de los labios como un accesorio de una película de detectives en blanco y negro.

—Solo una confirmación de…

El resto de mis palabras se me atragantaron en la garganta.

Por un segundo, la luz de la ventana de la oficina lo atravesó… algo no cuadraba. No era transparente como un fantasma, pero tampoco como una persona mortal de carne y hueso. Los contornos de su figura parpadearon solo por un instante.

¿Qué demonios?

Cuando volví a mirar, ya había desaparecido. Morty volvía a ser sólido, exactamente donde había estado, con una ceja levantada como si estuviera esperando a que terminara la frase.

—¿Qué?— dijo Morty, sacándose el cigarrillo de la boca y entrecerrando los ojos para mirarme.

—Parece que has visto un fantasma— se rio—, lo cual, ya sabes, resulta un poco insultante teniendo en cuenta mi situación actual.

Pero yo no me reí.

—Nada —dije lentamente—. Solo que el Grupo Merlín me ha dicho que el caso está cerrado.

Lo estudié, buscando cualquier señal de que lo que había visto no fuera una alucinación, pero no encontré ninguna.

—Bueno, brindaré por eso— dijo Morty alegremente. Se apartó del umbral, volvió a la cocina, cogió una botella de vino de la mesa y empezó a abrirla.

—Caso cerrado, nadie muerto, bueno, nadie *nuevo* muerto, y no nos ha fulminado la gente enfadada del cielo. Eso es lo que yo llamo una semana exitosa.

El corcho saltó. Se sirvió una copa como un hombre que celebra el simple milagro de estar vivo: algo totalmente normal, mundano y muy mortal.

Mi buen amigo Morty.

Por un momento, el aire a su alrededor se sintió más frío.

Estaba todo sonrisas mientras Selene le guiñaba un ojo desde el otro lado de la habitación. Feliz de estar vivo. Sólido. Capaz de disfrutar de nuevo de las ventajas. La comida. El vino. La compañía. La vida.

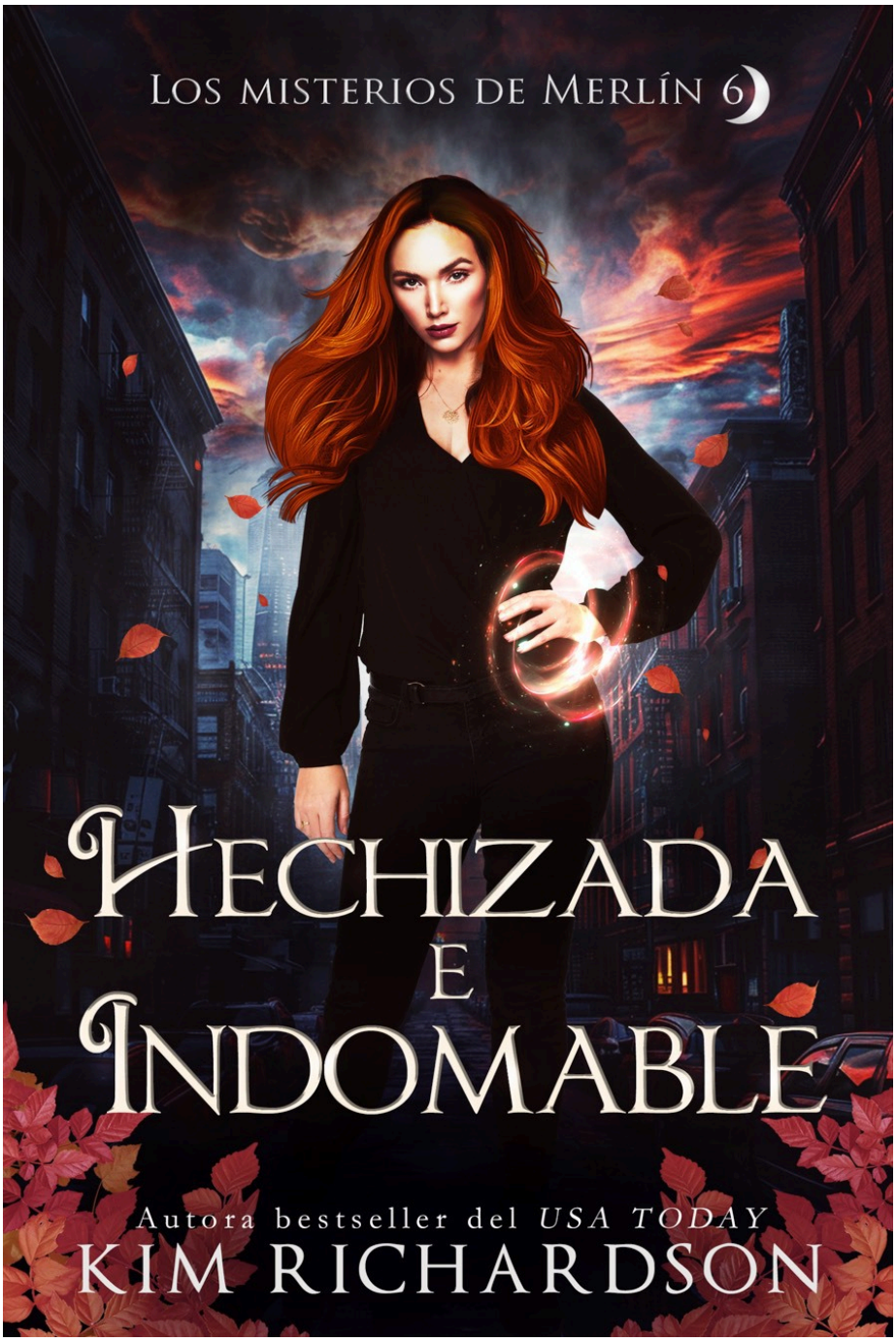
Entonces, ¿cómo le dije que había visto un destello de su antiguo yo fantasmal?

Los dioses aún no habían terminado conmigo.

Y ahora empezaba a pensar…

Que tampoco habían terminado con Morty.

¡No te pierdas el próximo libro de la serie —Los misterios Merlín!



LIBROS DE KIM RICHARDSON

SERIE LOS MISTERIOS DE MERLÍN

Licencia para conjurar

Bruja bajo libertad condicional

Conducta mágica reprobable

Bruja bajo asedio

SERIE LAS BRUJAS DE HOLLOW COVE

La Bruja de las Sombras

Hechizos de Medianoche

Noches Encantadas

Mojo Mágico

Maleficios Prácticos

Perversas Costumbres

SERIE SOMBRA Y LUZ

Caza Oscura

Vinculada A La Oscuridad

El Ascenso de la Oscuridad

El Regalo Oscuro

Maldición Oscura

Ángel Oscuro

Ataque Oscuro

SERIE GUARDIANES EL ALMA

Elemental

Horizonte

Inframundo

Seirs

Mortal

Segadores

Sellos

CRÓNICAS DEL HORIZONTE

Ladrón de Almas

El Alto Mando de la Oscuridad

Ciudad de Sombra y Llamas

El Señor de la Obscuridad

REINOS DIVIDIDOS

Doncella de Acero

Reina Bruja

Magia de Sangre

SERIE MÍSTICA

El Séptimo Sentido

La Nación Alfa

El Nexus

SOBRE LA AUTORA

Kim Richardson es una autora best-seller del *USA Today,* galardonada por sus libros de fantasía urbana, fantasía y por sus libros para adultos jóvenes. Vive en el este de Canadá con su marido, dos perros y un gato muy viejo. Los libros de Kim están disponibles en ediciones impresas, y con traducciones en más de siete idiomas.

Para saber más sobre Kim, visita:

www.kimrichardsonbooks.com